udl
Universidad de Lleida
Universitat de Lleida

Universitat de Lleida

www.eltallerdigital.com

Andar por los bordes. Entre la Historia y la Ficción: El exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo

Director: Dr. D Francisco Tovar Blanco
Catedrático del Dpto. de Filología Hispánica
Facultad de Letras de la
Universidad de Lleida

Marcela Gladys Crespo Buiturón

Tesis Doctorales
Universidad de Lleida - Universitat de Lleida

ISBN: 978- 84- 691- 4971- 3 · **Depósito Legal:** A- 1239- 2008

udl
Universidad de Lleida
Universitat de Lleida

Universitat de Lleida

www.eltallerdigital.com

Tesis Doctorales

UNIVERSIDAD DE LLEIDA

FACULTAD DE LETRAS

Departamento de Filología Hispánica

Andar por los bordes. Entre la Historia y la Ficción: El exilio sin protagonistas de María Rosa Lojo

ISBN: 978- 84- 691- 4971- 3 · Depósito Legal: A- 1239- 2008

Marcela Gladys Crespo Buiturón

udl
Universidad de Lleida
Universitat de Lleida

Universitat de Lleida

www.eltallerdigital.com

Tesis Doctorales

PRESENTACIÓN

HISTORIA DE LAS EMIGRACIONES ESPAÑOLAS A LA ARGENTINA: SU INSCRIPCIÓN EN LA LITERATURA ARGENTINA DE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS

MARCO HISTÓRICO

- Introducción
- España en América
- América sin España
- El nacimiento de una nación periférica
- Buenos Aires y el exilio republicano español

MARCO LITERARIO

- Ficcionalización literaria de la Conquista
- La sociedad rioplatense del siglo XVIII como escenario literario
- El estereotipo literario del inmigrante: su transformación
- Una cuestión de herencia: El exilio

UNA EXPERIENCIA INTERSTICIAL: EL EXILIO HEREDADO

UNA MIRADA DESDE LA POLIFONÍA SOCIAL

udl
Universidad de Lleida
Universitat de Lleida

Universitat de Lleida

www.eltallerdigital.com

Tesis Doctorales

TESTIMONIOS DEL EXILIO Y SU INSCRIPCIÓN EN LA LITERATURA ARGENTINA

NACER ENTRE DOS AGUAS: LOS HIJOS DEL EXILIO

MARÍA ROSA LOJO: LA HIJA DEL EXILIO. EMIGRACIÓN Y EXILIO ESPAÑOL A LA ARGENTINA EN SU OBRA

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y UBICACIÓN DENTRO DE LAS ÚLTIMAS TENDENCIAS DE LA LITERATURA ARGENTINA ACTUAL

SUS REFLEXIONES ACERCA DEL EXILIO

SUS PRIMERAS OBRAS: UNA PUERTA HACIA LA FICCIÓN AUTOBIOGRÁFICA

LA UTOPÍA DEL REGRESO: LA FICCIONALIZACIÓN HISTÓRICA COMO SUPERACIÓN DEL EXILIO HEREDADO

PRELIMINARES: NARRAR LA HISTORIA

EL VIAJE DE REGRESO: *LA PASIÓN DE LOS NÓMADES*

Antecedentes

udl
Universidad de Lleida
Universitat de Lleida

Universitat de Lleida

www.eltallerdigital.com

Tesis Doctorales

Un plano oculto
Lucio V. Mansilla: un exiliado de la Historia
Una incursión hacia el Oeste: de la ciudad al desierto
Escribir desde las orillas
Verdad y ficción: la mirada crítica
Mansilla y la incursión a los límites de la ficción

HACIA EL FIN DE LA APORÍA: LOS MARGINALES USURPAN EL PROTAGONISMO DE LA HISTORIA

LA NARRATIVA HISTÓRICA DE MARÍA ROSA LOJO

LA MEMORIA DE LA LLANURA: OTRO ENFOQUE DE LA REESCRITURA DE LA HISTORIA

FRENTE AL ABISMO: EL LUGAR DE LOS MARGINALES

CAMINO DE FINISTERRE

Formas especulares que apuntan al Infinito

***A FIN DA TERRA*: ¿SE CUMPLE LA UTOPÍA?**

LA DAMA DEL FIN DEL MUNDO DISUELVE LAS DICOTOMÍAS

DAS HEIMLICH: EL OJO SIN PUPILA DE LA LUNA

CONCLUSIONES

APÉNDICES

ENTREVISTA A MARÍA ROSA LOJO

ENTREVISTA A ÁLVARO ABÓS

ENTREVISTA A CONSTANZA TOBÍO SOLER

BIBLIOGRAFÍA

SOBRE EL MARCO HISTÓRICO

SOBRE HISTORIA Y TEORÍA LITERARIAS

SOBRE INMIGRACIÓN Y EXILIO

DE MARÍA ROSA LOJO

SOBRE LA OBRA DE MARÍA ROSA LOJO

PRESENTACIÓN

Un evidente legado en lo artístico, en las costumbres, etc., denuncia la presencia española en la Argentina, a través de constantes movimientos inmigratorios desde la Península hacia el Río de la Plata a lo largo de distintas épocas, que van desde el siglo XVI hasta el XX.

Cada uno de estos últimos ha dejado huellas que se manifiestan notoriamente en la cultura en general y la literatura en particular de este país. Escritores, hijos o no de españoles, retratan la figura del inmigrante y del exiliado y permiten reconstruir un mapa de recorridos que ha trazado el español por el suelo rioplatense.

La literatura argentina ha tratado la imagen del español de diferentes maneras. Por lo general, la novela histórica tradicional lo presenta como un inmigrante tenaz, que con su esfuerzo y el estudio de sus hijos se ha forjado un futuro próspero en suelo argentino. Pero, progresivamente, esta visión ha ido sufriendo modificaciones, hasta ingresar, con la nueva novela histórica[1], en una visión revisionista de la historia enseñada por el aparato didáctico escolar y por la tradición popular, con inevitables consecuencias para la misma.

De todas estas cuestiones, lo que resulta de especial interés para este trabajo es la forma en que los escritores argentinos de las últimas décadas tratan la figura, ya no del inmigrante o exiliado español, sino la del hijo de los mismos. Más allá de la experiencia antropológica, adquiere relevancia plantearse desde qué parámetros se debe repensar la literaturidad del exilio, en casos donde la misma experiencia se convierte en una forma especular entre padres e hijos, en la que éstos inscriben una nueva visión: la del exilio por herencia.

De qué manera se construye una ficción literaria que intenta definir una identidad personal y nacional a partir del conflictivo encuentro de culturas, en una nación periférica forjada a base de inmigraciones y exilios; cómo se entiende y resemantiza la idea de lo "propio" y lo "ajeno", en la confluencia de legados autóctonos y extranjeros (en el caso particular de Buenos Aires, más de los segundos que de los primeros); y de qué manera se plantea la utopía del regreso a suelo español en una

[1] Se concretará la definición y alcance de esta nueva modalidad de la novela histórica en el apartado *Preliminares: Narrar la Historia*.

generación como la de los hijos, suspendida entre dos tiempos (el pasado omnipresente de los padres y el presente traslúcido de los hijos) y dos espacios (el de la tierra paterna, siempre lejana e idealizada, y el de la tierra receptora de la emigración).

En definitiva, lo que se vuelve patente es que ha surgido en la literatura argentina una línea temática, de cierta envergadura, que se centra en la cuestión del "exilio heredado", ya sea producto de una experiencia de inmigración, que se ha transformado en exilio, debido a la nostalgia y la imposibilidad del regreso, o bien, resultado del exilio mismo, en especial del republicano, posterior a la Guerra Civil Española[2].

Para el tratamiento de estas cuestiones se presentará, en primer término, una síntesis histórica de los distintos periodos migratorios españoles hacia la Argentina, a fin de ubicar históricamente los hechos que luego se convertirán en ficción literaria. En segundo lugar, se examinarán las producciones narrativas de escritores argentinos de las últimas décadas, como marco literario en el que se inserta la obra de María Rosa Lojo, quien se ha constituido en la figura paradigmática de la cuestión planteada, debido a su origen español, como hija de exiliado republicano, y por estar su obra atravesada por la presencia hispánica del inmigrante o exiliado de las distintas épocas. Seguidamente, se introducirán desde variados enfoques –psicológico, sociológico, literario, etc.- reflexiones acerca de la experiencia de la inmigración y del exilio tanto protagonizado como por herencia, desde sus vertientes teórica y testimonial. En esta instancia, resulta curioso señalar el hecho de que Lojo no puntualiza diferencias entre inmigrantes y exiliados. Ambos serán presentados como seres desgarrados, marginales, aunque sumamente vitales.

A continuación y a partir del análisis de los textos de ficción y críticos de María Rosa Lojo, se evaluarán algunas cuestiones que entablan una estrecha relación con el eje temático central anteriormente citado, tales como la ficcionalización de la historia como intento de superación de la experiencia del exilio heredado, el conflictivo límite entre verdad y ficción, la disolución de las dicotomías que atraviesan todos sus textos: civilización-barbarie, campo-ciudad, lo femenino-lo masculino, memoria-olvido, el centro-la periferia, etc.[3] y la reformulación del concepto de símbolo literario.

---

[2] La distinción entre inmigración y exilio, así como la transformación de la primera en el segundo que se adelanta en esta presentación, será desarrollada oportuna y exhaustivamente en el apartado *Una experiencia intersticial: El exilio heredado.*

[3] Dicotomías que se han vuelto clásicas en la literatura hispanoamericana actual.

En líneas generales, se parte de la hipótesis de que existe una relación relevante entre cierta tendencia a la disolución de esas grandes antinomias literarias y el afán de superación de la condición de exiliada-hija, es decir, de la consecución de su propia utopía, que no puede entenderse como idéntica a la de la generación de los exiliados protagonistas, los padres, ya que aquélla se traduce en el regreso, movimiento poco significativo para los hijos, quienes no tienen dónde volver.

Este planteamiento ha ido evolucionando a lo largo de sus textos. Iniciándose en la poesía, para luego desembocar en la narrativa, las primeras obras denotan un claro afán autobiográfico. Pero es a partir de su novela *La pasión de los nómades* que la experiencia vivencial del exilio heredado va tomando causes literarios más elaborados, en los que la ficcionalización de la historia nacional se constituye en la clave de acceso a problemáticas más trascendentes, como la naturaleza misma de la ficción literaria.

Lojo se inserta de esta forma en un espacio intersticial signado por la imprecisión de márgenes entre la ficción y la reflexión metaficcional que caracteriza a esta autora por el hecho de ser poeta, pero también investigadora literaria; en un conflictivo diagrama de identidades fragmentadas, donde los conceptos de lo propio y lo ajeno deben ser repensados; en una tradición literaria a la que respeta tanto como cuestiona.

Así, la autora configura un espacio ficcional –el borde- desde donde puede reflexionar acerca de la ambivalencia del material narrativo que, en última instancia, es una forma especular de la ambigüedad que se opera en su propia experiencia vital.

Finalmente, se dará cuenta de las conclusiones pertinentes que se desgajan del estudio de las problemáticas enunciadas.

HISTORIA DE LAS EMIGRACIONES ESPAÑOLAS A LA ARGENTINA: SU INSCRIPCIÓN EN LA LITERATURA ARGENTINA DE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS

MARCO HISTÓRICO

Introducción

Los movimientos migratorios españoles fueron numerosos. Desde una extensa lista de expulsiones (de los judíos, a finales del siglo XV; de heterodoxos en el siglo XVI; de moriscos, a principios del S. XVII; de jesuitas, entre los años 1767-1814; de afrancesados, en los inicios del S. XIX; y de liberales, en 1814), hasta las emigraciones de los siglos XIX y XX (carlista; progresista y demócrata; republicana de 1874; económica; por la dictadura de Primo de Rivera; por la República, en los años previos a la Guerra Civil; y, finalmente, republicana de 1939).

Pero la presencia española en el territorio hoy conocido como la República Argentina se remonta a poco menos de quinientos años atrás, aunque ya desde 1492 se registre la primera incursión española a América, durante el reinado de Isabel y Fernando[4], quienes serían responsables no sólo de formalizar el "descubrimiento", sino también de organizar -a través del Consejo de Indias y la Casa de Contratación de Sevilla- el proceso de implantación de la cultura española en el Nuevo Mundo, explicitado ya desde las Capitulaciones de Santa Fe, en las que, por una parte, designan a Cristóbal Colón almirante, virrey y adelantado de las tierras descubiertas, y por la otra, declaran la intención de apropiación de las mismas para la Corona Española y de conversión de la población indígena al catolicismo.

[4] Como es harto sabido, a los Reyes Católicos, teniendo cerrado el acceso al este por los turcos y al sur por los portugueses, no les queda otra alternativa que aventurarse hacia el oeste para abrirse paso al comercio ultramarino. Y es en este contexto en el que aparece C. Colón, quien ya había presentado su proyecto de navegación a Portugal, Francia e Inglaterra, no recibiendo apoyo de ninguna de estas coronas.

España en América

La unión de los príncipes de Castilla y Aragón y su ascensión al trono representaría la cohesión de las dos esferas cristianas más grandes de la península. En 1492 conquistaron Granada, derrocando al último rey árabe. Por otra parte, decretaron la expulsión de alrededor de ciento cincuenta mil judíos. Fueron aclamados como los cruzados de la fe y el Papa Alejandro VI –perteneciente a la familia Borgia de Valencia- no sólo les otorgó el título de "Monarcas Católicos", sino también los convirtió en dueños y señores del Nuevo Mundo, otorgándoles en 1508 la bula que les concedía, a perpetuidad, todos los diezmos recaudados en América.

Sin duda, fue el periodo de mayor apogeo de la monarquía española, en la que además de consolidarse la unidad del territorio y de la lengua, se inició el proceso de conquista continental más grande de la Historia. Las posesiones de Fernando de Aragón abarcaban el imperio aragonés de las Islas Baleares, Cerdeña, Sicilia y Nápoles; por el tratado de Barcelona de 1493 volvió a ganar el Rosellón a Francia. En 1512 se anexionó el sur de Navarra. Cuatro años más tarde, lo sucedió en el trono Carlos I de España –que se convirtió en Carlos V del Sacro Imperio Romano en 1519-, y añadió al patrimonio ya existente de la corona española, los dominios de su familia en Flandes y en los Países Bajos, el Franco Condado, Austria, Estiria, Carintia, el Tirol y varios principados de Alemania, a los que se sumó Milán en 1535.

Esta política expansionista, que surge en Europa en el siglo XV y que marcará, de alguna manera, el fin del Medioevo, estaba impulsada por diversos factores, entre los que se destacaba la imposibilidad de acceder al mercado de las especias para mantener la carne y otros productos, por no disponer de un desarrollo tecnológico adecuado. Además, el frío no permitía mantener los campos de pastoreo en el invierno, lo que redundaba en la necesidad de sacrificar el ganado a principios del otoño. La carne se salaba para que resistiera más tiempo, pero esto no evitaba que se descompusiera y tuviera un gusto nauseabundo. La solución a esta problemática se encontró en Oriente, de la zona denominada "Las Indias" y consistía simplemente en el descubrimiento de la pimienta -para conservar la carne- y el clavo de olor –para disimular el mal gusto-, junto con otras especias de propiedades semejantes. En este contexto, los Reyes Católicos decidieron financiar la expedición de Colón, en aras de encontrar un acceso

directo al comercio de las especias, las plantas tropicales, los metales preciosos, aunque también de las muselinas y las armas blancas, oriundas de Oriente.

Si bien la empresa colombina ha resultado ser la de mayor trascendencia histórica, se deben reconocer al menos dos antecedentes[5]. El primero de ellos data del año 986. Bjarni Herjulson, navegante vikingo que se dirigía desde la colonia de Islandia hacia Groenlandia, fue preso de una gran tormenta que lo arrastró hacia el oeste. Descubrió así una costa boscosa y ocupada por vastos glaciares, que probablemente sería la actual península del Labrador o la isla de Terranova. Al regresar a Groenlandia, el marino llamó la atención, con sus narraciones acerca de la nueva tierra descubierta, de Leif Eriksson, hijo de Erik el Rojo, quien se convertiría en el primer europeo en pisar tierras americanas en la primavera del año 1000. En dicha fecha, partió con 35 hombres y navegó las costas de Groenlandia llegando a la actual isla de Revolution, en el norte de Canadá. Descendió por la península del Labrador y atravesó el estuario del río San Lorenzo hasta alcanzar Terranova, donde pasó el invierno. Continuó descendiendo por la costa este de Estados Unidos y terminó su viaje en el actual estado de Maine.

El segundo antecedente es contemporáneo de la gesta colombina. John Cabot (el italiano nacionalizado inglés Giovanni Caboto) zarpó de Bristol el 20 de mayo de 1497 con el apoyo del rey Enrique VII de Inglaterra. Su propósito era emprender viaje hacia tierras asiáticas. El 24 de junio, tras explorar la costa norteamericana, se convirtió en el segundo europeo en hollar dicho continente, pues hasta entonces, Colón sólo había desembocado en islas.

Cristóbal Colón era un marino experimentado. Había participado en la defensa naval de la Isla de Quíos hacia 1474 ó 1475. Asimismo, un año más tarde, formó parte de la flota genovesa que partió de la misma Quíos a vender goma en los puertos de Inglaterra, Portugal y Francia. Siendo aquella atacada por el corsario Casenove, naufragó en las costas de Lisboa. Fue allí donde Colón conoció a su esposa, Felipa Moniz de Perestrello. Durante los años que permaneció en Portugal, se dedicó al comercio, lo que lo puso en contacto con las historias que se contaban sobre la existencia de tierras más allá del mar. En 1481 realizó otros dos viajes: uno por la costa oeste africana y otro, a Inglaterra. Estas experiencias, junto

[5] Morison, Samuel Eliot, *The European Discovery of America. The Northern voyayes A.D. 500-1600.* New York, Oxford University Press, 1971; Cohat, Yves, *Los vikingos: reyes de los mares.* Madrid, Aguilar, 1990; Casariego Córdoba, Antón y Pedro {Editores], *La saga de los groenlandeses.* Madrid, Siruela, 1988.

a la influencia que ejercieron las ideas de científicos[6] y navegantes[7] acerca de la existencia de una ruta occidental hacia las Indias de la especiería, animaron la empresa colombina.

Por otra parte, en 1484 Diego Cao es premiado por el rey de Portugal Juan II por sus expediciones a la costa de África, lo cual animó a Colón a presentar al monarca su proyecto. Ni éste, ni Enrique VIII de Inglaterra –ante quien lo expusiera su hermano Bartolomé- lo aceptaron.

A comienzos de 1485, Colón parte hacia Palos impulsado por las noticias que allí circulaban sobre un viaje que realizara el piloto Alonso Sánchez de Huelva hacia el occidente atlántico. Es probable que fray Juan Pérez, prior de La Rábida, y fray Antonio de Marchena, cosmógrafo, entregaran un diario y una carta de ruta del piloto a Colón, quien pudiera utilizarla en su primer viaje. La finalidad última de su estancia en España era exponer su proyecto a los Reyes Católicos. Las negociaciones con estos últimos se extendieron hasta abril de 1492, fecha en la que se firmarían las Capitulaciones de Santa Fe.

Las bases del proyecto colombino serían concretamente ir a Oriente por Occidente y alcanzar el reino del Gran Kan por el mar ignoto, pero el error de Colón que lo alejaría de tal destino puede resumirse en que, por una parte, el almirante entendía que la superficie cubierta por los continentes en forma longitudinal era mayor a la ocupada por el mar y, por otra parte, que las dimensiones del ecuador por él propuestas eran mucho menores de las reales.

Las dimensiones consideradas por Colón basándose en Toscanelli[8] fueron sensiblemente minimizadas por el almirante, siguiendo las mediciones del humanista Pierre de Ailly. Asimismo, Colón reduce el círculo terrestre que Tolomeo había calculado en 62,5 millas a 56 y dos tercios[9].

---

[6] Inicialmente interesado por la medicina, Toscanelli (Génova, 1398-1492) se preocupó por la geografía y los viajes. Luego de cruzar Vasco de Gama el cabo de Buena Esperanza, el científico genovés presentó la teoría de que había una nueva ruta occidental para llegar a Asia. Esta idea la fundaba en los estudios geográficos de Marino de Tiro. La carta náutica de aquél, que data de 1474, en la que afirmaba que las costas de Asia estaban cerca de las de Portugal, fue utilizada por Colón en su primer viaje, ya que su autor se la había remitido ese mismo año al confesor del rey de Portugal, el canónigo Francisco Martins.

[7] Como antecedentes de grandes exploraciones geográficas de parte de europeos, movidas por intereses predominantemente económicos y estratégicos, pueden citarse primero, por vía terrestre, la familia Polo y luego, por vía atlántica meridional, los genoveses. A partir del siglo XII, intentaron asegurarse la ruta a Inglaterra y Flandes. También alcanzaron África: Salé (1162), Safi (1253) y territorios más al sur con los hermanos Vivaldi (1291) En 1312, Lanceroto Mallocello redescubrió las Islas Afortunadas, ya avistadas por los romanos. Luego el relevo lo tomaron los portugueses.
Asimismo, a las motivaciones anteriormente mencionadas que incentivaron estas empresas, se sumó el progreso del arte de la navegación, que mejoró sensiblemente desde el siglo XIII con la llegada de la brújula (invento chino traído por los árabes) y los portulanos o mapas (el primero data del año 1310 y es la Carta Pisana)

Esta gesta colombina se inserta en un marco político bastante complejo. Mucho antes de que se materializara su conflicto en América, España y Portugal disputaron por los nuevos descubrimientos en el Atlántico. Guerras, treguas, embajadas, negociaciones diplomáticas, convenios y tratados de paz (por ejemplo, el Tratado de Ayllon del 31 de octubre de 1411) produjeron largos conflictos en cuyo contexto se recurrió frecuentemente al Papa como mediador entre las partes y juez de jurisdicciones y derechos, tal como era usual en el contexto de aquella comunidad paneuropea constituida por el cristianismo occidental del medioevo.

El descubrimiento de Colón fue un impacto para el imperio marítimo de Portugal, que hasta entonces dominaba las grandes empresas ultramarinas. Ofreció un nuevo mundo a Castilla y la colocó en situación preponderante respecto del reino lusitano. Juan II protestó por la violación de sus dominios, invocando el tratado de Alcaçobas, que dividía las navegaciones atlánticas. Los Reyes Católicos respondieron que Portugal sólo era dueña de la zona del paralelo de las Canarias "para abajo contra Guinea". Todo lo demás era el mar desconocido, que podía ser castellano. Luego de arduas negociaciones, el 7 de junio de 1494 en Tordesillas se llegó a un acuerdo bilateral por el que España y Portugal intentaron repartirse el Nuevo Mundo. Se fijó el meridiano de partición en trescientas setenta leguas al oeste de las islas del Cabo Verde, extendiendo hacia Occidente la línea fijada por el papa Alejandro VI: el hemisferio occidental pertenecería a Castilla y el oriental a Portugal. Sin embargo, y como era de esperarse, a medida que Holanda y Gran Bretaña desarrollaron su poder naval no respetaron la resolución pontificia ni el posterior acuerdo entre Castilla y Portugal. La piratería, que era común en el Mediterráneo, apareció en el Atlántico.

La corona británica estimuló la construcción de barcos apropiados para la navegación atlántica, y los ministros del rey y aun el mismo monarca se asociaron a banqueros de la ciudad londinense y a aventureros, para explotar el comercio marítimo. Uno de los negocios más productivos era la captura de los galeones españoles que regresaban de las Indias cargados de oro.

Estos procesos disminuyeron enormemente las ventajas iniciales de España.

---

[8] Ver cita 6.

[9] Pierre de Ailly –y con él Colón- se basa en las mediciones de Alfragano, astrónomo musulmán del siglo IX, pero no tiene en cuenta que las millas árabes son de 5000 codos, mientras las itálicas son de 4000.

Recién a comienzos del siglo XVI la conquista y colonización del Río de la Plata tomó su primer impulso –con mayor fuerza durante los reinados de Carlos V y Felipe II-, introduciéndose así, en forma paulatina, los caracteres de la cultura hispánica y, por sobre todas las cosas, la lengua castellana. La primera obra escrita en España acerca de los descubrimientos fue *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir de Anglería. Amigo italiano de Nebrija, fue invitado a enseñar latín en la corte de Fernando e Isabel y en 1510, designado cronista del Consejo de Indias. Debido a su educación humanista, sus *Décadas* resultaron plagadas de caracteres mitológicos grecolatinos: clásicas ninfas, pastores, monstruos mitológicos emergiendo de las profundidades marinas, etc. Pero estas ensoñaciones fueron truncadas prontamente, debido al fuerte debate originado tras las noticias del brutal comportamiento de los conquistadores en México y Perú.

A partir de la intervención del obispo de Chiapas en México, Bartolomé de las Casas, quien comenzó una gran campaña contra la esclavitud en las Indias Occidentales, este debate, hasta el momento académico, se convirtió en un asunto de Estado[10].

Aunque el esplendor de las riquezas obtenidas hayan obnubilado a Carlos V (sobre todo, al descubrir la Villa Imperial de Potosí), su hijo Felipe II tuvo que hacer frente a varios conflictos. La plata y el oro que provenían del Nuevo Mundo pronto fueron agotándose debido a la carestía de las guerras contra Francia, Inglaterra, Portugal, el imperio otomano y las revueltas de los Países Bajos, la cual provocó una progresiva inflación. En realidad, toda Europa sufría una situación semejante, ya que los filones de Bohemia, Sajonia y el Tirol estaban exhaustos. La corona española estaba prácticamente

[10] La discusión que se centró sobre la legalidad de la encomienda, desde el punto de vista cristiano, fue una de las causas de que la corona española promulgara las Leyes Nuevas de 1542, por las que aquélla, si bien no se suprimía, debía quedar extinguida a la muerte del posesor y no podían tener lugar nuevas concesiones; no podía obligarse a los indios a trabajos determinados ni podían ser reducidos a la esclavitud. Probablemente, al redactar estas leyes, la corona española se vio influenciada por el informe de Bartolomé de las Casas titulado *Brevísima relación de la destrucción de Indias*, el cual fue leído por él mismo en Valladolid, ante una comisión especial. A pesar de sus encendidas teorías contra la encomienda y la esclavitud de los indios, curiosamente sí estaba a favor de la esclavitud de los negros, aunque posteriormente se haya arrepentido: "Yo creía que los negros eran más resistentes que los indios, que yo veía morir por las calles, y pretendía evitar con un sufrimiento menor otro más grande…".
El tráfico de esclavos en África, primeramente desarrollado por los árabes, fue controlado por los europeos a partir del S. XV. En América, se utilizó al negro esclavo como mano de obra, aunque España fue la que menos se dedicó a su tráfico, limitándose a conceder licencias de entrada a genoveses, alemanes, portugueses, franceses e ingleses. Para esta cuestión, ver Martínez Montiel, Luz María; Meltzer, Milton.; Thomas, Hugh.; Mesa, Roberto; y Vas Mingo, Milagros en Bibliografía sobre el marco histórico.

hipotecada. Otorgaba por adelantado casi todos los cargamentos de plata a los banqueros alemanes, genoveses, flamencos, etc., mientras que su nobleza se dedicaba al despilfarro. La muerte de la industria, el aumento del gasto público y la presión de las necesidades de consumo de las posesiones ultramarinas agudizaron la crisis. Todo esto, en el marco de numerosas expulsiones, desde la época de los Reyes Católicos, que privaron a España de artesanos hábiles, quienes fueron acogidos –muchos de ellos- por Inglaterra, donde promovieron un importante impulso a las manufacturas de dicho país.

Por otra parte, tras numerosas derrotas militares de los españoles en Europa, España se vio obligada a firmar tratados comerciales que otorgaban concesiones en el tráfico marítimo entre Cádiz y los puertos franceses, ingleses y holandeses. Éstos descargaban en España sus productos manufacturados, mientras se llevaban la plata de América y la lana española.

En este entorno, y no consiguiendo capitalistas voluntarios[11], la Corona Española debió encargarse por sí misma de la empresa: así se origina la expedición de Juan Díaz de Solís al Río de la Plata.

Con antecedentes en el año 1507, en el que, tras un encuentro entre Fernando el Católico y tres de los marinos más prestigiosos del momento (Américo Vespucio, Vicente Yánez Pinzón y Juan de la Cosa), se decidió el objetivo de las exploraciones castellanas: renunciar a la ruta oriental hacia las islas de las especias, concentrarse en poblar las regiones descubiertas en América y buscar un paso navegable a través del continente[12].

[11] Por lo común, la Corona firmaba capitulaciones con los conquistadores, en las que se estipulaban obligaciones y derechos de ambas partes sobre las tierras conquistadas.

[12] Cometido ya presente en los planes del cuarto viaje de Colón. Aunque su tercer viaje no había tenido un final afortunado, los Reyes Católicos le encargaron un último viaje en 1502 con el objetivo de encontrar el codiciado paso hacia el continente asiático desde Juana (Cuba) –una provincia de China, según pensaba el genovés- hasta la India, pero sin restituirle los privilegios y concesiones que le habían otorgado en las Capitulaciones de Santa Fe. Esto no supone en ningún momento que Colón pensara haber arribado a otras tierras que no pertenecieran a Asia. Por el contrario, creyó haber encontrado el paraíso terrenal que, según su cultura medieval, se encontraba en la "extremidad de Oriente". El almirante justifica esta teoría basándose en diferentes argumentos. Por una parte, los textos bíblicos describen el Edén como un lugar de clima templado en el que desembocan cuatro ríos. Coincidentemente, Colón había llegado a la costa de la actual Venezuela, frente a la isla de Trinidad. Allí, en el golfo y la península de Paria, se dan dichas condiciones. En realidad, lo que hizo Colón fue recorrer las costas centroamericanas entre Honduras y Panamá sin encontrar el citado estrecho.

Solís fue enviado junto con Pinzón más allá de las Antillas y recorrieron las costas de Centroamérica en busca de un paso hacia el oeste (1508 - 1509). Como no existía tal paso, regresaron a España, en donde Solís fue apartado temporalmente de la empresa por sus desavenencias con Pinzón.

En 1512 fue rehabilitado y sucedió a Vespucio como piloto mayor de la *Casa de Contratación de Sevilla*. El rey le encomendó entonces un nuevo viaje, en busca de un paso hacia el Océano Pacífico (descubierto por Núñez de Balboa en 1513). La expedición partió del puerto de San Lúcar de Barrameda - ubicado en la provincia de Cádiz, en la desembocadura del río Guadalquivir, sobre el Atlántico - el 8 de octubre de 1515. La componían tres carabelas, que cruzando el océano alcanzaron las costas del Brasil en febrero de 1516. Navegaron bordeando la costa y penetrando en todas las posibles entradas hacia el interior del continente, en busca del ansiado pasaje hacia el Mar del Sur. Así llegaron al Río de la Plata, que Solís denominó "Mar Dulce" a causa de su salinidad muy inferior a la del océano y de desconocer que en realidad se trataba del río más ancho del mundo. Costeando la orilla norte del mismo, Solís descubrió y designó con sus actuales nombres diversos accidentes geográficos, tales como el Cabo Santa María (en el actual Departamento de Rocha, puerto de La Paloma), y las islas de Torres, Martín García (nombre de un integrante de la expedición que falleció allí) y San Gabriel. A los efectos de tomar posesión de las tierras costeras, descubiertas en nombre de la Corona Española, Solís desembarcó en una bahía que podría ser la de Montevideo o la de Maldonado, lugar al que denominó Puerto de La Candelaria. De tal manera, si bien se cree que antes de Solís había llegado al Río de la Plata el propio Américo Vespucio, se considera a aquél como el descubridor del mismo y primer explorador de los territorios del Uruguay actual. También desembarcó con algunos de sus hombres en las costas del actual departamento de Colonia, frente a la isla de San Gabriel. Allí fueron sorprendidos por una partida de indígenas, presumiblemente charrúas, generándose un combate en que tanto Solís como varios de sus compañeros resultaron muertos. Por ese motivo, el Río de la Plata fue conocido por los españoles como "Río de Solís". La mayor parte de su expedición regresó a la Península y dio la noticia del territorio descubierto, cuya posesión defendería España en lo sucesivo.

Cuatro años más tarde, la flota de Hernando de Magallanes costea el litoral de la provincia de Buenos Aires y descubre el estrecho de Todos los Santos el 21 de Octubre de 1520. Pero recién en Junio de 1527, Sebastián Caboto se interna en el Río Paraná y funda el Fuerte Sancti Spiritus; luego regresa en

1530 a España, llevando consigo la leyenda de "La sierra de Plata y las tierras del Rey Blanco"[13]. Esta leyenda fue la que indujo a Carlos I a financiar la expedición ultramarina de Pedro de Mendoza en 1536. En el mes de febrero de ese año, cerca del actual parque Lezama de la capital argentina, fundó un asentamiento que denominó Nuestra Señora del Buen Aire, nombre escogido en honor a la virgen del Santuario de Cagliari, patrona de los navegantes. Instalado en este lugar, comenzó la exploración de los alrededores y fundó antes de su regreso a España, a causa de una enfermedad que le provocaría la muerte, el fuerte de Buena Esperanza. Tras la ausencia de Mendoza, Juan de Ayolas continuó con las fundaciones de fuertes como Candelaria y Asunción, ambos en 1537. Para 1541, Buenos Aires había sido despoblada y destruida por la población indígena autóctona.

El fundador más relevante de la última parte del siglo XVI fue Juan de Garay, quien levantó en 1573, la ciudad de Santa Fe de La Veracruz y en 1580 realizó la nueva fundación de la ciudad de Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires en la actual Plaza de Mayo porteña. Tres años después, fue sorprendido y muerto en las cercanías del Río Carcarañá. El gobernador de Asunción del Paraguay, Juan Torres de Vera y Aragón fundó la ciudad de Vera, actual Corrientes, en 1588. Todas estas fundaciones e instalaciones españolas pusieron de manifiesto el interés colonial de la corona en cuanto a la explotación socioeconómica de la época, los intereses en América, como así también el circuito comercial considerando las redes de comercialización de mercancías.

Mientras tanto, se organizaron otras corrientes colonizadoras hacia el actual territorio argentino.

Por el norte, el primero en ingresar al mismo fue Diego de Almagro en 1536, pero no realizó ninguna fundación, ya que ése no era su objetivo. Luego de algunos problemas políticos fue encomendado en la región Juan Nuñez de Prado, que fundó junto a ochenta hombres una ciudad denominada "Del Barco" (actual Tucumán). Nuevos conflictos entre los conquistadores españoles provocaron el desplazamiento de la aldea hasta las orillas del Río Dulce, fundándose Santiago del Estero en 1553 y quedando bajo la jurisdicción de la audiencia de Charcas. Posteriormente, Diego de Villarroel fundó la ciudad de San Miguel de Tucumán en 1565, emplazándose en forma definitiva en 1585. Por otra parte, en 1573, Luis de Cabrera instaló La ciudad de Córdoba del Tucumán. El siguiente gobernador de la

[13] Ya en la empresa de Solís, en 1516, este mito –otra encarnación de Eldorado- movió a uno de los miembros de la expedición, Alejo García, a internarse en el río Paraná y el río Pilcomayo, donde finalmente muriera dejando la leyenda de la existencia de tierras cuya riqueza era incalculable más allá de la llanura.

zona, Gonzalo de Abreu no fundó ciudades, siendo reemplazado por Hernando de Lerma que en el 1582, quien erigió la ciudad de San Felipe de Lerma en el valle de Salta. El 20 de mayo de 1591, Juan Ramírez de Velazco, con la finalidad de establecer un asiento estratégico para combatir a los indígenas, levantó Todos los Santos de la Nueva Rioja (actual La Rioja); dos años después, por orden suya, Francisco Argañaras fundó San Salvador de Jujuy el 19 de abril de 1593.

Por el oeste, la región de Cuyo fue explorada por Francisco Villagra. Sin embargo, años más tarde, el capitán Pedro del Castillo fundó la ciudad de Mendoza, el 2 de Marzo de 1561. Al año siguiente, Juán Jufré comprobó la deficiente localización de la Aldea fundada y la trasladó a la ubicación actual, denominándola "Resurrección". Este mismo comisionado, el 13 de Junio de 1562, fundó San Juan de la Frontera. A fines de este siglo, la llegada de Luis Jufré de Loaysa produce la fundación de San Luis de la Punta en 1596.

Volviendo al Río de la Plata, la mayor parte de sus autoridades protegían el tráfico clandestino. Asociadas con los portugueses, permitían la entrada de mercaderías y esclavos negros, que dieron gran impulso a las actividades de la ciudad. La vida del puerto dependía de ese tráfico. En consecuencia y a los efectos de poner fin al contrabando y a los abusos de los gobernantes, así como de proteger el comercio peruano y mejorar la costosa y lenta justicia que emergía de la lejana Audiencia de Charcas, el Consejo de Indias creó en 1661 la Real Audiencia en Buenos Aires. Sin embargo, las medidas represivas del contrabando significaron la paralización del comercio y la ciudad decayó tan rápidamente que el mismo gobernador-presidente se apresuró a informar al Consejo de la pobreza que sufría. Por ello, el 31 de diciembre de 1671 la Audiencia fue suprimida.

Al otro lado del Atlántico, en 1713 se firmó el Tratado de Utrecht y en 1714 el de Rastadt, con los que quedaba definitivamente resuelta la sucesión del trono español y restablecida la paz en el continente. En Utrecht se rehizo el mapa de Europa. España conservaba el trono y el imperio colonial. Cedía a Gran Bretaña Gibraltar, Menorca, el asiento para comerciar con los esclavos y el navío de permiso, pero se resistió a concederle bases territoriales en el Río de la Plata.

El Contrato de Asiento del 26 de marzo de 1713 fue un tratado internacional suscripto por dos soberanos, por el cual Gran Bretaña reconocía la jurisdicción española en sus tierras americanas y el mar adyacente. Con él comenzó la prosperidad de la gobernación de Buenos Aires. Según la opinión de

diversos estudiosos[14], el tráfico ilegal practicado a gran escala por el Reino Unido fue el origen de la riqueza y la peculiar cultura del país.

Las grandes potencias europeas buscaban no sólo ampliar su territorio, sino también asegurarse el control monopólico del comercio de bienes de alta demanda en Europa, como la plata, el oro, el azúcar, el tabaco, las especias, etc.: en otras palabras, también eran esos los tiempos del apogeo del mercantilismo. Los beneficios se conseguían a través del control de las fuentes de producción. Ciudades-Estado como Venecia y Génova habían sido las pioneras del mercantilismo desde el siglo XII al XIV, a través del control del comercio con la India. Estas ciudades comerciales fueron desplazadas por los grandes Estados territoriales, siendo Portugal el primero de éstos, que fue a su vez posteriormente desplazado por Holanda, Gran Bretaña y Francia.

En América, España fue la primera en establecer un imperio mercantilista, pero hacia el siglo XVII ya estaba perdiendo terreno frente a aquellos países. Una centuria más tarde, Gran Bretaña había llegado a una posición prácticamente dominante. Sometió a la India, fortaleció su monopolio sobre el comercio de América del Norte y consiguió un predominio sobre el comercio del té, textiles, tabaco, arroz, madera, índigo, granos, etc., que representaba lucrativas exportaciones al continente europeo. Con la Guerra de los Siete Años (1756-63) los franceses fueron expulsados de América del Norte y de la India y desafiados en sus plantaciones del Caribe. Hacia fines del siglo XVIII, a estos cambios político-militares se agregaron aumentos dramáticos en el comercio inglés, mayores excedentes de granos, incrementos considerables en la producción de carbón en Gran Bretaña, agregándose el desarrollo de nuevas tecnologías. El resultado, como se sabe, fue la Revolución Industrial, que ubicó a Gran Bretaña medio siglo por delante de sus competidores continentales.

Sin embargo, con la Guerra de los Siete Años, que se peleó tanto en Europa como en ultramar, los conflictos militares se volvieron tan caros que habrían de buscarse nuevas formas para solventarlos. Los ingleses impusieron más impuestos en las colonias americanas. En consecuencia, éstas se sublevaron y la Revolución norteamericana dio luz a una nueva era. Por razones similares, Luis XVI convocó a los Estados Generales para imponer otros impuestos, lo cual derivó, en su caso, en la Revolución Francesa de 1789.

---

[14] Ésta es la posición sustentada por los historiadores Carlos Escudé y Andrés Cisneros, *Historia de las Relaciones Exteriores Argentinas,* Buenos Aires, Centro de Estudios de Política Exterior (CEPE), 2000.

La segunda lección del periodo de 1776-83 fue que el comercio no prospera con la guerra. Consecuentemente, durante los tres primeros cuartos del siglo XIX la British Colonial Office se dedicó a preparar sus territorios para una eventual independencia. Desde ese momento, aunque con unas pocas excepciones, los británicos también se convirtieron en los promotores de la independencia de América Latina, la mayor parte del tiempo de manera indirecta. Y, luego de la independencia de las colonias españolas, fueron los garantes no oficiales de la misma. No estaban dispuestos a permitir que sus competidores adquiriesen más imperio tampoco, porque ello hubiera resultado peligroso para su poder. Por lo tanto, tomaron acciones para destruir los monopolios y promover el comercio libre, del cual ellos podían beneficiarse al máximo gracias a su mayor desarrollo industrial.

En este estado de cuestión, a fines del siglo XVIII, se abrió un nuevo periodo de la presencia española.

La declinación de las fortunas del Imperio Español se detuvo brevemente durante la guerra de la independencia norteamericana, que culminó en 1783 con la paz de Versalles. Durante este periodo, España no sólo revirtió algunas pérdidas territoriales, sino que se preparó para afrontar el desafío portugués y británico en la frontera sur de sus dominios, creando el rey Carlos III el Virreinato del Río de la Plata por medio de la Real Cédula del 1º de agosto de 1776. El virreinato tendría su capital en Buenos Aires y a la jurisdicción de ésta (que ya abarcaba Asunción[15] y Montevideo) se le anexaría la Real Audiencia de Charcas (es decir, todo el Alto Perú, hoy Bolivia) y la provincia de Cuyo (que hasta entonces había sido jurisdicción de Chile). En definitiva, el virreinato quedó integrado por las gobernaciones-intendencias de Buenos Aires, Paraguay, Córdoba del Tucumán, Salta del Tucumán, La Paz, Charcas, Cochabamba y Potosí, más cuatro gobernaciones que fueron Montevideo, los pueblos de las misiones

[15] El caso de Asunción resulta bastante peculiar. En 1537, tras la muerte del Primer Adelantado del Río de la Plata, don Pedro de Mendoza, la corona dictó la Real Cédula del 12 de septiembre, en la que determinaba que, en caso de defunción, el cargo de gobernador sería elegido por el voto de los habitantes. Asunción haría permanecer en vigencia este dictamen para elegir a sus gobernantes, hasta tal punto que una vez arribado el Segundo Adelantado del Río de la Plata, don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, fue depuesto, arrestado y enviado a España en una nave llamada "Comuneros", siendo reelegido Domingo Martínez de Irala por voto popular. Siguiendo esta modalidad, en el año 1717, la población asuncena se convierte en la primera colonia en reclamar la ilegalidad del mandato de un gobernador. Y en 1731, Asunción representa el foco principal de una rebelión al mando de José de Antequera y Castro, la cual fue una de las primeras reacciones contra el dominio colonial español, conocida como la Revuelta de los Comuneros.

guaraníes y los de las provincias de Moxos y Chiquitos. Más tarde, se agregó la de Puno (reintegrada a Perú en febrero de 1796).

Como se ha mencionado anteriormente, el establecimiento del virreinato en el área rioplatense respondía a la necesidad de defender el frente atlántico de la amenaza portuguesa y británica. No obstante, pueden rastrearse interpretaciones disímiles acerca de los efectos de la creación del Virreinato del Río de la Plata en la economía de dicha región. De acuerdo con la ofrecida por el historiador Bartolomé Mitre en los primeros capítulos de la Historia de Belgrano[16], la región rioplatense experimentó en los años virreinales un notable proceso de expansión cuyo eje radicaba en la capacidad exportadora de su economía. Este proceso generó, en la óptica de Mitre, dos consecuencias. Por un lado, creó una sociedad cada vez más reacia a la tutela de la Corona y sospechas de las autoridades peninsulares acerca de la lealtad de estos grupos criollos económicamente prósperos hacia Madrid y, por otro, generó ingresos nada desdeñables para una metrópoli hostigada por sus enemigos y que se beneficiaba con la parte del león de estos réditos de la región rioplatense en alza.

Para las autoridades españolas, Montevideo, centro naval español para el Atlántico Sur y ciudad fortaleza en la Banda Oriental del Plata, parecía estar más amenazada que Buenos Aires por la presencia británica y portuguesa. Por lo tanto, la ausencia de tropas veteranas en la capital virreinal se dio hasta tal punto que las mismas debieron ser reemplazadas sistemáticamente con milicianos de origen local. La mayor presencia e impacto de las fuerzas armadas españolas en la sociedad montevideana respecto de la porteña y la necesidad de esta última de proveerse para su defensa de milicias integradas con elementos locales, fueron dos procesos que tuvieron consecuencias fundamentales en los últimos años de la etapa colonial y primeros de la independencia en una y otra margen del Plata.

La ruptura del Río de la Plata con su metrópoli no fue un hecho súbito, sino que constituyó el resultado de un largo camino, de un lento proceso de diferenciación entre españoles peninsulares y españoles americanos o criollos, que hizo eclosión en el movimiento independentista. En su tesis doctoral sobre la política de Fernando VII en el Río de la Plata, Rodees señala los problemas que dicha región debía soportar como consecuencia del monopolio comercial establecido por la Corona durante los siglos

[16] Mitre, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires, Librería de la Facultad de Juan Roldán y Cía., Biblioteca Argentina (Director Ricardo Rojas), 1928.

XVI, XVII y parte del XVIII: España no permitió el comercio intercolonial, y como resultado, Buenos Aires debió comerciar a través de Panamá a un costo entre 500% a 600% por encima de su costo original.

Recién en el siglo XVIII la corona española trató de revertir el aislamiento de Buenos Aires respecto del circuito comercial con la autorización para la llegada a este puerto de navíos de registro. Esto llevaría a la apertura de la ruta del Cabo de Hornos para alcanzar los puertos del Pacífico y al establecimiento del puerto de Buenos Aires como centro de distribución, soluciones que no agradarían a los comerciantes de Lima. Además, comenzaron a permitirse los registros a Buenos Aires con autorización para internar las cargas hasta el Alto Perú y Chile, lo cual generó un atractivo adicional para los comerciantes de Cádiz y nuevas protestas del comercio limeño.

Finalmente, en febrero de 1778 la Corona española autorizó la libre navegación por barcos españoles hacia las jurisdicciones de Perú, Chile y Buenos Aires. Para 1789, la mayoría de los puertos españoles y coloniales disfrutaban de este privilegio. En consecuencia, Buenos aires mejoró enormemente su posición comercial, llegando a ser uno de los mercados más grandes de Sudamérica. El comercio del Interior creció en forma acorde. Los vinos de Mendoza, aguardientes de San Juan, telas tucumanas, tabaco, yerba y madera del Paraguay fluían hacia el mercado de Buenos Aires. Las medidas borbónicas de liberalización comercial potenciaron las exportaciones principales del área rioplatense: carne salada, cueros y lana generaron la fase inicial de la emancipación de dicha área al cortar la dependencia económica del Perú.

A pesar de que estas medidas borbónicas en torno al libre comercio enriquecieron a muchos y produjeron una clase mercantil poderosa en Buenos Aires, la competencia extranjera, los monopolios y los esfuerzos del gobierno español por restringir el poder creciente de la clase criolla rioplatense motivaron en mayor medida el deseo de independencia. Los Borbones promovieron privilegios a los dos extremos de la pirámide social y concentraron su presión impositiva contra los criollos. Junto a esto, la formación de sociedades secretas y la lectura de literatura prohibida, fueron factores que contribuyeron a potenciar los recelos de los criollos hacia los peninsulares, debilitando los vínculos religiosos que habían unido durante siglos a España con las colonias de ultramar. Por cierto, la prosperidad económica –que se tradujera en prestigio social- generó como señala acertadamente Lynch[17] una posición ambigua de los

[17] Lynch, John,."Los orígenes de la nacionalidad hispanoamericana" en Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826, Barcelona, Ariel, 1983 (1era. ed. 1976), pp. 9-47.

sectores criollos o hijos de españoles nacidos en América en la sociedad colonial: eran poderosos económicamente, pero no tenían participación política en cargos oficiales de relevancia y, además, estaban molestos por la presión ascendente de los sectores bajos de dicha sociedad. En otras palabras, los criollos se definían más por lo que no eran –ni españoles peninsulares, ni pardos, ni mestizos ni negros- que por lo que eran. Tenían una conciencia negativa. Lynch aclara esta idea de conciencia negativa de los criollos citando estas contundentes palabras de Simón Bolívar: "No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores (españoles); así, nuestro caso es el más extraordinario y complicado"[18].

En este terreno de tensión entre criollos y peninsulares, la primera invasión inglesa de 1806 pudo haber sido bienvenida por los criollos, pero no fue así. Desafortunadamente para los británicos, los criollos, aunque estuvieran resentidos por las restricciones comerciales de España, prefirieron servir a ésta antes que a Gran Bretaña. Lo que resulta más interesante en términos del lento proceso de emancipación que Lynch hace arrancar de fines del siglo XVII, es que las invasiones inglesas habían enseñado a la gente de Buenos Aires que su defensa descansaba en sus propias manos. Los porteños tuvieron de este modo un creciente sentido de su propio poder político.

Si se intentan resumir en forma esquemática las circunstancias por las que atravesó la metrópoli durante el periodo inmediatamente previo a la crisis de la independencia, se pueden bosquejar diversas y sucesivas configuraciones de poder e intereses[19]:

La primera configuración que se identifica en este periodo más acotado toma forma a mediados del siglo XVIII, cuando se encuentra que, a pesar de su establecimiento en Filipinas, España había sido en gran medida excluida del comercio de las Indias Orientales. Como compensación, había tratados que imponían restricciones sobre el comercio británico con las colonias españolas en América. De todas

[18] Discurso de Angostura, 1819. Esta situación que tendrá especial relevancia para esta tesis.

[19] Aunque no se incluyan referencias en esta tesis a la postura del historiador Alejandro Horowicz, por considerarse no pertinente un análisis más exhaustivo del marco histórico, se recomienda la lectura de *El país que estalló. Antecedentes para una historia argentina (1806-1820)* citada en Bibliografía del Marco histórico, ya que presenta datos de sumo interés para elaborar una visión más profunda de este periodo tan conflictivo de las relaciones entre las actuales República Argentina y España.

formas, el comercio con las colonias españolas americanas prosperó a través del contrabando que se hacía posible por medio del soborno a los oficiales coloniales españoles.

La segunda configuración toma forma cuando para interrumpir el contrabando británico y holandés, en 1762 los españoles actuaron para expulsar a los portugueses de la Colonia. Además, desarrollaron Manila como un centro comercial más activo y esta penetración comercial española en las Indias Orientales dañó los intereses holandeses y británicos. Como consecuencia, en el contexto de permanente conflicto y lucha recurrente que prevalecía en aquel mundo realista del siglo XVIII, los británicos se desquitaron apoyando la expansión portuguesa en el Brasil y esto eventualmente condujo a la restitución negociada de la Colonia a Portugal.

La tercera configuración que puede ser bosquejada está marcada por la Revolución norteamericana. Ésta fue la oportunidad española de castigar a Portugal por su incursión en el lado oriental del río Uruguay. Colonia fue recuperada por los españoles en 1777. El tratado de San Ildefonso de ese año entre España y Portugal reconocía a Colonia y las Misiones jesuíticas como españolas.

A pesar de que las reformas borbónicas tuvieron cierto éxito y realmente consiguieron promover el comercio, también desencadenaron efectos contraproducentes para la misma España. Una de sus consecuencias fue producir una ola de nueva inmigración española hacia las colonias. Debido al temor de darle a los locales demasiado poder, la Corona favoreció para todas las posiciones de responsabilidad a los nacidos en España, frente a los criollos blancos. Esto engendró un gran resentimiento entre los últimos y éste fue un factor importante en la crisis de la independencia. Por otra parte, el mismo éxito de las reformas en el incremento del comercio condujo a un mayor protagonismo de los comerciantes nacidos en la Península, en detrimento de los comerciantes criollos: otro elemento que engendró sentimientos antiespañoles. Aun cuando la mayoría de los intereses locales habían sido beneficiados por las reformas, la nueva situación hacía más visible la injusticia de la discriminación a favor de los españoles.

Puede considerarse que se conformó una cuarta configuración de circunstancias, intereses y poder relativo cuando, hacia las últimas décadas del siglo XVIII, se llevaron a cabo revueltas en algunas colonias españolas. Las dos más importantes fueron la rebelión de Túpac Amaru de 1780 en Perú, y la revolución de los comuneros en Nueva Granada. En la misma época, los límites impuestos por la pobreza y la escasa demanda de bienes de Hispanoamérica, sumados a la penetración comercial de Gran

Bretaña en la región, se pusieron de manifiesto. A pesar de que éste fue un proceso gradual, hacia 1790 los británicos estaban comenzando a evolucionar hacia una política de aliento a las rebeliones contra España en Hispanoamérica.

El imperio español no estaba preparado para un desafío semejante. En Hispanoamérica, la geografía, con los múltiples obstáculos naturales existentes, había generado centros autárquicos, con primitivas industrias de artes y oficios y con frágiles lazos entre las capitales virreinales y la metrópoli. Debido a estos factores geográficos se necesitaban más capitales para el desarrollo de Hispanoamérica que para el desarrollo de la América Anglosajona, pero por razones en parte culturales hubo menor flujo de capital. Tal como sugiere Ferns[20], a diferencia de los británicos, en general los españoles no consideraban la riqueza como un activo que debía ser invertido para generar más riqueza. Por otra parte, las colonias españolas fueron diseñadas para producir beneficios para la Corona. En contraste, las colonias británicas fueron diseñadas para promover el comercio de los capitalistas británicos. Estas diferencias culturales probablemente hayan tenido consecuencias económicas muy relevantes.

La quinta configuración toma forma con la entrada de Napoleón en el panorama político de Europa continental. Este hecho no podía sino afectar a todos los factores sistémicos que condicionaban a las colonias españolas en América. Al principio, Portugal intentó una difícil neutralidad, mientras que España se convirtió en aliada de la Francia revolucionaria y napoleónica en 1795. Esta evolución tuvo importantes consecuencias políticas e ideológicas en la misma España. Aun los más leales defensores de la Corona no podían dejar de preguntarse si la monarquía española no caería, tal como había ocurrido con la francesa. En Hispanoamérica, las dudas eran aún más fuertes, y ésta fue una de las razones por las cuales a partir de 1795 el poder español en Hispanoamérica comenzó a sufrir una creciente crisis.

Esta crisis se acentuó por las dificultades en el transporte generadas por el estado de guerra con Gran Bretaña, que crecientemente dominaba los mares. Mantener el monopolio comercial era aún más difícil que antes, y mandar tropas era asimismo más complicado, riesgoso y costoso. Esto condujo a una apertura comercial de Hispanoamérica hacia colonias extranjeras y países neutrales y a una mayor libertad de navegación para los criollos. Naturalmente, esto era entusiastamente aprobado en las colonias. Buenos Aires comenzó a tener relaciones comerciales con lugares tan distantes de ella y entre

[20] Ferns, H., *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Hachette, 1979.

sí como Baltimore, Estambul y Hamburgo. Pero este beneficioso proceso también alienó a los criollos de España.

América sin España

La batalla de Trafalgar en 1805, especialmente, fue un golpe aplastante al poder marítimo español y a sus comunicaciones atlánticas. Y Gran Bretaña tampoco estaba dispuesta a estar desconectada del comercio con las colonias españolas indefinidamente, hecho que, combinado con el anterior, conspiraría contra la integridad del Imperio Español. Desde ese momento, la independencia sudamericana se convirtió en el objetivo de la política inglesa, aunque debido a las variables circunstancias de la política europea este objetivo no podía enunciarse públicamente.

De tal modo, a pesar de que los ingleses no llegaron como libertadores, se puede decir que las invasiones inglesas de 1806-7 fueron el primer paso hacia la independencia del Río de la Plata. Aunque no fueron desplazadas, las autoridades españolas locales se vieron forzadas a inclinarse ante los deseos de los criollos que habían derrotado a los ingleses. La legalidad no se rompió, pero el régimen colonial se había resquebrajado y las masas habían adquirido un peso en la política local que habría de durar durante muchas décadas.

Cuando en 1808 España sufrió un colapso ante la embestida de Napoleón, dominaba un imperio que se extendía desde California hasta el Cabo de Hornos. Quince años más tarde solamente mantenía en su poder a Cuba y Puerto Rico, y ya proliferaban las nuevas naciones. La independencia, aunque precipitada por un choque externo, fue la culminación de un largo proceso de enajenación en el cual Hispanoamérica se dio cuenta de su propia identidad y tomó conciencia de su cultura.

Alexander von Humboldt observa que "desde la Paz de Versalles y especialmente desde 1789, se oye decir muchas veces con orgullo 'Yo no soy español; soy americano'"[21]. Sin negar la soberanía de la corona, o incluso los vínculos con ésta, los americanos empezaban a poner en duda las bases de la fidelidad. La propia España alimentaba sus dudas, porque en el crepúsculo de su imperio no atenuaba sino que aumentaba su imperialismo.

[21] Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, 4 vols., México, 1941, II, p. 118.

Hispanoamérica estaba sujeta a finales del siglo XVIII a un nuevo imperialismo; su administración había sido reformada, su defensa reorganizada, su comercio reavivado. La nueva política era esencialmente una aplicación del control, que intentaba incrementar la situación colonial de América y hacer más pesada su dependencia.

Se crearon nuevos virreinatos y otras unidades administrativas. Se nombraron, asimismo, nuevos funcionarios, los intendentes. Éstos eran instrumentos de control social, enviados por el gobierno imperial para recuperar América. Pero la corona quería gobernar sin gastos y los burócratas querían un trabajo bien pagado.

En un momento dado de principios del siglo XVIII, en un periodo de gran crisis económica, la corona dejó de pagar el salario a sus principales funcionarios en América, los alcaldes mayores y corregidores. En su lugar les permitió conseguir ingresos convirtiéndose en mercaderes[22].

Esta segunda conquista de América se vio reforzada por las continuas oleadas de inmigración procedentes de la península, con burócratas y comerciantes que llegaban en busca de un nuevo mundo, donde el libre comercio favorecía las ambiciones de los peninsulares. Durante el periodo 1780-1790 el nivel de inmigración desde España a América fue cinco veces más alto que en 1710-1730[23].

Siguiendo el ejemplo de los españoles de la península en 1808, los patriotas de Buenos Aires erigieron la Junta en 1810, declarando su lealtad a Fernando VII, pero rechazando reconocer al Consejo de Regencia y las Cortes de España. De este modo, el conflicto sobre la soberanía en España se reflejó en la presencia de un conflicto similar sobre el reconocimiento de aquella soberanía en Buenos Aires. La colonia encontró su solución reservando su lealtad al monarca, pero con el resultado de ser de hecho cada vez más independiente de las autoridades establecidas en España. A este resultado contribuyó sin duda la falta de reacción efectiva de la metrópoli ante los sucesos de mayo de 1810.

Cuando la noticia de la separación de Buenos Aires de la corona española llegó a Madrid, las autoridades españolas, preocupadas básicamente en desalojar al invasor francés de su territorio, esperaban que el proceso revolucionario porteño (como en el resto de América) se ahogase con el tiempo. Por cierto, la actitud inicial de las autoridades españolas ante la Revolución de mayo de 1810 en

---

[22] Guillermo Lohmann Villena, *El corregidor de indios en el Perú bajo los Austrias*, Madrid, 1957, pp. 403-449. En este texto se puede encontrar una explicación de la situación que se constituirá en antecedente del fenómeno aludido en novelas tales como *Zama*, de Antonio Di Benedetto.
[23] Pierre Chaunu, *L'Amérique et les Amériques,* París, 1964, p. 199.

Buenos Aires fue de indiferencia e ingenuidad. Los historiadores Jerónimo Bécker, Jaime Delgado y Edmundo Heredia[24] coinciden en opinar que el gobierno español nunca vio con claridad el alcance del proceso revolucionario en el Río de la Plata ni acertó con las medidas necesarias para reconquistar las ex-colonias americanas.

Ya años antes se habían tratado en la corte española sucesivos proyectos de establecer gobiernos independientes en toda la América española, bajo la dominación de miembros de la familia de Carlos IV. Godoy fue quien impulsó los primeros proyectos de 1804 y 1806 y tanto éstos como el de 1807 fracasaron por las guerras en las que estaba empeñada España en ese momento.

A pesar de la creciente incidencia del conjunto de oficios que informaban de la crisis en el Río de la Plata, el Consejo de Regencia no salió de su actitud indiferente e inclusive paternalista respecto de Buenos Aires, especialmente luego de la heroica resistencia porteña a las invasiones inglesas de 1806 y 1807.

En síntesis, para la óptica oficial española, la amenaza clara e inmediata era la de la invasión portuguesa a la Banda Oriental y eventualmente al Río de la Plata; un peligro posible, el del apoyo británico a los insurgentes porteños y/o americanos con el propósito de extender el mercado consumidor de sus manufacturas. Estos insurgentes habían decidido autogobernarse por un error en la información acerca del gobierno que regía en la Madre Patria. La solución era fácil para el gobierno español: había que advertirles su error y luego evitar que fuesen seducidos por otras potencias externas. Las disposiciones posteriores, que quedaron en manos del Consejo de Indias, participaban de la misma percepción simplista. Los sucesos de Buenos Aires fueron menospreciados en su magnitud, no obstante las informaciones fidedignas de Salazar, Fernández de Castro y otros funcionarios españoles en la zona. La tensión y la atención del gobierno español se concentraron fundamentalmente en sofocar la rebelión caraqueña.

En suma, los graves asuntos públicos que concentraban la atención del gobierno español, la necesidad de éste de racionalizar recursos militares que no eran abundantes, y la inercia burocrática, en donde no estaban ausentes las disputas entre las distintas agencias por cuestiones que poco tenían que ver con el problema americano, fueron factores que demoraron el tratamiento del problema de la Banda

[24] Citados en Bibliografía sobre el marco histórico.

Oriental, donde Elío, virrey del Río de la Plata, no encontró una solución satisfactoria a sus justificados y permanentes reclamos.

Tanto los gobiernos de España como del Río de la Plata persiguieron una política dual. Fernando VII combinó de forma contradictoria medidas de conciliación con expediciones armadas. Por su parte, las Provincias Unidas del Río de la Plata procuraron negociaciones diplomáticas conciliatorias con la Corona española mientras a la vez hostigaban a las autoridades españolas con la preparación del ejército de los Andes, la guerra de corso y la empresa de construir un gobierno y conseguir aliados en otros países europeos que reconocieran o administraran dicho gobierno. En otras palabras, el gobierno de las Provincias Unidas envió diputados que profesaron su lealtad a Fernando VII luego de su retorno en 1814, pero a la vez declaró la independencia en 1816.

Mientras tanto, las abdicaciones de Bayona significaron un vacío de autoridad en la metrópoli. A pesar de que los Borbones ordenaran obediencia a José I, una parte significativa de los españoles lo veían como una autoridad ilegítima. Para controlar la situación fueron creadas las Juntas Provinciales, coordinadas desde su creación en 1808, por la Junta Central, la cual convocó reunión de Cortes extraordinarias en Cádiz. Las sesiones comenzaron en septiembre de 1810, con dos grupos de diputados claramente enfrentados: los liberales, partidarios de las reformas revolucionarias, y los absolutistas, simpatizantes del Antiguo Régimen. Perteneciendo la mayoría al primer grupo y aprovechando la ausencia del monarca, inició la primera revolución liberal burguesa en España.

El firme rechazo de Fernando VII a aprobar el reconocimiento de los estados americanos complicó las relaciones de España con otros actores importantes de la escena internacional. Estados Unidos y Gran Bretaña estaban especialmente ansiosos de remediar una situación que no sólo amenazaba sus intereses comerciales, sino que invitaba a la intervención extranjera en América Latina.

La política real fue colonial, el rey veía al Imperio español en América como un todo. Las dificultades por las que atravesaba España podrían haber sido resueltas si ésta hubiera reconquistado el control de las colonias y sus recursos materiales, pero esto era imposible sin una expedición armada, demasiado cara para una España empobrecida.[25]

[25] Al respecto, es lícito recordar la postura de José María Blanco White (*El español (1810-1814)*, quien enfatiza el hecho de que las colonias americanas no se independizaron de la autoridad de Fernando VII, sino del gobierno interino que lo reemplazara en su ausencia, ya que éste actuó de manera soberbia frente a las provincias españolas ultramarinas al no invitarlas a crear un gobierno provisional como el de la metrópoli.

Hasta después de la muerte de Fernando VII el gobierno español no tomó medidas a favor del reconocimiento del Río de la Plata: el 4 de diciembre de 1836 las Cortes españolas votaron unánimemente en pro del mismo. El 9 de julio de 1859, Juan Bautista Alberdi, actuando como emisario extraordinario y plenipotenciario de la Confederación Argentina ante las Cortes de Londres y París, firmó en Madrid un tratado de reconocimiento, paz y unidad con el secretario de estado español Saturnino Calderón Collantes. El tratado fue ratificado el 25 de febrero de 1860.

El nacimiento de una nación periférica

Desde la Revolución de Mayo (1810) hasta la etapa posterior a Caseros (1852), la sociedad argentina permaneció fundamentalmente estática y homogénea, aunque diferenciada en blancos y mestizos. Era una sociedad de predominantes relaciones patriarcales y de marcada homogeneidad étnica.

El 6 de abril de 1852, la reunión de los gobernadores de las cuatro provincias del Litoral que en 1831 establecieran el Pacto Federal, celebrada en la quinta de Palermo, confirió el manejo de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina a Urquiza, cubriendo la función que Rosas había dejado vacante con su caída.

Cuando Urquiza asumió el mando de la provincia de Buenos Aires el 26 de julio de 1852, tomó una serie de resoluciones que ejercieron un beneficioso impacto en la comunidad hispana. Prohibió la confiscación de bienes, abolió la pena de muerte por causas políticas –vigente durante el gobierno de Rosas-, estableció comisiones codificadoras de Derecho y reglamentó la libertad fluvial.

Desde 1853 (luego del gobierno del Restaurador de las Leyes) asumen el poder los antiguos unitarios y nuevos antirrosistas no unitarios. Ambos grupos eran liberales y sostuvieron una política progresista.

Cuando se dicta la Constitución de 1853, la necesidad de un rápido aumento de la población adquiere categoría institucional. El Art. 25 de la misma explicita: “El gobierno federal fomentará la inmigración europea y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar la industria e introducir las

ciencias y las artes". Al mismo tiempo, en España, el gobierno de Isabel II autorizaba las migraciones de los pobladores de las Canarias.

A partir de 1854 se produjo el mayor flujo inmigratorio. Ése fue el comienzo del proceso de ingreso masivo de extranjeros y del concomitante aumento y heterogeneización de la población.

Por lo tanto, aunque en la segunda mitad del siglo XIX hubo en todo el mundo grandes movimientos de población, el Estado alentó la llegada de los inmigrantes, por razones que iban desde la creencia en su aporte civilizatorio hasta la necesidad de asegurar el flujo de mano de obra.

La inmigración comenzó a ser encarada sistemáticamente como política oficial cuando, en 1876, el gobierno de Nicolás Avellaneda promulgó la ley 817 de Inmigración[26].

Sin duda, la base ideológica de la política inmigratoria estaba determinada por la cuestionada dicotomía civilización-barbarie, en la que se oponían las posturas de dos pensadores argentinos que tendrían un rol fundamental en esta cuestión: Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi.

El primero, entendiendo el desierto argentino ocupado por las tribus indígenas como un vacío que había que llenar de cultura (europea, claro está), parte de la erradicación de lo autóctono, por considerarlo una alteridad que se instituye como la anti-cultura; y el segundo, apelando al respeto por la cultura americana, aspira a una suerte de sincretismo cultural que enriquecerá y hará progresar al país.

Para Domingo Faustino Sarmiento -cuya obra, especialmente el *Facundo o Civilización y Barbarie*, ha dibujado un esbozo de antropología argentina y latinoamericana[27], ya que en la figura del caudillo (ícono, junto con el gaucho, de la identidad nacional) se representa lo más alto y lo más bajo, la herencia de aridez y desolación de la naturaleza, desterrando toda influencia moderadora, así como lo grandioso de su carácter-, uno de los principales enemigos del progreso ha sido la inmensidad y soledad de las tierras argentinas, que los escritores posteriores y los críticos identifican con el término *vacío*. Esta situación habría determinado que la sociedad argentina de su tiempo no alcanzara el alto grado de civilización al que él aspiraba. La barbarie, entonces, es el resultado de un proceso de inhibición de la

[26] Resultan verdaderamente ilustrativos los artículos: 3° del capítulo I: "El departamento de Inmigración tendrá los deberes y atribuciones siguientes: [...] Proteger la inmigración que fuese honorable y laboriosa y aconsejar medidas para contener la corriente de la que fuese viciosa o inútil" y 8° del capítulo III: "Las atribuciones y deberes de las Comisiones de Inmigración, serán los siguientes: 1°. Recibir, alojar, colocar y trasladar a los inmigrantes [...] 2°. Hacer una propaganda activa a favor de la inmigración."

[27] Esta teoría ha sido esbozada por Lojo, María Rosa, *La "barbarie" en la narrativa argentina,* Buenos Aires, Corregidor, 1994.

capacidad de innovación, convivencia y productividad. Y en este punto se plantea un problema clave: cómo se traducen estos términos en la conducta del ciudadano, es decir, qué significa concretamente actuar de acuerdo con dicha capacidad.

De la barbarie hace surgir Sarmiento la existencia de los caudillos, transgresores de la ley y destructores del orden civilizado.

Contraponiéndose al desierto, que se forja así representante de la barbarie, aparece la figura de la ciudad, especialmente la de Buenos Aires. Pero es una figura ambigua, pues por una parte es el recinto de elites culturalizadas y cosmopolitas, pero por otra es fuente barbarizadora a partir de la política rosista.

Los viajes representaron para Sarmiento la mayor fuente de aprendizaje. Si bien el primero fue un viaje interno a través de la historia argentina, entre los años 1845 y 1848 realizó un recorrido por Europa y Estados Unidos, que le permitió un conocimiento por experiencia propia del viejo mundo y de la naciente potencia norteamericana, su modelo político por excelencia[28].

De sus observaciones -consignadas en su producción periodística y literaria- se deduce que el sanjuanino consideraba que el estado socio-político de la Argentina del momento se podía describir como un periodo de oscuridad. Estos viajes educativos iluminarían -según parece- esa oscuridad.

Hoy día se sigue discutiendo esta antinomia *civilización / barbarie* y se habla de una civilización de la barbarie o su viceversa, una barbarización de lo civilizado. El núcleo del conflicto continúa siendo a qué se denomina civilización y a qué, barbarie. Y esto puede concebirse precisamente porque nadie se pone de acuerdo con una cuestión más elemental: qué significa ser un pueblo "culto".

En una carta de Sarmiento a Vicente Fidel López, se observan las siguies afirmaciones del cuyano:

> **Pobre Echeverría, es el poeta de la desesperación, el grito de la inteligencia pisoteada por los caballos de la pampa, el gemido del que a pie y solo, se encuentra rodeado de ganados alzados que rugen y cavan la tierra en torno suyo, enseñándole sus cuernos. En sus versos ha descripto la soledad de la pampa con su naturaleza bruta, tal como la perpetúa la impotencia del pueblo**

[28] Esta afirmación está basada en el análisis que Natalio Botana propone en *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

> **que la habita. Porque en la imaginación española no entra el progreso rápido, súbito: el rey y la república, la libertad y el despotismo pueden pasar sobre los pueblos españoles, sin cambiarles la fisonomía árabe, berberisca, fijada indeleblemente (P. 273)[29].**

En ella, se puede deducir que el concepto de civilización del sanjuanino está íntimamente ligado a la cultura europea occidental.

Como contrapartida de la postura sarmientina aparece -entre otras, pero como modelo de las mismas- la de Juan Bautista Alberdi.

Sarmiento, en un discurso en Chivilcoy, en ocasión de haber sido electo presidente, afirma: "*Esta es la diferencia entre el filósofo* -refiriéndose a posturas como la de Alberdi- *que contempla civilizaciones muertas en mundos antiguos, y la imaginación del estadista americano, que está improvisando sobre esa tierra virgen mundos nuevos, sociedades viriles, ciudades opulentas, campiñas floridas*..."[30].

En estas palabras encontramos el punto de disidencia entre ambos pensadores. Alberdi -alejándose de Sarmiento- no cuestiona la existencia de un estado de "barbarie", pero reconoce en ella una cultura que debiera respetarse e inscribirse gradualmente en un proceso de sincretización con la civilización europea.

En este punto, resulta significativo el planteo del historiador Fermín Chávez[31], quien siguiendo la línea de pensamiento de Alberdi, afirma que al imponer por la fuerza una civilización (europea) sobre otra (sudamericana), lo único que se logra es eliminar los valores éticos en pos de un ideal materialista de progreso.

El núcleo del enfrentamiento de ambas posturas podría resumirse en lo siguiente: ¿Qué se debe incorporar de la cultura europea y, sobre todo, cuál sería el método correcto para realizar el sincretismo? Ante esta cuestión se erigen las figuras de dos hombres del siglo XIX: Sarmiento, hombre de acción, y Alberdi, hombre de ideas. El primero, en su afán de progreso, decidió allanar el camino para una rápida

---

[29] López, Vicente Fidel, *Historia de la Revolución Argentina. Desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852.* Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1881.
[30] Discurso pronunciado en Chivilcoy en vísperas de asumir la presidencia, el 3 de octubre de 1868, Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1857.
[31] Chávez, Fermín, *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina,* Buenos Aires, Los Coihues, 1988.

conversión, lo cual le valió severas críticas de los pensadores de su época y de los posteriores. El segundo optó por una reflexión reposada.

Hoy todavía está presente esta discusión en diversas disciplinas: literatura, antropología, historia, etc.

Parece ser que hay una estrecha relación entre los tiempos de asimilación y la ética del progreso.

La nueva etapa histórica que España inauguró a fines del año 1874 con la restauración de la dinastía borbónica en la persona de Alfonso XII trajo consigo un cambio de actitud hacia América y hacia la República Argentina. Particularmente, la Argentina continuaría siendo bien vista por las autoridades españolas, debido a la presencia creciente de españoles y al aumento de relaciones comerciarles.

Con la llegada al poder del gobierno liberal español en febrero de 1881, y el comienzo de la gestión de Julio Argentino Roca en la Argentina en 1880, se abrió una nueva etapa en las relaciones bilaterales caracterizada por los mutuos acercamientos.

A lo largo de la década de 1880 fueron llegando numerosas y diversas colonias de extranjeros al Río de la Plata: españoles, italianos, judíos, árabes, etc.

Entre fines de 1885 y mediados de 1890 la política hispanoamericanista de España alcanzó sus mayores éxitos del siglo XIX en la recuperación de la iniciativa política en América. Entre los logros de esta política se destacaron la renovación de los consulados españoles, la apertura del Banco Español del Río de la Plata, la autorización para el ingreso de ciudadanos de las repúblicas hispanoamericanas en las Academias militares españolas y en los establecimientos docentes dependientes del Ministerio de Fomento, la fundación de la sociedad hispano-argentina protectora de los inmigrantes españoles y el inicio de las gestiones para la fundación en Buenos Aires de una Academia de la Lengua en relación con la española –las cuales se concretaron en 1910-, entre otros.

El censo de 1895 registró la presencia de un millón de extranjeros, en un 80% concentrados en la Capital, la provincia de Buenos Aires y el Litoral.

Los españoles eran, lógicamente, los que menos problemas asimilatorios tuvieron (por obvias razones históricas y étnicas, y en el caso de los que provenían de ciudades, por estar mejor preparados para los oficios urbanos). En su mayoría, prefirieron quedarse, por lo general, en Buenos Aires.

Los italianos, en cambio, por su aspecto físico y su idioma, fueron objeto de la creación de un estereotipo que se rotuló “el gringo” y que se cargó de sentido peyorativo en la figura del “cocoliche”. La mayoría marchó hacia Rosario, el sur de Santa Fe y Córdoba, constituyendo con el tiempo la “pampa gringa”

Aunque las ilusiones que impulsaban a los europeos hacia la Argentina eran múltiples, pueden distinguirse dos tipos de inmigrantes: los que llegaban pensando en arraigarse y los “golondrinas”. Éstos viajaban para trabajar en la cosecha, aprovechando el invierno europeo, y solían someterse a grandes privaciones para regresar a su tierra con cierta fortuna. Las condiciones de vivienda no eran óptimas. La mayoría encontraba refugio en los hacinados conventillos del Centro o de La Boca.

Atraídos por la prosperidad, las oportunidades de trabajo y el rápido ascenso, los extranjeros provocaron sentimientos encontrados. Junto al entusiasmo por el crecimiento, apareció una imagen más crítica y se sostuvo la necesidad de seleccionar su calidad. Muchos asociaron la “extranjerización” de la sociedad con la disolución de lo nacional.

Uno de los principales puntos de conflicto fue la divergencia entre el criterio de *jus solis* (nacionalidad por lugar de nacimiento), que sostenía la República Argentina, frente al *jus sanguinis* (nacionalidad heredada por vía paterna) de los extranjeros, agravado por una fuerte inclinación por parte de estos últimos a conservar entre ellos la lengua nativa, la tradición y la historia, y por fomentar los lazos afectivos de adhesión a su patria. En Buenos Aires, por ejemplo, la colectividad española construyó numerosos centros emblemáticos: la Sala de Comercio (origen del actual Club Español), la Española de beneficencia, el Hospital Español, el Centre Catalá, la Casa de España, el Centro Laurak Bat, el Centro gallego, etc.

Esto trajo como consecuencia la aparición de una nueva forma de entender la nacionalidad. Muchos sostenían que una nación era ante todo un orden político soberano, al que los hombres se incorporaban voluntariamente, sin importar su origen. Por lo tanto, pensaban que la nacionalidad se construía en el futuro resultado de la mezcla de sus componentes.

En julio de 1890 terminaba en España el Parlamento largo liberal y se registraba la vuelta de los conservadores al gobierno. Hacia fines de ese mismo mes, en la Argentina estallaba la llamada Revolución de 1890 o Revolución del Parque, que también produciría reordenamientos políticos y económicos en el país.

Inevitablemente, los obstáculos económicos y la consecuente necesidad de no ligarse a compromisos que pudieran afectar intereses vitales de ambos países condujeron a que la relación bilateral se redujera a una política de gestos, consistente en agasajos y manifestaciones de mutua consideración. Como ya se dijo, entre fines del siglo XIX y principios del XX el gobierno español tuvo su atención puesta en Europa y el norte de África, mientras que el argentino se concentró en Gran Bretaña, Alemania, Francia y Estados Unidos, sus principales mercados de exportación.

Por el lado de España, esta política de gestos se entroncó dentro de una visión que ha dado en llamarse el hispanoamericanismo español. Dicha visión consistió –y consiste- en una exaltación de los fundamentos comunes (religión católica, lengua española, raza blanca) que unirían a los pueblos de la América de habla hispana con su Madre Patria. No obstante, la contraposición de intereses económicos y una manifiesta incapacidad de las dos partes para buscar una fórmula de entendimiento hicieron imposible un mejoramiento en la relación. Por cierto, una serie de factores culturales tales como cierta tendencia al desprecio recíproco (manifestada en síntomas como la emergencia de un nacionalismo argentino de corte antihispanista entroncado en los mismos días de la Revolución de Mayo, o la manifiesta admiración de la elite argentina por los modelos culturales francés, británico o alemán, en lugar del español), atentaron contra un acercamiento entre ambos países. Existían una lengua e historia comunes pero a la vez muchos elementos de divergencia.

A lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX, los españoles continuaron emigrando a la Argentina, constituyendo, para el año 1914, el diez por ciento de la población del país.

Sin embargo, en ocasión de la Primera Guerra Mundial, miles de españoles fueron repatriados y la corriente inmigratoria cesó, para reanudarse –aunque con menos fuerza- en los años '20.

En conjunto, entre 1857 y 1930 los españoles representaron más del 30% de la inmigración neta.

En los comienzos de los '30 la inmigración masiva se interrumpe. En el decenio 1931-1940 se reduce el saldo a poco más de setenta mil, y un decreto del 26 de noviembre de 1932 ordena a los cónsules en el exterior la suspensión de permisos de desembarco y visados de papeles a los inmigrantes "que no tuviesen una ocupación garantizada".

Buenos Aires y el exilio republicano español

En los años en que se desarrolló la Guerra Civil Española, Buenos Aires se constituyó en uno de los grandes centros de la política del exilio. En esta ciudad se desarrollaba una gran actividad cultural española, pues se encontraban –entre otras entidades- importantes editoriales, tales como Losada, Sudamericana y Emecé, así como de acción benéfica: envíos de medicamentos, comida, dinero, etc. para las víctimas de la guerra.

El exilio republicano reconoce como momento inicial el fin de la guerra civil en el frente de Cataluña y el paso de miles de españoles a través de la frontera de los Pirineos. Cerca de 400.000 españoles ingresaron a Francia y 40.000 partieron rumbo a América (cifras variables de acuerdo con los distintos autores).

Desde 1936 muchos emigrados eligieron Buenos Aires para escapar de las consecuencias de la guerra, debido a los antecedentes migratorios anteriores.

En gran parte de la bibliografía sobre inmigración / exilio se hace una diferencia entre inmigración voluntaria e involuntaria. Los inmigrantes, en general y a grandes rasgos, dejan su país para realizar un cambio permanente de residencia; en cambio, los exiliados son forzados a dejar el país y tienen la esperanza de tarde o temprano retornar. Numerosos términos están en danza con respecto a estos últimos. Exiliados, desterrados, peregrinos, transterrados, etc., dependiendo de la actitud adoptada por los protagonistas del éxodo.

El exilio debido a la guerra civil fue –siguiendo la clasificación general propuesta al comienzo: inmigración / exilio- republicano, político, diferenciándose así de la inmigración anterior.

La mayoría de los exiliados provenían de Cataluña, aunque no todos eran catalanes (Cataluña había recibido refugiados del resto de España durante los años de la guerra civil). Le siguen luego las provincias cantábricas y las aragonesas.

La población exiliada estuvo formada en su inmensa mayoría por intelectuales y sectores privilegiados de la sociedad (segunda diferencia con la anterior inmigración).

Algunos aspectos destacables de este exilio son: a) La política migratoria argentina no fue favorable para el exiliado. Debían entrar ilegalmente por Chile, Paraguay o Uruguay, lo cual trajo como consecuencia que las llegadas fueran más escalonadas, siendo la comunidad de inmigrantes mayor en la

década del '50, que a principios del '40. b) Muchos españoles –sobre todo los intelectuales- eligieron Buenos Aires porque era la ciudad más europea de América Latina, la ciudad con mayor prestigio y movimiento cultural. c) A pesar de que el gobierno no propiciaba la inmigración, la población los recibió con simpatía (en México sucedería a la inversa). Como lo consigna Dora Schwarzstein:

> **El gobierno no deseaba que quienes vinieran al país "sean vencidos que buscan asilo a sus fracasos" e insistía que "el perseguido político no es un inmigrante y que no se puede pretender que el gobierno de la república [argentina] cree, con olvido de sus deberes fundamentales, un problema inexistente a título de resolver un problema existente en otros países".**
> **Sin embargo, el presidente Ortiz[32] finalmente otorgó la autorización para que los españoles del Massilia[33] se quedaran.**
> ***Crítica*[34] remarca el gesto del Poder Ejecutivo de permitir el ingreso de algunos de los exiliados del Massilia, señalando que "El presidente Ortiz interpretó el sentir de nuestra república al ofrecerles hogar democrático a los refugiados de España"[35].**

La distinción respecto del inmigrante (siglo XIX, principios del XX), así como también de los que no combatieron en la guerra, fue parte de una compleja trama que constituyó la identidad del exilio. La identificación como exiliados dio origen a una "comunidad de republicanos". Los hombres se reunían en los cafés de la Avenida de Mayo, desde siempre identificados con la comunidad española.

Si el inmigrante buscaba asimilarse idiomáticamente al país, el republicano hizo un esfuerzo consciente por conservar su acento y su vocabulario.

---

[32] Presidente argentino en ese momento.

[33] Vapor francés que arribó a Buenos Aires el 5 de noviembre de 1939, llevando 147 republicanos españoles exiliados, con destino inicial a Chile, Paraguay y Bolivia.

[34] Diario argentino dirigido por Natalio Botana, quien se erigiría en uno de los más destacados colaboradores de los republicanos españoles exiliados en Argentina. Al respecto, la misma Dora Schwarzstein también cita dos posturas enfrentadas: las palabras de un destacado exiliado español, Francisco Ayala, que permaneció en Buenos Aires entre los años 1940-1945 y que aseguraba que el director de *Crítica* se aprovechaba de los intelectuales españoles para dar más prestigio a su publicación; y la nota publicada por el diario *España Republicana* (del Centro Republicano Español de Buenos Aires) tras la muerte de Natalio Botana, reconociéndole la ayuda a los refugiados: "La muerte de Natalio Botana en un accidente automovilístico ha producido un vivo pesar en la colectividad española. El Sr. Botana, fundador y director-propietario de *Crítica*, dedicó siempre a los problemas de nuestro país una viva atención y dio el más resuelto apoyo a las luchas de nuestro pueblo... Las columnas de *Crítica* han estado siempre a disposición de los republicanos españoles."

[35] Schwarzstein, Dora, "La llegada de los republicanos españoles a la Argentina" en *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina*, Barcelona, Crítica, Contrastes, 2001.

Cuando el régimen franquista se hizo más flexible, muchos regresaron a España. Para éstos se planteó el tema del segundo exilio. Muchas familias dejaron hijos y nietos en la Argentina y nuevamente se hizo necesario enfrentar la división del núcleo familiar.

Con el paso del tiempo, los que se quedaron en Argentina se fueron desvinculando de la realidad española, que idealizaron en el recuerdo. Desarrollaron así un sentimiento fronterizo de no ser o no pertenecer a ningún sitio[36].

MARCO LITERARIO

Ficcionalización literaria de la Conquista

Es evidente, luego de lo tratado en el punto anterior, que gran parte de la historia de la República Argentina está relacionada, directa o indirectamente con la presencia española.

Como testimonio de la misma, aparece en la literatura argentina –entre otras[37]- la novela *El entenado* de Juan José Saer[38]. Fuertemente representativa, indaga la significación filosófica, cognitiva y política del gesto narrativo, relatando la historia de un adolescente que, a principios del siglo XVI, se embarca rumbo al Río de la Plata, como grumete de una expedición española.

Narrada en primera persona, la novela recoge las memorias del protagonista, anciano ya, que ha vuelto a Europa, luego de haber vivido junto a los indígenas.

Por lo general, las novelas que presentan a españoles emigrantes parten de la base –bien conocida- de que la causa primordial de este proceso migratorio es la miseria:

---

[36] Estos temas serán más exhaustivamente analizados en la narrativa de María Rosa Lojo, por constituir un núcleo temático fundamental en su obra.

[37] También se inscriben en la línea de representación histórica de la conquista: *Ansay o los infortunios de la gloria*, de Martín Caparrós; *Río de las congojas*, de Libertad Demitrópulos; *Los perros del paraíso* y *Daimón* de Abel Posse, etc.

[38] En este apartado no se pretende realizar un examen exhaustivo ni de la temática de las emigraciones españolas en la literatura argentina, ni de las novelas que la representan, sino simplemente una introducción ejemplificadora a dicha problemática. El análisis de la misma se efectuará en los siguientes títulos del presente trabajo.

> **... parece que lejos, en la orilla opuesta del océano y de la experiencia, la fruta es más sabrosa y más real, el sol más amarillo y benévolo, las palabras y los actos de los hombres más inteligibles, justos y definidos. Entusiasmado por estas convicciones –que eran también consecuencia de la miseria- me puse en campaña para embarcarme como grumete [39].**

América se perfila, entonces, como el lugar que convoca a la codicia, la cual tiñe todo de fábula y, en definitiva, de alucinación y locura:

> **... el tema daba a veces un aire demencial a las miradas y a las conversaciones [...] Se hablaba de ciudades pavimentadas de oro, del paraíso sobre la tierra, de monstruos marinos que surgían súbitos del agua y que los marinos los confundían con islas, hasta tal punto que desembarcaban sobre su lomo... (pp. 12-13)**

El grumete es, significativamente, un huérfano, como lo será todo emigrante, ya que, movido por las deslumbrantes oportunidades del nuevo mundo, dejará su patria y sólo encontrará la muerte... o el desarraigo, que es otra forma de aquélla. América se inscribe, de esta forma, en una dimensión inalcanzable para el español:

> **... comprobábamos que el espacio del que nos creíamos fundadores había estado siempre ahí, y consentía en dejarse atravesar con indiferencia, sin mostrar señales de nuestro paso y devorando incluso las que dejábamos... (p. 23)**

Esta naturaleza avasallante es la que provocará un sentimiento que signará la mirada del español en el nuevo mundo: el temor a la inmensidad del paisaje:

> **De esas costas vacías me quedó sobre todo la abundancia del cielo. Más de una vez me sentí diminuto bajo ese azul dilatado: en la playa amarilla, éramos como hormigas en el centro de un**

[39] Saer, Juan José, *El entenado,* Buenos Aires, Alianza, 1992. Todas las citas de esta novela pertenecen a esta edición.

> **desierto. Y si ahora que soy un viejo paso mis días en las ciudades, es porque en ellas la vida es horizontal, porque las ciudades disimulan el cielo. Allá, de noche, en cambio, dormíamos, a la intemperie, casi aplastados por las estrellas (p. 11)**

Y, simultáneamente, la idea de que, para él y desde el preciso instante en que liga su destino al del nuevo mundo, el presente sólo adquirirá fundamento en su parentesco con el pasado, el cual toma dimensiones omnipresentes: Su presente americano estará definitivamente signado por los recuerdos de una Europa lejana, poblada de puertos que lo empujaban al mar:

> **El olor del mar y del cáñamo humedecido, las velas lentas y rígidas que se alejan y se aproximan [...]: todo eso me acunó, fue mi casa, me dio una educación y me ayudó a crecer, ocupando el lugar, hasta donde llega mi memoria, de un padre y una madre (pp. 11-12)**

Y el europeo, inmerso en la nostalgia acuciante de una naturaleza abrumadora:

> **A lo que vino después, lo llamo años o mi vida –rumor de mares, de ciudades, de latidos humanos, cuya corriente, como un río arcaico que arrastrara los trastos de lo visible, me dejó en una pieza blanca, a la luz de las velas ya casi consumidas, balbuceando sobre un encuentro casual entre, y con, también, a ciencia cierta, las estrellas. (p. 155)**

Por otra parte, se plantea también la cuestión de la identidad, ligada a la dicotomía entre el universo conocido y "el otro":

> **De mí esperaban que duplicara, como el agua, la imagen que daban de sí mismos, que repitiera sus gestos y palabras, que los representara en su ausencia y que fuese capaz, cuando me devolvieran a mis semejantes, de [...] contárselo en detalle a todos. (pp. 133-134).**

Pero es una dicotomía dislocada, pues evidencia una alteridad, un "otro" distinto, pero que es capaz de volverse semejante: "... deduje que si me habían dado ese nombre [*def-ghi*[40]], era porque me hacían compartir, con todo lo otro que llamaban de la misma manera, alguna esencia solidaria." (Pág. 134)

De alguna manera, la imagen de Saer anticipa lo que significará para el español el regreso a su tierra: ser un *def-ghi*, un miembro de una tribu que se ha convertido en adelantado y puede dar cuenta de lo que vio, pero que, sin tomar verdadera conciencia de ello, se ha mimetizado con "el otro", al repetir parte de sus rasgos. Esta realidad lo coloca en el lugar ambiguo de ser uno y otro a la vez, negándosele así una eficaz integración social con cualquiera de ellos

Asimismo, *El entenado* permite evidenciar -como lo afirma Martín Kohan- la problematización del relato de la historia que plantea la nueva narrativa histórica argentina:

> **... la aventura del entenado, entre los indios primero, y en su regreso a Europa después, funciona como punto de fuga respecto de la materia histórica de la que la novela parte. Pero no es sólo por eso que, en *El entenado*, la superposición de memoria y escritura no sólo no conforma un relato histórico, sino que apunta incluso a poner en duda su propia posibilidad. En esta novela, los acontecimientos se viven, literalmente, una vez como tragedia y una vez como comedia; es decir, primero, entre los indios, como experiencia directa e incierta, y más tarde, otra vez en Europa, como pura representación teatral, como farsa de lo que antes había acontecido. Primero es una experiencia y luego es una pieza que se escribe para ser actuada, sin que la verdad importe ya demasiado.** [41]

La sociedad rioplatense del siglo XVIII como escenario literario

La literatura argentina tampoco permanece ajena al siguiente periodo migratorio que recibe de España. Un claro ejemplo de ello es la novela *Zama* de Antonio Di Benedetto[42]. En ella, es posible identificar el escenario físico y el contexto geopolítico de la sociedad rioplatense de fines del siglo XVIII,

[40] Resulta curioso observar el juego de sucesión alfabética que se opera en el nombre.
[41] Kohan, Martín, "Historia y literatura: la verdad de la narración" en Noé Jitrik [dir.], *Historia crítica de la Literatura Argentina. La narración gana la partida, ,* Buenos Aires, Emecé, 2000, p. 255.
[42] Otras novelas que se ocupan de este periodo son: *En esta dulce tierra* de Andrés Rivera, *El imposible reclamo de la eternidad,* de María Elvira Sagarzazu, *Cuerpo cristiano,* de Daniel Guebel, etc.

compuesta por españoles, criollos e indígenas. Malva E. Filer, en su estudio sobre *Zama*[43], acepta la existencia de un posible proyecto de novela histórica, aunque no se advierta el interés por la exactitud arqueológica. Por su parte, en un artículo publicado en el diario *Clarín* de Buenos Aires[44], Juan José Saer alude a la obra de Di Benedetto, situada entre el olvido y la escasa comprensión, estimándola como una intencional refutación del subgénero.

Sea de una u otra forma, la estructura interna de la novela plantea el caso de un corregidor español abandonado a su suerte por la Corona, y configura el marco histórico comprendido entre los años 1790-1799, en los que decadencia física y moral del protagonista crecen con la misma agudeza de la espera del ascenso. Muy significativamente, el libro se abre con la dedicatoria: "A las víctimas de la espera". Esta temática –la espera- signará gran parte de las novelas que presentan la imagen de los españoles emigrantes o exiliados.

En este sentido, desde el comienzo, los recursos metafóricos advierten la situación de dislocación y desarraigo del protagonista, Ventura Prieto, a través, por ejemplo, de la contemplación de un mono muerto, que detiene la narración:

> **Con su pequeña ola y sus remolinos sin salida, iba y venía, con precisión, un mono muerto, todavía completo y no descompuesto. El agua, ante el bosque, fue siempre una invitación al viaje, que él no hizo hasta no ser mono, sino cadáver de mono. El agua quería llevárselo y lo llevaba, pero se le enredó entre los palos del muelle decrépito y ahí estaba él, por irse y no, y ahí estábamos. [...] Ahí estábamos por irnos y no.** [45]

Asimismo, el relato de Prieto, referente a cierta especie de pez rechazado por las aguas, viene a reafirmar el símil entre Zama, que vive en los bordes –ni dentro, ni fuera de América- con el mono atrapado:

> **Dijo que hay un pez, en ese mismo río, que las aguas no quieren y él, el pez, debe pasar la vida, toda la vida, como el mono, en vaivén dentro de ellas; aún de un modo más penoso, porque está**

---

[43] Malva E. Filer, *La novela y el diálogo de los textos. Zama de Antonio Di Benedetto,* México, Oasis, 1982.
[44] Juan José Saer, "Zama. Entre el olvido y la incomprensión", Clarín, 20 de noviembre, 1986, Buenos Aires.
[45] Di Benedetto, Antonio, *Zama*, Madrid, Alianza, 1985, p. 11. Todas las citas pertenecen a esta edición.

vivo y tiene que luchar constantemente con el flujo líquido que quiere arrojarlo a tierra (pp. 12-13)

Curiosamente, el mono está muerto, pero el pez, vivo. De alguna forma, a través de estos símiles, se plantea la idea de que Zama se encuentra también entre estas dos realidades vitales.

Saer -que señala esta novela como antecedente de la suya, *El entenado* (tratada anteriormente)[46]- considera estos procedimientos como una probable variante de la puesta en abismo. Con el mono muerto y cautivo en las aguas y con el pez en permanente lucha, se identifica Zama (el corregidor español), en continua espera, a la deriva, en progresivo estado de disolución.

Noemí Ulla dedica un trabajo a Di Benedetto y hace hincapié en la idea de "una poética de la destrucción". Afirma que "los personajes de Di Benedetto se mueven entre los límites de la realidad y la fantasía; encerrados en una interioridad que los agobia, hecha de culpas, de postergaciones, de desarraigos [...] No han apostado a la vida: han elegido, en cambio, la destrucción"[47].

El río posee una condición ambivalente: admite la posibilidad de la comunicación y también de la incomunicación. El río es, en *Zama*, agua que fluye e inmovilidad de la espera.

La disolución gradual de Zama se refleja en diversos estados de pérdida: la pobreza que se acentúa, la venta de su caballo y de su estoque, los sucesivos cambios de hospedaje que disminuyen de categoría, el alimento que se vuelve cada vez más exiguo y, al mismo tiempo, más exigente, cuando se le niegan satisfacciones de la apetencia sexual; la venta de las joyas de su esposa Marta.

A todos estos hechos se suma la frustración por no acceder a un ascenso o a un traslado a una sede de mayor prestigio: "Era preciso que yo cuidase mi estabilidad, mi puesto, justamente para poder desembarazarme de él, del puesto" (p. 16). Tampoco logra, ya que el ascenso se posterga irremediablemente, integrarse con la realidad de su nueva condición. Desea ser padre, lo cual le posibilitaría "echar raíces", pero el único hijo que tiene es extramatrimonial y "enteco"[48], por lo tanto,

---

[46] Considérese la multiplicidad de coincidencias entre ambas novelas. Por ejemplo, la imagen de la nave escoltada por una muchedumbre de cadáveres de *El entenado* y su correspondencia con el cadáver del mono en *Zama.*

[47] Noemí Ulla, "Zama: la poética de la destrucción" en Laforgue, Jorge (comp.), *Nueva novela latinoamericana II*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

[48] Calificativo que le da el propio Zama en la obra. Op. Cit., p. 113. "Enteco" significa enfermizo, débil, flaco, o bien, ridículo, lo cual resulta simbólico en el texto, pues representa una nueva aporía que intensifica la situación del protagonista.

condenado a ser bastardo. Ni siquiera le servirá para solicitar su traslado a la Metrópoli, intención que ratifica su plan de no afincarse en ningún momento en esta tierra.

Finalmente, estalla una sublevación y un grupo armado dicta sentencia. Pero, en lugar de la muerte, llega para Zama la mutilación, hundidos los muñones en la ceniza del fogón. La muerte puede ser liberadora, al permitir la trascendencia, la paz definitiva. La mutilación es una condena, una forma de vida devaluada, un permanente padecimiento. He aquí otra imagen característica de la figura del español en la literatura argentina actual.

El estereotipo literario del inmigrante: su transformación

La narrativa argentina de las últimas décadas, en notoria discordancia con la que le precede[49], introduce una nueva figura del español que emigra al país a fines del siglo XIX y principios del XX.

Dentro de la literatura argentina de fines del siglo XIX, las nacionalidades más tipificadas eran las de los italianos, los gringos y los judíos. Los españoles aparecían en contadas ocasiones. Pero, paralelamente a la llegada de nuevos flujos migratorios hacia Buenos Aires, comienza a intensificarse la presencia del gallego en la literatura.

En las primeras dos décadas del siglo XX, se consolida la imagen del estereotipo gallego, signado por características duales: tosco, inculto y avariento, a la vez que trabajador, honrado e inocente.

Ya en la tercera década, este personaje ocupa una figura de mayor relevancia, puesto que es el ingrediente esencial del sainete criollo, en el que se lo parodia y ridiculiza.

---

[49] En ella, por lo general, cuando aparecía el español, servía para registrar los siguientes temas:

- el enriquecimiento y el ascenso social
- la educación de los hijos, que debe servir para ennoblecer a los padres
- el rechazo del hijo hacia los padres pobres e incultos

De esto emergen los mitos acerca del origen humilde que puede dejarse atrás gracias al esfuerzo y al trabajo, como se evidencia en novelas tales como el *Libro extraño* de Francisco Siccardi: "empiezan por barrer la tienda a los diez años, limpian las lámparas de kerosene y concluyen muchos a los cuarenta por ser dueños de registros y estancias"; o *La sombra del convento* de Manuel Gálvez: "El emigrado fue un hombre austero, silencioso, dogmático..." Ver, para este tema, el artículo de Josefina Delgado, citado en la Bibliografía sobre inmigración y exilio.

Es lícito aclarar que, en numerosas ocasiones, el gallego era un andaluz de marcado ceceo y gracejo propio de su origen, o bien, un castellano con un acento de resonancias clásicas. El gentilicio "gallego" se extendía, por lo tanto, a todos los inmigrantes españoles.

Las elites dirigentes fueron las que gestaron una nueva imagen para el personaje inmigrante a fin de facilitar la inserción del mismo, atribuyéndole cualidades notoriamente positivas. Por su parte, frente a las que le otorgaba el sainete, los escritores gallegos de la emigración impusieron las de sabiduría popular, sobriedad, honestidad y moralidad.

Las primeras novelas que desmitifican esta imagen heroica de los inmigrantes, trucada ahora en la de gente que sólo aspira al trabajo y a la prosperidad, pero que no siempre los consiguen, son las de escritores que se incluyen en las generaciones de los "hijos". Por ejemplo, en *La traición de Rita Hayworth* de Manuel Puig (1968):

> **...papá cierra los ojos y ve el pueblo todavía, después de veinticinco años que se fue. Galicia, tan linda, tan linda, siempre tan linda, y maldita sea la pampa, y era cierto que Galicia era linda ¿Por qué se vino papá? Qué tonto, pero eran pobres y acá somos tan ricos que con una mano nos tapamos lo de adelante y con la otra lo de atrás [...]"**
> **"... y por qué se habrá venido a la Argentina, en la pampa tiene el dedal puesto todo el día y cierra la ventana para que no entre el viento con tierra[50].**

Por su parte, Horacio Vázquez Rial, escritor argentino residente en Madrid, ratifica la imagen desmitificada del español inmigrante, inscribiéndola en el ambiente rioplatense de fines de siglo XIX y principios del XX con su novela *Frontera Sur*[51].

En ella, se presenta claramente la problemática del desarraigo, la frustración y la nostalgia del emigrante español, siempre latente, a pesar de la prosperidad económica –teñida de cierto sentimiento de culpa por la forma de adquirirla- y el alto grado de integración social que hayan alcanzado:

---

[50] Puig, Manuel, *La traición de Rita Hayworth*, Barcelona, Seix Barral, 1997, pp. 173-174. También, en esta línea, se encuentra la novela *Transparente* de Enrique Medina.
[51] Vázquez Rial, Horacio, *Frontera Sur*, Barcelona, Ediciones B, 1998. Todas las citas pertenecen a esta edición.

-¿Y vos, Teresa? –intervino Frisch-. ¿No tenés familia en España?
-¿Yo? –se asombró ella.
-Sí, vos –urgió Ramón.
-Puede ser
Teresa se ensombreció. [...]
-Aunque quede alguien –no puedo ir.
-¿Por qué?
-Por la forma en que me fui... [...]
-Volvería una señora, viuda, con un hijo mayor –razonó Frisch. Una persona más respetable que el señor Cassoulet. Además, si no fueras más respetable que él, igual serías rica. ¿O te olvidás de que sos rica? Los ricos no tienen historia. O tienen la que quieren.
Dos lágrimas corrieron por las mejillas de Teresa.
-¿A vos te parece que podría ir? (p. 158)

A diferencia de los movimientos migratorios planteados anteriormente, en este periodo aparece un afán por abrirse paso e integrarse al nuevo mundo. Roque, uno de los protagonistas de esta novela, llega a Buenos Aires y, tras momentos de infortunios, logra hacerse de una posición y concreta su proyecto de futuro en estas tierras:

Ramón no pudo evitar la pena al comparar aquello con el sitio en el que habían sido acogidos hasta entonces, pero no dijo una palabra. Fue su padre quien habló:
- Sé lo que estás pensando, Ramón –dijo [...]- Estábamos bien en lo de Posse. Él es generoso, y nos alojaría por un tiempo más. [...]
El niño le miró a los ojos, interrogativo.
-Nosotros también tenemos que ser generosos –siguió el hombre-. Llegará otra gente de España e irá a parar a aquella casa. Debemos dejar libre ese lugar.
Además, yo puedo pagar un alquiler, vivir sin deber nada a la buena voluntad de nadie. Ésta, así, como es, miserable y fea, es nuestra casa. (p. 36)

Pero el ascenso ya no dependerá del trabajo, sino de la habilidad para sortear las dificultades de la "Gran Aldea". Por lo tanto, se hace indispensable el sincretismo cultural entre el "porteño" y "gallego"[52], dentro de un largo proceso de integración del inmigrante europeo:

> **-No, no, si yo lo que quiero es ayudarlo. Para eso estamos.**
> **-¿Quiénes?**
> **-Los porteños. ¿Cómo le gustaría dormir?**
> **Frisch le miró sin entender.**
> **-Si solo o acompañado, digo. ¿Quiere una cama, o una cama y una mujer?**
> **-Veo que hay de todo –dijo el alemán, poniéndose de pie.**
> **-Es Buenos Aires, viejo. Hay de todo.**
> **-¿Tú me consigues lo que yo quiera?**
> **-Lo que quiera. Y le adelanto un consejo, gratis, si se piensa quedar a vivir: agárrese al vos, con fuerza, como hizo antes. Si habla de tú, va a ser siempre un extranjero. (pp. 45-46)**

El ethos ya no se forja en la evolución histórica (el pasado y el presente español comienza a vivirse como un eco lejano), sino en la naturaleza recuperada, en el espacio compartido, en la participación colectiva en el mundo de los objetos: "A medida que bajaba la luz e iban llegando invitados, gallegos agauchados de alpargata y rastra..." (p. 26)

En este sentido, desde una perspectiva antropológica, sería lícito sostener que el factor que señala la identidad étnica puede ser cualquiera de esos objetos o comportamientos que la gente tiene en común.

Cabe señalar, además, que, desde el comienzo, vuelve a hacerse presente la misma problemática entre historia-ficción que se ha mencionado para las otras novelas tratadas:

---

[52] Como se ha comentado anteriormente, el gentilicio "gallego" se ha usado genéricamente en la Argentina para designar a los españoles de cualquier procedencia. El estereotipo negativo del gallego puede tener su origen en la literatura castellana de fines de la Edad Media y del Siglo de Oro (Lope de Vega, Calderón de la Barca y Tirso de Molina), en la que se lo presentaba con una imagen burlesca y despectiva. Estas características eran bastante populares en la América Colonial, donde esta comunidad representaba el núcleo más grande de la inmigración española.
Los criollos solían insultar a los españoles monárquicos usando el epíteto "gallego", pero no porque tuvieran alguna animosidad en contra de los oriundos de Galicia, sino porque veían que el resto de los españoles se sentían ofendidos por ese apelativo.

> **... Las historias, en cambio, son irremediablemente dudosas. En todo caso, una vez que las cuente, serán sólo literatura. Además, yo nací para eso. [...] Para contar. Para explicar historias.**
> **-Si tienes quien te escuche, Vero. Y no sé si quedará alguien con la presencia de ánimo suficiente para escucharte cuando te metas con los otros.**
> **-¿Qué otros?**
> **-Los que no te necesitan ni para conservar el nombre. Los que son inmortales sin tu intervención. Los mitos[53]. Nadie quiere jugar con esas cartas.**
> **-Los mitos son lo que son para cada uno, Clara: dioses, sombras... según los tiempos. Tienen culpas, pero no son responsables. Pertenecen a la imaginación, de manera que su presencia en una novela realista es inevitable. (pp. 13-14)**

Una cuestión de herencia: El exilio

Finalmente, el último periodo migratorio español registrado activamente por la literatura argentina, el producido por la Guerra Civil, se evidencia en obras tales como *La cruz invertida* de Marcos Aguinis[54].

En ella, es posible ver como, al principio, los exiliados llevaban la guerra civil adonde iban, pero luego, cuando se daban cuenta de que no podían volver, su realidad fue el silencio:

> **¿Cómo no ir a misa si pretendía extender sus vinculaciones a todos los copetudos del barrio elegante en el que acababa de instalarnos? No se debía mencionar el pasado republicano de papá. Era casi un comunista porque... "dime con quién andas..."** [55]

[53] Se refiere a personajes de la novela, tales como Carlos Gardel, quienes son tratados por el autor independientemente de la historia oficial que se conoce de ellos.
[54] En esta línea se inscriben también *El soldado de porcelana*, de Horacio Vázquez Rial; *Apuntes de familia*, de Miguel de Torre; *Informe de París* de Paula Wajsman; *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, de María Rosa Lojo; etc.
[55] Aguinis, Marcos, *La cruz invertida*, Barcelona, Planeta, 1970, p. 25. Todas las citas pertenecen a la misma edición.

El retorno fue una idea siempre presente para estos últimos. Y éste es uno de los puntos más destacables en la narrativa argentina de las últimas décadas:

> **¿Por qué venían a Latinoamérica? No lo sabían con certeza. Este continente sería su refugio transitorio, una posada en el camino hasta que la noche se fuera de España. Lo imaginaban atrasado y amorfo donde los europeos amasan con rapidez prodigiosas fortunas, pero donde no se encuentra incentivo para vivir. (pp. 25-26)**

El sentimiento de transitoriedad del exilio fue penetrando en los hijos de los refugiados que heredaron la nostalgia de algo que casi no conocían.

Logran un ascenso económico que, tampoco en este caso, dependía exclusivamente del esfuerzo y el trabajo: "El resto es historia fácil: dinero, dinero y más dinero. Los años de la posguerra chorrearon oro en este continente" (p.28). Y volviendo a la desmitificación mencionada anteriormente, se introduce nuevamente la idea de que ya la prosperidad no está ligada al estudio: Néstor y Eurídice[56], los hijos de los exiliados españoles de esta novela, estudian en colegios religiosos, aprenden buenos modales, piano, etc., pero vivirán inmersos en el sin sentido, conscientes de que siempre serán los hijos de los republicanos escapados de la guerra, con un origen humilde que los perseguirá por siempre y que no permitirá jamás su integración real a la alta sociedad porteña:

> **Hicieron una fiesta en casa, invitaron a la gente bien del barrio [...] Llegaron un montón de chicas y muchachos que conocía por primera vez. Mi madre invitó a sus presuntas "amigas". No entiendo como tantos copetudos se dignaron venir. Yo se lo dije: Papá, no te engañes: aprovechan la fiesta, pero no nos han aceptado. Saben que fuiste un vulgar miliciano y que mamá trabajó como sirvienta. (p.54)**

[56] Es interesante la razón por la que la madre decide ponerle estos nombres a sus hijos: "Mi madre se opuso a todos los nombres que sugirió papá, inspirado en los Presidentes de la República o en sus camaradas de milicia ¡Basta de Pepes y Pacos!, le gritó. Tendrá un nombre fino, histórico: Néstor." (p.28). Lo cierto es que el adjetivo "histórico" niega, en este caso, su posible vinculación con la Guerra Civil y acentúa paradójicamente la idea de anulación del pasado.

Pero no sería cierto decir que el exilio republicano español siempre dio como resultado esta oscura visión en los hijos. En algunos casos, como el del escritor argentino Álvaro Abós, hijo de exiliados barceloneses por la guerra civil en Buenos Aires, la posición adoptada frente a esta circunstancia varía notablemente. La presencia española en la Argentina no está ausente en su obra. En el año 2000, publicó un trabajo titulado *El libro de Buenos Aires,* donde recopiló numerosos escritos de viajeros, narradores, filósofos, historiadores, etc. que versan acerca de la ciudad en cuestión. Desde la primera fundación de Buenos Aires, en 1536, hasta la actualidad, a través de voces de distintas procedencias: españolas, inglesas, francesas, italianas... así como argentinas, dibuja una suerte de mapa de recorridos históricos por la ciudad porteña, sus calles, su gente, esa mezcla tan peculiar de culturas que ha caracterizada siempre a la gran urbe. Todas esas voces que han peregrinado por allí por uno u otro motivo –que van desde el viaje por curiosidad o la inmigración por ambición económica hasta la desesperación del exilio forzado, también económico o político-, trazan un entramado de culturas que definen la esencia misma del patrimonio cultural bonaerense.

Este libro está dividido en distintas partes que se corresponden con momentos significativos de la historia de la ciudad, encabezadas por poéticos títulos como: "Una orilla barrosa" (de remembranzas borgianas), "La Gran Aldea" (homónimo de la novela de Lucio Vicente López), "Fervor de Buenos Aires" (homónimo del poemario del mismo Borges) y, finalmente, "La reina destronada" (desesperanza de la actual crisis porteña). En cada una de estas secciones, dialogan voces españolas y argentinas, muchas veces con la intervención del mismo autor, que las articula desde la introducción. Comenzando por la época de la conquista, el compilador hace emerger del pasado la ciudad de Buenos Aires, "aquella ciudad dificultosamente surgida de los contratiempos y los azares", según afirma Álvaro Abós, de donde llegan los escritos, por una parte, de Ulrico Schmidl e Isabel de Guevara, alemán y española respectivamente, ambos miembros de la expedición de Pedro de Mendoza, primer fundador español de la ciudad, y, por otra parte, de Juan de Garay, segundo fundador, también español. Apadrinando los discursos, Abós deja flotando sobre ellos la idea de que "Toda ciudad es su memoria", por lo tanto, desde el inicio, pone de manifiesto que la primera memoria –oral o escrita- de Buenos Aires le es ajena a sí misma, a diferencia de otras grandes urbes hispanoamericanas de origen precolombino, ya que antes de aquélla, sólo encontramos la figura de Europa en el recuerdo de sus fundadores: "Sólo Ulrico e Isabel no incorporan ese tiempo agregado que tienen las ciudades. Sólo ellos no tenían nada que recordar porque antes no

había nada"[57]. A esa misma carencia de origen independiente del español, pero camuflada por los años y la evolución de la ciudad dentro del virreinato, le sucede otra carencia: la de una identidad propia. Abós sostiene: "La Argentina se separó de España en 1810 y ratificó su independencia en 1816, sin tener una idea muy clara de qué clase de país era, [ni] cómo se llamaba"(p. 67). Esta realidad, sumada, a fines del mismo siglo, a la fuerza europeizante de la generación del '80 y a las vastas corrientes inmigratorias europeas, así como a otras semejantes en el siglo XX, incluido el exilio republicano[58] a mediados de la centuria, derivaría en la fachada variopinta de la ciudad y de sus habitantes.

Hasta aquí, historias de conquistadores, inmigrantes y exiliados que han forjado un ámbito donde convergen multitud de culturas. Bajo el ala de este pasado heterogéneo, surgen los escritores argentinos, hijos de exiliados españoles, como el citado Álvaro Abós, o como María Rosa Lojo –cuya obra será analizada más exhaustivamente en el punto 4-, Aitana Alberti, Miguel de Torre, etc., quienes, en mayor o menor medida, incorporan la temática hispánica en sus textos y recrean, por otra parte, esta imagen de Buenos Aires, que ha servido de escenario del exilio de sus padres. Es allí, en sus obras, donde resulta interesante pensar de qué manera plantean las formas del trazado del sujeto exiliado en la sociedad porteña en la que éste deja su marca y cómo su literatura se constituye en un conjunto de enunciados de saberes sociales, tanto acerca de la experiencia del desarraigo paterno, como de la de sus co-protagonistas, los hijos.

¿De qué manera afecta todo esto a los hijos de exiliados y a su literatura, tanto en lo que atañe a los enunciados legitimados por el exilio paterno como a los otros enunciados silenciados? Esto configuraría, desde luego, el sociograma del exilio heredado.

Volviendo a la obra de Abós, ésta emerge del entramado de voces que hablan de la misma Buenos Aires, recordando desde un pasado ya remoto las incursiones españolas a la ciudad y ubicándose en un espacio de irónico desafío frente a la forma en que usualmente se relata la historia:

> **Don Pedro fundó Buenos Aires, pero estando gravemente enfermo de sífilis –sin que sea posible saber dónde la contrajo- debió embarcarse de regreso. Los precarios emplazamientos fueron arrasados por los indios. Mendoza ni siquiera pudo llegar**

[57] Abós, Álvaro [compilador], *El libro de Buenos Aires*, Buenos Aires, Mondadori, Lecturas Argentinas, 2000, pp. 25-26. Todas las citas pertenecen a esta edición.
[58] En el libro de Abós, representado por la voz de Ramón Gómez de la Serna.

> **a destino, por lo que su cadáver fue arrojado por la borda en medio del Océano. Buenos Aires o lo amargo por lo dulce. [...] Garay proclamó fundada la ciudad de la Santísima trinidad, Puerto de Santa María de los Buenos Aires. Luego, Garay siguió explorando las costas hasta que una noche en Barranca de los Lobos, antes de reposar de sus fatigas, le avisaron que unos indios merodeaban el campamento. Garay dijo: 'Estos indios me temen. Estamos tan seguros aquí como en Madrid'. Esa noche él y otros diez fueron asesinados a garrotazos. (pp. 26-27)**

En todo caso, de lo que se trata es de ver de qué forma esa realidad del exilio es tematizada, representada, interpretada, semiotizada por los hijos, en el rumor fragmentado que constituye el discurso social, en tanto que sus textos contribuyen a producir un imaginario social y una figura de identidad.

Y es justamente esta última, la propia identidad, la que debe emerger de la búsqueda del lugar antropológico de los hijos de exiliados, pues es éste el que representa un principio de identificación, un espacio relacional, ya que se comparte con otros la inscripción en el suelo, y una posición histórica, porque se define por una estabilidad mínima, por la que aquéllos que viven en él pueden reconocer señales que no serán objetos de conocimientos para otros. Pero para estos hijos esa búsqueda es conflictiva, ya que se encontrarán escindidos entre dos nacionalidades, dos espacios, dos culturas.

Pero, más allá de la experiencia antropológica, resulta interesante plantearse desde qué parámetros se debe repensar la literaturidad del exilio, en casos donde la misma experiencia se convierte en una forma especular entre padres e hijos, en la que éstos inscriben una nueva visión: la del exilio por herencia.

Curiosamente, muchos muestran en la madurez de sus trabajos un marcado interés por la construcción del mito porteño. Buenos Aires es, pues, en el imaginario colectivo, ese lugar mítico e inexistente, creación de inmigrantes y exiliados de todas las épocas. Es el espacio donde los extremos confluyen, aunque no se mezclan. Parecen formar una unidad, pero conviven cediéndose el turno del protagonismo uno al otro sin cesar, alterando todos los órdenes establecidos y creando una nueva lógica, hecha de contradicciones esenciales.

En conclusión, entonces, y volviendo al razonamiento anterior, tal vez se deban buscar las claves de la literatura de los hijos de exiliados, por una parte, en esa postura contestataria al discurso del exilio paterno y, por otra, en muchos casos, en este volcarse a la construcción y reafirmación del mito "Buenos Aires", que parece ser el único lugar apropiado para ellos, un lugar forjado a partir de conquistas,

inmigraciones y exilios, un lugar sin memoria previa, en donde ser exiliado o hijo de exiliado constituye la normalidad, y por lo tanto, permite que ese “no lugar” al que parecieran estar condenados, se convierta en un lugar donde se vislumbra una posibilidad de alcanzar la propia identidad.

UNA EXPERIENCIA INTERSTICIAL: EL EXILIO HEREDADO

Innumerables, los desterrados. Repetida, reiniciada un sinfín de veces, interminable, la experiencia del exilio a lo largo de los siglos. Sin embargo, ésta cambia.

Claudio Guillén, *El sol de los esterrados*[59].

La cuestión del exilio transita las páginas de diversos escritores desde la Antigüedad hasta nuestros días. Como bien lo señala Guillén en la obra citada en el epígrafe de este apartado:

> **El exilio denuncia una pérdida, un empobrecimiento, o hasta una mutilación misma [...] La persona se desangra. El yo siente como rota y fragmentada su propia naturaleza psicosocial, y su participación en los sistemas de signos en que descansa la vida cotidiana (P. 14)**

Pero no se puede sostener que es la única forma del exilio existente, ya que éste ha ido adquiriendo multitud de matices a lo largo de la historia.

Comenzando por Arístipo -fundador de la escuela cínica y autor posible de un diálogo titulado *A los exiliados* y otro, atribuido por Panacio de Rodas y Soción, llamado *Los exiliados [Φυγαδαζ]*, quien aseguraría, según consta en los *Memorabilia*[60] de Jenofonte: "Yo no me reduzco a ningún Estado en particular. Soy extranjero en todas partes" (II, 11-15)-, se podrían citar variados enfoques de esta problemática, volviendo compleja así la concepción del tema planteada por Guillén en la cita del epígrafe.

[59] Guillén, Claudio, *El sol de los desterrados: Literatura y exilio*, Barcelona, Quaderns Crema, 1995.
[60] También conocida como *Recuerdos de Sócrates*, Madrid, Gredos, 1993.

En este sentido, es digna de destacar la postura de Plutarco[61], quien oponiéndose a la visión negativa de Eurípides en *Fenicias*[62], considera al exilio una provechosa experiencia que le permite al ser humano liberarse de lo local y lo particular y alcanzar una suerte de universalidad que lo acerca más a lo que tiene en común con el resto de los hombres. En el mismo orden, Séneca[63] –relegado por el emperador Claudio a Córcega- sostiene que el espíritu nunca puede padecer el exilio, ya que el sol, la luna y las estrellas le confirman diariamente su inclusión en el orden del universo.

Ovidio, sin embargo, presentará una posición afligida, negativa y agónica, verdaderamente opuesta a la cínico-estoica: La nostalgia anula el efecto unificador de la Naturaleza y el exilio, primordialmente cultural, se define como una carencia de sustancia significativa. La poesía, para el autor de los *Tristia*[64], es un consuelo, una posibilidad de superación del acongojado destino del poeta exiliado.

Avanzando más en el tiempo, la tradición ovidiana es objeto de debate en el Medioevo y con el Renacimiento surge cabalmente como tema. El exilio medieval apunta a perfilar dicha experiencia como un largo viaje, una búsqueda en donde el hombre, desgajado de su entorno original, se aboca al perfeccionamiento del alma. Dante Alighieri[65], habiendo padecido esta suerte por sus ideas políticas y continuando esta tradición, presenta la imagen de un exilio honroso y justo, pero no sin sacrificio. En algunas oportunidades, también apela al tópico estoico del consuelo que da la Naturaleza.

Ovidio y Ulises serán en el Renacimiento los parangones de la figura del exiliado, y el mayor logro del primero de ellos habrá sido la tematización del exilio.

---

[61] Plutarco, *L'esilio*, Napili, D'Auria, Introduzione, testo critico, traduzione e commento a cura di Raul Caballero e Giovanni Viansino, 1995.

[62] Eurípides, *Fenicias*, Madrid, Gredos, 2000. En el diálogo entre Edipo y su hija Antígona, se plantea claramente la idea del exilio como la peor fortuna para los personajes: "Estos míseros padecimientos te aguardaban, padre, para morir, desterrado de tu patria en cualquier lugar. Lágrimas de añoranza les dejo a mis jóvenes amigas, y me voy lejos de mi tierra patria, en marcha errabunda impropia de doncellas" vv. 1734-1739 (Traducción de Carlos García Gual)

[63] Séneca, "Consolación a la madre Helvia", en *Obras completas,* Madrid, Aguilar, 1966.

[64] Ovidio Nasón, Publio, *Tristes*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1991.

[65] Alighieri, Dante, *La divina comedia*, Madrid, Edad, 1980. El exilio aparece en diferentes contextos (Infierno, Paraíso, etc.) y resulta polisémico y metafórico. Se refiere tanto a experiencias históricas –el éxodo judío desde Egipto, por ejemplo- como a pasajes bíblicos: expulsión de Adán y Eva.

Un nuevo e interesante matiz lo aporta Shakespeare[66]: El exilio es una vasta metáfora, la de la separación entre el homo interior y el homo exterior. No es una encomiable vía de acceso a lo universal, como afirmaba Séneca, sino un símbolo del hombre desvalido, descoyuntado, dramáticamente roto.

Al acercarse a los tiempos modernos, se evidencia una intensificación de la experiencia del exilio. La posibilidad de un proceso de universalización que ubicaría al exilio en una situación menos dramática, se ve truncada por la aparición de ciertas concepciones tales como la de cultura como mosaico de originalidades locales, o de literatura como conjunto de estilos, temas y valores nacionales. La idea del carácter nacional se convierte en principio de identidad psíquica y colectiva. En este sentido, se podría sostener el triunfo del talante nostálgico y localista ovidiano.

UNA MIRADA DESDE LA POLIFONÍA SOCIAL

Para hablar de la identidad del exiliado / inmigrante y, en consecuencia, del hijo de éste –español o argentino, según los casos- resulta imprescindible tomar en cuenta algunos conceptos referentes a la "identidad" y a la "identificación" en la sociedad actual, cuestiones siempre discutidas y discutibles.

Al respecto, la Sociología propone una diferencia significativa entre persona e individuo, la cual radica en la exterioridad de la primera en contrapartida de la interioridad del segundo. La persona, en tanto que arquetipo, vive y repite los instintos creativos de la colectividad. Como máscara, escenifica o participa de la escenificación de tipos generales. Permite representar el espanto o la angustia, la ira o la alegría, etc., es decir, estados afectivos elementales que sólo tienen valor porque son colectivos. Cada uno, de diferentes maneras, interpreta un papel que lo integra en el conjunto *societal*, fenómeno que constituye el fundamento de la dialéctica cuerpo propio / cuerpo social.

En este sentido, Michel Maffesoli[67] recuerda el paralelismo tomista hábito-habitus. La vestimenta concuerda con las costumbres. Resultaría sencillo demostrar que esta relación entre apariencia y cuerpo social ha dejado de ser patrimonio exclusivo de los estamentos para convertirse en el signo de

[66] Shakespeare, William, *Ricardo II*, Madrid, Cátedra, 1997. Ver especialmente el acto primero.
[67] Maffesoli, Michel, "Identidad e identificación en las sociedades contemporáneas" en *El sujeto europeo*, s/d.

reconocimiento de la multiplicidad de los grupos informales que constituyen la sociedad posmoderna. El cuerpo propio se exacerba por una parte, y por otra, tiende a consumirse en el cuerpo colectivo.

Al liberar al sujeto de las "angustias de la elección" lo identifica como miembro del grupo, es decir, como "receptáculo de contenidos sociales". Lo cual permite abundar en el hecho de que la apariencia es cualquier cosa menos individual. En tanto persona, se identifica en función de los demás, en función del entorno natural y social. Por lo tanto, el desgajamiento social se acentúa en el caso del exiliado.

En la imitación se da el deseo de ser reconocido por el otro, la búsqueda de un apoyo o de protección social y el hecho de seguir una vía común.

Por otra parte, se producen las llamadas *identificaciones espaciales*. Los grupos dibujan de alguna manera su forma en el suelo y encuentran sus recuerdos colectivos en el marco espacial definido de este modo. Hay, así, tantas maneras de representar el espacio como grupos.

La ciudad es sensible y relacional. Las sensaciones, olores y ruidos conforman una teatralidad cotidiana que la convierte en un objeto animado. El espacio crea, entonces, una memoria colectiva que permite la identificación.

Según Marc Augé[68], la organización del espacio y la constitución de lugares son, en el interior de un mismo grupo social, una de las apuestas y una de las modalidades de las prácticas colectivas e individuales. Las colectividades, como los individuos que se incorporan a ellas, tienen necesidad de pensar la identidad y la relación. El tratamiento del espacio es uno de los medios de esta empresa.

El lugar antropológico es el principio de sentido para aquellos que lo habitan y se define por tres rasgos:

1. Es identificatorio, puesto que nacer es nacer en un lugar, tener destinado un sitio de residencia, por lo tanto, el lugar de nacimiento es constitutivo de la identidad individual.
2. Es relacional, pues se comparte con otros la inscripción en el suelo. Michel de Certeau[69] ve en el lugar el orden "según el cual los elementos son distribuidos en sus relaciones de coexistencia", define el lugar como una "configuración instantánea de posiciones".

[68] Augé, Marc, *Los "no-lugares". Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa, 1996.
[69] Citado por Marc Augé, Op Cit.

3. Es histórico, porque se define por una estabilidad mínima, por eso aquéllos que viven en él pueden reconocer allí señales que no serán objetos de conocimiento para otros.

Los factores identificatorios de un grupo social se podrían resumir, entonces, en: una población que se perpetúa biológicamente; el compartir valores y formas culturales; un campo de comunicación e interacción; y un agrupamiento que se identifica y es identificado por otros como una categoría diferente de otras del mismo tipo.

Como se ha sostenido en el apartado anterior, el factor que señala la identidad étnica puede ser cualquier objeto o comportamiento que la gente tenga en común. La etnicidad es una categoría mayor que la de minoría / mayoría, ya que estos dos últimos términos se refieren a relaciones donde hay estratificación, pero las etnias pueden existir en igualdad de condiciones.

El problema está en que casi todas las sociedades modernas –en especial, la argentina- son multiétnicas. El concepto de etnicidad implica de alguna manera la aceptación de esas multietnias.

A un sujeto lo que lo relaciona con los otros son los criterios de adscripción que definen su identidad y le dan un sentido de destino compartido con "su pueblo", en el que se pueden considerar como los componentes fundamentales de la cultura de un grupo: la solidaridad y la lealtad.

La etnicidad relaciona elementos del pasado y del futuro: los miembros de un grupo son los antecesores, los contemporáneos y los descendientes:

La identidad es individual, pero existe sólo en interrelación con los valores culturales del grupo. Se trata de actitudes de la persona hacia valores básicos del grupo social en particular.

La alteridad cultural jamás es considerada una diferencia positiva, sino que siempre es una inferioridad según un esquema jerárquico.

La cultura puede ser definida, entonces, como espacio ideológico cuya función objetiva consiste en enraizar una colectividad en la conciencia de su propia identidad. Su característica fundamental es ser específica: sólo existe en la medida en que se diferencia de las otras y sus límites vienen señalados por un sistema de indicios de diferenciación. Funciona como una memoria colectiva que sirve de referencia. No es una idea abstracta, sino que existe a través de manifestaciones concretas:

- El lenguaje y las diversas prácticas discursivas
- El conjunto de instituciones y prácticas sociales
- Su particular manera de producirse en los sujetos, conservando, sin embargo, idénticas formas en cada cultura

La lengua se instituye, por tanto, como uno de los marcadores simbólicos de la identidad sociocultural más importante, mediante el cual el individuo puede sentirse miembro de un grupo y los miembros de otro pueden ser discriminados, puesto que se entiende a la interdiscursividad como sociodiscursividad. Y esta situación puede definirse[70] en base a dos postulados teóricos:

- El concepto de escritura y de inscripción subjetiva (datos geográficos, históricos, sociológicos, también una etnografía social); es decir, todas las formas del trazado del sujeto en una sociedad, donde deja su marca.
- Y, de interés para este trabajo, la literatura como un conjunto de enunciados de saberes sociales o socializados, pero también una interferencia de esos saberes.

La propuesta consiste en poner en marcha una retórica de las hablas sociales, de los dialectos de clase, de los bables fronterizos, qué se dice, qué se escribe, qué se comenta, qué se charla... partiendo del presupuesto de que todo discurso remite a otro discurso.

Si todo es discurso enfrentado a lo real, debe hablarse ya no de especificidades, sino de una multiplicidad de hablas que hablan de lo mismo en lugares distintos y de lo diferente en los mismos lugares. La permeabilidad de los discursos permite la modificación constante de la fluencia discursiva y la disolución de un referente absoluto.

Lo que se dice sólo puede definirse en función de lo que no puede decirse en una sociedad dada. Los tabúes y censuras discursivas marcan el lugar de los discursos, pero también su exclusión. Esto produce una extensión discursiva e imaginaria polifonía en la superficie, que encubre fenómenos de silencio, clausura, mudez y ostracismo de otros discursos.

[70] Rosa, Nicolás, *Manual de uso*, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, 1988.

Lo literario es, en este marco, una confluencia de enunciados que migran, aceptan, transforman, divergen, modifican, la cual está sujeta a dos principios: es una construcción del observador y está conformada por la doxa social que la instituye.

Marc Angenot[71] señalaba que más allá de la diversidad de los lenguajes que se ponen en funcionamiento en una sociedad dada, se deben identificar las dominantes interdiscursivas: maneras de conocer y de significar lo conocido propias de cada sociedad, que regulan y trascienden la división de los discursos establecidos. En este sentido, se habla de *hegemonía* para referirse al conjunto de recurrencias que se mantienen y se desarrollan durante un tiempo. Entre los elementos que la componen es interesante destacar las *bases tópicas*, es decir, los enunciados del verosímil social, pues la hegemonía sirve tanto para legitimar ciertos enunciados como para expulsar "otros". En esta realidad lingüística debe insertarse el inmigrante / exiliado y lograr la superación de esta barrera.

El discurso social es heterogéneo, pero no sólo en su percepción global, sino en cada enunciado, ya que cada uno funciona polifónicamente. Esta heterogeneidad confluye en el concepto de *sociograma* propuesto por Claude Duchet[72] : "conjunto lábil, inestable, conflictivo, de representaciones parciales, centradas en torno a un núcleo, interactuando unas con otras".

Por su parte, el sujeto cultural, tal como lo concibe Edmond Cros[73], constituye una instancia que integra a todos los individuos de la misma colectividad puesto que, de acuerdo con él, la cultura requiere la sumisión de la subjetividad en el seno de la misma representación colectiva que la aliena. "Sujeto cultural" supone:

- Una instancia del discurso ocupada por el Yo
- Una emergencia y funcionamiento de una subjetividad
- Un sujeto colectivo
- Un proceso de sumisión ideológica

[71] Angenot, Marc, "La inscripción del discurso social" en *Sociocriticism,* N° I Juillet, Ontario, 1985.
[72] Citado en: Angenot, Marc, "La inscripción del discurso social", Op. Cit.
[73] Cros, Edmond, *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Buenos Aires, Corregidor, 1997.

Es por medio del lenguaje como el hombre se constituye en tanto que sujeto. Benveniste sostiene que:

> **Es "ego" quien dice "ego". Ahí es donde se halla el fundamento de la subjetividad que se determina por el estatuto lingüístico de la persona [...] Es, pues, literalmente cierto que el fundamento de la subjetividad se halla en el ejercicio de la lengua [...] Se verá que no hay más testimonio objetivo de la identidad del sujeto que el que éste da sobre sí mismo al hablar[74].**

Cuando el sujeto se instala en esta estructura *las formas hablan por él.* Esta idea de la subjetividad como producto del lenguaje implica ya *una división entre el sujeto que habla y el sujeto hablado [alienación en el discurso]*. En este sentido, la emergencia del sujeto supone un pasaje del dominio de la lengua al del habla, ambos constitutivos, según Benveniste, de la antinomia en el sujeto.

El signo convoca a la realidad y la realidad se desvanece en el signo en beneficio de su representación. Y lo mismo sucede con el sujeto, quien no habla, sino que es hablado por el discurso: permanece oculto en el decurso del habla del sujeto hablante. El sujeto emerge de la red de signos organizada según líneas de sentido y trazados ideológicos que constituye la cultura. La verdad de su ser sólo puede emerger en esa articulación del lenguaje que constituye la enunciación. El sujeto se encuentra *presentificado* bajo formas que atestiguan la mayor o menor distancia que éste adopta respecto de sus enunciados. En casos extremos, la subjetividad puede desaparecer de la puesta en escena: esto ocurre con el empleo de las formas impersonales que caracterizan las repeticiones explícitas de la doxa, los tópicos, los clichés, los ideologemas, todos los cuales representan al estrato más visible de la instancia regida por el sujeto cultural.

En este sentido, fuera del lugar de origen, el inmigrante / exiliado ingresa en un mundo polifónico que constantemente le recuerda su extranjería, su desgajamiento del grupo cultural al que pertenece. Y es esto, en especial, lo que acentúa su sentimiento de extrañamiento y pérdida.

Como bien lo define el filósofo Cornelius Castoriadis[75], pueden distinguirse múltiples tipos de sociedades (de individuos, de instituciones, etc.), pero ninguna de ellas deja de ser una mónada (en el

---

[74] Benveniste, Emile, *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, 1995.
[75] Castoriadis, Cornelius, *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social,* París, Éditions du Seuil, 2002.

sentido de clausura), ya que en ella se registra el mundo de sentido creado por sus componentes. Esto deriva en que todo debe poder volverse decible en la lengua de la sociedad, que es siempre específica y propia. Y esta cuestión es la que marca la noción de frontera de esa mónada. No es un límite geográfico, ni étnico, sino de sentido.

Para él, los conceptos desarrollados en esta instancia, de por sí complejos, adquieren una dimensión particular porque, de alguna manera, como se podrá apreciar claramente en el análisis de la obra de María Rosa Lojo, su situación representa una exacerbación del conflicto de la formación de la identidad y de la participación en un sentimiento colectivo.

TESTIMONIOS DEL EXILIO Y SU INSCRIPCIÓN EN LA LITERATURA ARGENTINA

En este marco, el tratamiento de la experiencia de la emigración y del exilio en general, y de los españoles en la Argentina en particular, resulta inevitablemente complejo.

La historia argentina ha sido forjada por las distintas inmigraciones y también por el exilio. En consecuencia, tanto unas como el otro han signado gran parte de la producción literaria del país.

Desde la tradición bíblica judeo-cristiana, la pérdida del espacio original, el desplazamiento y dislocación, la nostalgia por el "Paraíso perdido", se instalan en las distintas culturas occidentales. Asimismo, a partir de Ovidio –como se ha comentado anteriormente- se convierten en temas literario-filosóficos. Hasta tal punto se enraíza la idea del exilio que surgen en estas últimas décadas, declaraciones semejantes a las de Aristipo a Sócrates[76] -que aseguraba ser extranjero en todas partes-, en boca de personajes como Hermann Frisch, un inmigrante alemán que llega a Buenos Aires y, ante la pregunta de si quiere ser argentino, responde: "No quiero ser nada"[77].

La cuestión de fondo –como lo entendiera Séneca[78]- radica en la conciencia de que el exilio permite al hombre centrarse en dos recursos que le son esenciales: la naturaleza (que es universal) y la virtud (que es propia de cada individuo).

---

[76] Ver para este tema la obra *Memorabilia* de Jenofonte, Op. Cit.
[77] Vázquez Rial, Horacio, *Frontera Sur*, Barcelona, Ediciones B, 1998, p. 46.
[78] Séneca, "Consolación a la madre Helvia", Op. Cit.

El exilio se torna, entonces, un lugar de conocimiento, en el que ser humano comprende mejor lo que tiene en común con los demás, puesto que ha traspasado las fronteras de lo local, de lo particular, y ha ingresado en lo universal.

Paradójicamente, esta experiencia conlleva una pérdida, un empobrecimiento y hasta una mutilación, como lo sugiere Guillermo de Torre en una carta que le escribe a Ricardo Gullón, fechada el 27 de febrero de 1952: "... aunque íntimamente y en rigor cada vez me siento más europeo, más nostálgicamente español en lo esencial"[79], o como lo poetiza Isabel de Armas: "Miró alrededor y estaba en un Páramo terrible y su torre era una torre ruinosa..."[80]. La fragmentación íntima del sujeto, la expulsión del presente y del futuro cultural y político del lugar de origen tornan ausente la vida del exiliado. Como lo afirma Griselda Gambaro[81]: "lo que determina la cualidad dolorosa e incluso degradante es la expulsión de un sentimiento colectivo", aunque fue María Teresa León quien más trágicamente lo sintetizó: "El cansancio por no saber dónde morirse es la mayor tristeza del emigrado"[82] La distancia subraya carencias, instala la pena en el espíritu. Entre otras cosas, porque, en este nuevo espacio, para el poeta el público es *otro*, ajeno y exterior. Y allí es donde cobra sentido la pregunta del exiliado español en la Argentina, Francisco Ayala: "¿Para quién escribimos nosotros?"[83], quien propone una imagen muy elocuente: el desterrado vive entre paréntesis. Como el escritor, dice Ayala, crea condicionado por un destinatario real o ficticio, en el exilio pierde la posibilidad de dirigirse a "esa comunidad activa, hosca y amarga, sí, pero sensible, que era la nación española", perdiendo así el fondo de realidad concreta en función de la cual escribía.

En este sentido, se vuelve doblemente desgarradora la experiencia de escritores como Guillermo de Torre o María Teresa León, quienes al regresar a España no se sentían cómodos con la literatura que se desarrollaba en su país, percibían a sus compatriotas como extraños. En palabras de la

[79] AA.VV. "Homenaje a Guillermo de Torre" en *Ínsula,* Madrid, Nº 272, marzo 1971.
[80] Armas, Isabel de, "Para recuperar mundos de exilio" en *Cuadernos hispanoamericanos,* Madrid, Nº 428, febrero 1986, pp. 188-194.
[81] Gambaro, Griselda, "Los rostros del exilio", en *Alba de América*, Vol VII, Nº 12 y 13, (1989), p. 31.
[82] León, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Laia, 1977, p. 30.
[83] Ayala, Francisco, "El viaje como metáfora de la vida humana", en *El tiempo y yo, o el mundo a la espalda*, Madrid, Alianza tres, 1992, p. 73.

esposa de Alberti: "He sentido muchas veces angustia al mirar, sentados junto a mí, a seres que dicen que son mi gente y no los reconozco".[84]

Es entonces cuando surge la necesidad de la dualidad, donde aparece la ficción de ficciones[85]. El exiliado debe fingir ser otro y se desdobla. A partir del momento en que se exilia, comenzarán a duplicarse sus mundos: el del pasado frente al presente o porvenir, el propio frente al ajeno, etc. Esto lo conducirá a moverse en un marco en el que convivirán dos significados: el manifiesto y el latente. Sentirá la necesidad de ser juzgado por los demás a partir del primero de aquellos -no menos verdadero, ni más falso que su complementario-, reprimiendo el segundo. Sin ir más lejos, es lo que planteaba Freud en sus *Estudios sobre la histeria*[86]: El yo, como campo de conciencia, situado en una situación conflictiva (conflicto de intereses, deseos, o incluso de deseos y prohibiciones) es incapaz de dominarla y se defiende evitándola. Es el yo como masa dominante de representaciones lo que se ve amenazado por una representación considerada inconciliable con él. En este entorno, sólo puede tener lugar una represión por el yo. Mostrará una máscara que se percibirá como tal, para dar lugar a la revelación del significado que oculta. Vivirá en una permanente convivencia de significados que excluyen su presencia mutuamente.

Es decir, el exiliado presentará una máscara de nueva vida, de proyectos renovados, de fuerza incólume, mientras en su interior sentirá la omnipresencia de la vida perdida, la imposibilidad de forjar un nuevo camino -sin ataduras con antiguos resentimientos y nostalgias-, el decaimiento del entusiasmo por el futuro, el ahogo. Sin embargo, estos significados encontrados no se contradicen, sino que se potencian uno al otro. No pueden manifestarse simultáneamente, pues son exclusivos, pero existen uno en función del otro.

El exiliado se construye a sí mismo a partir de una ficción vital y, en algunos casos, literaria.

La literatura podría llenar el vacío producido por lo que siente que falta en la realidad, pero no puede ocultar su carencia de autenticidad. Es esto, en definitiva, lo que convierte en tragedia todo su mundo literario. Queda atrapado en su propia construcción. Se forja una máscara casi literaria para su

---

[84] León, María Teresa, Op. Cit., p. 19.

[85] Presenté este argumento anteriormente en un trabajo para una publicación especial de la Universidad Rovira i Virgili, "Entre ficciones" (Op. Cit., en Bibliografía sobre inmigración y exilio) en ocasión de los 60 años del exilio republicano español, hablando del caso de Luis Alberto Quesada, pero entiendo que es válido para el poeta exiliado en general.

[86] Freud, Sigmund, *Estudios sobre la histeria,* Barcelona, RBA, 2002.

doble vida, pero es esta misma máscara la que le evidencia que esta construcción no le abre las puertas del regreso ni de la superación del pasado, aunque tampoco le anula la posibilidad de seguir ficcionalizando y ficcionalizándose. Por lo tanto, comienza a deslizarse entre tres mundos: el de la realidad, el de la máscara y el de la ficción literaria, los cuales interactúan permanentemente.

El exilio se termina convirtiendo, entonces, en una suerte de laberinto que cumple la promesa borgiana[87]: ser lineal, sin posibilidad de regreso al punto de origen, pero a la vez eterno.

Por su parte, el inmigrante –una especie de exiliado tardío, que demora en aceptar su condición de ser fragmentado, sumido en el proyecto de futuro que planea en el lugar receptor- no se enfrenta menos a la realidad de vivir entre dos culturas. Sabiéndose en inferioridad de condiciones con respecto a los miembros de la sociedad que lo acoge, debe luchar para superar su condición de inmigrante, intentando volverse "invisible". En la Argentina de las inmigraciones masivas, propiciadas por los intelectuales como Alberdi y Sarmiento, esto no resultó del todo una utopía para los españoles, debido a la afinidad cultural intrínseca y extrínseca con la sociedad tradicional criolla, aunque no consiguió de ninguna manera anular el sentimiento de desarraigo. Un buen ejemplo de ello es la anécdota que R. G. de la Serna incluye en *Automoribundia*[88] sobre su búsqueda de piso en Buenos Aires. Él quería encontrar un lugar donde el balcón se orientara hacia el sur, porque, según su experiencia en Madrid, los vientos más helados venían del norte. Entonces, alquiló uno con esta condición. El problema fue que, en Argentina, los vientos más crudos llegan desde el sur, no desde el norte. Al darse cuenta de ello, sintió su propia dislocación

Asimismo, resulta complementaria la visión del escritor argentino Juan Martini:

> **En ningún país se es más extranjero que en aquel país en el que los usos de una misma lengua son diversos [seguramente se refiere al diferente uso del español que se opera en España y la Argentina]. Ninguna otra marca o señal tiene la eficacia de la lengua para establecer, señalar, denunciar o delatar la diferencia, lo foráneo, lo extranjero.**[89]

---

[87] "Para la próxima vez que lo mate –replicó Scharlach- le prometo ese laberinto, que consta de una sola línea recta y que es invisible, incesante" ("La muerte y la brújula" de *Artificios*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, Tomo I, 1974, p. 507)

[88] Gómez de la Serna, "Automoribundia" en *Obras completas. Tomo XV. La ciudad. Madrid. Buenos Aires.*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, edición de Ioana Zlotescu, 1996.

[89] Martini, Juan, "Naturaleza del exilio" en *Cuadernos Hispanoamericanos,* Madrid, Nº 517-519, julio-septiembre 1993, pp. 552-555. Martini amplía esta sensación de extrañamiento a la condición misma del poeta: "El escritor es

Palabras que concuerdan con las de Constanza Tobío:

> **También recuerdo saber que éramos diferentes, que mis padres y muchos de sus amigos hablaban de otra manera, con otro acento, distinto del del Río de la Plata [...]**
> **Queríamos llevarnos todo lo que nos sirviera para recordar al país en el que habíamos nacido y vivido siempre, entre otras cosas la colección completa de tangos de Gardel para no perder, mi hermano y yo, el acento rioplatense.**[90]

En la literatura argentina conviven ambos –inmigrante y exiliado-, transitando las páginas de la generación de hijos, o bien, de otros escritores que han compartido alguna de estas experiencias.

Se convocan, entonces, los tópicos tradicionales, como el sentimiento de transitoriedad en el nuevo espacio; la dislocación, que no se termina con el regreso; el existir entre la realidad y el deseo; la sensación de estar "flotando sobre el tiempo como un madero inútil", como decía Pedro Garfias; o de ser "inquilinos de la soledad", en palabras de Juan Gelman, por citar a escritores de ambos lados del océano; etc.

La imagen de "tierra que anda" del poeta y crítico argentino Jorge Boccanera lo resume todo implacablemente.

Vivir en lo provisorio, como en cuarentena, entre paréntesis, dicen muchos. La simultaneidad de dos idiomas (el natal y el del país receptor) va acentuando –lejos de aunar- las distancias, y propicia que la preservación del primero se convierta en un vínculo que atenta contra la superación del extrañamiento: el de compartir el exilio entre padres e hijos, convirtiendo a la genética en un hecho cultural y no sólo biológico, como afirma Angelina Muñiz-Huberman[91].

La impotencia por el hecho de que otros decidan el destino que le es propio; la convicción de que la vida está en otra parte. Pocos escritores argentinos han precisado tan claramente esta situación, como lo ha hecho Nicolás Casullo:

---

siempre un exiliado. El uso que un escritor hace de la lengua es un uso asocial, transgresor, disidente, que lo sitúa en la frontera".

[90] Crespo Buiturón, Marcela, *Entrevista a Constanza Tobío Soler*. Ver Apéndices.

[91] Muñiz-Huberman, Angelina, "Los hijos del exilio", en *Ínsula*, Nro. 627, marzo de 1999, pp. 21-22.

> **Pero el exilio no es un viaje ni una temporada de paseo, ni una beca ni un raje de higiene psicológica, y en tal sentido tenés que anclar, hacer pie, poder o no poder. Es decir, vivir con todo desde el despertador hasta lavarte los dientes a la noche. Y sentir que vas a vivir mucho tiempo, es decir, que tenés que inscribirte con lo mejor tuyo en eso que finalmente no es tuyo. Yo sentí el desgarramiento, yo viví entre argentinos y mejicanos, yo viví sin meterme "en las cosas de México" que pisaba todos los días, y metido "en las cosas de Argentina", que iba pasando a ser un país de contornos, voces, secuencias neblinosas, terroríficas, inencontrables. Viví aislado y adaptado, en una extraña ecuación que podía salirte o no salirte según los días y la lotería.** [92]

Sentir que la vida se va y no es posible decidir nada, que el exilio está lleno de sótanos. Ésta es la imagen más representativa de Casullo y que Constanza Tobío ilustra con el diario de su madre:

> **Así lo vivía mi madre, tal como relata en su diario:**
> **"Terminó completamente la guerra. Recibimos ya cartas de París, los viejos amigos del Ministerio. ¿Cuándo?" Y meses después, en Febrero de 1946 sigue preguntándose: "¿Cuándo? Todo el mundo regresa a sus hogares, todos menos los españoles. Siete años de destierro, y quién sabe cuántos más nos aguardan aún. Quizás es para bien. Pero es injusto" Y en junio de 1946: "Hace más de un año que terminó la guerra y "el caso español" sigue sin resolver. Nuestros sentimientos han cambiado mucho en estos últimos tiempos. Me siento llena de amargura, impotencia, desesperación. Luis conserva su hermoso y limpio carácter, pero el mío está cada vez más sombrío."**[93]

Una extranjería perpetua –aun en el regreso-, que permite desmitificar culturas, pueblos y hombres. En este sentido, también el exilio es un lugar de conocimiento, como se ha afirmado anteriormente, puesto que obliga al desterrado a dialogar con sus sombras, las más profundas que posee.

Por otra parte, la emigración y el exilio argentino tienen el atractivo de revivir la historia familiar (al revés) y, a la vez, el miedo a repetirla, porque se sabe por experiencia paterna que esa extranjería es

---

[92] "Tu cuerpo ahí, tu alma allá" en Boccanera, Jorge, *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*, Buenos Aires, Ameghino, 1999, p. 110.
[93] Crespo Buiturón, Marcela, *Entrevista a Constanza Tobío Soler.* Ver Apéndices.

una condición irreversible. Ésta es la imagen que Pedro Orgambide presenta en "Aprendimos a ser extranjeros":

> **Creo que en el exilio todos revivimos de algún modo la experiencia de nuestros abuelos inmigrantes. Aprendimos a ser extranjeros. Comprendimos al *nono* o al *zeide* que soñaban con su aldea o con el mar, sentados en la vereda. Fuimos *ellos* o como *ellos*, y desde la extranjería entendimos algo de la identidad aluvional del argentino[94].**

Los inmigrantes y los exiliados no sólo aprenden a ser extranjeros. También aprenden a conocer y, si la nostalgia no lo impide, a querer al país de adopción, dice Orgambide, el cual se termina extrañando al regresar al país de origen, según las palabras de Horacio Salas, otro escritor y crítico argentino: "Ahora puedo volver a España [...] que es sin duda mi segundo país [...] allí ha quedado una parte importante de mi vida"[95].

Pero la sensación de tránsito es ineludible, lo mismo que la incertidumbre, condición esencial del hombre en general y del exiliado en particular. Ser extranjero es vivir la evidencia diaria de no tener una historia en común, ni lugares que alojen los recuerdos, ni palabras con la misma significación. Es no poder integrarse nunca en la palabra "nosotros", puesto que los dos movimientos en los que se efectúa la identificación (hetereopático: donde el sujeto identifica su propia persona a otra; e idiopático: donde identifica al otro con la propia persona) no ocurren. En otras palabras, lo que Lacan llamaba "imaginario", que depende de la construcción del yo a partir de la imagen de su semejante (yo especular), no es compartido con el otro.

NACER ENTRE DOS AGUAS: LOS HIJOS DEL EXILIO

Muy escuetamente, puesto que son harto conocidos, se han planteado hasta aquí los rasgos generales del exilio y esbozado algunos puntos de contacto y disociación con la inmigración, como experiencias vitales y literarias.

---

[94] En *Tierra que anda*, Op. Cit., p. 156.
[95] "Hicimos amistades de náufrago" en *Tierra que anda*, Op. Cit., p. 188.

Pero la cuestión que interesa particularmente para este estudio es la de los "hijos" de la inmigración / el exilio españoles en la Argentina.

Como es de entender, la crítica no ha tratado tanto el caso de éstos como de los propios "protagonistas", entre otras cosas, por una simple cuestión de envergadura y trascendencia de estos últimos. Pero en Argentina la cuestión de los hijos y nietos de españoles inmigrantes o exiliados es un tema que circula en su literatura y que ha dejado huellas ostensibles. Por una parte, porque la presencia española, no sólo en las letras, sino también en las costumbres, la arquitectura, el idioma, etc., es innegable, sino también porque es, de alguna manera, comparable con la propia emigración y exilio argentinos[96], debido a las dictaduras militares (lo que la acerca al exilio republicano) y las crisis económicas (cercanas a los movimientos migratorios españoles de fines del siglo XIX y principios y años '50 del XX)

Esta red de confluencias se ve acentuada por casos muy peculiares, en los que se entrelazan ambos países, como lo son los de Luis Seoane y Luis Alberto Quesada. Ambos, nacidos en Argentina, hijos de emigrantes españoles, participaron de la guerra civil y fueron condenados a muerte por el régimen franquista. Curiosamente, los dos se salvaron de la misma por ser argentinos.

Estos hijos de inmigrantes, como tantos otros, se encontrarán escindidos entre dos nacionalidades, dos espacios, dos culturas, aunque, por haber participado activamente en la realidad de la guerra y del exilio, mantendrán su fidelidad espiritual a la Península. Con respecto a esto, resulta verdaderamente certero el comentario de Guillermo de Torre, en una carta que escribe a José Ortega y Gasset, con fecha del 2 de abril de 1928:

> **Pues mi situación aquí –a pesar de ser cómoda- no pienso que se haga permanente. En mi caso particular, Buenos Aires es bastante tolerable. Pero a la larga, sospecho que esto debe fatigar. Y, por otra parte, uno se contagia inevitablemente de la obsesión que les sacude a todos los argentinos de calidad, esto es, la ambición del desplazamiento, el afán de huir a Europa" (Archivo de la Fundación Ortega y Gasset)**[97]

[96] Como es comprensible, uno de los destinos elegidos preferentemente por los argentinos emigrantes / exiliados fue España.
[97] Zuleta, Emilia de, *Guillermo de Torre*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962.

En ella, es evidente que, ya como resultado de las corrientes inmigratorias que habían llegado al país, el legado de padres a hijos es el del constante sentimiento de "tierra prestada".

Los escritos de estos hijos estarán atravesados por el combate y la nostalgia de esa tierra, en principio paterna, pero también propia. Argentina, querida como lugar de acogida, será una tierra accidental, como se registra en las palabras de Quesada, en las que se evidencia una clara participación en el sentimiento colectivo español de su tiempo:

> **A este país [Argentina], entre los nubarrones y las muertes de la derrota del pueblo español y escuchando el retumbar de los cañones de la Segunda Guerra Mundial, llegan en cubierta de algunos barcos, o a través de sus fronteras, refugiados políticos de España. Traían, escondidos en sus bolsillos y en sus cabezas, el ululante viento de la derrota, de la persecución, y las ráfagas de una tragedia.**[98]

Como en una suerte de gradación, se asiste a una transmisión del sentimiento del exilio: de los protagonistas mismos a sus hijos españoles (en parte, protagonistas también, pero básicamente "herederos") y, finalmente, a los hijos argentinos, definitivamente ajenos a la experiencia fáctica, pero no a la espiritual.

Entre los hijos españoles, la situación es clara: en sus hogares, la evocación de la tierra natal del inmigrante o de la guerra civil del exiliado fueron realidades siempre presentes. Viviendo entre dos polaridades (el mundo abandonado y el *otro*, el de refugio), sintieron en su situación actual la presencia constante de otra dimensión vacante, la cual buscaron permanentemente en toda clase de actividades culturales y sociales.

La cotidianeidad del hijo del inmigrante / exiliado era la disociación entre dos ámbitos, a la vez propios y ajenos. En una entrevista citada por Dora Schwarzstein se afirma:

> **Mi padre quería que se hablara español de España, quería que se emplearan bien los verbos, que se emplearan ciertas palabras como acera; en fin, términos que son más españoles que**

[98] Quesada, Luis Alberto, "Literatura y política" en *El exilio literario español de 1939*, Tomo I, Barcelona, Gexel, 1998, p. 661.

> **argentinos [...] Yo me acuerdo haber hablado dos idiomas, con los españoles con las zetas y con los argentinos, en argentino[99].**

Este uso de la palabra, casi terapéutico y más propio del exiliado que del inmigrante, que deriva en una suerte de obsesión, se convierte en una forma simbólica de recordar la propia identidad, por una parte, y, por otra, un escape hacia la utopía del regreso. Con la idea omnipresente de vivir en tierra "prestada", era necesario inventar una nueva vida e intentar navegar entre ambas orillas, como lo sostiene otro hijo de exiliado:

> **Poco a poco nos hemos ido argentinizando... aunque conserve ciertos rasgos del lenguaje. Mi pensamiento está en España, pero está en la Argentina al mismo tiempo. Es decir, hemos dejado de ser totalmente españoles, pero no somos totalmente argentinos. Somos del Atlántico, estamos a mitad de camino de la ida y de la vuelta.**[100]

Se convocan, en este ámbito, sentimientos encontrados. Algunos españoles hijos declaran sentir a España como la madre perdida, en cambio, otros, como una especie de madrastra, que no les ha permitido conservar recuerdos agradables, como a sus padres, por no haberla vivido.

Ellos mismos se denominaban "la generación desorientada", o bien, "los hombres fronterizos". Aunque el concepto de frontera es un tanto problemático en este caso, puesto que los límites de lo propio y de lo ajeno no están tan claros como deberían. La indefinición de la nacionalidad y del sentido de pertenencia, así como la dualidad de la figura de España, un país lejano, pero que a la vez está instalado en sus hogares como si un conjuro lo acercara, vuelven traslúcida la frontera entre lo español y lo argentino, lo real y lo deseado. Las palabras de Constanza Tobío describen perfectamente esta sensación:

> **Yo, personalmente, la mayor carencia que recuerdo era la de no tener más familia que mis padres y hermano. Sabía que en realidad no era así, que en ese lugar lejano llamado España teníamos una extensa parentela de tíos, primos e incluso**

[99] Schwarzstein, Dora, "Sociabilidades", en Fernando Devoto y Marta Madero [dir.], *Historia de la vida privada en la Argentina*, Tomo 3, Buenos Aires, Taurus, 1999, p. 122.
[100] Schwarzstein, Dora, Op. Cit., p. 137.

> **abuelos. Mi mayor alegría al venir a España fue irlos conociendo a todos y constatar que esa amplia colección de parientes era una realidad[101].**

Viven una situación petrificada –como sostiene Mateo Gambarte[102]-, donde sus padres tratan de llenar el futuro truncado -ya que el exilio no permite renovar el modelo de sociedad por el que se luchó, convirtiendo así al tiempo, y no al espacio, en el verdadero tirano que los condena a una ausencia referente que, sin embargo, es una presencia constante-, y donde fomentan el ansia del regreso en sus hijos. Ven en éstos la única posibilidad de futuro, de perpetuación de sus ideales y de sus modelos. Y esto los ubica a caballo de dos patrias, sin una historia propia y con una identificación fragmentada con la sociedad, la realidad y los valores de su entorno.

Para ejemplificar esta situación, es bastante esclarecedora una anécdota que cuenta José de la Colina en un artículo publicado en la revista *Letras libres*, titulado "La palabra exilio":

> **¿De dónde eres?, me había preguntado Castillo [niño mejicano], mientras esperábamos aquel autobús. Del exilio, respondí. Pero si eres gachupín. No, qué gachupín; gachupines tus padr... astros; soy del Exilio. ¡Yaaa! Eso no existe. Me canso de que existe; está en los libros [...] ¿Y Exilio en qué parte de España está? En ninguna. Y entonces ¿Qué son los exiliados?** [103]

Lo curioso de esta cita es que no presenta al exilio como una experiencia (transitoria o definitiva), sino como un "lugar". Parecería que el exilio se hubiera convertido en un espacio de pertenencia, enfatizado en la frase "soy del Exilio". Por otra parte, la personificación y la rotundidad de la afirmación de la existencia del mismo resultan casi paradójicas, pues se inscribe en otro mundo, en otra dimensión, a la que nadie, excepto el exiliado mismo, puede acceder. Tal vez la explicación se pueda encontrar en el concepto de pseudo-bola de Castoriadis. Él entiende este término como la subjetividad del individuo para-sí. Sostiene que esta subjetividad puede dilatarse en contacto con otras, modificar su estructura, cuestionarse y reorganizarse. Como consecuencia, puede ponerse en situación de

---

[101] Crespo Buiturón, Marcela, *Entrevista a Constanza Tobío Soler.* Ver Apéndices.
[102] Gambarte, Mateo, *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México*, Lleida, Universitat de Lleida, 1966, p. 71-73.
[103] Colina, José de la, "La palabra exilio" en *Letras libres*, agosto 1999, Año I, Nro. 8, p. 76.

metaobservador de sí mismo, convertirse a sí mismo y al conjunto de pseudo-bolas en objeto. Es decir, el exiliado objetiviza su mundo, puesto que ha integrado su subjetividad a un grupo (el de los de su igual condición) y, siguiendo el razonamiento del filósofo, ha modificado su realidad reorganizándose en ese nuevo entorno. Y es en éste en el que el hijo del exiliado debe aprender a vivir. En un lugar signado por la negatividad: no se es de un país, ni del otro; el apelativo que recibe es también peyorativo: "gachupín"; su locación está marcada por una negación: "ninguna", lo cual resulta agotador: "Me canso de que existe".

Asimismo, el exilio se transforma en una problemática existencial ("Eso no existe") y, prácticamente, ontológica ("¿Qué son los exiliados?").

Finalmente, se hace omnipresente el cuestionamiento de la identidad: quién es, si procede de un lugar inexistente, al que nadie tiene acceso y que, luego de la muerte de Franco, pierde sentido, pues también llegaría el destierro para ese espacio mítico:

> **Y, sobre todo, ahora ser exiliado no valía nada, porque Franco era la *raison d'être* de la oposición de los exiliados; [...] mientras no moría, significaba en contraparte que el hermoso, el heroico exilio antifranquista perduraba en su ser, en una suerte de grandeza trágica [...] Pero ahora resultaba que, por *la force des coses*, los exiliados ya eran los nuevos residentes de la trastierra [...] Es decir que ahora los exiliados habíamos sido desterrados hasta del Exilio. (p. 77)**

En la vida del exiliado y, por ende, del hijo, se produce, tras la muerte de Franco, una segunda transformación vital. Primero había sido el destierro: pasar de formar parte de una sociedad de origen a otra "prestada". Y ahora, pasar de un lugar incierto, pero que le confiere cierto privilegio –el exilio- a otro más desconcertante aún, pues no representa un "desexilio", sino un nuevo exilio.

Si el presente era un tiempo "petrificado" para el exiliado, una anulación del tiempo y del espacio, este "ahora" del texto de José de la Colina ¿Cómo se entiende? Porque es un presente fuera del exilio, pero también fuera del tiempo real. Tal vez, la verdadera utopía no era "salir del exilio", sino "vivir fuera del mismo".

Hay, por lo tanto, una alteridad de las sociedades instituidas, que poseen mínimamente un lenguaje, reglas de lo prohibido y de lo permitido, de lo lícito y de lo ilícito, de las maneras de producir y reproducir la vida material. Y cada vez esta institución de la sociedad es otra, no sólo en el espacio, sino

que se altera en el tiempo. No permanece inamovible. Se opera en ella una autoalteración que es la historia y su historia, su temporalidad creadora y destructora. El mismo Aristóteles[104] decía que, con razón, la opinión común afirma que el tiempo es destructor. Esta idea será retomada por Heidegger -pero con un sentido alterado, que se puede relacionar perfectamente con lo sostenido hasta el momento-, aportando la noción de ex –sistere, salir de sí, cesar de estar ahí donde se está, pero en el sentido filosófico del término, cesar de ocupar el lugar ontológico que se ocupa, cesar de tener las determinaciones que se tenían.

En este sentido, si la experiencia vivida por los republicanos desterrados los fragmentaba, los hacía vivir, como se ha afirmado anteriormente, "entre dos culturas" (la propia y la ajena), cuál es el lugar del hijo, para quien los límites entre lo real y lo mítico se han desdibujado hasta tal punto que siente, como lo sugiere José de la Colina, que la "verdad" no está en lo cotidiano, en el entorno, sino en una suerte de teoría en la que vive desde siempre: "Me canso de que existe; está en los libros".

Resulta una experiencia inquietante ver y entender la propia vida en un libro. Pero es un libro con un final abierto. Se presiente que algo va a pasar, pero no se tiene poder para decidir qué será. Algo semejante a lo que le sucede al exiliado, aunque con una diferencia apreciable: el exiliado escribe y protagoniza parte de su historia, al menos la inicial; el hijo es un heredero pasivo, para quien la historia ya está escrita. Y el papel que le toca desempeñar es desgarrante: vivir una vida ajena, en un mundo ambiguo fabricado por sus padres, con la certeza de que ni siquiera eso se puede cumplir plenamente, pues, como todo lo ajeno, difícilmente puede llegar a asimilarse en su totalidad.

Es ser siempre "otro". Es decir, si se plantea la cuestión desde lo que ha sostenido desde el comienzo el estructuralismo, un término sólo puede cobrar sentido oponiéndose a otro término. La sociedad no precisa instaurar a otro para establecerse a sí misma porque de todas maneras está obligada a instaurarlo como fuente y garante del sentido y de la institución. Es lo que Lacan[105] ha llamado "El gran otro", o "Todo otro", en concordancia con lo que plantean Lévinas[106] y Ricoeur[107]. Pero en el caso del exiliado o del hijo, en este caso, ese "otro" es él, tanto para un grupo (el expulsor) como para el otro (el receptor).

---

[104] Aristóteles, *Fisica,* Madrid, Gredos, 1998.
[105] Lacan, J., *Seminario VII*, Barcelona, Paidós, 1997.
[106] Lévinas, Emmanuel, *El tiempo y el otro,* Barcelona, Paidós, 1997.
[107] Ricoeur, Paul, *Sí mismo como otro*, Madrid, Siglo XXI, 1996.

En definitiva, una mutilación de algo que nunca llegó a ser: su propia identidad.

En conclusión, parecería ser que la experiencia del exilio de los padres como de los hijos se inscribe en el marco de la negatividad, pero poco a poco, se vislumbra una salida para esta aporía clásica, insinuada en las palabras de Constanza Tobío que se citan a continuación y, en adelante, en las reflexiones de María Rosa Lojo:

> **La pertenencia a dos países, que puede tener múltiples motivaciones, genera una cierta inseguridad en la interpretación de las cosas y en el cómo desenvolverse en cada situación; a la vez da una visión un poco más compleja de la realidad, precisamente por la vivencia de que lo que se da por supuesto no es igual en todas partes. El resultado es con frecuencia, y lo he comentado con otras personas que han vivido en diferentes lugares, el desarrollo de una capacidad de adaptación al contexto un tanto camaleónica como estrategia defensiva[108] .**

En este sentido, Tobío entiende la experiencia del exilio como un aprendizaje que ha dado como resultado la adquisición de una capacidad que invierte la condición de inferioridad hartamente citada para el exiliado. Puede entenderse a esta postura como solidaria con la de Lojo.

[108] Crespo Buiturón, Marcela, *Entrevista a Constanza Tobío Soler.* Ver Apéndices.

MARÍA ROSA LOJO: LA HIJA DEL EXILIO. EMIGRACIÓN Y EXILIO ESPAÑOL A LA ARGENTINA EN SU OBRA

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA Y UBICACIÓN DENTRO DE LAS ÚLTIMAS TENDENCIAS DE LA LITERATURA ARGENTINA ACTUAL

María Rosa Lojo nació el 13 de febrero de 1954 en Buenos Aires. A los seis años, se mudó a Castelar, ciudad suburbana que se constituirá en un destacado escenario de sus ficciones.

Sus padres llegaron a la Argentina en la última inmigración española, compuesta por exiliados de la Guerra Civil. Su padre había luchado en la marina de la República, mientras su madre provenía de una familia franquista, lo cual le hará vivir a la autora en un permanente entrecruzamiento de historias, muchas veces contradictorias, que servirán de antecedente a sus elucubraciones acerca del problematismo de acceder a la verdad histórica[109].

Poeta, pero también investigadora literaria, María Rosa Lojo pone en escena en sus textos –imbricados con la ficción misma- una serie de cuestionamientos teóricos a resolver: los límites entre historia y ficción; la inscripción de una obra en un género literario; la pertinencia de la dicotomías clásicas (civilización-barbarie, poder femenino-poder masculino, campo-ciudad, entre otras), etc.

Como la función[110] de un género varía en virtud de los cambios operados en el sistema literario y cultural en el que se inscribe y de la situación de recepción, los textos de esta autora "funcionarán" dentro del sistema vigente en la literatura argentina de las últimas décadas, atravesados por una serie de cuestiones que han ido forjando su universo literario:

[109] Se ha evitado desarrollar en este apartado el currículo de la autora, el cual puede ser consultado en su página web mariarosalojo.com.ar y que dará cuenta de la envergadura de su obra –tanto ficcional como crítica- dentro de la literatura rioplatense.

[110] El germen de esta idea puede encontrarse en el trabajo de J. Tinianov: "Sobre la evolución literaria" en *Teoría de la literatura de los formalistas rusos.* México, Siglo XXI, 1987.

- La problemática de la postmodernidad (tratada por autores como Esther Cross, con *Crónica de alados y aprendices*; Rodolfo Fogwill, con *Muchacha punk*; Juan Forn, con *Frivolidad*; Alan Pauls con *Wasabi*, etc.);
- La Reformulación de la historia argentina y americana (Marcos Aguinis, con *La gesta del marrano;* Eduardo Belgrano Rawson, con *Fuegia*; Laura Del Castillo, con *Borrasca en las clepsidras*; Libertad Demitrópulos, con *Río de las congojas*; Mabel Pagano, con *Lorenza Reynafé o Quiroga: la barranca de la tragedia*; Héctor Tizón, con *Luz de las crueles provincias*; etc);
- La elaboración estética de la violencia colectiva reciente y el exilio (Jorge Asís, con *Flores robadas en los jardines de Quilmes*; Martín Caparrós, con *No velas a tus muertos*; Liliana Heker, con *El fin de la historia*; Rodolfo Fogwill, con *Los pichyciegos*; Mempo Giardinelli, con *La revolución en bicicleta*; Daniel Moyano, con *El vuelo del tigre*; Carmen Ortiz, con *El resto no es silencio*, etc.)
- La desconstrucción de la imagen femenina tradicional (Alina Diaconú, con *Cama de ángeles*; Angélica Gorodischer, con *Floreros de alabastro, alfombras de Bokhara*; Marta Lynch, con *No te duermas, no me dejes;* Reina Roffé, con *La rompiente*; Alicia Steimberg, con *El árbol del placer*, etc.).

SUS REFLEXIONES ACERCA DEL EXILIO

Sin duda, la presencia española en Argentina es un tema recurrente en la obra de María Rosa Lojo. Desde pequeñas alusiones en sus poemas, hasta eje temático de sus novelas y ensayos, el exilio y la emigración española de todas las épocas transitan por sus páginas.

Para la autora, esta cuestión signa, de muchas formas, la identidad nacional argentina y complejiza aún más la problemática literaria:

> **Durante muchos años yo también me creí parte extraviada del país al que evocaban estas imágenes [se refiere a los recuerdos de sus padres]: un fragmento más en el rompecabezas a**

> **reconstruir. Le dediqué libros propios y largas horas de memorias fantásticas. Ahora no sabría qué decir: este país austral: la Argentina, no es mi patria (la tierra de los patres) aunque sea el lugar de mi nacimiento físico asentado en un documento de identidad.[...]**
> **Es la tierra, también, donde han nacido mis hijos, que tienen tanto de sangre alemana como de sangre española: perfectos europeos, se diría, que sin embargo definen, por obra de nuestra paradoja nacional, a un argentino típico.**[111]

El argentino, hijo de europeo, vive, muchas veces, pensando en "volver" a un país que, en principio, le es ajeno, pero que a la vez forma parte de su historia familiar. El punto central de la cuestión es, tal vez, la complejidad del término "ajeno" en la semántica argentina, pues, como lo afirma Lojo, la paradoja se instala en lo nacional y forma parte de la realidad no sólo literaria, sino cotidiana:

> **Me crié con el oído atento a prodigiosas guitarras andaluzas, a Albéniz y a los amores brujos de Manuel de Falla, junto con algunas dosis fuertes de cante-jondo y de flamenco (que siempre me resultó relativamente incomprensible) y también de gaitas antiguas que hasta el día de hoy me arrancan lágrimas y una alegría perdurable y áspera, como labrada en piedra.**[112]

Y esta paradoja se vive, además, como algo completamente "natural".

En consonancia con esto, la dualidad aparece como otra de las características más destacadas de la condición del argentino: heredero de culturas centenarias y hasta milenarias, pero a la vez nacido en una nación joven, recibe un legado cultural de raíces profundas, aunque a la vez, está preso de una nostalgia incurable que convierte este don en una carga. No todos sucumben, claro está, a la melancolía paterna. La mayoría la supera y aprende a vivir en ese desdoblamiento permanente, a pesar de que la herida, aunque oculta, permanece latente. Lojo capitaliza esta experiencia en su propia literatura:

---

[111] Lojo, María Rosa, "España (Argentina) en el corazón: Los hijos de la Posguerra" en Revista del Hogar Gallego para Ancianos, 50° Aniversario, Buenos Aires, 1943-1993, p. 60.
[112] *Mínima autobiografía de una "exiliada hija"* en *L'exili literari republicà.* Tarragona, Publicacions URV, 2006. Edición de Manuel Fuentes y Paco Tovar, p. 93.

> **... los gallegos, castellanos y andaluces (y algún moro y seguramente algún judío remotos) que dibujan las líneas de mi mano y se mezclan en mi propia escritura con la fascinación de un llano que los ignora...** [113]

Muchos hijos han vivido convencidos del regreso, a pesar de que sus padres, que fueron quienes inspiraron ese anhelo, supieran que conseguirlo se había convertido en una utopía. Y es esto, quizás, unas de las cuestiones más desgarrantes, pues pareciera que los exiliados o inmigrantes necesitaran convencer a sus hijos para sostener la ilusión de recuperar ese paraíso perdido, sin darse cuenta de que los condenan a un deseo sin sentido y, por ende, sin futuro posible, pues no habría donde volver, ya que nunca han marchado a ninguna parte:

> **Aunque las copas se elevasen en los días de fiesta y Laxeiro, el pintor, y su mujer, Lala, brindasen con ellos [sus padres] y hasta con nosotros (los niños sólo un dedo de vino) porque el regreso se acercaba. Ellos no lo creían y yo, que sí lo creí, los vi morir sin que volviesen.**[114]

Verlos morir también está inscripto en la misma paradoja, porque los exiliados, sobre todo, no tanto los inmigrantes, ya estaban muertos de alguna manera. Lojo dice: "Eso es casi todo lo que me queda de ellos: los muertos que me trajeron aquí"[115]. Salir expulsados de un sentimiento colectivo, vivir esperando un regreso que se sabe imposible y cargando con un pasado sin futuro fue suficiente para matar el alma del exiliado:

> **Ellos lo negaron con su voluntariosa fundación de otra casa y de otra familia en otro mundo, pero lo supieron siempre.**
> **También lo sé yo, su hija, la hija del destierro, aunque me obstine en refutarlo algunas veces y mire el tiempo con los ojos de infancia de mi padre**[116]**.**

---

[113] Lojo, María Rosa, "España (Argentina) en el corazón: Los hijos de la Posguerra", Op. Cit., p. 60.
[114] Lojo, María Rosa, "España (Argentina) en el corazón: Los hijos de la Posguerra", Op. Cit., p. 60.
[115] Op. Cit., p. 60.
[116] Op. Cit., p. 61.

La Argentina, en cierto modo, fue para ellos el lugar[117] del exilio, donde se está de tránsito permanente, donde conviven lo propio y lo ajeno, donde las cosas resultan familiares, pero no lo son del todo, donde se escuchan "villancicos de un lugar donde la nieve existe"[118] en otro[119] donde el clima sólo la permite como realidad imaginaria, donde se comen frutos secos en Navidad con 38 grados de temperatura, se simulan los copos de nieve con bolas de algodón y se martiriza a algún pariente heroico vistiéndolo con el abrigadísimo traje de Papá Noel... y lo más curioso es que los niños se lo creen.

Argentina es, pues, en el imaginario nacional, el lugar mítico e inexistente que fabulaba José de la Colina, creación de inmigrantes y exiliados de todas las épocas. Y así como el niño mejicano le pregunta al autor "qué son los exiliados?", el argentino se pregunta ¿qué somos los argentinos? Lojo contesta:

> **Mirar la vida desde un "no lugar" donde toda huella amenaza desvanecerse como una marca en el agua. Vivir sobre el agua, yendo y viniendo, flotando en la marea[120] de la historia ajena que sin embargo aparece como la más propia. Desde estas contradicciones –que llegan a ser aporías- se dibuja un conflictivo perfil identitario.**[121]

Es el espacio donde los extremos confluyen, aunque no se mezclen. Parecen formar una unidad, pero conviven cediéndose el turno del protagonismo uno al otro sin cesar, alterando todos los órdenes establecidos y creando una nueva lógica, hecha de contradicciones esenciales.

Pero los hijos, una vez más, sólo repiten las mismas contradicciones que han signado la vida de los padres:

---

[117] Nueva paradoja: es un lugar, pero con las características de un "no lugar".
[118] Lojo, María Rosa, "España (Argentina) en el corazón: Los hijos de la Posguerra", Op. Cit., p. 61.
[119] Buenos Aires y otras ciudades donde se han afincado preferentemente los extranjeros inmigrantes o exiliados.
[120] Esta imagen recuerda las porpuestas por Antonio Di Benedetto en *Zama:* "Dijo que hay un pez, en ese mismo río, que las aguas no quieren y él, el pez, debe pasar la vida, toda la vida, como el mono, en vaivén dentro de ellas; aún de un modo más penoso, porque está vivo y tiene que luchar constantemente con el flujo líquido que quiere arrojarlo a tierra (Madrid, Alianza, 1985, pp. 12-13) y por Juan José Saer en *El entenado*, con su nave escoltada por una muchedumbre de cadáveres.
[121] Lojo, María Rosa, *Mínima autobiografía de una "exiliada hija"*, Op. Cit., p. 87.

> **[Mi padre] Dejaba una España que para sus ojos había retrocedido siglos en el tiempo, donde no cabía la dimensión de su deseo. El futuro estaba afuera. Había resuelto que en las nuevas tierras haría otra cosa, y sería, casi otra persona..., [pero] sólo pudo, en su periplo austral, ser aún más español, y más gallego.**[122]

La consecuencia es inmediata: el hijo del exiliado se transforma en exiliado hijo, juego de palabras presente en el título de la autobiografía de Lojo, que trasparenta una problemática acuciante: el hijo termina sintiéndose extrañamente ajeno a su propio país de nacimiento, el cual se ubica en un lugar jerárquicamente inferior al de origen paterno:

> **Para el exiliado hijo el lugar de su nacimiento tiene a menudo la dudosa calidad de las copias platónicas, es un "mundo de segundo grado", en tono menor, a punto de desvanecerse, deslucido e insuficiente. De la historia y la geografía, hasta entonces, sólo me habían hablado los libros de la escuela, incapaces de alcanzar el esplendor de la memoria viva y el peso candente del extrañamiento. La biografía familiar –yo lo ignoraba entonces- no hacía sino repetir lo que la ensayística argentina había rastreado ya en los comienzos de la conquista del Plata: una fundación que nunca se terminó de realizar, porque las extensiones vacías u hostiles fueron pobladas con el espíritu del "campamento" y no de la permanencia..."**[123]

Este espíritu de lo transitorio, que comienza desde antaño y que parece no ser superado en lo sucesivo, determina, de alguna manera, el carácter indefinido del ser nacional que presentan los hijos de inmigrantes o exiliados en sus textos.

En esta misma autobiografía, la autora comenta una anécdota familiar: su padre había plantado un castaño ("En sus hojas rejuvenecía, cada primavera, la esperanza del reencuentro") en el jardín de su casa de Buenos Aires, pero el clima de esta ciudad siempre le fue adverso: "los frutos eran muy malos, casi raquíticos". Cuando su padre muere, ella viaja para (re)conocer España, pero de regreso a la Argentina, se encuentra con que el castaño se había secado. En definitiva, no había razón para seguir

---

[122] Lojo, María Rosa, *Mínima autobiografía de una "exiliada hija"*, Op. Cit., p. 88.
[123] Lojo, María Rosa, Op. Cit., p. 90.

viviendo, ya que su dueño, a través de su hija, había logrado su anhelo. De alguna forma, en este caso, se podría sostener una excepción a la regla que determina la imposibilidad del regreso del exiliado y replantear lo dicho anteriormente al respecto: Tal vez, el regreso es posible en el alma de un "exiliado hijo".

El "regreso" de este último es una suerte de homenaje a los padres, pero nunca una convicción enteramente personal: otros lazos con el presente aseguran el "otro" regreso al lugar de nacimiento. Y aquí vuelven a desdoblarse las realidades: a los dos lugares de origen, a la doble identidad y doble ciudadanía, se suma el doble regreso: por una parte, al lugar idealizado que, muchas veces desde la inconciencia, se ve con los ojos de los padres y no con los propios ("Un mundo cerrado, redondo, verde, por donde pasaba un río (el Coroño) y donde se podía pescar truchas con la mano... Eso es lo que recordaba sobre todo al final"[124] / "Ese paisaje húmedo, verde, siempre sorprendente, con el mar a la vuelta de cada recodo del camino ejerce en mí una especie de encantamiento"[125]), y por otra, al lugar de nacimiento, también teñido de la influencia española a través de signos presentes en la arquitectura de la ciudad, en las costumbres, etc., elementos nuevamente paternos que inscriben la pregunta tácita de cuál es el lugar verdaderamente propio de los hijos.

En muchas oportunidades se ha sostenido que el exiliado vive "enajenado *de* lo propio". Para el caso del hijo, habría que matizar sosteniendo que vive "enajenado *en* lo propio": un simple cambio preposicional que determina la esencia del exilio heredado.

Se hace patente, entonces, que haber nacido en el exilio fue para muchos un cruel capricho del destino, ya que a pesar de que numerosos exiliados hubieran construido un nuevo hogar en Argentina, todo se sintió siempre como transitorio.

En diversas oportunidades se ha sostenido que el exilio es un lugar de conocimiento. Lojo sostiene, al respecto, que "puede enseñarnos quiénes somos, y dónde estamos parados en la vida". La cuestión sería entonces preguntarse si en el caso de los hijos exiliados, en un exilio que se percibe como dual, paradójico, y a veces, sin sentido, ocurre lo mismo.

---

[124] Crespo Buiturón, Marcela, *Entrevista a María Rosa Lojo*, Ver Apéndices.
[125] Op. Cit. Esta cita alude a lo experimentado por la autora, que se corresponde notoriamente con la visión de su padre, en la otra cita que precede a la misma.

Para los exiliados "protagonistas", no cabe duda de que –al menos esto sostienen prácticamente todos- el exilio les enseña algo acerca de su propia identidad. La tematiza, la pone sobre el tapete, la reafirma, en muchos casos.

En cambio, para los hijos, este exilio heredado desde el momento en que comienzan a tener conciencia de sí mismos, termina convirtiéndose en una barrera que cuestiona permanentemente la posibilidad de alcanzar la definición de su propia identidad personal y nacional.

Para María Rosa Lojo, la literatura es una puerta abierta que le permite descubrir esa conflictiva identidad:

> **Integrar el aquí y el allá en un centro nuevo capaz de producir vida y cultura autónomas, valiosas por sí mismas, sin culpas ni añoranzas que impidan o lastren el desarrollo creativo: eso es lo que todavía parece faltar en la conciencia comunitaria argentina, no sólo en la de los pensadores y literatos.**[126]

SUS PRIMERAS OBRAS: UNA PUERTA HACIA LA FICCIÓN AUTOBIOGRÁFICA

Habría que puntualizar que, a pesar de que Lojo no parece encarar su obra con un evidente afán autobiográfico, se percibe un constante diálogo con su historia familiar, inscribiendo sus textos en lo que Lejeune[127] denominara "el espacio autobiográfico", es decir, allí donde los textos no se presentan como autobiografías, pero en los que se pueden identificar –enmascarados detrás de un personaje o comentario del narrador- las marcas de la propia experiencia vivencial del autor. En este sentido, sólo *Autobiografía de una exiliada hija* adhiere al "pacto autobiográfico".

En este espacio citado anteriormente se inscriben los textos de la primera etapa de la producción ficcional de la autora, entendiendo por tal la obra poética (*Visiones, Forma oculta del mundo* y *Esperan la mañana verde*), su primer volumen de cuentos titulado *Marginales* y su apertura a la novelística con *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*.

---

[126] Crespo Buiturón, Marcela, *Entrevista a María Rosa Lojo*. Ver apéndices.
[127] Lejeune, Ph., *Le pacte autobiografique*, París, Seuil, 1975.

Una de las cuestiones más discutidas en los últimos tiempos por la Teoría Literaria es, justamente, la cuestión autobiográfica. Algunos críticos han considerado a la autobiografía como género no ficcional, en tanto que para otros es uno de los lugares en que se decide la necesaria e intrínseca ficcionalización de toda escritura narrativa.

En este campo se enfrentan muchas y variadas cuestiones: la lucha entre ficción/verdad, los problemas de referencialidad, la cuestión del sujeto, la narratividad como constitución del mundo, etc. La resolución de estos puntos se ve agravada, entre otras cosas, por la multiplicidad de formas del género: memorias, diarios íntimos, etc.

G. Gusdorf[128] (1948) planteó que la autobiografía no se ha dado siempre, ni en todas partes, y que en muchos casos ha adquirido diferentes matices. Relaciona la introspección en el "yo" con una práctica que supone un producto tardío de cierta civilización y que históricamente arranca del cristianismo y de la confesión (Ej. *Las Confesiones* de San Agustín).

Del mismo modo Bajtín[129] (1975), al estudiar las formas autobiográficas de la clasicidad greco-latina, pudo constatar que el eje de su construcción no era el individuo como hoy se lo conoce, porque el cronotopo que las animaba era el ágora y no la privacidad íntima, que afloraba en ellas.

Según Pozuelo Yvancos (1988), una cultura en la que la confesión como práctica tiene vigencia entenderá mejor la autoexhibición de la individualidad y lo que toda autobiografía tiene de autojustificación.

Lo que se pone en tela de juicio en todos los casos es que el "yo" sea una referencia indiscutible, salvo que se lo quiera reducir, como lo hizo el estructuralismo, a una inmanencia textual autorreferida al propio discurso. Benveniste[130] (1971) dijo: "yo" es quien dice "yo" en una frase con sujeto. El problema con esta aseveración es que no siempre el "yo" ha incluido igual mundo de referencia..

Por lo tanto, ante esta objeción se abren dos corrientes críticas divergentes:

- Quienes piensan que toda narración de un "yo" es una forma de ficcionalización. Una línea que arranca de Nietzsche, que reúne a Derrida, Paul de Man, R. Barthes y lo que

[128] Gusdorf, G., "Condiciones y límites de la autobiografía" en *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental,* Barcelona, Suplementos Anthropos, Nº 29*, 1991,* pp. 9-17.
[129] Bajtín, Mijaíl, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989.
[130] Lejeune, Ph., Op. Cit.

se conoce en general como deconstrucción plantea el intrínseco carácter ficcional del género autobiográfico. Goethe, Proust, Valery, entre otros, han afirmado que la literatura toda es una forma autobiográfica.

- Quienes como Gusdorf, Starobinski, Lejeune, Bruss, etc., aun admitiendo que algunas formas autobiográficas utilizan procedimientos comunes a la novela, se resisten a considerarlas como ficción, lo cual redunda en proponerlos como testimonios verídicos, históricos y bases documentales para los historiadores.

Hamburger[131] (1957) sostiene que toda narración en primera persona queda fuera de la ficción, puesto que hay en el sistema de la lengua una distinción básica entre "enunciados de realidad" y "enunciados ficcionales" y el relato en primera persona está situado fuera del sistema de ficción, en la medida en que remite a un sujeto de la enunciación que lo predica suyo realmente y garantiza su ocurrencia. Pero Hamburger admite que buena parte de las ficciones están construidas en primera persona, por lo que establece tratarse de una forma mixta o especial en cuanto se comporta como un enunciado de realidad "fingido"[132]. Y concluye que solamente el contexto, y no la forma textual, podrá discriminar cuando el "yo" es fingido y cuándo responde a una realidad histórica.

Lejeune (1975) sostiene que es el contrato de lectura que identifica al "yo textual" con el "yo autoral" el que da origen y especificidad al género autobiográfico. Parte de la definición de autobiografía: "relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad."[133] Para que haya autobiografía es necesario que coincidan la identidad del autor, la del narrador y la del personaje.

Cuando se habla de identidad, se debe entender la del autor que certifica la veracidad de lo dicho y que resulta ella misma verificable.

Las corrientes actuales no plantean la textualidad como un simple resultado del sujeto, sino al contrario: es el "yo" el que resulta construido por el texto (lo cual problematiza la postura de Lejeune).

---

[131] Hamburger, K, *Logique des genres littéraires*, *Logique des genres littèraires*, París, Seuil, 1975.
[132] Esta postura podría relacionarse con la teoría de los actos de habla fingidos de Austin.
[133] Lejeune, Philippe, Op. Cit.

Se produce entonces un desplazamiento del centro del problema autobiográfico. La relación no se establecerá tanto entre la narración autobiográfica y los hechos históricos, su verdad o no, sino en la relación entre ese texto narrativo y su sujeto. Con ello se genera una crisis de identidad y de autoridad, la autobiografía pierde la calidad de testigo documental y pasa a convertirse en el proceso de búsqueda, por un sujeto, de una identidad en última instancia inasible.

Para De Man[134], en oposición a Lejeune, la autobiografía muestra una naturaleza tropológica y especular de un "yo" que cuando dice "yo" dice "otro". Un sujeto presenta a otro, son dos sujetos. El mundo, el universo referencial, es un libro, es decir, el lenguaje mismo que construye al sujeto autobiográfico, que le da voz y presencia.

Lo problemático de éstos y todos los escritos de exiliados –protagonistas o herederos-, que se inscriben en lo autobiográfico, es siempre cómo decir "yo", puesto que, si el ficcionalizarse ya representa una suerte de fragmentación y enajenación, el "yo" exiliado hablaría desde una postura doblemente fragmentada y enajenada, y desde un lugar en el que no se opera la identidad relacional e histórica, es decir, desde un "no lugar".

En su primer texto poético, *Visiones*, Lojo opera una suerte de progresiva aproximación a su propia historia: comenzando por la visión, casi abstracta, de una guerra, gradualmente se acerca a guerras concretas: Malvinas (Argentina-Inglaterra, 1982) y las conquistas legendarias en la antigua Galicia; para finalmente, en una asociación tácita que permite la presencia del "árbol del Norte", claro desgajamiento del "bosque del Norte", encallar en la historia del "padre", figura central y eje de muchos de los textos que pueden entenderse como autobiográficos.

La guerra se patentiza en un campo de batalla, en el que un dios "hace cantar para que escuches"[135] y te concientices de la crueldad y sin sentido de tanta muerte. Un campo sembrado de muertos que se estremecen "como si danzaran", que guardan cierta armonía tétrica, cierto aire risueño,

---

[134] De Man, P., "La autobiografía como desfiguración" en *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental.* Barcelona, Suplementos Anthropos, Nº 29, pp. 113-117.
[135] Ésta y la siguiente cita pertenecen al cuarto poema del apartado "Signos oscuros" de *Visiones*, Buenos Aires, Faiga, 1984.

en fin, que manifiestan la paradójica belleza de la muerte, abre una temática que no se agotará en el poemario mismo, sino que seguirá presente en toda su obra.

En el tercer poema del apartado "La palabra muda" de este mismo poemario, instaura una nueva paradoja: la inocencia de un juego frente a la realidad mortuoria de la guerra. En este caso, aunque no expresamente, es posible relacionar esta imagen con la guerra de Malvinas, acaecida dos años antes de la publicación del libro: "aquellos jóvenes que aún no son guerreros... Dan su inocente potencia destructiva"[136], tema que tendrá eco en su novela *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* en la figura de Luis, un joven combatiente muerto en dicha guerra, que pasa de la protección casi uterina –y, hasta cierto punto, asfixiante- de la casa paterna a la fría realidad de un combate perdido desde el comienzo.

Dando un giro al tema, la guerra comienza a acercarse al ámbito español: "... bosque del norte que asedian las tradiciones y caballos de guerra, bendecido por pétreos druidas que levantan altares".

Como un viejo legado, la presencia de los Druidas se inscribirá en las páginas de *Visiones*, abriendo el camino a la historia familiar de Lojo. Es entonces, en el primer poema del apartado "De los amados", cuando aparece con más vigor lo autobiográfico: "el padre que canta entre las sombras", esbozo de lo que luego será la ya citada primera novela de la autora, *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*: la canción del padre, que heredará Irene, la hija del exiliado español de esta novela; "la esposa que yace con antigua quietud", anticipo de Doña Carmen, la bella e inalcanzable esposa del exiliado; "el dulce jardín detenido bajo el árbol del Norte", clara alusión a la casa paterna (a través del jardín[137]) y a Galicia (con el árbol del Norte); y, finalmente, "el padre y la madre, ancianos", camino de la muerte, pero dejando una herencia imborrable en sus hijos, Irene y Miguel (de *Canción perdida...*).

En *Forma oculta del mundo*, texto de marcada profundidad psicológica y metafórica, reaparece la imagen de la canción:

> **La canción te marea. Recuerdas que tu madre te la cantó al oído muchas veces, en las tardes azules. Ellos comen el pan árido, dividen las regiones de tu cuerpo. Las lágrimas de otro corren**

[136] Clara alusión a lo jóvenes que eran los combatientes de Malvinas: adolescentes de 18 a 20 años, que se encontraban cumpliendo con el Servicio Militar Obligatorio.
[137] Lojo, María Rosa, *Mínima autobiografía de una "exiliada hija",* Op. Cit.

> **por tus mejillas. No estás en el lugar, no hay lugar. El emisario baja sobre tu rostro y lo besa. Te cubren con la sábana de los ausentes y ahora tu voz entona la canción recobrada mientras te dejan solo.**[138]

Paulatinamente, estas palabras van predefiniendo la imagen del exiliado hijo: fragmentado ("dividen las regiones de tu cuerpo"), con la sensación de vivir la historia de otro ("las lágrimas de otro..."), la certeza de no poseer un lugar propio ("no hay lugar"), rodeado de ausencias ("la sábana de los ausentes") y la herencia patentizada en una canción en soledad ("tu voz entona...te dejan solo").

Los textos inscriptos en lo autobiográfico de María Rosa Lojo definen espacios relacionales a partir de la imagen de este hijo. Si, por ejemplo, la figura de la hija desplazada por la madre, quien fracasará en muchos casos en su intento de imponer el legado familiar –probablemente por la debilidad de su impulso: "Ella acaricia sus herencias inofensivas"[139]- crea los espacios más negativos de su obra, por el contrario, el padre lo efectivizará a través de lo mítico ("Mucho antes, en la infancia, en la sobremesa de los domingos, nos instruía sobre su colección preciosa de objetos míticos"[140]). Y es en esta relación donde se cifrará el alma del exilio:

> **No volverá a sentir el roce de las hierbas altas ni el olor de los pinares, no volverá a beber el agua de las lluvias ni cruzará ningún monte detrás de un gamo**[141]

Y el fantasma de la Guerra Civil Española: "Es un gesto parecido a otros que observó muchas veces en hospitales atestados por la guerra"[142].

Alma de exiliado padre que heredará su sentir a su hija:

> **Lo miran muchos ojos de mujeres: ojos claros de gata –verdes, grises o azules- desde los ojos de la hija. Ella, que nunca reza, está rezando con palabras antiguas.**[143]

---

[138] Lojo, María Rosa, "La canción" en *Forma oculta del mundo*, Buenos Aires, Último Reino, 1991, p. 11.
[139] Lojo, María Rosa, *Esperan la mañana verde*, Buenos Aires, El Francotirador, 1998, p. 11.
[140] Lojo, María Rosa, *Mínima autobiografía de una "exiliada hija",* Op. Cit.
[141] Lojo, María Rosa, *Et in hora mortis nostrae*, Buenos Aires, El Grillo, N° 1, Agosto de 1991, p. 13.
[142] Lojo, María Rosa, *Et in hora mortis nostrae*, Op. Cit., p. 13.
[143] Lojo, María Rosa, *Et in hora mortis nostrae*, Op. Cit., p. 13.

Este rezo, que se convertirá en canción, implorará el perdón "por no mirarte con sus ojos vivos", por condenar a sus hijos a una vida signada por la muerte, la frustración y el recuerdo.

Vampiros, dragones, brujas, hadas y otras metamorfosis populares, ese espacio mítico heredado de la figura paterna, cobrará mayor presencia en *Esperan la mañana verde* y alcanzará, tal vez, su punto culminante en *La pasión de los nómades*[144].

Nuevas alusiones a las figuras paterna y materna aparecen en sus poemas: el "padre que murió con rebeldía"[145] y la madre "que antes de envejecer se dobló como un traje de fiesta y se guardó en un cajón, para que no la sacasen a vivir"[146].

Una serie de poemas evocan, además, el mundo gallego y van delineando el climax nostálgico de *Canción perdida...*: "Sempre en Galiza", "Cruceiro", "El señor Santiago". La serie se cierra con "Estatuas", en la que aparece claramente la figura del emigrante: "Todos los años alguien se ata al cuello la carga del amor o del dinero y se arroja a las aguas"[147].

Marginales abre la producción narrativa de María Rosa Lojo.

Podría decirse que este volumen se define desde el mismo paratexto. Su título, explicado por la autora en un epígrafe a modo de prólogo, advierte el carácter de los personajes y preanuncia toda una concepción ontológica y literaria que será presentada y analizada en sus novelas históricas:

> **Para leer al margen de este libro**
>
> **Llamar "marginales" a estos relatos reconoce, por lo menos, dos razones válidas. Que invaden el mito, la ficción, la historia personal y pública, la poesía y el sueño, para escribirse e inscribirse al margen de ellos inventando otras tramas ocultas, otros sentidos. Que son marginales también sus personajes, seres solitarios frente a lo absoluto de su destino, el riesgo de su libertad y la violencia de su visión irrepetible, cercada por los**

[144] Lojo, María Rosa, *La pasión de los nómades*, Buenos Aires, Atlántida, 1994. La novela recrea un personaje del siglo XIX, Lucio Victorio Mansilla (escritor, militar y político argentino), y lo transporta a los años '90 del S. XX, para transitar nuevamente su famosa excursión a los indios ranqueles.
[145] Lojo, María Rosa, "El títere" en *Esperan la mañana verde*, Op. Cit., p. 12.
[146] Lojo, María Rosa, "El títere", en *Esperan la mañana verde*, Op. Cit., p. 12.
[147] Lojo, María Rosa, "Estatuas" en *Esperan la mañana verde*, Op. Cit., p. 55.

> **límites del lenguaje y del tiempo. Pero, paradójicamente, esta condición ex-céntrica, extraña y extrañante, nos pertenece a todos, como posibilidad esencial, como aventura extrema.**[148]

Términos como "margen", "límites" y frases del estilo "condición ex-céntrica, extraña y extrañante" delinean la figura del marginal.

Los marginales pueden ser poetas o desterrados, pero Lojo pretende elevar la categoría a una condición del hombre que lo transporta a una suerte de exilio ontológico.

Por otra parte, el juego se extiende hacia el vínculo escritor-lector: el epígrafe debe ser leído "al margen" del libro. La autora guía así el proceso de recepción inscribiéndolo en su propia concepción de lo literario.

La primera apelación a lo autobiográfico, más allá de las dedicatorias a su abuelo y a su madre, aparece en el primer cuento: "La rosa del andaluz", cuyo protagonista es el mismo Lorenzo Calatrava[149]. En éste y en otros relatos desfilan los tópicos que no abandonarán ya la narrativa de Lojo: la pérdida de la patria ("Y el cielo del Sur [se refiere a Jaén, lugar de nacimiento del personaje narrador, quien compendia las características de su abuelo: pintar rosas y morir en un hospital de guerra], cuya hermosura hoy ausente se me antojaba entonces tan vulgar, a fuer de sólida"[150]), la historia colonial española más reciente ("… las mejillas de mi madre cuando leía la carta: un capitán ha muerto en la guerra de Cuba"[151]) o de antaño ("… yo, que imprudente no quise seguir el camino de la Iglesia y vine a las Indias como soldado…"[152]), la guerra civil ("Así es como muero yo, solo en mí, en el duro centro de España, sobre esta cama del hospital que los ataques de esta absurda guerra destruyeron…"[153]) y el ambiguo puente entre ambas márgenes: el mar ("Ella ignora que el Dios no tiene patria precisa y que el mar ambiguo es el ámbito colérico y sereno, compasivo y adverso que designa lo Ubicuo para su epifanía"[154])

---

[148] Lojo, María Rosa, *Marginales,* Buenos Aires, Épsilon, 1986, p. 9.
[149] Abuelo de Lojo.
[150] Op. Cit., p. 11.
[151] Op. Cit., p. 11.
[152] Op. Cit., p. 13. Cita perteneciente al cuento "El Dorado".
[153] Op. Cit., p. 12.
[154] Op. Cit., p. 21. Cita perteneciente al cuento "La línea trunca".

Canción perdida en Buenos Aires al Oeste[155] es, como se ha mencionado anteriormente, la primera novela de Lojo. Con evidente carga autobiográfica, la autora perfila la historia de un exiliado republicano español que emigra con su esposa (de familia falangista) a la Argentina. Se instalan en una casa al oeste de Buenos Aires y tienen tres hijos, Miguel, Irene y Luis. Este último morirá en la guerra de Malvinas e instalará definitivamente el duelo en la casa paterna.

Las historias que recrean el mundo español y lo idealizan serán una realidad constante en la vida de esos hijos argentinos, y el ansia del regreso a una tierra que, en definitiva, les es ajena, será impuesta en sus almas desde el comienzo.

El problema identitario aparecerá, entonces, en todo momento: "Sé muy bien que todos los espejos de la casa paterna están para mí inexorablemente rotos"[156], dice Miguel, el hijo mayor; y el sentido de transitoriedad será permanente, convirtiéndolos metafóricamente en "hijos de los barcos": "La casa... con un tanque de agua que recuerda deliberadamente la chimenea de un barco"[157]

La degradación constante del mundo argentino, en pro de otro mundo idealizado, acentuará esta realidad:

> **Cruzamos el patio y caminamos hasta el castaño.**
> **-En casa había uno como éste, pero mucho mejor, más grande. Figúrate tú que lo cortamos para hacer muebles. En este clima de mierda nada crece como debiera crecer. Donde yo me he criado...**[158]

E instalará el mundo español en la nostalgia y los sueños compartidos, como lo explicita Irene, quien, como su hermano, sólo podrá ser consciente de ello en la adultez:

> **Pero aquella vida no tenía más de real que la nostalgia. Era tan lejana como la grave y monótona música de gaita que mi padre había oído tantas veces, con alegría descuidada, en las fiestas de todos los santos patronales.**

---

[155] Lojo, María Rosa, *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste,* Buenos Aires, Torres Agüero, 1987.
[156] *Canción perdida...* Op. Cit., p. 14.
[157] Op. Cit., p. 15.
[158] Op. Cit., p. 18.

> **Música nacida otra vez en mi sueño, reclamándome credulidad absoluta, fervor esencial, lealtad a un mundo que no me pertenece y al que ya no pertenezco.**[159]

Estos hijos constituirán una generación suspendida entre dos tiempos (el pasado evocado y un presente borroso) y dos espacios (España y Argentina), en constante espera de un regreso siempre anunciado, que tardaron en superar:

> **Cada vez que condescendía en hablar, mi madre mencionaba sin cese el regreso a España; deseaba volver tanto como antes había querido quedarse, con la misma obstinación. Yo pensaba, dolorosamente, en Andrés de Almada, y Luis oía los relatos diversos de paisajes, de sueños y de glorias con vaga y abierta curiosidad. Irene miraba al vacío; sin saberlo pertenecía ya a esta tierra y a Alberto Krieger**[160]**.**

Y es este vacío el que determinará la separación, el verdadero nacimiento del hijo al mundo argentino. Hasta ese momento, sólo constituirá una suerte de prolongación de la vida paterna.

Sin embargo, los padres, nunca conscientes de ello, seguirán viendo en sus hijos la cruel prolongación de su sufrimiento, la herencia implacable de una vida de padecimientos:

> **Haberme pasado siete años entre la guerra y la cárcel. Y salir vivo y venir a un mundo donde no había guerras, donde no podía haber guerras. Era estupendo, ¿verdad? Pero tenía su precio, todo tiene su precio. Tuve que entregarlo a él**[161]**. Él murió de la muerte que yo no tuve. Él cumplió un destino del que yo pensé salvarme entonces...**[162]

Y seguirán viviendo, también ellos, como sus hijos, flotando en el mar, detenidos entre dos mundos. Esta idea, que ya aparece en otros autores argentinos –citados en este trabajo- con una imagen semejante, se recrea en la novela de Lojo:

---

[159] Op. Cit., p. 25.
[160] Op. Cit., p. 36.
[161] Se refiere a Luis, su hijo menor, muerto en la guerra de Malvinas.
[162] Op. Cit., p. 22.

> **Y después jamás pudo hacerse ya un lugar, ni en este mundo, ni en el otro. Se quedó entre ambos, ni vivo ni muerto del todo, flotando como un corcho que se pudre lentamente sobre mareas diversas[163].**

Presos sin retorno, con la nostalgia a cuestas y con la certeza de una muerte anticipada:

> **Muerte para Neira, el último de los Neira de Loxo. Si lograse tocar las grandes piedras otra vez. Las piedras de los druidas que señalan caminos y a cuyos pies se levantaron hogueras. Espíritus en el aire de Galicia, a la hora en que las espuelas del Apóstol se clavan en el viento, sobre la Catedral.**[164]

Así acaba la vida del exiliado, consciente de que el hijo, a pesar de su mitad heredera del mismo sentimiento, jamás concretará el regreso que, con el tiempo, se ha vuelto casi absurdo.

[163] Op. Cit., p. 88.
[164] Op. Cit., p. 122.

LA UTOPÍA DEL REGRESO: LA FICCIONALIZACIÓN HISTÓRICA COMO SUPERACIÓN DEL EXILIO HEREDADO

PRELIMINARES: NARRAR LA HISTORIA

Si bien no puede ser encuadrada exactamente dentro de lo que se ha dado en llamar nueva novela histórica, *La pasión de los nómades*, la siguiente pieza narrativa publicada por María Rosa Lojo, inicia y evidencia en su obra un notorio interés por las figuras históricas argentinas, el cual adquirirá progresivamente un mayor relieve con *La princesa federal; Una mujer de fin de siglo; Historias ocultas en la Recoleta; Amores insólitos de nuestra historia; Las libres del Sur;* y la recientemente publicada *Finisterre.*

Lojo se inserta así en esta tradición, tanto para respetarla como para cuestionarla. Y de alguna manera, este marco abrirá, como se constatará más adelante, una puerta hacia la superación de la problemática del exilio heredado que se iniciara en su obra poética y en sus primeros textos narrativos.

Sus ficciones, como las de otros escritores que transitan el género, tienen su modelo formal y pragmático en el relato historiográfico -aunque se orienten hacia distintos propósitos-, pero también en las tradiciones populares y en la narrativa histórica que le precede[165].

Aunque actualmente sea una obviedad, es lícito destacar –para situar su posicionamiento con respecto a la ficcionalización de la historia- que la reescritura del pasado que efectúa Lojo en sus textos se opera a partir de una serie de elecciones: el tiempo a tratar, el personaje, etc., las cuales inscriben sus relatos ficcionales en una dimensión de "nueva versión de los hechos", orientada ideológicamente por los modelos culturales propios de la escritora:

> **Creo que es transformar datos en historia viva, documentos en narración, retratos de museo en personajes que me hablan y terminan siendo para mí tan íntimos y cercanos como miembros de la familia...**

[165] No hay que olvidar que *La pasión de los nómades* tiene como hipertexto a *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio Mansilla, crónica decimonónica.

> **Los que hacemos novela histórica contamos con el espacio poderoso de la conjetura: el mundo virtual del pensamiento, el lenguaje secreto, fuera del espacio público, los ricos dominios de la interpretación. No tenemos por qué modificar la historia. ¿Pero quién nos impide multiplicar las hipótesis, construir espacios de debate y conflicto interior, mezclar a los personajes de la historia empírica con personajes totalmente ficticios, encontrar apócrifos diarios íntimos, o escribir cartas que den otras versiones posibles para los mismos hechos?**[166]

Pero, sin duda alguna, el punto de partida sigue ubicándose en la novela histórica. Situándose dentro de un marco de reflexiones sobre el hecho literario, Lojo aborda, como escritora y como investigadora, la problemática del reflejo artístico de épocas pasadas, el cual no aparece –como se recordará- constituyéndose en eje central de la literatura hasta fines de la Ilustración: Es precisamente con el Sturm und Drang, en Alemania, cuando el dominio poético de la historia se vuelve una cuestión consciente. Asimismo, algunos hechos de la historia fáctica intervienen en este proceso, ya que adquieren una envergadura a escala europea. Georg Lukács[167] lo explica aludiendo al papel trascendental que ha tenido la Revolución Francesa como factor de cambio para la vivencia masiva de la historia, haciéndose patente su vinculación con la universal.

Lojo y otros muchos escritores revisan conceptualizaciones fundacionales, tales como la que, desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII, consideraba preponderantemente a la narración como copia de los hechos históricos que el historiador tomaba directamente de la realidad, enfrentándose a ella e inscribiéndose en la actual concepción que entiende que es la narración la que construye los acontecimientos como históricos.

En este punto, adquiere relieve el hecho de que, desde la epistemología moderna, el concepto de "verdad" ha perdido su valor ontológico y absoluto y se considera como una categoría pragmática y relativa a los marcos culturales vigentes.

En este sentido, se vuelve conflictiva la afirmación de Aristóteles:

---

[166] Crespo Buiturón, Marcela, *Entrevista a María Rosa Lojo*. Ver Apéndices.
[167] Lukács, G., *La novela histórica,* Barcelona, Grijalbo, 1976.

> **No corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, esto es, lo posible según la verosimilitud o la necesidad [...]; la diferencia [entre historiador y poeta] está en que uno dice lo que ha sucedido y otro, lo que podría suceder[168].**

Es relevante apuntar que para la historiografía griega, que se basaba en la observación directa de los hechos, el sujeto testigo era considerado una garantía de verdad. En cambio, las últimas tendencias de la narrativa histórica –así como la historiografía contemporánea- no sólo desenmascaran la problematicidad de esta postura, sino que al contrario de lo que sucedía en la Antigüedad –que ubicaba al pasado remoto en el territorio mítico-, cuestionan la mitificación del héroe, por una parte, mostrando la "versión" de la historia desde las minorías, y por otra, especulando con el mundo íntimo del personaje. Lo que se logra, en definitiva, es tanto la deslegitimación del discurso hegemónico moderno, deshumanizado y unívoco, como –paradójicamente- la elaboración de un nuevo mito desde una perspectiva diferente.

Esta preocupación por diferenciar la verdad histórica de la ficción, como se sabe, tiene sus orígenes en el siglo XVI, a partir del cuestionamiento a las ficciones caballerescas, las ideas contrarreformistas y el incipiente rigor moral que se instaura a partir de Trento. Estos planteos derivan en nuevas discusiones acerca de la verdad poética, la legitimidad de las ficciones o la utilidad del arte. Al respecto, es interesante volver a Aristóteles y recordar su concepto de mimesis (μιμησιζ). Como es harto conocido, este filósofo entendía a la historia como una copia transparente de los hechos, mientras que la poesía, en tanto actividad mimética, suponía una elaboración y construcción de un mito. La verdad poética no radicaba en la fidelidad al modelo imitado, sino en la coherencia y perfección en la construcción de la obra, a fin de alcanzar la credibilidad del lector, es decir, la verosimilitud.

Pero no es pertinente desarrollar aquí la evolución de la novela histórica, sino plantear algunos conceptos a los que adhiere o se opone la producción de los narradores argentinos en general, y de María Rosa Lojo en particular.

Por lo tanto, en esta instancia, sólo restaría aludir a un par de conceptos de relevancia, antes de pasar al análisis de *La pasión de los nómades*, novela considerada eje en la obra de la autora, sin dejar de puntualizar desde qué óptica se posiciona Lojo frente a lo planteado hasta el momento. Para ello, es lícito traer a colación sus propias afirmaciones:

---

[168] Aristóteles, *Poética*, Madrid, Gredos, 1974, pp. 157-8.

> **…el relato de la vida en el espacio biográfico une Historia y Poesía, en cuanto las vidas de la Historia, tocadas por la literatura, se convierten en símbolo. […] El relato de esas vidas exhibe, sin develarlo, la intrincada riqueza de su secreto. Transforma cada una de esas existencias: famosas y anónimas, novelescas y empíricas, en hecho estético. Y por lo tanto, hace resplandecer su núcleo duro de misterio, lo abismal, lo insondable, de lo presuntamente vulgar y conocido.**
>
> **En el espacio biográfico, con toda su gama de modalidades y transposiciones coloco, entonces, mi propia opción creativa, que aspira a ese punto en que la Historia se transforma en Poesía, la verdad en ficción y la ficción en verdad, y el yo es el Otro y es también todos los otros, de modo que la voz individual y personal de quien escribe, sin dejar de ser ella misma, se vuelve el ámbito donde resuena el coro enorme y antiguo de las voces ajenas remontando el Tiempo hacia su manantial futuro[169].**

Regresando a los conceptos básicos anteriormente anunciados, el primero de ellos parte de 1925, cuando Ortega y Gasset[170] diagnosticaba el agotamiento de la estética mimético-representativa y, por consiguiente, el final de la novela realista. Por otra parte, lo que multitud de críticos había considerado el mayor defecto de la novela histórica, a saber: su condición híbrida, pasa a ser en las últimas décadas, su especial atractivo. Todas las restricciones a las que había sido sometida la narrativa histórica fueron vulneradas por esta nueva novela histórico-revisionista posmoderna mediante el empleo de tres categorías básicas: la historia apócrifa (que contradice la versión historiográfica oficial), el anacronismo creativo y la fantasía histórica.

Esta cuestión no puede dejar de vincularse con la resemantización de las más destacadas dicotomías contemporáneas: sujeto / objeto; realidad / ficción; novela / historia; etc., ni con la reorientación de los trabajos historiográficos, que apuntan al descrédito de los paradigmas de objetividad, al cuestionamiento de la posibilidad de alcanzar la verdad histórica, a la caída del principio unificador que

---

[169] Lojo, María Rosa, "Paradojas de la creación, verdades de la ficción, relatos de la vida". *Perspectivas de la Ficcionalidad,* Buenos Aires, Actas del Tercer Simposio Internacional, del Centro de Estudios de Narratología, T. I, Docencia, 2005, 97-103.

[170] Consultar el texto de J. Ortega y Gasset: *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética* e *Ideas sobre el teatro y la novela*, Madrid, Alianza, 1991.

daba sentido al progreso evolutivo, a la aparición de una pluralidad –frente a la tradicional unicidad- de voces de la historia, a la problematicidad de la narración histórica, etc.

En la República Argentina, el nuevo auge de la novela histórica –género que se entendía como propio de la literatura del siglo XIX, pero que en este país sigue teniendo vigencia hasta bien entrado el siglo XX- hacia fines de la década del '70 aproximadamente, llega a convertirse en uno de los fenómenos dominantes en la narrativa de este país.

Como es sabido, los primeros críticos que han descubierto y estudiado los planteamientos de esta nueva modalidad de la novela histórica, que se ha dado en llamar "nueva novela histórica (NNH)", fueron: Ángel Rama (Uruguay, 1981), S. Menton (EE.UU., 1982), Juan José Barrientos (México, 1983), Alexis Márquez Rodríguez (Venezuela, 1984) y José Emilio Pacheco (México, 1985).

Hay varias teorías acerca de cuál fue el punto de partida de la NNH. Algunos críticos proponen a *Moreira* de César Aira (1975), caracterizada por numerosos anacronismos, variedad de discursos y metaficción.

Otros antecedentes posibles son *Yo el Supremo* de Roa Bastos (1974) y *Terra Nostra* de Carlos Fuentes (1975). Pero para Menton[171], la primera NNH es *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier (1949).

Siguiendo a este último crítico, las características distintivas de esta nueva modalidad ficcional serían: la subordinación de la reproducción mimética de cierto periodo histórico a la presentación de algunas ideas filosóficas (la imposibilidad de conocer la verdad histórica o la realidad, el carácter cíclico de la historia y paradójicamente el carácter imprevisible de ésta); la distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos; la ficcionalización de personajes históricos, a diferencia de escritores como Scott, que presentaban protagonistas ficticios; la metaficción o los comentarios del narrador sobre el proceso de creación; la intertextualidad; y el dialogismo, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia.

Este relato, caracterizado por una *ficcionalización* un tanto peculiar del material histórico, en la que se cuestionan y desmitifican los grandes relatos legitimados por el canon, pone en tela de juicio la

[171] Para esta afirmación ver: Menton, Seymour, *La nueva novela histórica de la América Latina*, *1972-1992*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

posibilidad real de conocer y reconstruir el pasado. Al descomponer la lógica temporal y el ordenamiento causal de los hechos, desenmascara el sentido estrictamente ficticio de la historia y, a la vez, abre un espacio apropiado para la reflexión crítica en torno de la novela misma. La despreocupación por presentar lo narrado como creíble y verosímil, crea un ámbito ambiguo de cuestionamiento del texto, una escenificación del conflicto de la escritura.

Manipula los documentos que testifican el pasado desde otro enfoque, evidenciando falsas afirmaciones y desmitificando figuras y hechos paradigmáticos de la Historia Oficial, la cual se empeñaba, desde la enseñanza primaria y media, en divinizar las figuras de los próceres. En consecuencia, no sólo en Argentina sino también en el resto de Latinoamérica, la narración histórica se vuelve paródica, carnavalesca.

Pone énfasis en una intencionalidad sin brechas que es recuperar la voz de lo que ha sido silenciado, o bien, ocultado, entendiendo que muchas veces la mejor manera de decir la verdad sobre los hechos reales no es necesariamente la más directa. Un buen ejemplo de ello lo constituye Ricardo Piglia –uno de los representantes más destacados en esta corriente-, quien propone una versión mediatizada de la verdad histórica, insuflando vida a los muertos y a los agonizantes de la Argentina: dar voz a los desaparecidos (de allí, uno de los sentidos posibles para el título de su novela *Respiración artificial*).

Es decir, se plantean textos que acercan versiones alternativas. Se rescribe la historia eludiendo los efectos de objetividad, contrariamente a lo que se proponía desde la novela histórica tradicional, investigando la índole de la relación historia-ficción. Desde este punto de vista, la organización formal interna de la narración se convierte en un mundo de confluencias, donde la *subjetivización*[172] de los personajes y de los narradores fusionan, o bien disuelven, los límites entre el espacio ficcional y el histórico. Por lo tanto, la introducción de aquéllos en el relato –justificada por su pertenencia al mundo de la historia fáctica y por su comprobada participación en los hechos narrados- complejiza su condición, ya que requiere de una lectura consciente de su doble carácter.

Esta emergencia de la "nueva novela histórica", como muchos críticos han dado en llamarla, halla su impulso en varios sucesos que la determinan. Desde su relación con el contexto histórico y social

[172] Esto implicaría, asimismo, una politización de la perspectiva del relato.

en que aparece[173] hasta, como sostiene Halperín Donghi[174], en el desencanto por el fracaso de los intentos revolucionarios de los años '50, '60 y '70.

Asimismo, confluye en ella, por una parte, el cuestionamiento al proyecto de formación de una identidad nacional argentina -ausente de lo colonial y lo indígena[175]- de la novela histórica clásica, instaurándose así, aunque no todas las novelas que se incluyen en estos parámetros puedan ser consideradas estrictamente históricas, un afán revisionista, en el que se propone –como lo afirma María Cristina Pons[176]- una reivindicación del derrotado y humillado en la construcción de América latina, recuperándolo desde su misma exclusión, puesto que la historia entendida como un decurso unitario se desenmascara como una versión fragmentaria construida por grupos dominantes que seleccionan lo que juzgan relevante, es decir, aquello que compete a sus propios intereses. Se enfoca, de esta manera, particularmente a aquellos sujetos que en principio hubieran quedado en el anonimato.

Por otra parte, también deja sus huellas la tendencia, que prospera en Europa entre los años '70 y '80, al agotamiento del proyecto de la modernidad en la dimensión de sus grandes relatos legitimadores, asistiendo, de esta forma, a la pérdida de legitimidad de aquellas narraciones modernas que operaron en términos de filosofías de la historia: concepción de un devenir emancipador de los hombres y de las sociedades, protagonismo del sujeto moderno como el lugar de la enunciación racional de la verdad y de la transparencia de los sentidos de la realidad, visión del derrotero humano como un progreso indeclinable hacia la libertad, hacia la absoluta soberanía de los pueblos y la justa igualdad en la distribución de las riquezas.

En este contexto, se produce una profunda crisis del concepto de "historia" y, en consecuencia, de la novela histórica, ya que, como afirma Nicolás Casullo:

---

173 Signado por el cuestionamiento a la "versión oficial" de los hechos y por el auge del revisionismo histórico.

174 Halperín Donghi, Tulio, "Nueva narrativa y ciencias sociales hispanoamericanas en la década del sesenta" en *Hispamérica*, Nro. 27, 1980.

175 Habría que hacer la salvedad de que lo colonial y lo indígena no están ausentes de la narrativa escrita por mujeres (Juana Manuela Gorriti o Eduarda Mansilla, por ejemplo), aunque, como objeta María Rosa Lojo, nunca formaron parte del canon.

176 Pons, María Cristina, "El secreto de la historia y el regreso de la novela histórica" en Noé Jitrik [dir.], *Historia crítica de la Literatura Argentina. La narración gana la partida,* Buenos Aires, Emecé, 2000, pp. 97-116.

> **... el debate modernidad / posmodernidad hace explícito un proceso de profunda desrealización de la historia. Una cultura capitalista conmovida por viejas y nuevas técnicas de consumo, fragmentación, fugacidad y expropiación de la memoria, pasa a ser lo único audible, mirable, comprobable, como utopía de "la nueva época" donde también la oferta de los poderes produce y agota efímeras figuras de sujetos-moda. El nuevo escenario social descompone y anacroniza variables ideológicas y políticas organicistas, totalizantes, que durante décadas intentaron ordenar y representar el sentido de avance de la historia...** [177]

En América Latina, las constantes políticas homogeneizadoras de la cultura, la institucionalización de cosmovisiones cientificistas y positivistas, así como de matrices y corrientes ideológicas liberales, nacionalistas, socialistas, comunistas, fascistas y cristianas modernas, etc., provocaron, lejos de la planificación que las impulsaba, crisis agudizadas e irracionales entre discurso y realidad.

Sólo se consiguió una modernidad descentrada que agolpó en un mismo espacio y tiempo irrupciones industrialistas y testimonios de mundos indígenas. Desacoples profundos entre sus culturas populares y las racionalizaciones dominantes. Apariencias de desarrollo sobre contextos sociales infrahumanizados. En definitiva, como lo plantea Josefina Ludmer en *Las culturas de fin de siglo en América Latina*[178], Latinoamérica se convirtió en un mundo fronterizo entre Europa y lo precolombino, lo viejo y lo nuevo, convirtiéndose en una cultura híbrida[179].

En el caso argentino, quizás este cumplimiento de los objetivos de un programa civilizador se concretizó de una manera más categórica, con las masivas políticas migratorias iniciadas a fines del siglo XIX, lo cual afectó particularmente a la narrativa histórica, que siempre se había erigido como portavoz de los valores modernos, desencadenando, por lo tanto, una serie de cuestionamientos ante los grandes episodios históricos argentinos: las condiciones de la Conquista; la instrumentación del genocidio indígena; las consecuencias de los movimientos independentistas; las causas que generaron los

---

[177] Casullo, Nicolás, "Prólogo" a *El debate modernidad/posmodernidad*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1993, p. 60
[178] Ludmer, Josefina, *Las culturas de fin de siglo en América Latina.* Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1994.
[179] Para esta cuestión, consúltese García Canclini,, N., *Arte popular y sociedad en América Latina*, México, Grijalbo, 1977.

episodios de violencia colectiva (Procesos militares y Guerra de Malvinas); los resultados de las distintas inmigraciones, etc.

Tal vez, en parte como consecuencia de todas estas cuestiones, en estos últimos años, una nueva problemática se ha adueñado del escenario de discusión intelectual. Dos fuerzas opuestas han revitalizado su conflicto: la historia académica y la historia de divulgación.

Este enfrentamiento se apoya en la incapacidad de la primera, es decir, la historia académica, de ofrecer relatos de interés público, gracias a su inevitable tendencia a respetar las reglas de su disciplina (metodología, documentación y formas de reconstruir y explicar los hechos). La historia de divulgación[180], mientras tanto, propone al receptor un principio explicativo convincente y revelador que persigue como finalidad calmar la perturbación del público frente al pasado.

Curiosamente, en estos discursos masivos, como lo hace notar Beatriz Sarlo[181], el tópico de la edad de oro (todo tiempo pasado fue mejor) convive con el que sostiene la repetición inevitable de hechos nefastos para la sociedad.

Estas historias de circulación masiva, pues, ofrecen versiones que cierran sentidos sobre hechos pasados y argumentos que los explican con harta simplicidad y rotundidad.

Es de lamentar, sin embargo, que las reglas que rigen esta disciplina dependen de las necesidades del público receptor al que van dirigidas y de las exigencias del mercado editorial que las difunde, únicos fundamentos de su legitimación.

Básicamente, el principio generador de estas historias es la revelación de una conspiración dependiente de un control hermenéutico que se ha abocado a ocultar la verdad de los hechos.

Lo que provoca, sin embargo, cierta extrañeza es que la revelación operada por esta dinámica resulta unilineal, es decir, siempre aporta un único principio explicativo para diversidad de fenómenos, el cual se fundamenta en los siguientes pilares[182]:

---

[180] En Argentina, se inscriben, en esta tendencia, autores tales como Felipe Pigna, Pacho O'Donnell, Jorge Lanata, etc.

[181] Sarlo, Beatriz, "Historia académica v. historia de divulgación", *La Nación.com*, www.lanación.com.ar/edicionimpresa/suplementos/cultura/nota.asp?nota_id=773981

[182] Sarcásticamente estudiados por las investigadoras del CONICET Mirta Zaída Lobato e Hilda Sábato, cuyo resumen puede leerse en "Falsos mitos y viejos héroes: acerca del programa de Felipe Pigna y Mario Pergolini (Canal 13)", Buenos Aires, *Revista Ñ,* Nº 118, 31/12/2005.

- El presente histórico se lee a partir del pasado: Nada cambia.
- La Historia es un eterno enfrentamiento maniqueo entre prohombres (en lo que se proyecta cierto halo de reminiscencia de la historia unilateral característica de la Modernidad), ignorando sistemáticamente las otras dimensiones del pasado: lo social, el mundo de las representaciones y de la cultura, etc.
- El fructífero dialogismo entre las certezas de la historia y las dudas propuestas por el revisionismo histórico queda abolido en pos de la simplificación y ejemplaridad de la versión presentada.

Además de que el material documental presentado es paupérrimo, no quedando claro cómo se ha arribado a las conclusiones presentadas, estas historias instalan la convicción de que el público es víctima de constantes fraudes por parte del aparato educativo tradicional, aunque, paralela y paradójicamente, se vuelvan ellas mismas una nueva versión de aquél, con las mismas falencias que dicen cuestionarle.

EL VIAJE DE REGRESO: *LA PASIÓN DE LOS NÓMADES*

> *Pero él únicamente me da pena, porque no tiene casa, ni ha sabido hacerse una entre los montes de espinos. En cambio yo, tan lejos de todo, encuentro demasiado parecidos estos cerros de piedras poderosas a los que rodeaban el hogar de mi niñez, y no veo distancia entre el muérdago y la encina de los druidas y el voigue o el caldén que las machis utilizaban como escala entre el mundo visible y los compartimentos secretos de los cielos. De alguna manera estoy en casa, en la Casa de Plata que gobierna las mareas y los mares, en la luz fresca y húmeda que es la cara oculta y fértil del sol furioso.*
>
> Lojo, María Rosa, *La pasión de los nómades.*

Esta novela, sin duda, puede considerarse como un texto clave que marca el inicio de una operatoria de cambio en su obra.

La novela recrea el viaje que Lucio V. Mansilla realizara en 1870 hacia tierras ranqueles[183]. Entre lo histórico, lo fantástico y lo mágico, el antiguo general de división aparece en forma fantasmagórica a finales del siglo XX y efectúa un recorrido por su antigua ciudad, Buenos Aires, convertida ya en una gran urbe posmoderna. Para su sorpresa, trabará relación con un hada gallega, Rosaura dos Carballos, y con su tío Merlín, el conocido personaje de la saga artúrica. Conocerá a aquélla mientras descansa en la copa de un árbol frente a la casa de la familia Neira[184], donde tío y sobrina se hospedan, luego del viaje transoceánico que los convierte en nuevos y anacrónicos exponentes de la inmigración europea. Gracias a los artilugios mágicos del hada gallega, Mansilla recupera su corporeidad humana y emprende, junto con Rosaura, Merlín y un *valet* también gallego, una nueva excursión a tierras ranqueles, en torno a un viaje que significará tanto una rememoración de tiempos pasados, como un aprendizaje de la verdadera esencia y sentido de la historia y de la identidad propia y colectiva.

Antecedentes

Este personaje emblemático de la Generación del '80 argentina –Mansilla- y su más destacada novela[185] –*Una excursión a los indios ranqueles*- servirán de fuente de la ficcionalización histórico-fantástica-mágica de María Rosa Lojo.

Tanto la reconstrucción de la imagen del general como de la excursión en sí misma representarán un valor simbólico en la obra de Lojo, clave para la tesis propuesta en este trabajo, por lo tanto, es necesario ahondar en las cuestiones más significativas de los antecedentes que funcionaron como punto de partida de *La pasión de los nómades.*

Lucio V. Mansilla había nacido en Buenos Aires, el 23 de diciembre de 1831. Era hijo del también general Lucio Mansilla y Agustina Rosas, hermana de Juan Manuel de Rosas, gobernador

[183] Población indígena argentina.
[184] Personajes protagonistas de su anterior novela *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste.* Es lícito recordar que esta familia pertenece al grupo de exiliados republicanos españoles en la Argentina, de origen gallego.
[185] Aunque para ser utilizar una terminología más apropiada, se debería llamar crónica de viaje, de carácter testimonial y con cierta intriga novelesca.

dictatorial de la Gran Aldea. A muy temprana edad, emprendió un viaje de negocios a la India, a cuyo regreso visitó además parte de Asia, Europa y Egipto. Poco después de su vuelta, Rosas fue destituido de su cargo y el padre de Lucio decidió trasladarse a París, donde el joven Mansilla alternaría con la sociedad europea.

En 1852 vuelve al Río de la Plata y cinco años más tarde, se traslada a la ciudad de Paraná –a la fuerza, casi como un desterrado, por haber provocado a José Mármol, por entonces senador-, donde sería diputado de la Confederación y se iniciaría en el periodismo. Formaría parte de las fuerzas porteñas en la batalla de Pavón y en la Guerra del Paraguay sería nombrado coronel.

En 1869 sería designado jefe de la frontera contra los indios de Río Cuarto, al sur de la provincia de Córdoba (etapa de su vida que María Rosa Lojo rescata para su novela, ya que Mansilla escribiría *Una excursión a los indios ranqueles* justamente como testimonio autobiográfico de lo sucedido en esta empresa).

A partir de 1896 se radicaría en Europa, desempeñando funciones diplomáticas. Viviría sus últimos años en París, donde moriría el 8 de octubre de 1913.

Es de especial interés la imagen que se forjaría de sí mismo frente a los demás este peculiar personaje de la historia y la literatura argentinas. Surgiendo del clima romántico y positivista que dan marco a su vida, ésta podría caracterizarse por una actitud narcisista y exhibicionista. Habría sido aventurero y propenso a la galantería, lo que le granjeó la fama –muchas veces declarada por el mismo Mansilla- de "dandy".

En lo literario, se destacaría como prosista en la segunda mitad del siglo XIX y sería precursor de la llamada generación del '80. Entre sus obras, se pueden mencionar una serie de artículos que publicara en el periódico *Sud América* y que titulara *Causeries del jueves*, editados en forma de libro en el año 1890, bajo el título *Entre-Nos*; un ensayo histórico *Rosas* sobre el periodo en el que gobernara el dictador; *Mis memorias*, escritos autobiográficos con sus recuerdos de infancia y adolescencia; y la citada *Una excursión...*, que fuera publicada en 1877 y premiada por el Congreso Geográfico Internacional de París.

Con respecto a la generación del '80, es necesario recordar algunas cuestiones claves, pues es el marco en el que se desarrolla la vida de este personaje. Los integrantes de este grupo, que se desarrollaron en diversas disciplinas, tales como la política, la literatura, la enseñanza, etc., dieron una

nueva impronta a la sociedad porteña de la época. Con aire pragmático, impusieron un tinte europeo, mezclado con un sello nacional, en torno a una sociedad en transición debido al encuentro de rasgos criollos y extranjeros. Lo que resulta interesante -tanto para entender la personalidad de Mansilla y su inscripción en el ámbito político y literario, como para analizar la ficcionalización que Lojo hace de la misma- es dilucidar, mediante un cierto rastreo de antecedentes, el pensamiento de esta época acerca de los grupos desfavorecidos: los indios y los inmigrantes.

Bajo las presidencias de Domingo F. Sarmiento y Nicolás Avellaneda se impusieron los planes de colonización agraria; una mayor atención a la salud pública y a la educación; la federalización de Buenos Aires; y la creación del partido Republicano, que plantearía como eje el cumplimiento eficaz de la Constitución y la erradicación del fraude y la violencia. Sin embargo, todos estos planes quedaron bastante desarticulados: La ascensión de Roca al gobierno significó, entre otras cosas, el triunfo de la arbitrariedad y el reparto latifundista de las tierras arrebatadas a los indígenas tras la Campaña del Desierto. La sociedad argentina se perfila entonces con una atmósfera cargada de conflictos.

Sin embargo, el país crece y se moderniza: el impacto demográfico de la inmigración (los ideales de Mayo, traducidos en el fomento de la civilización europea, serán apoyados por Roca) y los primeros resultados de la política de alfabetización dan origen a un público más exigente, con dos vertientes: Con adeptos a la tradición literaria –especialmente francesa- que se nutre en las grandes librerías porteñas como Joly, Espiasse, Jacobsen, Brédhal, Moen, etc.; y un nuevo público que se aficiona a los folletines de *La Patria Argentina* y, más tarde, a los novelones y cuadernillos gauchescos editados por Tomassi, Rolleri, Matea, etc.

La imprenta rioplatense se perfecciona, aunque algunos autores aún continúan recurriendo a las prensas de Viena, París, Leipzig, Barcelona y Madrid. En Buenos Aires, Jacobo Peuser, por ejemplo, se inicia como editor en 1881 con *Descripción amena de la República Argentina* de Estanislao Cevallos y en sus talleres se realizan las primeras fototipias y fotocromías del país, y se compone el primer libro en linotipo en 1898.

En el ámbito del periodismo, aparecen numerosas publicaciones periódicas: *La Prensa, La Nación, La Tribuna nacional, El censor,* etc., así como revistas literarias y magazines que evidenciarán el desarrollo del proceso cultural que se extiende a la clase media urbana.

Hacia fin de siglo se configura, entonces, de manera rotunda la imagen del escritor. Será la Generación del '80 la que trazará las señales propias de una literatura europeizante, con primacía cultural de Buenos Aires, ya que las letras del Interior del país aún no son representativas.

En líneas generales, la poesía de la época es imprecatoria (Leopoldo Díaz y Almafuerte, entre otros), el ensayo recién comienza (Estrada, Goyena, J. V. González, etc) y la narrativa se orienta hacia lo social y costumbrista (Cané, Cambaceres, Martel, Sicardi, etc.), hacia el tradicionalismo de Ricardo Güiraldes y Guillermo Hudson; y hacia el preciosismo de Enrique Larreta. Si bien hubo una clara tendencia al desarrollo de la novela, los escritores se inclinaron también hacia el devenir de la conversación como acto literario, lo cual marcará un estilo propio de la generación del '80. Un ejemplo claro lo constituyen las Causeries de Lucio V. Mansilla. Y, para culminar el siglo, surgirá bajo el liderazgo de Rubén Darío el modernismo.

Con este panorama, la educación y la inmigración se constituyen en factores de cambio no sólo político, sino social, económico y cultural. El proyecto de transformación nacional puesto en marcha desde 1880 se proponía introducir la civilización europea en el país de los querandíes y los ranqueles. Liberal y cosmopolita, la elite establecida ejercía sobre el país una dominación ilustrada, con una política de integración al mercado capitalista internacional y de adopción del modelo positivista.

Es en este clima en el que vive Lucio V. Mansilla y es ésta la época con la que dialogará, desde fines del siglo XX, la novela de Lojo. Desde este punto de partida, el autor de *Una excursión...* forjará una imagen pública construida para el ejercicio del poder y la atracción de muy diversos públicos: Un yo infinitamente desdoblado que se erigirá como el exponente más acabado de la civilización moderna. Su afán de exposición no se limita al cuidadoso y planeado aliño personal, sino que se continúa en el ejercicio de la palabra escrita. En éste, Mansilla no deja de perseguir la consecución de la verosimilitud necesaria para lograr un estrecho contacto con el lector y para controlar la imagen que se percibía de él.

Como se ha comentado anteriormente, bajo la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento, Mansilla es enviado a Río Cuarto para comandar una expedición al sector de fronteras comprendido entre las provincias de Córdoba, San Luis y Mendoza. En 1870 concertó un tratado con los indios ranqueles sin el consentimiento de su oficial superior, el General José Miguel Arredondo, lo cual le costó, además de una reconvención por parte del presidente, ver enmendado dicho tratado, ajustándolo a cláusulas poco claras que presagiaban futuros conflictos y que provocarían la desconfianza del jefe ranquel Mariano

Rosas (en esa época, era común que quien bautizara a un niño, le diera también su nombre, por lo que Mariano adopta el de Juan Manuel de Rosas, quien lo apadrina cuando en su infancia había sido puesto en cautiverio por el dictador)

A partir del 20 de mayo de 1870, Mansilla publica en *La Tribuna* de Buenos Aires el epistolario que daría cuenta de la expedición que emprendiera el 30 de marzo del mismo año hacia tierras ranqueles, con el fin de ratificar aquel tratado de paz.

Las cartas, a más de un verdadero acto de impericia política, constituyeron un éxito editorial inusitado. En ellas, Mansilla da cuenta no sólo de la expedición en sí misma, sino también de sus consideraciones políticas, sociales, filosóficas y antropológicas con respecto a la relación entre el indio y el hombre blanco. Reflexiones sobre la clásica dicotomía civilización / barbarie, sobre el progreso del país y otros aspectos relacionados transitan cada epístola, logrando eficazmente el acercamiento al lector que tanto lo preocuparía y la verosimilitud propia de las crónicas de viajes. Estas cuestiones no sólo serían herencia del realismo, sino también de una convicción personal: la necesidad de mostrar la realidad del indio al "hombre civilizado" de Buenos Aires, alentando la ruptura de la famosa antinomia para instaurar una revisión de la misma. A la vez, reflejará una serie de preocupaciones que marcaron esta época de transición.

Omnipresente en cada carta: la presencia camaleónica de Mansilla, que oscila entre el cosmopolitismo y el hombre del desierto, entre el militar y el hombre piadoso.

Es curiosa y pertinente para lo que se intentará sostener en este trabajo una anécdota infantil que contara María Rosa Lojo, al intentar explicar cómo toma contacto con este personaje por primera vez:

> **La historia de la novela (y del viaje imprescindible para escribirla) había empezado imperceptiblemente muchos años atrás (yo tenía catorce), en una casa de exiliados españoles (los de la Guerra Civil) que no sentían mayor devoción por las tradiciones, las historias y los mitos de esta tierra. No por creerlos desdeñables, sino porque se consideraban custodios de otro patrimonio: el que habían traído en la memoria de los libros y en la memoria de sus cuerpos. Arraigarse implicaba, de algún modo, renunciar a volver.**
>
> **Pero un día de cumpleaños, sin ponderar el alcance de su gesto, mi padre llegó a casa con un regalo peligroso: el mejor obsequio posible para una lectora adicta, que había contraído esa**

> compulsión devoradora y permanente incluso antes de ir a la escuela de primeras letras. En casa abundaban los libros españoles, y también los había de otras literaturas. No así, en cambio, textos argentinos. Papá, incauto, me puso en las manos un *bonsai* de literatura nacional, inocentemente presentado en un estante de juguete: la colección miniatura de los "Clásicos Jackson". La integraban extractos del *Facundo* y de *Recuerdos de Provincia*, *Juvenilia,* de Miguel Cané, algo de *Las Bases*, de Alberdi, y sobre todo una selección de textos de las *Causeries* de Mansilla. Leí, de un tirón, "Los siete platos de arroz con leche". Ese *dandy* de veinte años (Lucio V.), con galera y ajustadísimo pantalón a la francesa, que volvía de su primer viaje por el mundo, y al que los chicos de la calle no ahorraron insultos durante su cabalgata hacia Palermo; esa señorita obsequiosa y tal vez burlona (Manuelita Rosas), que le fue presentando, uno tras otro, siete descomunales "platitos" de arroz con leche, y ese hombre imperioso y maduro, de ojos transparentes, que logró hipnotizar a su sobrino con la lectura de un interminable Mensaje, se convertirían en personajes protagónicos de mis futuras ficciones[186].

La autora decide, entonces, "usurpar" su figura al emprender el mismo viaje (por tercera vez en la historia, ya que la segunda fue la del historiador de Río Cuarto, Carlos Mayol Laferrère, en 1981) a tierras ranqueles junto a su familia, en enero de 1992: "... me había propuesto escribir una novela como si fuera Lucio V. transitando por las huellas de su pasado, pero a finales del siglo XX"[187].

Paralelamente, otro libro inserta la veta mágica a esta historia: *Merlín e familia*, del escritor gallego Álvaro Cunqueiro. Esta novela catapulta a Lojo hacia su propio pasado literario. La intromisión del mundo celta la impele a reelaborar los personajes de *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste.* Nuevamente la casa Neira se hace presente, pero esta vez sus fantasmas se verán desplazados por la transmutación del personaje de Irene en el hada gallega, sobrina de Merlín. La joven pelirroja, hija de la hermosísima y aristocrática Carmen y del supuestamente insignificante –al menos, según los valores de clase de su esposa- Juan Manuel ("Yo, Carmen Albarracín, hermosa como una reina ... justamente yo

[186] Lojo, María Rosa, "Por qué escribí *La pasión de los nómades*: un libro y muchos viajes", en www.mariarosalojo.com.ar. Págs. 2-3.
[187] Lojo, María Rosa, "Por qué escribí..." Op. Cit., pág. 1

vine a casarme con Juan Manuel Neira, ese ateo, ese amargo..."[188]), se convertirá en la también pelirroja Rosaura dos Carballos, hija del hada Morgana y de un plebeyo duende gallego. Abandonadas ambas por sus madres –la de Irene que, aunque conviviera con ella, la ignoraba abstraída en la autocompasión por un pasado perdido; y la de Rosaura, que la deja al cuidado de Merlín para volver a su anterior vida de lujos y refinamientos franceses-, tienen como figuras paternas a dos exiliados: de España y por la guerra civil, la primera, y del mundo feérico y por vagancia, alcoholismo y mal comportamiento, la segunda.

Además de apropiarse de personajes que le anteceden y reelaborarlos en sus textos, Lojo realiza una operación semejante con los tópicos tradicionales que recrea: civilización/barbarie, el viaje, la frontera, el progreso..., pero esta vez su fuente de inspiración es la investigación, la otra faceta de la escritora.

El plano oculto

Simplemente revisando el índice de *La pasión de los nómades* –de reminiscencias claramente cervantinas- puede verificarse el plano oculto en el que se inscriben los significados claves de la obra de María Rosa Lojo.

Anteriormente, en *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, ya se podía reparar en ciertos sentidos enmascarados en el título que, tras su dilucidación, se convertían en indicios que apuntaban a la configuración de dicho plano, pero sin la exhaustividad del índice de la siguiente novela.

En *Canción...* los capítulos van encabezados por los nombres de los protagonistas, puesto que la novela en sí misma expresa el conflicto existencial de cada uno de ellos, pero no de una sociedad. De todas formas, no debe dejar de tenerse en cuenta que el paso de la problemática individual a la colectiva surge a partir de su génesis en esta primera obra narrativa.

La simbología de la *canción*, ya mencionada en este trabajo, además de remitir a la que heredará Irene de su padre, anticipa otra canción, la de las mujeres ranqueles de *La pasión de los nómades:*

[188] Lojo, María Rosa, *Canción perdida...* Op. Cit., pp. 100-101.

> **Cuando el día comienza tiendo la malla de luz blanca sobre las aguas de Leubucó, donde llega el eco de los *tayiles* del Sur, las canciones que cantan las mujeres sobre la plata de sus entierros, en los bosques de *pehuén*, para que los hombres no olviden que son también animales sagrados, sol y luna, piedra y tormenta, para que no se pierda el hilo de los linajes.**[189]

Ambas remiten, como bien dicen las *machis* ranqueles, a los orígenes de los linajes: el español (en *Canción perdida...)* y el indio argentino (en *La pasión...)*, las dos fuerzas aparentemente opuestas, pero secretamente unidas.

Con respecto al calificativo (*perdida*), éste alude a la situación de los personajes: se sienten perdidos en el exilio republicano, así como los cantos de los ranqueles se fueron perdiendo por el genocidio. Aunque también habría que contemplar el sentido de desaparición de un linaje, de una historia familiar evocada a través de la canción.

... *en Buenos Aires,* puesto que esta ciudad se constituirá en el escenario tanto del exilio como del genocidio: será ésta quien recibirá al matrimonio Neira y también la que decidirá la suerte de los ranqueles.

Por último, el *Oeste* resulta ser –como el Sur- un espacio significativo: es la periferia próxima a la frontera, donde habitan los marginales.

Pero estos sentidos cobrarán mayor envergadura en *La pasión de los nómades.* Así como Cristo padeció para, luego de la muerte, resucitar e ingresar en la Eternidad, Mansilla y los ranqueles habrán de andar un largo camino de sufrimientos que los llevarán –tras un arduo aprendizaje- a la vida eterna.

Pero en este camino no andarán solos: Fuerzas sobrenaturales de la Tierra Adentro serán las guías de los ranqueles, así como la sabiduría y las artes mágicas celtas acompañarán a Mansilla.

Es, sin duda, una historia de nómades: los ranqueles, Mansilla y sus innumerables viajes, Merlín y Rosaura con su derrotero eterno... Son nómades por el espacio y por el tiempo, aunque dejarán de serlo tras ese largo camino, ya que Galicia y La Pampa se identificarán, mientras que el pasado y el presente se fundirán en la atemporalidad.

---

[189] Lojo, María Rosa, *La pasión de los nómades,* Buenos Aires, Atlántida, 1994, p. 198. Todas las citas pertenecen a esta edición.

Volviendo al comienzo, el índice de esta novela resulta ser una asombrosa síntesis de los planteos que transitan por toda la obra de Lojo.

Como toda tesis, comienza con una suerte de "Estado de cuestión". El primer apartado: "Del manuscrito 'viajes inverosímiles' por Rosaura dos Carballos", inscribe el texto en la tradición testimonial, proponiéndolo como manuscrito, y en la poética del viaje, pero a la vez fractura paradójicamente este efecto con el calificativo "inverosímiles", ya que lo aleja del marco histórico para hacerlo ingresar, incipientemente, en el mundo mágico.

La autora del manuscrito es Rosaura dos Carballos, nombre con multiplicidad de significaciones, que anticipa, aún de una manera imprecisa, el origen y la naturaleza del personaje:

> **Me llamo Rosaura dos Carballos. Si el nombre todavía no les dice nada, ya lo dirá en el porvenir [...] como que me llaman dos Carballos porque –así cuentan- fui concebida jocosamente bajo uno de aquellos nobilísimos, vetustos y serios árboles que en castellano se dicen robles. (pp. 19-20)**[190]

Pero ese nombre va concretando su significación a lo largo del texto. Comienza con un origen gallego, pero va transformándose: "Se acordaba sin embargo de la lejana Navidad de Rosaura *de los Robles*"[191] (ya no, "dos Carballos"); pasa por el lastre afrancesado del pasado materno y del constante disfraz de su compañero de viaje, Mansilla: "... que aquí, con Mademoiselle *Des Chênes* (y señalé a Rosaura) me gustaría..."[192]; para terminar fundiéndose con la naturaleza desértica de la Pampa: "... diría que me encadenó la promesa hecha a *Elyapé*, tan cercana en el nombre (el roble que brota en la hermosa primavera)..."[193]

El apellido vincula al personaje con el mundo celta, no sólo por ser gallego (de los robles, sería en español), sino por la importancia que se le otorga en la obra a los árboles. Hay que recordar que los druidas (del griego *durs*: encina, según Plinio, o bien, de la palabra céltica *dru-uid-es*: los muy sabios) tenían como fuente de conocimientos a la naturaleza. Los novicios se formaban en el dominio de los contenidos de la sabiduría druida y en los secretos de los rituales durante aproximadamente veinte años.

---

[190] Nótese la ironía del personaje: Su concepción jocosa bajo un árbol serio.
[191] Op. Cit., p. 32.
[192] Op. Cit., p. 118.
[193] Op. Cit., p. 189.

El concepto central de la religión druídica era la transmigración de las almas. Negaban la muerte del espíritu y sostenían la continuación de la vida bajo otra apariencia física.

Las reuniones anuales se realizaban en el bosque de los carnutes, el cual no tiene aún una localización definida. Pero no existía un único bosque sagrado, puesto que los árboles simbolizaban para los druidas el ritual de regeneración de la vida –por sus hojas- y la conexión entre el mundo terrenal y el infernal –a través de sus raíces. Por esta razón, algunas tribus celtas se identificaban con una especie arbórea concreta.

Volviendo, entonces, a la novela de Lojo, los árboles desempeñan un papel simbólico claro. Rosaura se encuentra por primera vez con Lucio V. Mansilla en un árbol: un sauce llorón (calificativo éste bastante apropiado para Lucio, que no para de quejarse en toda la novela por la suerte que le ha tocado vivir[194]). No hay que olvidar que el árbol sirve aquí de medio de contacto entre un ser feérico y otro del mundo de los muertos. Aquí, las categorías "terrenal" e "infernal" no sirven, ya que estos personajes no encajan en ninguna de ellas y esto es lo que los hace especiales: son personajes híbridos, que aún no han encontrado sus orígenes y, por lo tanto, tampoco sus destinos.

De todas formas, el sauce llorón excede el símbolo de un individuo y se instala en lo colectivo:

> **-¿Me creería si le digo que pasaba el rato meditando en los altos y bajos destinos de la patria?**
> **-Ni tanto así.**
> **-Sin embargo, debiera hacerlo. ¿O acaso no sabe que el sauce llorón es el emblema secreto de esta ínclita república? Y no precisamente por las melodiosas razones de Garcilaso.**
> **-¿Y por qué, entonces?**
> **-Porque lloramos a los muertos constantemente, inclinados sobre sepulturas que no se cierran nunca.**
> **-Pero el árbol es una figura tan apacible.**
> **-Una figura de nuestra hipocresía. La verdad es el rencor y la cólera. Esos muertos son los de una insaciable guerra civil.**
> **¿Y usted de qué lado está?**
> **-¿A esta altura de mi muerte? Ya del lado de afuera, querida. No soy un prócer, se lo repito. A lo sumo un viejo señor criollo, divertido pero algo incómodo para unos cuantos. Tal vez por eso las verdades que dije se oyeron poco. (p. 38)**

[194] Más adelante aparecerá otra significación para este árbol.

El sauce llorón se convierte en el símbolo de la hipocresía de un país. Esto alude indirectamente a lo sucedido con el propio Mansilla. La guerra civil es la que se entabló entre los hombres blancos y los ranqueles[195] y las verdades que menta el Jefe de fronteras son aquellas que deslegitimizan la Campaña del Desierto: que no está claro que la barbarie sea la condición del aborigen y que quienes rompieron el pacto de paz fueron precisamente los blancos.

Pero los árboles también están vinculados al destierro, al recuerdo de un mundo perdido:

> **-¿No quiere acompañarme al jardín de atrás? Si no tiene sueño le voy a mostrar un poco de magia nocturna.**
> **-Después de usted, querida amiga –le respondí.**
> **Nos acomodamos en el aire bajo la copa del castaño que empezaba a dorarse al compás del otoño.**
> **Rosaura extendió las manos sobre las hojas últimas del árbol y comenzó a cantar, casi imperceptiblemente, una canción melodiosa y monótona que no comprendí, pero que me era tan familiar al corazón como las nanas de mi ama María Antonia o las rondas en la noche de San Juan. (p. 67)**

El castaño es el mismo de *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*. Ese árbol que el padre de Irene (esta vez transfigurada en Rosaura) plantó como recuerdo omnipresente de su tierra y que desde la óptica druida simboliza la regeneración de la vida (claro anticipo de lo que se propondrá más adelante: la vida de estos personajes no muere por el exilio, sino que se regenera en otro espacio que se identificará con el perdido) Y la canción que canta el hada es también esa canción que ya se ha comentado en el análisis de dicha obra.

Progresivamente, los árboles van adentrándose en territorio ranquel. Comenzando por el castaño de la casa Neira (en la periferia de Buenos Aires) y transitando por el sauce llorón, se llega al algarrobo:

> **Acaso porque no morí como debía muriendo lejos y porque los deseos incumplidos nos guían como constelaciones más allá de la muerte.**

[195] Aunque, a decir verdad, se puede hacer extensible al enfrentamiento entre unitarios y federales, peronistas y antiperonistas..., ya que la historia argentina es la de un país desgarrado por las dicotomías.

> **Algo tengo que hacer, aquí y ahora, porque no he agotado los caminos del Desierto y las luces malas del sueño se han quedado prendidas en los algarrobales. Volver a los indios ranqueles, o al espacio que ahora ocupan sus huesos. Sentir otra vez sobre la cara el viento duro y la lluvia buena.**
> **[...] ¿Cómo no haber aceptado antes lo que es obvio? Pensé: "Soy un alma en pena, porque sólo mis huesos fueron devueltos a la patria, y no a la Tierra Adentro sino a la tierra externa de una ciudad cada vez menos mía. (p. 69)**

En esta cita se puede entrever la necesidad de ir "Tierra Adentro". Desde Europa, los personajes van adentrándose en el Desierto. Rosaura viene de Galicia, se instala en Castelar (barrio del "borde oeste" de Buenos Aires) y, finalmente, emprende la nueva excursión a los indios ranqueles. Mansilla, el precursor de una generación que ha apostado todo a la europeización de la sociedad porteña, se ve impelido irreversiblemente hacia el interior, pasando transitoriamente por el mismo borde oeste de una ciudad que ya no reconoce como propia.

Esta "incursión" que se inicia hacia el desierto es una búsqueda guiada por los huesos fosforescentes del aborigen y que pretende concretar los deseos nunca cumplidos.

A medida que se acercan al corazón de la tierra, las cualidades feéricas que provienen de Europa van siendo reemplazadas por las pampeanas:

> **Al final materializamos también a Manolo con unas semillas nacionales bastante buenas provenientes del Delta del Paraná, y que en casi nada cedían a las importadas brocelandesas. (p. 86)**

Aparece entonces la reelaboración de otro personaje de *Canción perdida...* Alberto Krieger. En *La pasión...* será Federico Reuter (repárese en el origen germánico de ambos apellidos[196]), quien anticipará el final del "eterno retorno", de las idas y vueltas entre el viejo continente y el nuevo mundo. Así como Alberto marcó definitivamente la imposibilidad del regreso a España llevándose a Irene a la

[196] Una nota autobiográfica de la autora radica en la importancia que le da a estos personajes en clara vinculación con su propio marido, Oscar Beuter. Recuérdese lo dicho por María Rosa Lojo en la entrevista del apéndice II: "Los hijos del exilio tenemos las raíces en el aire, como plantas parásitas. No sabemos en qué suelo quedarnos. Eso me afectó durante toda la infancia y la adolescencia. Más tarde, ya casada con un argentino de tercera generación que no pensaba en irse, esa fuerza reactiva me llevó a volver la mirada hacia el país donde la marea o elhuracán de la cruel historia de España me había hecho nacer".

Mesopotamia argentina (otra Tierra Adentro), de igual manera Federico, amparándose en la figura simbólica de un roble, dará fin al vaivén de su propia familia de exiliados e inscribirá en el texto un débil indicio de lo que sucederá con los protagonistas:

> **Sólo quise que supieran por qué yo no pienso contribuir al eterno retorno de lo mismo y me quedo en estos *bosques de robles*, comiendo bellotas en vez de internarme en la jungla de los Estados Unidos o de las ciudades europeas. (p. 96)**

El mismo Mansilla, poco después, se sentirá inmerso en esa simbología e irá asimilando el camino que ha de seguir:

> **... todos los gestos, los movimientos, los avatares y los sueños de un cuerpo que a decir verdad había sido generoso conmigo, se acumulaban contra mi corteza rugosa dispuestos a brotar como ya estaban brotando las hojas delicadas del ciruelo o las densas y fuertes obleas doradas del castaño. (p. 110)**

El personaje va comprendiendo que, como un árbol se regenera a través de sus hojas, su propio espíritu tiende a regenerarse en esa "incursión" hacia Tierra Adentro.

En conclusión, esta imagen arbórea que transita por todo el texto en distintas manifestaciones deja clara, al menos, una cuestión: que no importa de dónde provengan estos nómades, las claves para encontrar su lugar antropológico están ligadas a las fuerzas de la naturaleza, proveedora de sabiduría y escanciadora de sueños utópicos. Y esas fuerzas, por otra parte, no tienen límites, como no los tiene el Desierto: No hay aquí y allá, ni Galicia ni La Pampa, y no es la tierra la que expulsa tampoco, sino la Historia[197].

Retomando el índice, el segundo punto de este manuscrito: "Literatura argentina y locura migratoria", recoge una de las preocupaciones claves de la obra de Lojo: ¿Cómo construir una literatura argentina frente a la herencia desarticulatoria de la inmigración? Ésta será una de las cuestiones a desarrollar, no sólo en su narrativa, sino en toda su obra crítica y que sintetiza su concepción literaria y ontológica del mundo rioplatense.

[197] Este punto se desarrollará, sin embargo, más adelante.

El tercer punto es la bisagra más poéticamente lograda de esta parte: "Llegada a Santa María de los Buenos Aires. La casa Neira", ya que alude tácitamente a los orígenes de la presencia española en el Río de la Plata (aquél era el primer nombre que le diera en la época de la conquista y colonización Pedro de Mendoza a la actual ciudad porteña) y a la última gran oleada inmigratoria: el exilio republicano (Como se sabe, Neira es el apellido de la familia de exiliados republicanos en Buenos Aires de *Canción perdida...*) Es decir, en un pequeño subtítulo, Lojo aúna los dos ejes temáticos más significativos de su obra: la inmigración y el exilio.

El siguiente subtítulo: "Navidad que no fue blanca" presenta uno de los conflictos del desterrado: su problemática adaptación a la nueva tierra, marcando un espacio de negatividad en una fecha de Resurrección: en el nuevo mundo, la Navidad no es blanca como en Europa. Lo característico del exiliado: implantar dicotomías en cada aspecto de su realidad, inscribiéndose siempre en el lado negativo. Pero, en este caso, esta tendencia será superada progresivamente, tras el encuentro de las dos aves[198] provenientes de los dos extremos del mundo: Rosaura y Mansilla en el *Omphalos* de Castelar, es decir, en el borde impreciso entre dos tiempos, dos culturas, dos espacios, bajo el título: "Cómo me propuse encontrar el Omphalos u Ombligo del Mundo. El caballero del sauce."

Finalmente, cierra este espacio de dicotomías aparentes, el último apartado: "Temores y alegrías", donde los personajes darán el primer paso hacia Tierra Adentro.

La segunda parte de esta novela la constituye el epistolario de Mansilla, en un curioso juego temporal: "Nuevas cartas de Lucio Victorio Mansilla desde el país que fue de los ranqueles", donde el calificativo "nuevas" implica una actualización de unas "antiguas" cartas, a la vez que el pretérito perfecto simple del verbo (fue) remite a un pasado perdido. De esta forma, Mansilla se ubica en el espacio de la nostalgia característica del exiliado, aunque reafirmando la idea de un exilio de la Historia, ya que el país es físicamente –pero no históricamente- el mismo.

Para Mansilla, la muerte es como una expulsión, un desgarramiento, la pérdida de esa vida a la que tanto se había aferrado, pero sobre todo, la expulsión del decurso de la Historia. Es condenado a un exilio fuera del mismo, en un Paraíso de utilería.

Estas cartas están plagadas de ambivalencias y desdoblamientos: *dos vidas posibles* (en el primer subtítulo), *readaptación... a la vida terrena* (que implica una repetición de la experiencia vital), el

[198] Recordar el mito griego que da origen a esta imagen.

fin de siècle postmoderno (tiempo desde el que escribe las cartas al mismo personaje al que se las había escrito desde el fin de siglo moderno), y el *falsificarse a sí mismo* (escribiendo unas cartas falsas a fin de venderlas a coleccionistas).

Y será Mansilla el que provea al texto de las dos antinomias más relevantes: pasado / presente (característica de la problemática del exilio) y civilización / barbarie (imprescindible para la determinación del "otro" en estos seres desgajados socialmente).

La siguiente parte vuelve al manuscrito de Rosaura dos Carballos. Es un momento de transición: Rosaura sufre una crisis en su proceso de asimilación del destino que le deparan las fuerzas de la naturaleza. Se distrae, entonces, retomando la amistad con los humanos en casa de Federico Reuter. Él es –como se ha señalado anteriormente- quien instaura la otra postura: Romper el círculo de inmigraciones y quedarse en la tierra natal: "...me quedo en estos bosques de robles..." La mención a estos árboles (que vincula el origen de Rosaura –dos Carballos: de los Robles-, con el de los antepasados de Federico: "De pronto le parecía acordarse de que había matado una yarará a las orillas del Elba, o que alguna vez, en las tardes de pastoreo, había comido rapadura y dulce de mango junto a los robles"[199] y con las tierras natales de Federico) posee otra función, además de las propuestas al tratar la funcionalidad de los árboles: configura una red de vinculaciones entre las tres tierras: la gallega, la alemana y la argentina, no sólo relacionadas históricamente por las vastas corrientes inmigratorias de las dos primeras hacia la tercera, sino que plantea la posibilidad de la superación del destierro en el reconocimiento por parte de la generación de los hijos de una suerte de identidad esencial –las diferencias, en última instancia, son contingentes- entre las mismas. Este paréntesis servirá, por lo tanto, para reafirmar la decisión de ambos personajes protagónicos: la de Mansilla, de ir hacia tierra ranquel y la de Rosaura, de acompañarlo, sabiendo que ese viaje significará una introspección y un reencuentro con lo más profundo de sus orígenes y de sus convicciones.

El siguiente apartado vuelve a las cartas de Mansilla. Aparece en él una variante del título de su novela decimonónica: "Nueva excursión a los indios ranqueles...", cuyo énfasis en la novedad marca un paralelismo con el anterior apartado: "Nuevas cartas..." y se inscribe en ese mundo circular del "eterno

[199] Lojo, María Rosa, Op. Cit., p. 95. Esta cita pertenece a la historia de Otto Reuter, quien había emigrado de Alemania y se había afincado en la Argentina. Sus recuerdos confundidos aluden a la fragmentación propia de los desterrados: ubica las yararás (víboras características del litoral argentino) en las orillas del Elba (río de Alemania). Lo mismo sucede con la rapadura y el dulce de mango.

retorno" que precisaba Federico Reuter. A través de los subtítulos, se puede seguir la evolución de la vida y las características del personaje: sus comienzos en el Romanticismo ("Un tenue vaho de jazmines húmedos... Después de todo, Lucio había nacido en una generación romántica"); su afición a forjarse nuevas imágenes, es decir, a ficcionalizarse a sí mismo ("Vladimir Alain Necrasoff: ¿el último disfraz de Lucio V. Mansilla?"[200]); su recorrido por tierras ranqueles, donde se evidencian los cambios operados por el tiempo y la mala fe de los hombres; el juicio al que lo somete la Historia por su actuación en el pasado; y muy enfáticamente, una nueva reflexión sobre los desplazados (feministas y minorías étnicas). Estas cuestiones temporales se suceden al amparo del mundo feérico ("Merlín me espera en el hospedaje de Anchorena. La eternidad recién comienza"), aunque parte de éste está comprometida en un proceso de concientización de su propia condición: Rosaura se reencuentra con las fuerzas de la Naturaleza. Finalmente, en este apartado Mansilla encuentra el Omphalos de la Historia: Leubucó[201].

Cierran la novela dos títulos sintetizadores y altamente simbólicos: "Desde la casa de Plata", en el que Rosaura comprende y acepta su naturaleza y destino; y "En el centro del agua que corre", donde Lucio se ubicará atemporalmente en el fluir azaroso del tiempo y tomará la decisión de abandonar lo que tan poéticamente expresa el título: "Yo, que tanto he viajado, abandono sin pena la pasión de los nómades"[202]

Escrupulosamente elegidos, los epígrafes vienen a reforzar el desarrollo de esta tesis. El primero enmarca la novela dentro de la temática eje de muchas de las obras de Lojo: el exilio. Se trata de unos

[200] Es oportuno reparar en que no se afirma, sino que se cuestiona el final de su permanente cambio de imagen. La respuesta se encontrará al final de la novela y será comentada oportunamente.
[201] Esta laguna tiene vital importancia tanto para la novela de Mansilla como para la de Lojo. En la primera, representaba un lugar estratégico: "... por ser un nudo de caminos que conducían hacia las tolderías del cacique Ramón, en los montes de Carrilobo; hacia las del cacique Baigorrita (ahijado del militar unitario Manuel Baigorria, exiliado veinte años entre los ranqueles), situadas a la orilla de los montes de Quenque; hacia las de Calfucura, en Salinas Grandes, y hacia la cordillera y las tribus Mapuches (el llamado camino chilena). Este lugar y quienes conoció allí inspiraron a Mansilla sus páginas tal vez más lúcidas y profundas.", en palabras de Lojo ("Una nueva excursión a los indios ranqueles" en *Ciencia Hoy*, www.ciencia-hoy.retina.ar. En la segunda novela es el lugar desde donde se enjuiciará el pasado, buscando respuestas en el presente.
[202] Lojo, María Rosa, Op. Cit., p. 201.

versos de Luis Cernuda[203], donde se alude al deseo de recuperar lo perdido, deseo que signará la vida de Mansilla a lo largo del texto de Lojo.

Abriendo el manuscrito de Rosaura, la autora escoge uno de los dos libros que servirán de hipertexto a la novela (*Merlín y familia* de Álvaro Cunqueiro) y que la situará en el marco de lo feérico, mientras que las nuevas cartas de Mansilla estarán encabezadas por una cita de otro texto de este autor: "Mi primer robo", de *Entre-Nos,* el cual planteará la forma complementaria del deseo: "el hombre no es nunca feliz; pero espera serlo". Entre ambos, se mantendrá la tensión entre lo mágico y lo histórico y se establecerá una correspondencia entre las figuras de Merlín y Mansilla: amantes de la conversación (del mago se dice: "contento del mundo y conversador" y del argentino se cita justamente una de sus conversaciones, aunque, por otra parte, se insinúa una diferencia más que relevante en la novela: al primero se lo caracteriza con una "frente levantada y señora", es decir, de dignidad y fuerza del pensamiento, mientras que el segundo, como se verá a lo largo del texto, tiene mucho que aprender hasta lograr controlar la "conversación" y saber cuándo guardar un prudente silencio. Por lo tanto, desde los epígrafes queda claro quién será el maestro y quién el alumno, lo cual se verá ratificado por los diferentes encuentros entre los dos personajes.

El segundo apartado del manuscrito de Rosaura comienza con dos epígrafes: dos canciones populares (una alemana del siglo XIX y otra argentina del siglo XX). En la primera, se vuelve a plantear la cuestión del exilio:

¡Ahora adiós, patria querida,
amada patria, adiós!
¡Hay que partir hacia tierra extranjera,
patria querida, adiós!
Por eso canto con alegre coraje,
Como canta el que debe emigrar.
¡Patria querida, adiós!

A lo lejos estás aún, valle tranquilo,
Te saludo por última vez.
¡Patria querida, adiós!

[203] Mientras vas, errabundo mendigo, recordando, deseando;/Recordando, deseando./Pesa, pesa el deseo recordado:/Fuerza joven quisieras para alzar nuevamente,/Con fango, lágrimas, odio, injusticia,/La imagen del amor hacia el cielo/La imagen del amor en la luz pura.

Y, en correspondencia, en la segunda, se plantea el recibimiento del errante, del nómade –más apropiado para este caso-, y, en consonancia con la importancia de las canciones en la obra de Lojo, se insta al recién llegado a cantar:

Abre la puerta y entra a mi hogar
Amigo mío, que hay un lugar,
Deja un momento de caminar...
El pan caliente sobre el mantel
El vino bueno y un gusto a miel
Habrá en mi casa mientras estés.
Tenemos tiempo de conversar.
Toma mi guitarra y dulcemente
Cántame con ella una canción
Que quiero guardar en mi memoria
El grato recuerdo de tu voz.[204]

La apelación constante a la canción del emigrante ubica nuevamente la cuestión en la órbita de la memoria, que pasará de ser la de una experiencia personal (la inmigración o el exilio puntuales) a la de una colectiva. Esta última es una canción que, como la de las mujeres ranqueles, intenta preservar los orígenes ancestrales. Por otra parte, es una forma de darle voz a los desplazados, a los "sin lugar", tanto físico como social.

Componiendo nuevamente un paralelismo temático, el epígrafe del siguiente apartado de Mansilla se refiere a unas coplas satíricas dedicadas al Jefe de fronteras en *El libre pensador*:

Capa española terciada
Con marcial desenvoltura,
Noble y gentil apostura,
Gran chambergo, gran bigote.

Se lee en su gesto altanero
"mucho puedo, mucho valgo";
parece un antiguo hidalgo
del tiempo de Don Quijote.

[204] Carnavalito *Entra en mi hogar* de los hermanos Carabajal.

El paralelismo se desarrolla no sólo por el origen musical de la pieza, sino por la alusión a otro errante, a otro nómade y, sin duda, a otro desplazado: Don Quijote. La ironía de asemejarlo a un hidalgo, pero del tiempo del de la Mancha, desarrolla metafóricamente la condición del propio Mansilla: un hidalgo a destiempo, exiliado de la Historia. Así como el personaje de Cervantes anda errante por los campos castellanos, fuera del tiempo de la hidalguía española, el Coronel también se constituye en un nómade en tiempos posmodernos, donde su gallardía resulta verdaderamente anacrónica.

Los últimos dos capítulos de la novela, de la misma forma en que estos mismos son una síntesis de las propuestas que se han ido desarrollando a lo largo del texto, están encabezados por epígrafes de igual índole. El de "Desde la casa de plata" ubica a las mujeres en el centro de atención:

Entre ríos y fulguraciones
Cantando
Bajan las mujeres nómades
Con el cielo entre los dientes.

Estas mujeres, además de aparecer identificadas con las fuerzas de la naturaleza, proponen otra identificación: mujeres nómades ranqueles / mujeres nómades gallegas:

Las proscritas, las brujas
Que han ascendido por el Árbol del Mundo
Llamando con cascabeles a los espíritus,
Danzarinas sagradas
Enjoyadas con tobillos y ajorcas,
Con muñecas y brazaletes
Confundidas en un solo esplendor.

Ésta es la apariencia con la que Rosaura ve a las mujeres ranqueles en su primer encuentro, aunque, en última instancia, varios elementos en común la unen a ellas: el árbol, las brujas, las proscritas... El árbol, como elemento sagrado de los druidas y de los ranqueles; las brujas, personajes característicos gallegos, así como de los aborígenes argentinos; y la condición de proscritas: tanto los

indígenas para la civilización porteña, como los gallegos para la española son los marginales, máxime sin son mujeres[205].

Por su parte, el último capítulo de la novela: "En el centro del agua que corre" está encabezado por una canción profana de enamorado, en la que se puede vislumbrar la propia condición de Mansilla, quien ha regresado del "Más allá" a la tierra:

Para quedarme, pues, he regresado,
He regresado como *püllomen*. Ya la gente no habla de
Por amor volví, hermana; por tu amor he venido [mí.
Por eso he vuelto, como *püllomen* he vuelto;
Del hueco del árbol salí.

El *püllomen* era para los mapuches una especie de mosca azul en la cual podían volver a la tierra las almas de los muertos. De esta forma, Mansilla, abandonando la pasión de los nómades, llega a identificarse en el suelo, en la tierra, y logra lo que todo exiliado anhela: el regreso. Y, conectando con Rosaura y los ranqueles, con las fuerzas de la naturaleza, lo hace a través de un árbol.

En conclusión, esta novela que, aunque privando en todo momento lo poético, en cierta medida semeja a una tesis -donde se presenta un estado de cuestión (la inmigración, el exilio, las idas y venidas desde el viejo continente y el nuevo, el ciclo del eterno retorno...), una hipótesis de trabajo (los nómades se sienten suspendidos en el tiempo y en el espacio, pero, sobre todo, se perciben excluidos del decurso natural de la Historia y buscan una forma de volver), un desarrollo exhaustivo de la problemática del desarraigo y de la condición de marginales de ciertos grupos (minorías étnicas, mujeres, etc.), constituyéndose socialmente en torno a la figura del *otro*, y una tesis categórica: El retorno sólo es posible asimilando la fuerza de la tierra y superando las contingencias de la temporalidad- se ve perfectamente esbozada en los títulos del índice del texto de Lojo y reforzada poéticamente por los epígrafes.

[205] Lojo alude a esta cuestión de la posición de la mujer: "Mientras el indio varón aparece como el prójimo, sustancialmente identificable con cualquier blanco del sexo masculino, la mujer, sin que se niegue su pertenencia a la especie humana dotada de alma, es *el otro*m ek ser distinto y siempre algo distante (aunque llegue a puntos de máxima cercanía física y afectiva) que se le presenta al varón con los rasgos de una remanente ininteligibilidad" ("El indio como 'prójimo', la mujer como 'otro' en *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla" en *Alba de América*, Nº 26 y 27, Vol. 14 (1996), pp. 131-137).

Lucio V. Mansilla: un exiliado de la Historia

Podrán parecer inveterados pesimistas, pero no es sino el fervoroso amor a la tierra, a los gozos, los sueños y las pasiones de esta vida lo que hace ambular hacia el futuro y también hacia el pasado.

María Rosa Lojo, *La pasión de los nómades.*

Lucio Mansilla es un transhistórico convencido, pero, aunque su proyección sea hacia el futuro (de finales del siglo XIX hacia finales del siglo XX), su verdadero *deseo* es el retorno al pasado. Es por ello que a lo largo de la novela hay un permanente cotejo entre esos dos tiempos: el pasado, asociado a los grandes personajes históricos y del mundo feérico; el presente, aniquilador de significados permanentes, el tiempo de la degradación posmoderna: "Paseo de pie, vestido o disfrazado a la moda sencilla –harto sencilla- de esta época..."[206]. Del positivismo de la generación del '80 y del encanto del mundo mágico y la saga artúrica, a la destrucción de las guerras nucleares y la contaminación...

Mansilla no logra integrarse con la estética posmoderna, aunque su condición de fantasma lo acerque teóricamente a la virtualidad finisecular. Se viste a la moda actual, en principio, para no crear un efecto de extrañamiento (en los demás, porque en él logra el efecto contrario), pero también para conseguir el perfil teatral que ha perseguido siempre y que lo ha caracterizado (bello gesto de Rosaura ha sido devolverle la corporeidad propia del tiempo de la excursión, es decir, su momento de plena maduración antes de abandonar del todo la juventud, es decir, el tiempo justo en que puede desplegar su "narcisismo" y su esplendor). Su afición por el cuerpo y la apariencia, sin duda, son rasgos de su carácter y, en este ingreso a la eternidad, un signo claro de ligazón con el tiempo perdido.

De todas formas, en lo que respecta a su condición fantasmagórica, está más cerca de las artes mágicas y el universo feérico que de la virtualidad posmoderna. Si no fuera así, no tendría sentido su incursión a Tierra Adentro. Si realmente hubiera alguna afinidad con esta época, se hubiera quedado en

[206] Op. Cit., p. 50

la ciudad, máximo exponente de la Posmodernidad. Por otra parte, el desierto es el único lugar donde puede sumergirse en la inmensidad atemporal, el único cronotopo posible para el exiliado.

Regresando al cotejo mencionado al comienzo, el pasado es agredido permanentemente por el presente: Papá Noel es reemplazado por el gremio de los fabricantes de juguetes; la elegancia de la levita por la vulgaridad de los *jeans* y la camiseta de algodón...

Pero, paradójicamente, es el presente el que concede las respuestas y el que, de alguna manera, se erige como fuente de identificación más allá del paso del tiempo y propone la idea de que el cambio es ilusorio o superficial:

> **Quizá por eso un aire de juventud recuperada me trae la memoria de la felicidad cuando salgo a las calles –ya libre, ¿ya invulnerable?- mirando a los hombres correr en pos de lo que han corrido siempre. (p. 50)**

Además, este presente está rodeado de espectros del pasado que se niegan a dejar de existir: las imágenes que proyecta la televisión de muertos que son también fantasmas como Mansilla, pero que perviven como él: "Yo seguía siendo yo... ¡¡¡Seguía siendo!!!"[207]

El presente es el tiempo del exilio: un tiempo intersticial entre el pasado añorado y el futuro utópico, ambiguo: aniquilador, pero constructor de significados.

Prontamente, el dislocamiento del personaje se irá volviendo más notorio. La ambigüedad de lo que lo rodea (personajes televisivos irreales que se proyectan en el mundo de los vivos; el Viejo Mundo convertido en el Primer Mundo, trucadas así sus expectativas de progreso para el joven país que ahora se ubica a la "cola del mundo"; el cambio rotundo de la fisonomía de Buenos Aires, la transformación de su casa y de los lugares que sentía como propios, etc.) le hará perder su inscripción en el suelo y volverá patente su condición de exiliado:

> **... por más que pudiese palparme de pies a cabeza, escuchar el latido de mi corazón, chocar contra las paredes y aquilatar el hogareño espesor de la materia, por primera vez, desde el**

[207] Op. Cit., pp. 68-69.

> **prodigioso momento de mi nueva encarnación, me sentí, total y cabalmente, un fantasma." (p. 66)**

Ya no se siente dueño de su vida, por lo que deberá abandonar antiguas tendencias:

> **Pero los años algo enseñan y sobre todo la demorada ultratumba, ya que esta vez he decidido atesorar los papeles verdes en vez de gastarlos o jugarlos de inmediato, como era antes mi grata costumbre. (p. 64)**

Así como no es dueño de su cuerpo: Siente un intenso temor por la sexualidad, ya que su condición etérea se la limita. Un signo más de su dependencia del pasado, pues no es capaz de abstraer lo corpóreo, que para Mansilla es especialmente importante, e instalarse en su nueva condición[208]. De igual manera, el cuerpo también emite mensajes sociales: su carencia anula la posibilidad de oponer lo propio a lo ajeno, el cuerpo de uno frente al del otro y, por ende, destierra la idea de alteridad del aborigen. No hay choque:

> **... Sin ninguna elegancia pero con el furioso denuedo de una riña callejera, me lancé directamente sobre el cuello de Mariano con la intención de estrangularlo, para darme ipso facto de narices contra el suelo. Había olvidado que mi pesada carnadura mortal traspasaría –sin dañarlo- el tejido inconsútil de sus almas ranqueles... (p. 184)**

Mansilla se constituye en un sujeto cultural anacrónico (bastante coherente con la estética de la Nueva Novela Histórica), que se ve inmerso en problemáticas y afronta discursos relativamente ajenos:

---

[208] En su artículo titulado: "*La pasión de los nómades*, de María Rosa Lojo: Entre la teatralidad y la virtualidad" (*Alba de América*, Vol. 18, Nº 33 y 34, pp, 135-147), Sonia Jostic afirma: "El temor a la sexualidad bien puede traducirse como una invitación al tacto y al contacto a distancia, en todo conforme con la paranoia que define la experiencia sexual posmoderna angustiada por las enfermedades".En principio, si se lee el texto a partir de las claves de la posmodernidad, cabría la posibilidad de una solidaridad entre la idea del temor sexual de Mansilla y la del temor posmoderno a las enfermedades sexuales y a la tendencia bastante próspera a recurrir a medios tecnológicos para la consecución virtual del acto amoroso. Pero la existencia de los personajes feéricos y de la mitología ranquel hacen sospechar de esta correspondencia. Es cierto que hay un evidente rechazo de Mansilla por esta nueva estética, aunque a la vez se sirve de ella. El punto aquí es que lo fantasmagórico –como se ha comentado antes- no depende de la virtualidad posmoderna, sino de fuerzas naturales mucho más antiguas. Es más, su corporeidad sólo se logra por intermedio de las artes feéricas y de magia ranquel, no por logros tecnológicos.

los mass-media, los avances tecnológicos, las preocupaciones ecológicas, etc., aunque ya en el personaje decimonónico había una suerte de anacronismo latente con la realidad de su tiempo:

> **¿No había dicho yo en uno de mis últimos y escandalosos discursos que los Estados Unidos del Norte eran el mayor peligro potencial para la Europa y la América del Sur? (p. 51)**

En este sentido, Mansilla reproduce, asimismo, el proceso de valoración de la alteridad que había efectuado a fines del siglo XIX sobre la cultura "bárbara", en este final de siglo XX, sobre la cultura posmoderna. Pero esta nueva valoración está signada, como la época, por la desesperanza:

> **Pensar que te escribía hace más de un siglo, como si ya se hubiera tocado un límite: "Te asombrarías si volvieses a estas tierras lejanas y vieras lo que hemos adelantado. Buscarías inútilmente el molino de viento; el pino de la quinta de Guido se ha escapado por milagro. La civilización y la libertad han arrasado con todo"**
> **¿Qué te diría yo ahora, Santiago amigo? (p. 57)**

Es necesario acotar, sin embargo, que este final de siglo no puede constituirse como una réplica del anterior, sino como un paralelo aparente, ya que los códigos y la percepción de lo esencial son diferentes en cada estética (moderna-posmoderna).

Pero no sólo Mansilla pierde su pasado, sino también Rosaura y Merlín: "El invierno traía la nostalgia de hogares perdidos [...] los sueños de gozo perdidos por el tiempo"[209]. Sin embargo, la diferencia entre estos personajes dará la clave de la problemática que el Jefe de fronteras debe superar:

> **Mansilla (cosa absurda y muy poco sabia, porque nada en este mundo o en el otro vuelve a ser exactamente lo que fue) quería reiterar su famosa excursión a los indios ranqueles. Que Lucio buscara algo irremediablemente perdido no era cosa de extrañar. Los seres humanos se pasan la vida extraviándolo todo y corriendo tras ello cuando se dan cuenta de que se les ha escapado. (p. 98)**

[209] Op. Cit., pp. 83 y 85.

Mansilla busca algo más que su pasado perdido: desea saldar su deuda con los ranqueles, su falta de compromiso real con el destino que les deparaba la política porteña y del que él era ciertamente consciente. En un principio, abordó su misión restándole trascendencia (una excursión suena como un paseo turístico), pero poco a poco la envergadura de la situación que se encuentra en la Frontera vuelve necesaria una actitud de revisión de la clásica dicotomía y una reflexión filosófico-política sobre la condición del hombre, como la misma Lojo lo afirma en uno de sus trabajos críticos sobre la obra de Mansilla:

> **...Más allá del "turismo" [...] este desafío va adquiriendo matices de una profundidad acaso insospechada en un principio. Se convierte en meditativa indagatoria de la condición humana, y asume una defensa decidida de la "planta hombre" –única en todas las latitudes bajo sus diferentes formas- que no reconoce las razas "superiores" e "inferiores" en que gustaban clasificarla las corrientes positivistas (teorías –insiste Mansilla- sólo adecuadas para justificar el despotismo)[210].**

Por ello, reiniciará el viaje. Si la transformación de Buenos Aires lo había desanimado, el cambio del Interior será mucho más duro de afrontar para él, puesto que lo aleja cada vez más de su objetivo: ¿Cómo encontrar a sus jueces históricos –los caciques ranqueles- si ni siquiera el suelo es reconocible?:

> **... todo ha cambiado mucho desde 1870. Las viejas rastrilladas, es decir, los caminos seculares de la Tierra Adentro, trazados por la huella de los animales y de los hombres, sólo se distinguen ya desde el aire por el color oscuro del pasto y de la tierra. Por lo demás, los campos que antes cruzaban esos caminos son privados y están prolijamente circunscriptos con vallas de alambre... (p. 120)**

El olvido lo invade todo, o lo seca... Porque las lagunas ya no existen: "... y laguna, así como usted dice, no la recuerdo ni he oído mentarla"[211]. Esa sequía parece ser una suerte de metáfora tanto del

---

[210] Lojo, María Rosa, "El indio como 'prójimo', la mujer como el 'otro' en *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla". *Alba de América.* Nº 26 y 27, Vol. 14 (1996), pp. 131-137
[211] Op. Cit., p. 127.

olvido como de la muerte, si bien el primero siempre es una forma de la segunda. Esta realidad sólo podrá ser superada por Mansilla al final, "en el centro del agua que corre" (título del capítulo final, a la vez que nueva metáfora de su nueva condición: el jefe de fronteras va olvidando progresivamente los recuerdos del pasado y acepta su nueva situación, lo cual le permite escapar de esa tendencia humana a buscar lo perdido, que es pura utopía)

La mayor evidencia de su exilio, sin embargo, no son las desapariciones o las sequías de aguas emblemáticas, sino la diferencia de percepción de aquello que ha sobrevivido al tiempo:

> **Pero, ¿qué significa hoy el Cuero? Un espejito de agua para que beban las vacas y mucho monte que molesta al ganado, tanto, que lo queman si pueden de cuando en cuando como no se abrase solo en época de seca. Antes, el que dominaba el Cuero gobernaba los caminos del desierto, tenía el secreto de todas las aguadas y las dimensiones del espacio y del tiempo. ¡Y véanlo ahora! (p. 150)**

Como para todo exiliado, lo más doloroso para Mansilla no es dejar de ver lo que sintió como propio, sino verlo ajeno, sin las significaciones que le había atribuido, puesto que al haber ingresado en otra dimensión, los lugares de su "vida anterior" son signos de exclusión, ya que pertenecen al mundo accidental. La única manera de recuperar su espacio propio es buscarlo en el mundo esencial y, para ello, deberá volver a los orígenes.

Una incursión hacia el Oeste: de la ciudad al desierto

El oeste es un espacio significativo en la obra de Lojo. Desde *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, se perfila la idea de que las claves de la inmigración, el exilio, la Historia, la marginalidad, etc., es decir, todos los grandes ejes temáticos, sobre todo de su narrativa, hallan su forma de expresión en aquél.

Galicia, desde donde emigran Rosaura y Merlín, así como Castelar, en la que se localiza la casa Neira de *Canción perdida...* y donde se reúnen Mansilla y los personajes feéricos de *La pasión...,* se encuentran en el borde oeste de España y de Buenos Aires respectivamente.

Rosaura sintetiza varios sentidos importantes para el desarrollo de la nueva excursión a los indios ranqueles en la primera parte de su manuscrito:

> **Sin embargo me dejé llevar y lo llevé, en la extraña aventura de un retorno imposible.**
> **A la noche siguiente nos encontramos otra vez en el hueco del sauce. Cruzamos la calle hacia la casa Neira.**
> **Navegábamos en el río que nunca vuelve, en deriva al Oeste del Paraíso. (p. 40)**

En principio, la imagen del retorno imposible, que será tratada posteriormente en este trabajo, abre la utopía que signará la vida del exiliado y, por lo tanto, de Mansilla. Luego, la mención a la casa Neira ratifica la inserción del texto en esta problemática al aludir a una familia de exiliados republicanos que no han logrado su deseo, aunque a la vez, abre una brecha hacia el Interior de la Tierra, ya que Irene, la única hija mujer de esta familia, encuentra su lugar allí y, de alguna forma, construye sus raíces. Finalmente, ese río que nunca vuelve, al que se refiere Mansilla en el capítulo final a través de una variante léxica (agua que corre), conduce también hacia Tierra Adentro, hacia el Oeste, donde los personajes de la novela intentarán realizar la utopía.

El Oeste se constituye, entonces, en el espacio del deseo, de los sueños, de las utopías y, por qué no, de la eternidad

La pasión de los nómades es una suerte de galería de exiliados: Rosaura, Merlín, Mansilla, los Neira, María, Manuel, los ranqueles... Cada uno con sus propias características y razones, pero, en definitiva, compartiendo destinos.

Buenos Aires, la ciudad inestable e inabarcable, se constituye en el centro de acogida de una larga tradición migratoria gallega, entre otras nacionalidades. Allí llegan Rosaura dos Carballos y Merlín:

> **Aún no me daba cuenta de ello, pero secretamente fermentaba en mí la idea de emigrar. Y adónde iba a ser sino a la Argentina, añeja tradición en la tierra de Galicia. No sería la primera vez que una criatura del mundo sobrenatural se marchaba para allá. (p. 26)**

Asimismo, Manuel Peña, el *valet* gallego de Mansilla termina cambiando su exilio británico por el rioplatense, a instancias del Coronel:

> **Al día siguiente –el viaje desde el lugar donde se encontraba era muy largo- tuve la satisfacción de hallar ante mí a Manolo Peña, visible y semitangible, aunque un tanto envejecido... (p. 71)**

Pero, por otra parte, es una ciudad de expulsiones: Miguel Neira emigra a Australia; su hermana Irene, a Misiones y María, el ama de llaves también gallega de esta familia, vuelve a su tierra.

En este entorno, la utopía del regreso –como lo entienden los exiliados en general, es decir, recuperando tiempo, lugar y posición social- es una imagen omnipresente, pues estos personajes sólo piensan en ello, aunque da la sensación de que el único que contempla ingenuamente que esta posibilidad se concrete es Mansilla. Rosaura y Merlín se insertan en otra dimensión, donde, de una forma semejante a la que deberá aprender el Coronel, el retorno en cierto modo es posible; Manolo aparece totalmente resignado a su suerte de errante, siempre y cuando pueda permanecer junto a "su gente": "Yo he sido muy viajero, pero con los míos, ¿o no le he seguido a usted a todas partes?"[212] El regreso, aunque lo desea, ni siquiera lo contempla: "volver a mi pueblo donde nadie me conoce ya..."[213] Finalmente, los ranqueles ocuparían un estadio intermedio entre el posicionamiento frente a las fuerzas de la Naturaleza que tienen los magos celtas y el dislocamiento profundo de Mansilla: Les han arrebatado vida y presencia física en la Tierra Adentro, pero sus espíritus continúan allí. Tienen incorporado, de manera ancestral, su comunión con la tierra: Nadie puede quitarles eso. Y es precisamente esa unión la que les permite "sobrevivir" al genocidio.

Mansilla, sin embargo, no logrará sino hasta el final entender la lección que le enseña Merlín:

> **- ... ¿No estaba usted contento por el mero hecho de SER cuando salió de Buenos Aires? ¿No se hallaba dispuesto a tirar por la ventanilla del auto la molesta carga del señor escritor, diplomático y militar don Lucio Victorio Mansilla, sobrino de tal y tío de cual, conocido de medio mundo? Claro que es difícil...**
> **- ¿Qué?**

[212] Op. Cit., p. 78.
[213] Op. Cit., p. 78.

> **- Liberarse del pasado, lo que no debe confundirse con falta de memoria. Pero sólo eso salva a las naciones y a los hombres. (pp. 162-163)**

El Coronel de Fronteras, aunque tarda en entender que, al comienzo, ha equivocando el camino: "Ya no pienso constantemente en el porvenir [...] y me conformo con el insólito, fulgurante privilegio del retorno"[214], emprende ese viaje iniciático que, más que una *excursión*, resulta ser una *incursión* hacia el Interior no sólo de su país, sino de sí mismo, un tránsito desde la mentalidad progresista de la generación del '80, claramente europeizante, hacia la espiritualidad de la Tierra Adentro. La nueva excursión no es más que salir de ese espacio híbrido, intersticial, que es Buenos Aires, una suerte de corredor entre la América profunda y Europa. En realidad, Mansilla es entregado por las fuerzas de la naturaleza europeas (representadas por Rosaura y Merlín) a las correspondientes americanas (bajo la mediación de los ranqueles) que, en última instancia, son dos facetas de lo mismo, como lo expresa el hada gallega:

> **En cambio yo, tan lejos de todo, encuentro demasiado parecidos estos cerros de piedras poderosas a los que rodeaban el hogar de mi niñez, y no veo distancia entre el muérdago y la encina de los druidas y el *voigue* o el caldén que las *machis* utilizaban como escala entre el mundo visible y los compartimentos secretos de los cielos. De alguna manera estoy en casa, en la Casa de Plata que gobierna las mareas y los mares, en la luz fresca y húmeda que es la cara oculta y fértil del sol furioso. (p. 190)**

De esta forma, se opera un cambio de polaridad en el concepto de "frontera", el cual abandona la negatividad para convertirse en el espacio del deseo:

> **Tantos años de viajes que quizá sólo eran una huída del centro de mí mismo: un lugar inasible guardado entre los médanos junto con el esplendor, los caballos y la vida. Esa vida de cuasi exiliado en las fronteras que entonces me parecía marginal e inhóspita y que hoy veo resplandecer como una fruta madura... (p. 70)**

[214] Op. Cit., p. 45.

Esto se debe, sobre todo, a que Buenos Aires deja de ser el centro portador e irradiador de significados, el cual se traslada al Interior. Es curioso cómo se transforma el término *frontera* visto desde esta perspectiva. Tradicionalmente, ha desempeñado un rol bastante significativo en la configuración del imaginario nacional argentino, pero con un valor ambiguo de puerta hacia el espacio exterior y, a la vez, hacia lo más oculto de uno mismo. Esta afirmación significaría que la "barbarie" del otro lado de la frontera se convertiría en la cara oculta del hombre civilizado de la ciudad, por lo tanto, formaría parte del mismo: no sería un "otro". O planteado de otra forma, el otro no representa una alteridad absoluta –como tampoco existe una dicotomía absoluta-, no es un *él*, puesto que confluye con ese *uno* en los márgenes.

Sin embargo, la propuesta de Lojo radica en convertir a Buenos Aires en el espacio exterior y a la Tierra Adentro en ese mencionado centro. De esta forma, la ciudad es el lugar emblemático del exilio[215], ya que se convierte en el borde por excelencia. El "otro", el habitante que acecha desde la frontera, ya no es el aborigen, sino el hombre de la civilización posmoderna. La ciudad, antes acogedora, es ahora para Mansilla un lugar con las mismas características negativas que se le atribuían antes al Desierto:

> **... La ciudad –alta, demasiado alta- se ha tragado todos los espacios [...]**
> **... quise dar la vuelta a mi patria chica, ahora desbordada e inabarcable. Me vi fuera de la vida, indiferente para todos, desconocido entre desconocidos, un nadie sin nada que hacer o que decir a los otros... (pp. 65-66)**

Por un momento, la frontera es vista como una amenaza: Manuel Peña advierte a Mansilla de los peligros de cruzarla:

> **-¡Vuelva usted, don Lucio, que lo van a cortar en tiras! No haga el tonto, que esto es una trampa para comérselo como a Solís. ¡Venga, que nos quedaban muchas cosas por hacer juntos! ¡Vámonos a otra gira por Europa! ¡Volvámonos aunque sea con los condenados alemanes, que no se les entiende, pero por lo menos son cristianos! (pp. 165-166)**

[215] La identificación más frecuente ocurría entre el desierto y el exilio, ues tanto uno como otro son espacios de muerte, pero también de creación, del despertar de la imaginación estética.

Asimismo, para Rosaura también resulta peligrosa, aunque a niveles diferentes de los simples mortales:

> **- Rosaura es joven, fuerte y nada tonta. Nuestra ética la obliga a asumir los propios riesgos. Bien sabía ella todo lo que podía pasarle, ya antes de venir. (p. 136)**

Pero también se la ve como una zona de refugio, donde los nómades se reúnen e intentan encontrar su sitio. Este último no es sólo espacial, sino que se perfila como el lugar de la memoria. Así cobran sentido las apariciones de las viejas figuras del pasado de Mansilla.

Como Lojo mismo comenta en otro de sus trabajos sobre la temática del aborigen en la construcción de la imagen identitaria argentina[216], tradicionalmente, la literatura argentina del siglo XIX demonizaba en particular al indígena de la frontera[217]. Lo consideraba un "otro" ajeno y exterior, sin posibilidades de ser integrado al "mundo civilizado", pero:

> **... Los hermanos Mansilla, Lucio y Eduarda, son una excepción, en cuanto a su tratamiento de los sectores subalternos, tanto indios como gauchos, en el caso de Eduarda ya en su primera novela,** *El médico de San Luis* **(1860). Cabe señalar que en ese mismo año de 1860 aparecen dos novelas del mismo nombre:** *Lucía Miranda,* **escritas por dos mujeres: una de ellas Eduarda Mansilla; la otra, Rosa Guerra. Ambas presentan una imagen compleja del "salvaje"...**[218]

Mansilla escritor y personaje presenta una imagen distinta del otro indígena: un prójimo portador de cultura. Se instaura así, en el texto de Lojo y en el de muchos escritores argentinos de este siglo una nueva topología de la barbarie.

---

[216] Lojo, María Rosa, "Los aborígenes en la construcción de la imagen identitaria nacional en la Argentina". www.mariarosalojo.com.ar

[217] Un caso semejante es el de otro tipo de bárbaro: el inmigrante. Con él, también se había configurado una suerte de frontera cultural e idiomática, algunas veces.

[218] Fragmento extraído del mismo artículo de la cita 189.

El viaje que Mansilla emprende es un ir hacia la tierra de los muertos, donde los huesos de los ranqueles fulguran por las noches. No logrará dejar de ser un exiliado hasta no descansar en esa tierra, al menos espiritualmente, ya que sus huesos no resplandecerán junto con los ranqueles:

> **Soy un alma en pena, porque sólo mis huesos fueron devueltos a la patria, y no a la Tierra Adentro, sino a la tierra externa de una ciudad cada vez menos mía. (p. 69)**

Él es el "otro" en la Tierra Adentro, pero también lo es en la ciudad, como todo exiliado, que ya no pertenece a ningún lugar. Aunque la diferencia entre su viaje por la gran aldea posmoderna y el Desierto radica en que el primero es un *deambular*, mientras que el segundo es una *incursión*.

En esta última, como en todo camino de héroe, habrá pruebas que superar, especialmente una de la que Merlín le advierte:

> **... Creciendo en la muerte, o en la otra vida. Para eso ha de servirle el viaje. Y le doy un consejo, si bien la experiencia me indica que de poco sirven los consejos ajenos: no quede preso de ninguna de sus imágenes. (p. 162)**

Son las imágenes del pasado, de su vida antes de la muerte. La cuestión es el por qué de ese lastre y la respuesta, tal vez, se encuentra en: "Me someten al juicio de la Historia" (título del apartado XII de la "Nueva excursión a los indios ranqueles..."): Mansilla necesita rendir cuentas a los indígenas traicionados. Tiene una deuda histórica con ellos que debe saldar. No puede menos que devolverles la voz y darles la oportunidad de enjuiciarlo:

> **... Sentimos cómo carga la historia sobre nuestras espaldas todo el peso de antiguas debilidades. También usted, o especialmente usted, aunque se crea, como siempre, en un viaje de turismo. (p. 139)**

Por otra parte, el Desierto es el único lugar donde Mansilla ha logrado ver con claridad la naturaleza humana. Para él, si la verdad existe y es asequible, se encuentra en Tierra Adentro. Al menos, la porción que le corresponde:

> **Entre Rosaura y Merlín han preparado un tratamiento efectivo para materializarme en mi óptimo punto de maduración intelectual y física, que coincidió con aquella aventura: la más original que hice en mi vida, y tal vez el único momento en que vi el mundo y a los hombres en su tamaño y dimensiones verdaderos. (p. 45)**

Esas dimensiones se traducen en la clásica dicotomía *civilización / barbarie*, que Mansilla cuestiona ferozmente, viendo una sociedad que se proclama "humanitaria, recta y justiciera", pero que en realidad presenta "en nombre del derecho, el filo de la espada" y deja que el "dinero [sea] capaz de hacer inclinar de su lado la balanza de la justicia[219]"; y otra sociedad, llamada bárbara, que se erige como víctima de la ambición y crueldad civilizadas. Por lo tanto, detrás de una especie de máscara bien elaborada, cada extremo oculta a su contrario.

Y es esta última, preservada por las mujeres *machis*, la que parece tener claras, aun después del exterminio, las claves del regreso:

> **Somos las que huyeron en la gran invasión del *winca*[220], señora, ya lo sabes. Nuestros maridos cavaron hondas las fosas, como si todos hubiéramos muerto, y enterraron las joyas de los tiempos felices, para que señalaran el camino del retorno. Aunque no volvimos vivas, las joyas nos esperaron. (p. 193)**

Un elemento inherente a Mansilla y otro a Rosaura denuncian el cuestionamiento más acabado de ésta y más dicotomías clásicas: El jefe de Fronteras realiza una excursión, cuyo prefijo indica exterioridad (/ex-/), hacia Tierra Adentro, expresión clara de interioridad. Asimismo, el hada gallega es la Doncella del Sol y, a la vez, representante del alma lunar.

En ambos casos, queda en evidente reafirmación la idea de que la existencia de opuestos absolutos es insostenible.

También, Rosaura es un hada europea que, al formar parte de una entidad lunar está asociada a la plata, por lo tanto, a las *machis* ranqueles. De esta afirmación, se deduce la noción de correspondencia entre uno y otro universo mágico:

---

[219] Op. Cit., p. 181.
[220] Hombre blanco, entre los mapuches.

> **-No es esa cosa que usted dice. Es un hada del agua, un espíritu de los ríos, pero no del Mamuelmapú sino de Europa, en un país de montañas donde las aguas entran en la tierra, y que usted no conoce ni conocerá.**
> **-La Mujer Luminosa es nguén de las aguas también, y su cara secreta es la cara de la Luna que gobierna los mares, aunque de día brille su cabeza con el rojo del fuego que todo lo destruye y lo alimenta. Es la verdadera Antümalguén que ha superado ya, me lo dicen los pájaros, todos los obstáculos de la entrada. Sabíamos que iba a regresar y que ese día marcaría el signo del renacimiento. (p. 184)**

En apariencia, podría sostenerse que los vencidos, es decir, los ranqueles, se apoderan de Rosaura, un ser mitológico ajeno a la Tierra Adentro:

> **-¿Significa que usted o sus brujas la han secuestrado, que está cautiva?**
> **-No está cautiva. Siempre nos perteneció, aunque los tiempos se oscurecieron.**
> **-¡Pero si viene de Galicia, del otro lado del mundo! ¡Si no había visto un ranquel en toda su vida! (p. 184)**

Pero prontamente se ve aclarada su raigambre en el suelo ranquel, aunque el gentilicio aquí no denote pertenencia estrictamente hablando:

> **El guerrero se fue, dejándome en las manos el espejo. No pude evitar mirarme y mi imagen me extrañó sin desagrado. Llevaba el pelo partido en dos trenzas, como cuando Ginebra me lo peinaba de niña junto al fuego en el pazo de Miranda. Vestía de lana negra ceñida a la cintura con una faja de colores vivos, e iba alhajada a la usanza de Elyapé y sus compañeras. Una vincha de cúpulas de plata me rodeaba la frente como u a diadema. Me calzaban escarpines suaves, con piel de guanaco vuelta hacia adentro. Así me había visto Antüpán, y acaso su visión era más sagaz que la de otros. (p. 197)**

Mansilla no comprende el destino de Rosaura porque todavía su pensamiento está ligado al del hombre de este mundo. Por eso, también, no deja de hacer preguntas, como si estuviera en una suerte de infancia dentro de la Eternidad:

> **Usted quiere saberlo todo y encima de golpe. Se va a indigestar con tantas cosas que no puede comprender. (p. 162)**

Lo que él no comprende se evidencia desde la descripción misma de Rosaura, la cual es más que significativa: Las trenzas configuran una usanza tanto celta como ranquel, aunque el color pertenece a la primera, mientras que las ropas que lleva son propias de la segunda. Sin duda, el sincretismo más acabado de ambas mitologías y la anulación, por tanto, de la polaridad entre las dos culturas.

Por otra parte, a lo largo de la novela se registran numerosas alusiones al color rojo (o sus variantes: rosa, rosada, etc.) que, de alguna manera, preanuncian la naturaleza de Rosaura y la acercan a Mansilla: Es pelirroja ("... mirando la belleza con un hada de cabellera *roja*...[221]), está vinculada con el sol[222] ("Soy feliz, y mi pelo se enciende como un pequeño *fuego*"[223]), guía a Mansilla para emprender el viaje ("Una mañanita *rosada*[224] [...], y amenazas de música me dieron las señales: el tiempo estaba cerca."[225]), lo conduce decididamente por el bosque ("Rosaura iba adelante, con una rapidez llamativa, como si conociese el terreno. Un pájaro *rojo*, pequeño, aparecía y desaparecía entre los algarrobos"[226]), etc. Asimismo, Mansilla también aparece asociado con este color. Se viste de rojo ("la [capa] *roja* que me conocieron Mariano y sus ranqueles y que me valió tantas calumnias (por un supuesto atavismo de mazorquero) como mi traje matinal de franela *colorada*..."[227]), compra un coche rojo para recorrer Buenos Aires ("Optamos al fin por el autito *rojo* que Lucio había comprado..."[228]), etc.

---

[221] Op. Cit., p. 68.
[222] El color rojo, ígneo, asocia a los personajes al sol. Es atractiva la idea de conectar esta particularidad con lo que Guillén entiende por "el sol de los desterrados".
[223] Op. Cit., p. 198.
[224] Al final de la novela, se verá con mayor claridad que ella es la Aurora: "... la casi aurora, el comienzo del alba que exige la vigilia, cuando puedo ver, junto a mis rostros dispersos, los ojos de Rosaura de los Robles..." (p. 201)
[225] Op. Cit., p. 109.
[226] Op. Cit., p. 149.
[227] Op. Cit., pp. 201-202.
[228] Op. Cit., p. 99.

En definitiva, Rosaura se cree europea y, de hecho, por nacimiento y por genes lo es, pero aprende que pertenece a la tierra austral. De manera semejante, el rioplatense también se cree europeo (sus antepasados cercanos lo son y ha nacido en un territorio que está más cerca de Europa, que de la Tierra Adentro: Buenos Aires), pero en la visión de los escritores argentinos de las últimas décadas, debe volver su mirada a los orígenes, es decir, al Interior.

A diferencia de Mansilla, tanto Rosaura como los ranqueles, aceptan sin cuestionamientos su destino, mientras que el coronel se resiste, obnubilado por los destellos de su antigua vida de artificios:

> -... no quede preso de ninguna de sus imágenes.
> -¿Qué imágenes?
> -Las que fueron construyendo esa seductora figura que tanto lo encandila todavía, aunque haya aparentado y aparente no tomarla en serio. [p. 162]

Finalmente, cabría hacer una salvedad a la cuestión: Superficialmente, se deduce de lo tratado hasta el momento que la problemática de Mansilla es la de ser exiliado del tiempo, o bien, de la Historia, por lo que la posibilidad de concretar la utopía del regreso se entendería como un despropósito, pues:

> ... la búsqueda es inútil porque se efectúa en el espacio; de este modo, el recorrido se realiza siempre por un *fuera de lugar* del que se huye permanentemente para recuperar un *lugar* que está irremisiblemente perdido. [229]

Pero si se repara en la figura de Merlín y en sus intervenciones al respecto, es posible encontrar otra vía de acceso a la disyuntiva. El mago celta dice: "uno confunde el espacio con el tiempo"[230], pero también le sugiere a Mansilla que debe aprender a vivir en la eternidad:

> -Usted tiene, como pocos de su país, la aptitud necesaria. Atrévase y recomience. Si algo me han enseñado tantos siglos de mundo es que en el ámbito de la vida, que es el único que

[229] Jostic, Sonia, "Cruces discursivos en espacios de cruce. A propósito de *La pasión de los nómades* de María Rosa Lojo", " Cruces discursivos en espacios de cruce (a propósito de *La pasión de los nómades*, de María Rosa Lojo". Trabajo de seminario de doctorado, bajo la dirección de Nicolás Rosa. www.mariarosalojo.com.ar
[230] Op. Cit., p. 161.

> **conocemos, nada se clausura nunca, ni siquiera si nos proponemos que se cierre. Porque un movimiento más grande que los individuos los levanta y los arrastra. (p. 163)**

Por lo tanto, el viaje por el espacio sí es productivo (sobre todo, si se recuerda que se realiza por Tierra Adentro, el espacio infinito que comunica con el tiempo infinito: la eternidad), pero si se entiende como vía de acceso a un nuevo orden cósmico, espacial y temporal, en el que el personaje exiliado debe aprender a prescindir de lo accidental para alcanzar lo esencial. Y lo más importante que debe comprender Mansilla es que ese orden no depende de las acciones humanas, sino de un poder superior ligado a las fuerzas de la Naturaleza.

También se podría asegurar que en Tierra Adentro tampoco han sobrevivido las utopías[231], pero no es del todo cierto, pues las *machis* se encargan de revertir esta imagen:

> **...Sabíamos que iba a regresar y que ese día marcaría el signo del renacimiento. ¡Festejemos, pues, amigos, porque el *winca* ha devuelto nuestra alegría sin saberlo!**[232]
> **...Nuestros maridos cavaron hondas las fosas, como si todos hubiéramos muerto, y enterraron las joyas de los tiempos felices, para que señalaran el camino del retorno.**[233]**[...]**
> **-Cuélgala del pecho. Durará todo el círculo de la luna, y su corola me hará encontrar el camino del regreso. (p. 194)**

Todas estas cuestiones, el retorno, la frontera portadora de significados, la poética del viaje, la introspección a través de la que se debiera llamar *incursión*, esconden una problemática hartamente estudiada y que ha despertado opiniones encontradas: la de la identidad, no sólo personal, sino cultural.

Para este trabajo, no es de interés la cuestión de la identidad en sí misma, como hecho social o psicológico, sino como planteamiento literario. Es de esperar no perderse en derroteros conocidos, tales como aquellos que afirman que la identidad hispanoamericana en general y argentina en particular es una mezcla caótica de culturas que impide al rioplatense, en este caso, forjar su propio ser nacional, o supuestos como éste, que verdaderamente no son pertinentes para el análisis propuesto.

---

[231] Jostic, Sonia, Op. Cit., p. 11.
[232] Op. Cit., p. 184.
[233] Op. Cit., p. 193.

Lo interesante aquí, desde una neta postura literaria, es abordar la configuración de sujetos (personajes) y de espacios (localizaciones espaciales) en la novela, a partir de los dos ejes principales que atraviesan la obra de Lojo: el exilio y la reformulación de la historia argentina.

Desde el comienzo, se encuentran numerosas menciones que sugieren una ambigüedad en la identidad de los personajes. Rosaura y Merlín llegan al Río de la Plata con identidades falsas en sus pasaportes. Mansilla, bastante más complejo, ha pasado su vida mostrando camaleónicamente distintas imágenes de sí mismo, de acuerdo con las circunstancias y, luego de muerto, continúa haciéndolo, hasta llegar a falsificarse a sí mismo, escribiendo y añejando cartas suyas en la actualidad como medio para obtener dinero de los coleccionistas[234]. Asimismo, frente al psicoanalista y al director del Archivo Histórico Municipal de Río Cuarto, se presenta como descendiente del Jefe de fronteras. En última instancia, Mansilla apuesta a la complejidad más acabada de la identidad humana:

> **... Dije en alguna oportunidad que ya se simplificaba al afirmar que el ser humano es doble. Es, por lo menos, múltiple, y el mejor pintado puede quedarse bizco tratando de ver simultáneamente todas sus caras. (p. 62)**

Por otra parte, los personajes que han vivido en estrecho contacto con él, también son ambiguos: Rosas es Sátrapa del Plata o Restaurador de las Leyes; Mariano Rosas es el ahijado del Gobernador y Cacique de los Ranqueles... Pero es Mansilla el que forja los más variados disfraces, aunque apuesta su futuro en la eternidad sólo a uno:

> **Esperaba que mi disfraz, ni más ni menos azaroso que tantos otros adoptados en mi larga vida (ese pobre melodrama con aires de gran espectáculo donde hice todos los papeles menos el de criado), no me traicionase en un viaje que acaso habría de mostrarme la última de las máscaras del Deseo. (p. 116)**

En un entorno de identidades desdobladas y múltiples, se vuelve problemática la definición de una tradicional antinomia: el uno / el otro, puesto que Mansilla no tiene claro quién es su "uno", pero no por tener variadas facetas, sino porque no encuentra "su papel" dentro del espectáculo. Ha cultivado

[234] Repárese en la ironía de que la Historia se ha vuelto objeto de cambio.

afanosamente el arte del desdoblamiento, convirtiéndose en una suerte de actor que recrea el perfil teatral que conforma la mejor estrategia de contacto con los demás. Vivió un permanente simulacro del que no puede decirse que fuera enteramente falso. Fluctúa de uno en otro rol con cierto placer, pero poco a poco, con una sensación de carencia. Ha vivido pendiente de las imágenes, como le advierte Merlín en su momento, y como lo sugiere hasta él mismo al comentar las diferencias entre los libros y la televisión:

> **Creo que los libros [...] me hablaban suavemente al oído sólo cuando y como yo se lo pidiera, mientras que las imágenes avasallan la voluntad y me sujetan, y es otro el que manda en el espejo privado de mi fantasía. (p. 54)**

Por último, la cuestión de la identidad colectiva y el sentido de pertenencia a un lugar queda sintéticamente expresada, por parte de la "civilización" por el personaje de Federico Reuter:

> **... No voy a repetir la búsqueda del Paraíso en la tierra. Me quedo con el ámbito imperfecto que me ha tocado. Es mío, pero no como un objeto que se compra, sino como el aire que se respira, la calle en que uno vive, la casa que uno se hace, los hijos que se engendran con esperanza. Y ninguna transacción ni mejora material puede reemplazar esta propiedad absoluta. Hasta habría incluso que invertir los términos. Yo no diría que el país es mío sino que nosotros, irremediablemente, le pertenecemos... (pp. 96-97)**

Y por la "barbarie", en boca del cacique ranquel Mariano Rosas:

> **El más sabio de entre ustedes entiende poco, muy poco. ¿De qué le habrán servido tantos años de muerte...? ¿Para qué soñaba con volver? ¿No sabe que la *mapú* no tiene ni tendrá dueños humanos, que somos sólo habitantes, que nosotros le pertenecemos a ella, y no ella a nosotros? (p. 183)**

Esta idea será la que signará a lo largo no sólo de *La pasión de los nómades*, sino de toda la obra de Lojo, el destino de los exiliados / nómades. Y es la lección que tanto Merlín y Rosaura como los ranqueles le enseñarán a Mansilla. Pero lo cierto es que la historia fáctica impone otra realidad: muestra la imagen del hombre blanco ("civilizado") apropiándose de los espacios naturales y convirtiendo en

nómades eternos a los hombres de la Tierra Adentro. Se deduce de esto que Mansilla y los ranqueles no son exiliados de la Historia porque hayan muerto o estén viviendo en un tiempo que no les corresponde, sino porque se construye una historia paralela que los niega o excluye. A ese respecto, resultan esclarecedoras las palabras de Maruja, el personaje de Enrique Anderson Imbert que la autora cita como epígrafe para su trabajo[235]:

> **... el yanqui no salía de su asombro: "¡Cómo! –habrá pensado-. ¿Y esto es la Argentina? ¡Y yo que creía que acá no había indios!" ¿Ves lo que sacas? Que se formen una idea equivocada de nuestro país. Deberías dedicarte a la Historia.**[236]

Rosaura afirma: "Me agradaba la pequeña ciudad del Oeste... Todos nos sentíamos en casa"[237], pero el Jefe de fronteras tardará en encontrar el abusado tópico de su lugar en el mundo: "Sólo yo, descontento de todos y descontento de mí mismo, no hallaba aún un lugar, mi lugar, en este mundo".[238]

Lo cierto es que Rosaura tenía razón, porque sólo Mansilla duda acerca del lugar que le corresponde a cada uno:

> **... Sentí una pena tenaz, un arrepentimiento brusco porque ella no estaba en su lugar y yo tenía la culpa por haberla traído; porque yo tampoco me hallaba en mi lugar ni sabía aún si en este mundo y en los otros me estaba destinada siquiera una piedra donde reposar la cabeza. (p. 150)**

Y al respecto, es necesario puntualizar que la ex(in)cursión que realiza Mansilla junto a Rosaura es una evidente búsqueda de este lugar por parte de Lojo, quien propone, entre la ficción y la crítica un cuestionamiento a todos los tópicos mencionados a fin de conseguir el delineamiento de su propia identidad.

---

[235] Lojo, María Rosa, "Los aborígenes en la construcción de la imagen identitaria nacional en la Argentina", *Alba de América*, nºs. 43 y 44, Vol. 23, (julio 2004), pp. 131-150.
[236] Anderson Imbert, Enrique, "Tsantsa", *El grimorio, Narraciones Completas, Vol. 1*, Buenos Aires, Corregidor, 1990, p. 337.
[237] Op. Cit., p. 87.
[238] Op. Cit., p. 130.

Escribir desde las orillas

Con Borges, el concepto de orilla empieza a adquirir relevancia. Él puso especial énfasis en indagar la cuestión de la nacionalidad de la literatura argentina entorno a una pregunta fundamental: ¿cómo puede escribirse literatura en una nación culturalmente periférica? En el fondo, así como lo representó para aquel escritor, también para Lojo resulta ser una preocupación el hecho de posicionarse en la escritura desde la perspectiva de una nación joven, sin fuertes tradiciones culturales propias, sin antecedentes indígenas precolombinos de gran envergadura, desde el fin del extremo sur de un continente lejano a todo concepto de civilización avanzada, como se pensó durante décadas. Recuérdense las palabras de la autora citadas anteriormente:

> **Integrar el aquí y el allá en un centro nuevo capaz de producir vida y cultura autónomas, valiosas por sí mismas, sin culpas ni añoranzas que impidan o lastren el desarrollo creativo: eso es lo que todavía parece faltar en la conciencia comunitaria argentina, no sólo en la de los pensadores y literatos.**[239]

Su obra se instala en la tensión de la mezcla y en la nostalgia del errante, en una búsqueda permanente por la superación de las mismas. Lo gallego y lo indígena, Buenos Aires y el Interior, el desarraigo y la fuerza de la Tierra Adentro, lo real y lo mágico, la ficción y la realidad. En su obra transitan personajes de distintas culturas, entremezclándose, aunque paulatinamente lo rioplatense va posicionándose de forma privilegiada, lo cual se denota hasta en las voces narradoras de los personajes gallegos / celtas:

- Rosaura dice, hablando de Mansilla: "Sólo Lucio, quizá resentido por la indiferencia del mundo como reza el tango..."[240], apropiándose así de un elemento cultural rioplatense.
- Merlín, por su parte, le comenta a Lucio: "Y dentro de todo usted no volvió con la frente marchita..."[241], aludiendo a la letra del conocido tango *Volver*, de Le Pera y Carlos Gardel ("Volver, con la frente marchita...")

[239] Crespo Buiturón, Marcela, "Entrevista a María Rosa Lojo". Ver Apéndices.
[240] Op. Cit., p. 87.

Lojo camina por los bordes de varias culturas, especialmente dos: la argentina y la celta, que se separan y se integran permanentemente, que se diferencian y se identifican. Un ejemplo acabado de esto es el hecho mismo de que los protagonistas de su novela *La pasión de los nómades* pertenecen a estos orígenes:

> **... No debe deducirse de esto que yo reniegue de ese viejo vino rojo (no azul ni tampoco verde, como dicen las malas lenguas) que sustenta la vida interminable de mi benemérito tío [Merlín]. Sería renegar de mí misma, porque tal céltica es mi sangre como la suya... (p. 19: Discurso de Rosaura dos Carballos)**
>
> **... Soy Lucio Victorio Mansilla, escritor, explorador, excursionista, militar, diplomático, político poco afortunado, *gourmet* y casi *dandy* profesional. Fui sobrino de Don Juan Manuel de Rozas (Sátrapa del Plata o Restaurador de las leyes, según se mire), hijo de Doña Agustina Rozas de Mansilla... (p. 37)**

Y esta identificación entre dos culturas que se ven inicialmente como ajenas se traslada a la otra aparente polaridad: el hombre civilizado de la ciudad y el indio bárbaro de la Tierra Adentro. Apenas insinuada en la descripción de los personajes (Mansilla tiene ojos negros, mientras que Mariano, el cacique ranquel, los tiene azules, siendo esperable que fuera a la inversa), ambos terminan confundiéndose, hasta tal punto que les cuesta reconocerse:

> **El inesperado francés de Panghitruz[242] me recuerda que en un arranque de nostalgia voy vestido, para la noche, con la imagen prístina del apolillado poncho pampa y con la faja de Carmen, y que mis pies lucen un diseño de botas de potro, en lugar del estricto charol que preferí siempre, dentro y fuera de mis campañas.**
> **Pienso que a poco estaremos los dos tan mezclados que nos costará reconocernos... (p. 206)**

---

[241] Op. Cit., p. 161.
[242] Nombre ranquel del cacique Mariano Rozas.

A través de lo mágico (celta o ranquel, en esta novela), Lojo configura una red de problemáticas filosóficas y culturales.

Tanto es así que se ponen de relieve los márgenes que alcanza su propia concepción de la literatura, en un permanente cuestionamiento a su verosimilitud. Resulta significativa la elección de la localización de sus novelas (*Canción perdida...* y *La pasión...*) en Castelar, cuya imaginación urbana desemboca en las orillas entre la Gran Aldea y la Tierra Adentro.

> **No pocos creerán que era absurda la idea de buscar un Centro en el confín del mundo, en los suburbios de la periférica y acaso penitente Ciudad de Buenos Aires. Pero siempre me ha fascinado la marginalidad y por algo soy gallega (que no hace tanto era como decir en la Argentina "cabecita negra" aunque en mi país el color de la marginación sea rubio y blanco)... (pp. 33-34)**

La ciudad y el desierto constituyen escenarios imaginarios en su narrativa que, no sólo intentan, en principio, definir la ambigüedad de la cultura argentina, sino que expresan la dicotomía más acabada entre el espacio público (la ciudad) y el espacio del Deseo (el desierto) que signa la vida de Mansilla. En la ciudad, se desarrollará su rol político y social, se configurará el imaginario de sus múltiples personajes, los cuales se proyectarán en ella, reinventándose y adueñándose de sus espectadores, ya que la ciudad es el teatro por excelencia del intelectual, en la que tanto los escritores como sus lectores son actores urbanos. Aunque Mansilla llevará esa teatralidad también al campo, pero paulatinamente perderá su función citadina para convertirse en un resabio de su antigua coquetería.

> **Ya que no cambio de lugar cambio de trajes. Un mañana me presento, después del aseo en las aguas salitrosas, vestido con la misma larga levita, los pantalones ajustados y el sobrero de copa que lucía a los veinte años [...]**
> **Mariano me mira, divertido. Ahora está más joven que yo, vuelto a mi antiguo estado de fantasma octogenario, salvo cuando se me ocurre variar también mi máscara facial, lo que no me cuesta demasiado. Estoy aprendiendo, como lo vaticinó Merlín, los secretos de la eternidad... (pp. 201-202)**

A partir de la reaparición del Jefe de fronteras en la vida porteña, Lojo trucará la imagen de la ciudad como motor de la civilización en máquina aniquiladora de significados culturales, en centro gestor de guerras y segregación social:

> **El recorrido me conmovió y me desconcertó. La Capital, en su conjunto, se me caía encima: desmesurada, inhumana, gigantesca. Tanto más inhumana cuanto más personas vi atestando las calles vertiginosas, los bancos (hay miles de ellos, surgidos en los últimos años), las casas donde se negocia con moneda extranjera, los restaurantes (ahora se llaman bares) donde se almuerza a toda prisa y de pie un emparedado para volver después al lugar de trabajo. (p. 65)**

La extensión rural, en contrapartida, que desde Sarmiento se postula como despótica y seno de la barbarie, se convierte en irradiadora de cultura autóctona y significados auténticos, enraizados misteriosamente con otras culturas tan antiguas y significativas para la autora, como lo es la celta. Así, Lojo se inscribe parcialmente en la tradición de la literatura gauchesca y de aquella que intenta reivindicar los derechos del aborigen[243], en las que la ciudad es considerada portadora del mal que altera los ritmos naturales de una sociedad más orgánica. Se contrapone de esta forma al tiempo utópico de la edad de oro, al que las *machis* ansían regresar:

> **-Somos las que huyeron en la gran invasión *winca*, señora, ya lo sabes. Nuestros maridos cavaron hondas las fosas, como si todos hubiéramos muerto, y enterraron las joyas de los tiempos felices, para que señalaran el camino del retorno. Aunque no volvimos vivas, las joyas nos esperaron [...] y ahora nosotras cambiamos noche a noche el lugar de las excavaciones para que no las halle el *winca* y el tesoro nos siga esperando hasta el día en que termine este mundo viejo, cuando el sol se gaste, y en el mundo nuevo volvamos a vivir. (p. 193)**

[243] De todas formas, habría que evitar clasificaciones demasiado taxativas, puesto que dentro de la literatura gauchesca, también hay exponentes que perfilan al aborigen como un ser salvaje e inhumano (Ej.: *Martín Fierro* de José Hernández, entre otros.)

En la llanura pampeana ahora el gaucho y el indígena padecen la injusticia y la ambición del *winca*. Aunque primitiva, la sociedad rural es equilibrada; en cambio, la ciudad incita al afán individualista, mercantil, materialista, lo que resulta –entre otras cosas- bastante interesante para la literatura moderna. En este ámbito, el escritor argentino de estas últimas décadas, escéptico y desilusionado, se asemeja al exiliado y se refugia en la utopía rural, donde cree descubrir, siguiendo las huellas de los antepasados, los valores y los saberes perdidos. Postura no muy lejana a la del mismo Mansilla en su *Una excursión a los indios ranqueles* (por algo Lojo simpatiza con el personaje):

> El simple amor a la "libertad natural" [concepto ranquel] no desencadena fratricidios, que sí ocurren entre los que defienden el concepto de "libertad racional"[del hombre blanco]: "Es que los bárbaros no andan detrás de la mejor de las repúblicas", "Es que ellos creen una cosa de que nosotros no nos queremos convencer: que los principios son todo, los hombres nada..."[244]

En líneas generales, la ciudad se constituye en una figura conceptual, más que en una realidad literaria. La tendencia a escribir sobre el campo parte de la ciudad, es decir, el impulso creador se gesta en aquélla, a excepción, claro de la literatura encuadrada en lo que se ha dado en llamar "regionalismo". Lojo decide una variante de esta tendencia. No escribe desde la ciudad, sino que se adentra en el campo. Emprende una tercera (la primera fue la del Mansilla histórico; la segunda, de Carlos Mayol Laferrère) excursión a los indios ranqueles, posicionándose nuevamente en las orillas entre el campo / ciudad; la civilización / la barbarie; lo aborigen / lo rioplatense.

Como afirma Beatriz Sarlo[245], "No hay (casi) realismo mágico en la literatura rioplatense, porque la potencia imaginaria de la ciudad obturó definitivamente el impulso mítico campesino. Cerrado el ciclo de la gauchesca, la lengua de la literatura es lengua urbana. No me refiero a la lengua de los personajes, sino a la lengua del narrador". Lojo enlaza el universo de la historia con el feérico, intentando explicar

[244] Esta cita pertenece al texto crítico de María Rosa Lojo, *La barbarie en la narrativa argentina del siglo XIX*, Op. Cit., en Bibliografía de María Rosa Lojo, p. 137. Es interesante ver que ella misma cita las palabras de Mansilla que demuestran lo sostenido en el párrafo anterior y que sirven de modelo, de alguna manera, de la postura de la propia Lojo. Las citas son de *Una excursión a los indios ranqueles,* Buenos Aires, Kapelusz, 1966, p. 291.
[245] Sarlo, Beatriz, *Borges, un escritor en las orillas*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

rasgos del primero a través de la sapiencia del segundo, pero sin participar del realismo mágico hispanoamericano. Los personajes sobrenaturales de esta autora concurren al mundo de la historia fáctica como una suerte de guías o hadas que aseguran el equilibrio entre el libre albedrío humano y las fuerzas de la naturaleza.

Otra cuestión fundamental de la cultura argentina es la que enfrenta lo nacional a lo foráneo. Para los escritores argentinos en general, Europa es la ciudad. Lojo aprovecha esta idea para revertir la tendencia europeísta hacia Tierra Adentro:

> **- ... No sé que dirá mi hermana, a quien he visto embaucada con usted y su minoría étnica, pese a que con las mujeres eran los indios bastante brutos y no precisamente feministas.**
> **- Eso podríamos discutirlo porque las mujeres siempre tuvieron entre nosotros sus mandos propios y en terrenos donde ningún hombre entró. Y en cuanto a su hermana, no está embaucada conmigo sino con el empeño de rehacer su novela francesa que en realidad era pampeana y para la cual me está tomando de modelo. (p. 183)**

Las diferentes poéticas son urbanas, porque también los mitos lo son: el campo como lugar del origen nacional es un mito urbano. Por otra parte, el gaucho, como arquetipo nacional, también es una ocurrencia de escritores urbanos tales como Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones, quienes junto a otros intelectuales, organizan una hipótesis cultural fundamentada en la gauchesca. Una fuerte ironía de la autora inserta en *La pasión de los nómades* el cuestionamiento a este planteo. Lucio se encuentra con el fantasma del gaucho Martín Fierro, quien ha pasado de ser "emblema nacional" a "show mediático desvirtuado":

> **- Pues a usted tampoco lo encuentro tan humilde y desposeído como era antes. Para ser un gaucho arrojado a la miseria y las tolderías indígenas por la iniquidad de los poderosos, anda demasiado bien vestido.**
> **- ¿Y qué quería, señor Mansilla? En primer lugar, volví, y me adapté a la situación. A más, los mismos que me trataban de bruto, de vago y de mal entretenido terminaron asustándose de los inmigrantes que habían importado y me convertí en un arquetipo de la noble tradición perdida. Y ahora que soy**

> **internacional, nadie me deja presentarme en el extranjero mal cubierto con mis antiguos andrajos de payador perseguido. No se imagina –añadió torciendo el gesto- las preciosas coreografías y ballets gauchos que montan cada dos por tres en Nueva York, en Londres o en París, donde me visten hasta de calzoncillo cribado, casi como paisano de carnaval. (p. 132)**

También reacciona contra lo taxativo de esas poéticas que convierten al campo en un mundo de ensueño, donde se esgrimen valores que en la ciudad se han fracturado. Es curioso porque no hace falta desplazar el interés hacia universos lejanos. El campo es el proveedor de lo exótico y lo heroico. En él se pueden hallar infinidad de mitos y tradiciones. Fácilmente convertible en escenario de la utopía nacional. Y, como en toda utopía, representa un estado de suspensión del tiempo, en el que sin problema se puede instalar el universo de lo instintivo y esencial. Es la contrapartida perfecta, el Otro absoluto de la ciudad.

La ciudad es el lugar de la cultura de masas, la política, la moda, los rumores, etc., es decir, de la materia de la literatura. Cuando la literatura aborda el campo, lo hace con el conocimiento urbano que posibilita identificar y hasta inventar la leyenda, la imagen 'buen salvaje'. La ciudad produce los géneros y la reelaboración de los mismos, incluso de origen rural. Se podría sostener que la ciudad configura la literatura rioplatense.

La ciudad de Buenos Aires, con su vertiginoso crecimiento ha despertado reacciones encontradas: desde el fervor más entusiasta hasta la crítica más dura. De una u otra forma, se ha constituido en el Río de la Plata en el símbolo del progreso y la modernidad.

Lojo dibuja su literatura en torno al cruce de la cultura europea con la rioplatense en el marco de un país marginal. Explota todas las posibilidades que le sugiere trabajar en los bordes, instalándose así en el ideologema borgiano de "las orillas". Sólo que para la autora tratada, las orillas no designan los barrios periféricos y pobres, sino que éstas tienen su primer referente en Castelar, el lugar que alberga el *omphalos*, el centro donde los nómades, situados entre las márgenes, los bordes, buscan su arraigo. Casi podría sostenerse que la ensoñación del desierto comienza a perfilarse desde allí, la margen oeste de la Gran Aldea: Desde allí comienzan la nueva excursión y allí vuelven los verdaderos exiliados (Merlín y Manuel Peña):

> **El viejo escocés se ha marchado a Castelar, para escribir sus Memorias y seguir hablando con su loro. Poco me hubiera importado al principio, si no se hubiese llevado con él a Manuel Peña [...] Los extrañé profundamente. No sólo a Manuel sino, contra lo que suponía, al silencioso Merlín, quizá más olvidado y más solitario que yo mismo en un mundo que irremediablemente le negaba lugar. (p. 202)**

Tal vez, como se ha dicho, sean los verdaderos exiliados, puesto que tanto a Rosaura como a Mansilla, de alguna manera, los estaban esperando en tierra ranquel. Porque los nómades no tienen tierra propia, sino que pertenecen a la Tierra. Esto es lo que saben desde siempre los aborígenes (de ahí, que no les importe ser nómades, pues no se identifican con un trozo de tierra, sino con "La Tierra"), las *machis* y Rosaura, y aprenderá poco a poco Mansilla.

Los personajes de las orillas de Lojo no son trabajadores rurales, sino inmigrantes o hijos de inmigrantes, con expectativas de progreso, pero que, aunque no las compartan, valoran las destrezas del hombre de campo.

Esta orilla oeste no constituye para Lojo el último reducto de la ciudad, sino un espacio de transición, un primer Interior antes del gran Interior. Una especie de pre-conciencia, donde sus personajes viajan desde el mundo desaforado de la ciudad hacia el espacio de la introspección, que es el campo. Y ese límite constituye en sí mismo un universo literario, un primer escenario para el mito.

Castelar se perfila entonces como un lugar afable, que propicia el encuentro entre personas y con uno mismo:

> **Nunca puedo evitar cierta emoción estúpida cuando, después de una hora y media de tren y colectivo, empiezo a ver las casas regulares y los pocos edificios importantes de Castelar: algunas torres erigidas por el Progreso (que desde Santos Vega quizá justificadamente va vestido de diablo), la vieja parroquia, teñida lentamente por un gris de humedad (esa parroquia donde debí casarme), los terrenos baldíos al lado de la imprenta, Bonafide, los boliches...**[246]

[246] Lojo, María Rosa, *Canción perdida...* Op. Cit., p. 14.

Aunque también es el borde, el lugar mismo donde el exiliado se encuentra. La casa Neira es el emblema de su condición: en el extremo, sin formar exactamente parte de la ciudad, ni tampoco del campo; ni en una tierra ni en la otra, como lo sugiere la metáfora de la chimenea de un barco en la descripción de Miguel, el hijo del matrimonio Neira de *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*:

> **Doblo la esquina de tantas tardes, y ahí mismo, enfrente, la casa. La casa que ya no es mía, con dos plantas estilo americano, con un tanque de agua que recuerda deliberadamente la chimenea de un barco, sus paredes blancas, sus chapas bordó, su revestimiento de madera laqueada en el piso bajo, los rosales casi perennes en el jardín que dan rosas rojas hasta entrado mayo y se abren nuevamente en primavera... (p. 15)**

Verdad y ficción: la mirada crítica

En la etimología misma, el término ficción transita un derrotero que lo llevará a la desestimación por parte de la filosofía clásica. En el mismo *Diccionario de la Lengua Española* de la R.A.E., se define la palabra como: "Acción y efecto de fingir. Invención. Cosa fingida". Por lo tanto, la ficción quedaría confinada al mundo de lo fabuloso, es decir, equiparada a la imaginería o mentira literaria.

Antes de abordar la cuestión en la obra de María Rosa Lojo, sería conveniente reseñar algunos aspectos introductorios de relevancia.

En un principio, se efectuará un recorrido por las diferentes concepciones acerca de los dos términos (verdad y ficción) dentro del pensamiento filosófico occidental, desde la tradición más antigua, en la que se ha privilegiado el lugar de la verdad como adecuación a la realidad, mientras que se ha catalogado a la ficción como una antítesis despreciativa de aquélla, hasta el cambio operado a partir del siglo XIX, donde fueron apareciendo tendencias que desde distintos enfoques han revalorizado a la ficción.

Intentando seguir un orden cronológico, se podría comenzar por recordar un concepto relevante para esta cuestión: la noción aristotélica de *mimesis*.[247]

[247] Para esta introducción, ha resultado muy esclarecedora la consulta del trabajo de Juan Lamarche de la Universidad Nacional de Mar del Plata: *La ficción y la verdad*, s/d.

Para Aristóteles, la fábula o trama es el eje central de la tragedia y constituye una jerarquía superior a los caracteres, la expresión, el pensamiento, el espectáculo y el canto. Es un hacer y un conocer, en el orden de la verosimilitud o la necesidad, en tanto universales. Cuando no es episódica describe hechos que no se suceden los unos a los otros, sino que se relacionan a partir de la causalidad. Y, finalmente, el filósofo griego entiende que una trama está bien formada cuando produce peripecia -paso de la dicha al infortunio-, agnición -paso de la ignorancia al conocimiento- y catharsis -emoción e instrucción-.

Sin embargo, la concepción de la ficción comienza a variar a comienzos del siglo XIX, con el utilitarismo inglés. Esta postura filosófica representa un cambio sustancial en el abordaje de la cuestión: las entidades reales se vinculan con lo real mediante conceptos simples, en cambio las ficticias designan indirectamente a las entidades reales. Son productos nominales del lenguaje, pero imprescindibles para caracterizar algunos entes.

Un avance en la valoración de la ficción lo constituye Hans Vaihinger[248], quien propone que si las hipótesis necesitan de una verificación, las ficciones son invenciones que sólo reclaman una justificación. Evidentemente, el filósofo alemán entiende que la justificación no demanda ninguna realidad.

A partir de la aparición de la escuela cartesiana, que entendía el conocimiento como representación inteligible y evidente y la verdad entendida como certeza, la mayoría de las corrientes del pensamiento humano han utilizado un garante para esta premisa: el sujeto (el sujeto sustancial de Descartes, sujeto regulador kantiano, el sujeto de la autoconciencia absoluta hegeliano o el sujeto intencional de Husserl). Éste ha hegemonizado el punto de partida, el fundamento y la condición de posibilidad para la generación, validación y sostenimiento de las representaciones verdaderas.

Pero comienza a tratarse claramente la pérdida de crédito en la omnipotencia del sujeto a partir de reflexiones como las de Paul Ricoeur[249], quien recuerda que ya desde la concepción de Descartes se dudaba de lo sensible y, por extensión, de la conciencia misma, es decir del sujeto.

De ahí que surjan teorías que resquebrajen la certeza de las verdades: atendiendo a la existencia del inconsciente, según Sigmund Freud[250]; de una voluntad de poder (Friedrich Nietzsche[251]); o bien, una clase social explotadora (Karl Marx[252]).

---

[248] Se ha consultado para esta teoría: Nolte, Ernst, *Nietzsche y el nietzscheanismo,* Madrid, Alianza, 1995.
[249] Ricoeur, Paul, *Historia y verdad*, Madrid, Encuentro, 1990.

Las dos tendencias oscilantes son, sin duda, entender al sujeto como soberano y fundante, o renegar de él, como lo hacen Hume o Nietzsche, desde una perspectiva fenomenista o instalándose en un devenir inabordable. Ricoeur[253] propone una alternativa intermedia para salvar estos extremos: Para él, los sujetos están dispuestos en una trama narrativa, en la que interactúan, nacen, mueren, transmutan, etc. No son sujetos sustanciales ni trascendentales. Simplemente hay posiciones y disposiciones de sujetos. Esta concepción trae como consecuencia una idea fundamental para la narrativa moderna: Los sujetos son productos de una narración o de una ficción, en cuya irrealidad hay una relación con la verdad. En este sentido, se constituyen en elementos discursivos. Así, la posición de la ficción se traslada de una condición jerárquicamente inferior con respecto a la verdad para relacionarse con ella, como un potente sistema de inteligibilidad. Hay una intensa correlación entre mímesis y mithos o trama, entendiendo a ésta última como la disposición sistemática de los hechos narrados.

Retomando entonces ese proceso de revaloración de la ficción antes mencionado, resulta esclarecedora la postura de Paul Ricoeur en la que correlaciona más allá de la cultura propia de cada individuo, la actividad narrativa con el carácter temporal de la existencia humana.

Para este pensador, la mimesis podría ser abordada como una articulación entre tres dimensiones:

a) Percepción empírica del hecho
b) Elaboración textual
c) Reelaboración por parte del receptor a través de la lectura.

En este entorno, la segunda dimensión opera como mediación entre el universo fáctico y la lectura refiguradora, lo cual conduce a otras mediaciones: entre el tiempo y la narración y entre la narración y la verdad.

La estructura de una trama narrativa, en cuanto actividad mimética fabuladora, implica un proceso de esquematización, en el sentido kantiano, puesto que subordina los factores individuales en el

[250] Freud, Sigmund, *El poeta y la fantasía*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
[251] Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, 1975.
[252] Marx, Karl, *El capital*, México, Siglo XXI, 1977.
[253] Ricoeur, Paul, *Tiempo y narración*. Madrid, Cristiandad, 1987.

todo, bajo la tiranía de la configuración temporal. La ficción y la verdad se relacionan de esta forma dentro de los parámetros narrativos en una relación transitiva que va de la vida al texto y del texto a la lectura.

Desarrollando el esquema de Ricoeur, la primera dimensión de la mimesis atiende a los rasgos de la acción práctica y se subdivide en 1) Estructuras inteligibles o redes conceptuales de la comprensión práctica : los fines, motivos, agentes, circunstancias, interacciones y resultados. 2) Recurso simbólicos, o el contexto de descripción de acciones particulares. Se trata de reglas de descripción e interpretación de normas prescriptivas *y* valores. 3) Caracteres temporales, que aluden a lo que Heidegger denomina intratemporalidad, ligada al contar con el tiempo, y al cuidado de sí en la vida cotidiana. Estas tres dimensiones operan en forma paradigmática.

La segunda dimensión de la mimesis responde a un orden sintagmático. Y es el ámbito de la ficción, no como categoría opuesta a la verdad, sino en tanto construcción de la trama o mithos.

Y en este punto es relevante la propuesta de Kant que Ricoeur toma como punto de partida. El filósofo caracteriza al esquema como un procedimiento general de la imaginación que sirve para dar su imagen a un concepto. El esquema trascendental es mediación, es una representación intermediaria pura (intelectual y sensible), que opera como una matriz generadora de reglas de la imaginación; y funciona en el tiempo, que hace de nexo formal, ya que participa de las categorías en tanto universal y a priori, y participa de los fenómenos, en tanto condición formal de todas las representaciones empíricas.

El esquematismo es una capacidad sintetizadora de la imaginación, que permite "tomar juntos" a las intuiciones -por analogía, en Ricoeur, las acciones, circunstancias, agentes, etc. de la primera dimensión de la mimesis- y los conceptos puros -la trama configurante de la segunda dimensión de la mimesis-. Y por otra parte, el tiempo es el hilo lógico trascendental presente en toda esquematización, lo cual es congruente con la tesis de Ricoeur, de la relación tiempo-narración.

La tercera dimensión de la mimesis se instala en la intersección del mundo del texto con el del lector, constituye el momento de la lectura y de su aplicación, en términos de fusión de horizontes y es también la transformación del texto en obra.

Según Ricoeur, la verdad se entreteje en la ficción a través de la actividad mimética, en tanto la fábula da forma a componentes que son inmanentes al texto pero lo trascienden, como figuras de nuestras prácticas de vida, que a su vez la lectura, vuelve a trascender y transformar en el texto mismo y

en el sí mismo del lector, que no suele ser inmune a este juego de verdades que circula libre y reguladamente en los viajes de la trama.

La ficción misma representa una suerte de juego entre un sujeto creador y la multiplicidad de los sujetos receptores de la misma. Toda literatura, de alguna manera, representa un juego.

Regresando a Borges, él mismo imprimía un valor mágico a la palabra, al lenguaje, en el sentido de que éste logra elaborar una imagen del mundo. Todo signo exhibe un poder evocativo que sobrepasa en mucho su modesta labor enunciadora.

Hasta tal punto es así para el escritor argentino que sostiene que el destino inexorable de todo ser humano y del mundo en general es transformarse en elemento de la ficción. La condición humana lleva al hombre a ser olvidado o a convertirse en literatura. Al mismo Mansilla le sucede cuando en su nueva excursión llega a Sarmiento Nuevo:

> **-Entonces, ¿qué se puede ver ahora?**
> **-Como ver, nada más que lo que tiene delante de los ojos. Todo lo que sacaron los antropólogos cavando ya no está más. Ahora, si quieren saber algo de lo que había antes por acá, yo tenía un libro lindo que presté muchas veces, hasta que lo perdí, porque no me lo devolvieron. Se llamaba, creo,** *Una excursión a los indios ranqueles*. **Pero el autor ya no me lo acuerdo.**
> **Cuando Manuel hizo ademán de replicar algo, le pedí silencio con un gesto. El buen hombre era amable y en cierto modo hasta resulta una gloria haber llegado a convertirse en literatura anónima... (p. 124)**

Y en definitiva, la literatura es un sistema de signos, un espacio vacío de realidad pero pleno de sortilegios, dentro de los cuales se podría reconocer que, de alguna manera, Lojo se desdobla en la ficción entre la misteriosa hada gallega y el elocuente Mansilla para llegar ella misma, a través de sus personajes, al mundo mítico ranquel, ya perdido en la eternidad del desierto, como se ha comentado, pero que sigue despertando curiosidad y atracción al escritor citadino, como único vínculo con los orígenes que las plantas parásitas[254] -los hijos de exiliados- pueden alcanzar.

[254] Ver *Entrevista a María Rosa Lojo* en Apéndices.

Por su parte, Mansilla personaje tiene la capacidad de borrar la realidad del hombre a quien denota y se convierte en una ficción verbal autónoma. La estrategia de la autora para hacer pasar desapercibido este hecho consiste en introducir en la novela personajes conocidos, contemporáneos al coronel, mezclados con la historia fabulosa. ¿Cuál es el sentido de esto? Permitirse usurpar, de la manera más teatral al estilo Mansilla, la piel del personaje y, por qué no, del mismo escritor decimonónico.

De esta manera, la autora truca el universo de Lucio V. Mansilla escritor en el de María Rosa Lojo escritora. Este sin fin de usurpaciones y falsificaciones denunciadas en el texto colabora una vez más con la imprecisión del género y mina el concepto de verosimilitud de la ficción, puesto que hace tanto hincapié en la reconstrucción de la situación, personalidad, experiencias y artificio narrativo del escritor que provoca un efecto de extrañamiento en el lector que lo hace reparar en el montaje.

La ficción le permite conjugar esos elementos de existencia fáctica con aquellos pertenecientes al mundo mágico o mitológico. La bisagra no puede ser menos que un fantasma, un ser intermedio, resabio de una existencia carnal que ingresa en el mundo de lo virtual, que sale del tiempo experiencial humano para ingresar en la eternidad metafísica.

La única verdad es la palabra, pero curiosamente, es una palabra inventada.

En este sentido, el escritor tiene un rol determinante: explorar las posibilidades de esa palabra, elaborar una retórica, establecer relaciones entre ésta y la experiencia humana, explotar todas las posibilidades de ese juego de transferencia de lo experiencial a lo ficcional hasta llegar al fin del ciclo: el receptor, que no es un fin absoluto, sino que es una suerte de comienzo de un nuevo proceso de ficcionalización, o bien, de reelaboración de la ficción.

En el caso de Lojo, como en el de otros escritores a los cuales alude en sus obras, es trascendente la relación que entabla con el proceso de escritura. Esa relación entre el mundo de las experiencias y el de la ficcionalización, de tal suerte que la entiende como una realidad especular –aunque no en el sentido de la teoría del reflejo-, donde ambos mundos son, por una parte, análogos, pero por otra, también opuestos. Sintiéndose parte de uno de ellos, apela al otro como un universo de símbolos que le permiten interpretar al anterior. Se da, entonces, una suerte de correspondencia dentro de un proceso de semiotización y decodificación permanentes.

Lo interesante del proceso es que ese mundo "real" nunca puede conseguir ser aprehendido por el lenguaje, pues en el mismo momento en que se intenta registrarlo, se convierte en ficción.

Y de esta forma, el escritor queda atrapado en el universo de los signos, en el lenguaje. Aunque esta realidad parecería una suerte de cárcel en la que está ese escritor y de la que no puede escapar, cuando empero, aquél la disfruta desde su posición de demiurgo.

Por otra parte, Lojo no se siente en una posición negativa. Al contrario, la entiende como la realización más acabada de la creación literaria y trabaja en torno a la idea de dar la imagen de verosimilitud, cuando está trabajando exhaustivamente en el artificio.

De esta forma, persuade al lector con la palabra y, sin éste darse cuenta, lo instala naturalmente en un plano de presencias fantasmales.

En este sentido es en el que se vuelve ostensible la delicada línea que separa la realidad de la ficción, el relato histórico y la fábula, puesto que la intervención del medio narrativo vuelve difusa la frontera que los separa.

Todas estas cuestiones ya habían sido tratadas exhaustivamente por Jorge Luis Borges de forma inmanente en su propia literatura y han dejado huellas en los escritores argentinos de las últimas décadas. Y así como el autor de *Ficciones* hubiera recreado al propio Cervantes y su personaje clásico en una parábola -recordando que el novelista español quiso mostrar la oposición entre lo cotidiano y real, por un lado, y los vanos prodigios de las narraciones caballerescas, por el otro-, con otro estilo Lojo y apelando por su parte a la figura –cómo podía ser de otra forma- de los caballeros de la Mesa Redonda para evidenciar un punto de contacto primero con el Merlín de estos tiempos y luego, claro, con Mansilla:

> **-Véame a mí, si no. Debí haberme recluido después de la muerte de Arturo. Y sin embargo aquí estoy, mezclado en la historia menuda del país más austral del mundo, y completamente alejado de la caballería andante. Aunque pensándolo bien...**
> **Merlín se rió, mirándome.**
> **-¿Qué? ¿Tengo monos en la cara?**
> **-No, tiene usted un extraño parecido con cierto colega de la Tabla Redonda, y no sólo facial. Quizá por eso me cayó siempre simpático. Hubiera hecho una buena figura en aquellos tiempos. (p. 163)**

... deja claro que tanto Merlín como Mansilla han emprendido una suerte de cruzada en la que intentan luchar contra el exilio de la Historia y posicionarse en el nuevo lugar que les ha deparado el destino. Merlín, más antiguo y más sabio, encontrará primero el camino, aunque no queda del todo claro que con éxito. Al menos, con dignidad. Pero lo relevante en este punto es justamente que estos personajes, uno mago y el otro fantasma, proponen un movimiento que es solidario con el de cualquier ser humano: la lucha contra el olvido y el encuentro de un lugar en el mundo, sólo que desde su condición de seres del mundo mágico y fantástico, lo cual pone de relieve el mismo hecho ficcional y da cuenta de una realidad que se había comentado anteriormente con respecto a Borges y sus textos: Con palabras sólo se pueden representar palabras. La ficción sólo puede crear ficciones.

La postura de Lojo queda gratamente atrapada en un círculo vicioso: una intencionalidad de verosimilitud que busca, en última instancia, denunciar un artificio.

Lo que se denuncia con esta postura, en definitiva, es justamente el carácter complejo de la relación entre realidad y ficción y la existencia, mediante una catalogación antagónica y jerárquica entre ellas, a un reduccionismo abusivo y a un empobrecimiento de la cuestión. Posicionarse en el límite, en la frontera de lo que es verificable y lo que no, multiplica infinitas veces las posibilidades del tratamiento de la misma.

Esto no implica, de ninguna manera, una negación de la realidad objetiva sino una negación a la posibilidad de ser aprehendida por la palabra. Y también una protesta contra un sistema casi jerárquicamente moral en la dicotomía.

Y volviendo a lo lúdico de la cuestión, hay que recordar que lo que pretende la ficción no es ser creída como verdad, sino como una suerte de juego en el que el lector debe prestarse a la aceptar la ficción en tanto tal, puesto que es la condición primera de su existencia.

Habría que aclarar, sin embargo, que *ficción* no necesariamente debe entenderse como lo contrario de *verdad*, como una estrategia retórica para tergiversarla.

Desde este enfoque, una novela que se plantea como un epistolario o manuscrito biográfico como lo es *La pasión de los nómades,* puede mantener una cierta objetividad, pero apenas pasa al campo interpretativo el rigor vacila, y lo problemático del objeto contamina la metodología. La primera exigencia de la biografía, la veracidad, atributo pretendidamente científico, no es otra cosa que el supuesto retórico de un género literario, no menos convencional que las tres unidades de la tragedia

clásica. Esto es precisamente lo que se denuncia en la novela de Lojo, sólo desde el hecho mismo de estar escritos, tanto el epistolario de Mansilla como el manuscrito de Rosaura, por los personajes que pertenecen al mundo mágico y fantástico.

De todas formas, aun cuando un texto rechazara todo elemento ficticio, tampoco podría decirse que alcanzaría un criterio de verdad, puesto que desde el concepto mismo, la verdad resulta incierta y contradictoria. Implicaría una especie de consecución de un elemento unívoco dentro de la pluralidad de voces que atraviesan un texto y su contexto tanto lingüístico como situacional, el cual se postularía como hegemónicamente verídico y jerárquicamente superior.

Algo semejante se puede señalar con respecto a los relatos de no-ficción, los cuales plantean una cantidad de problemas teóricos debido a la relación que establecen entre lo real y la ficción.

Hacen uso de un material que deben respetar (registros comprobables), pero no siendo descriptible lo real, el lenguaje se constituye en otra realidad que impone sus leyes: recorta, organiza, ficcionaliza.

Del encuentro de ambos espacios (ficcional y real), no surge una mezcla, sino una construcción nueva.

Precisamente por esta relación discursiva que plantea, el género de no ficción se caracteriza por su imprecisión de márgenes.

Propone una escritura que excluye lo ficticio y trabaja con material documental sin ser por eso realista: pone el acento en el montaje y el modo de organización del material. Los acontecimientos no sufren un proceso de modificación sino que dependen de una enunciación que es siempre una posición y una elección histórica.

En relación con esto, la crisis del sujeto en el pensamiento contemporáneo cuestiona el discurso sobre el testimonio como garantía de verdad objetiva.

En la no-ficción, la verdad es la de los sujetos que constituyen una versión, es decir, un relato (sujetos de la enunciación).

Diferenciándose del discurso periodístico, que pretende ser objetivo y trata de borrar toda marca de la posición del sujeto, la no-ficción no oculta que la narrativización de los testimonios, su montaje y selección, señalan el abandono de la neutralidad, resultando de ello la politización del relato.

Si en los medios (periodismo, fotografía, reportaje, etc.) se trata de construir un sistema de estrategias que produzca un efecto de verdad, la no-ficción, por el contrario, cuestiona permanentemente todo intento de lectura consumista.

De una manera semejante, Lojo inscribe un cuestionamiento solidario con el de la no-ficción, aunque de una manera más compleja, puesto que intenta romper el concepto de verosimilitud desde el interior del mismo, es decir, apropiándose de sus estrategias.

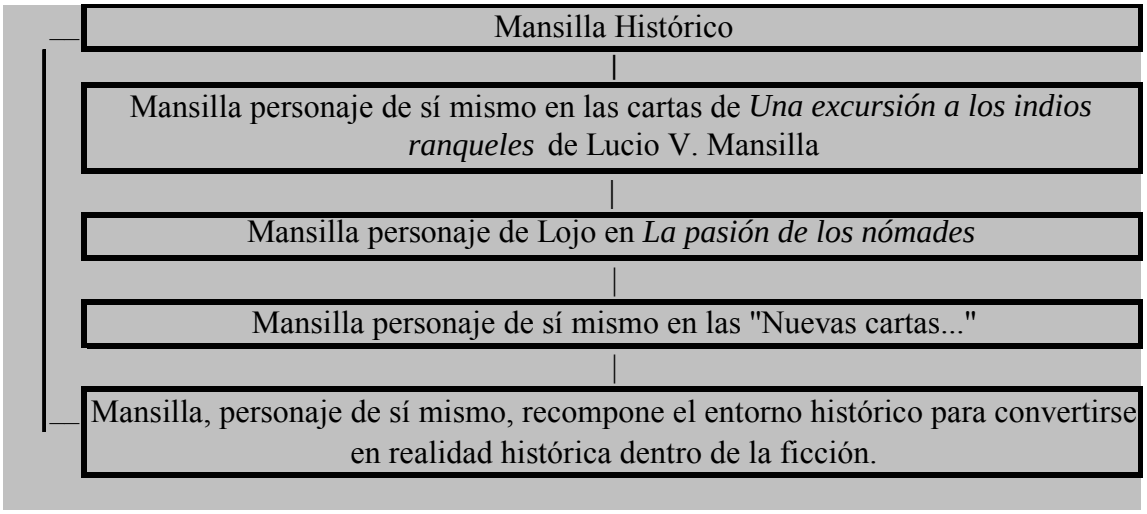
Mansilla y la incursión a los límites de la ficción

Desde el comienzo, Mansilla resulta ser un personaje complejo. Posicionado en un espacio y un tiempo ambiguos, problematiza desde su génesis la certeza no sólo de su naturaleza, sino también de un género definido en el que inscribirse.

Están en danza una pluralidad de sujetos que responden a esa denominación, pero que pertenecen a diferentes esferas: Hay un Mansilla histórico (en el contexto ficcional), escritor, que se convierte en personaje a sí mismo en las cartas de *Una excursión a los indios ranqueles*, novela que será el hipotexto de *La pasión de los nómades*. En esta última, Mansilla vuelve a ser convertido en personaje por Lojo, pero a la vez, se reconvierte en personaje de sí mismo en las "Nuevas cartas de Lucio Victorio Mansilla desde el país que fue de los ranqueles, operándose así un desdoblamiento del personaje en la misma novela. En este cuarto nivel, el propio Mansilla intenta recomponer la realidad histórica en la que vivió el personaje histórico, dimensionando así la gran utopía del exiliado: el regreso. El coronel intenta volver a su pasado en ese viaje hacia tierras ranqueles.

Por otra parte, este viaje es un producto ficcional de otro viaje real: el que realiza Lojo en 1992. De esta manera, la escritora se convierte en el "hada" que ayudará a Mansilla a efectivizar la utopía. Pero no puede ser llevada a cabo en el terreno de lo mundano. Habrá que apelar a las fuerzas de la Naturaleza, al mundo feérico. De esta forma, Lojo decide transfigurarse, convertirse ella misma en el personaje que acompaña a Mansilla en la empresa. Así nacerá Rosaura de los Robles.

Esquematizando lo dicho hasta el momento, se intentará poner en evidencia el círculo vicioso del que se hablaba anteriormente, o bien, el ciclo del eterno retorno mencionado por Federico Reuter con respecto al exiliado, pero que curiosamente también vale para el proceso ficcional mismo:



De esta manera, el ciclo vuelve al comienzo, pero en el proceso ha logrado relativizar las nociones que se entienden como opuestas: verdad histórica – ficción. En última instancia, nadie accede a la primera, puesto que lo que se conserva del Mansilla histórico es su obra ficcional.

Apuntalando esta tendencia, María Rosa Lojo se inscribe en una tradición que le precede: el arte cervantino. En lo que respecta a la enunciación, la autora aprovecha la estratagema del autor del Quijote e inserta un narrador que finge que los hechos que relata están documentados en un manuscrito o crónica, redactados por un sujeto de autoridad, garante de lo relatado, pero a la vez se permite intervenir corrigiéndolo, ampliándolo y, a veces, cuestionándolo:

> **Pero el paje infidente –que adornó, desvaneció o enredó bastante los verdaderos sucedidos- y el curioso Cunqueiro, en cuya pluma inquieta floreció aún más la embrollada fantasía, transformaron en leyenda la práctica existencia de mi práctico tío, convertido en propietario rural con rigurosas dotes administrativas, sin que por eso perdiese siquiera un ápice de su anterior aristocracia feérica. En fin: que las cosas no pasaron del todo según las cuenta el seductor libro de Cunqueiro y del paje chismoso.**
> **En realidad Merlín se vio obligado a deshacerse de la soledosa y neblinosa propiedad... (p. 18)**

En esta cita se verifican fácilmente dos cuestiones: Primero, que hay un narrador que apela a un relato anterior y, a la vez, lo corrige; y segundo, que mediante esta estrategia, se dirige directamente al lector y establece un paralelismo temporal entre el relato pasado y la enunciación presente, es decir, realiza una proyección metanarrativa con una intensa ironía que realza aún más el cuestionamiento a la verosimilitud del texto.

Paulatinamente, la sensación de crítica a la veracidad de lo narrado se irá intensificando, poniendo en permanente tela de juicio cada afirmación referente a lo real y su teórico opuesto, la ficción:

> **... En mis tiempos no se distinguía lo que ahora llaman "ficción" de la historia, ni lo sobrenatural de lo "natural". Así ocurrió, como todo el mundo lo sabe, con nuestra gesta de la Mesa Redonda. En fin, estos inventos modernos me producen lástima. Los hombres hasta han dado en pensar que son más reales que nosotros. (p. 27)**

Estas palabras pertenecen a Merlín, hablando de las versiones literarias argentinas que tratan acerca de historias del mundo feérico. Rosaura aprovecha su cuestionamiento para proponerle viajar a la Argentina, pero ante la protesta de su tío, intenta convencerlo apelando a tradiciones migratorias gallegas al país austral. Lo curioso de la reacción de Merlín es que vuelve a enfatizar la noción de "versión", frente a la de realidad:

> **-Ésa es una versión sospechosamente ornamentada y casi romanticona del inmigrante, que se iba cuando no tenía otro remedio. No te pensé capaz de caer tan bajo. (p. 27)**

Por otra parte, se relativiza hasta tal punto la noción de realidad que la invierte: los personajes del mundo feérico son más reales que los seres humanos. Esta inversión se postula entonces como otra fractura de las dicotomías clásicas. El texto de Lojo derrumba las certezas.

Esta postura de Merlín se ve afianzada por el comentario del mismo Mansilla con respecto a la televisión:

> **Los originales que dieron lugar a estas copias están muy lejos – algunos de ellos muertos, incluso, si las películas fueron filmadas hace muchos años-. Sí, Santiago, también ellos son fantasmas, pero que, curiosamente, invaden con sus apariciones cotidicanas el mundo de los que son o se creen reales y vivos.**

Es un constante ataque contra la noción de realidad, creando un climax de incertidumbre con respecto a lo que es real y lo que es ficticio, hasta tal punto que el lector debe transigir en entrar en el juego y dejarse llevar creyéndose lo que le cuentan. Es decir, Lojo corre el riesgo de que la reacción del receptor sea desconfiar de todo, pero como nadie resiste tal nivel de incertidumbre, crea el efecto contrario.

Nuevamente el progreso de la tecnología del fin de siglo vuelve a ser usado para denunciar el cambio en la percepción de la realidad. Los adelantos en materia genética dan otra vuelta de tuerca a la cuestión: "El sueño del doctor Frankenstein, querido Santiago, es una realidad y con resultados quizá mucho más agradables a la vista"[255].

La problemática de la posmodernidad, que crea una sensación de extrañamiento, de falta de sentidos duraderos, sirve de introducción a otro tipo de incertidumbre: la del ser humano como usurpador de tierra y cuerpo prestados, lo cual se relaciona directamente con la temática ampliamente tratada del exilio. En este sentido, es interesante comentar un episodio en la casa de Federico Reuter. El anfitrión traduce del alemán la lápida de su antepasado con la que intenta explicar su decisión de no emigrar de la Argentina:

> **-..."Cuando nos fatigamos, el Señor nos pone a dormir y tapa a sus niños cansados con tierra fresca. Allí dormimos, protegidos en la noche serena y profunda, hasta que él nos despierte a la mañana más bella".**
> **[...]**
> **-... y sólo él sabe cuándo despertaremos, porque éste es, bien lo sé, cuerpo prestado. Siga, que el cuento interesa. Tiene sus toques de humor y su mucho sentimiento, y uno de sus mayores méritos, como ocurre con mi *Excursión*, es el de ser verídico. (pp. 95-96)**

[255] Op. Cit., p. 54.

En principio, habría que destacar la imagen del hombre como una suerte de exiliado del cuerpo en el momento de la muerte, pero con la promesa de un regreso mediante la protección de la tierra, lo cual se acerca a la concepción de las *machis* ranqueles ya comentada anteriormente. En segundo lugar, la nueva confusión entre lo que es cuento y lo que es verdad. El cuento interesa porque es verídico, paradójico e inquietante.

Y enlazada con estas visiones, la visita del personaje de José Hernández, Martín Fierro, cierra el ciclo de cuestionamientos a las posibilidades de la realidad y de la ficción:

> **... Sólo la extraña visita nocturna me había dado consistencia. Un fantasma me otorgaba espesor a mí, ahora tan carnal; como si esa figura escapada de un libro y más real que su propio autor fuera el único recuerdo de un mundo donde ambos tuvimos razón y circunstancia y del que los dos habíamos sido expulsados. (p. 135)**

Es decir que un personaje fantasmal, de origen ficcional, otorga espesor real a un personaje ficticio que ha recuperado mágicamente su condición de ser real.

Y cerrando definitivamente el ciclo, la intromisión de la propia autora, aludida a través del personaje de Mansilla, como garante de la veracidad de una ficción:

> **Corto con fruición apacible, en menudos pedacitos, la necrológica de la revista *Nosotros* que ya no me interesa desmentir. Quizá porque a esta altura de los tiempos hay quien la desmienta por mí, y sobre todo porque desde este lado el afán ensordecedor por ser alguien y hacer algo se ve como lo que es: la utopía más lejana del animal humano –el único impostor entre las criaturas del Reino-, que nace original y muere copia. (p. 208)**

El último juego está en manos del personaje, el cual apela a su creadora: la mentira de un texto periodístico (documentado), que en principio estaría más cerca de la veracidad que la propia ficción, puesto en evidencia no sólo por el personaje sino por otro enunciador al que éste se refiere: "quien lo desmienta por mí"; un personaje ficcional que denuncia el engaño (falta de verdad) del hombre real:

"único impostor..."; y un ser humano que, como planteaba Borges, sólo puede aspirar al destino de sobrevivir en la ficción: "nace original y muere copia".

Y este mismo empieza y termina con la elaboración de la propia apariencia, la cual logra el cuestionamiento más radical de la dicotomía verdad-ficción. Los permanentes cambios de vestimenta, de actuaciones, de máscara facial vuelven difusa la visión unívoca del personaje. ¿Quién es el verdadero Mansilla? ¿Aparece en el quehacer cotidiano o en las cartas? ¿Es posible sostener que la escritura es la única fuente de verosimilitud? Y, lo que resulta más interesante aún ¿Qué concepto de verdad puede tener un personaje ficcional? ¿Cómo puede encarar la Historia, un exiliado de la misma? ¿Desde qué lugar o no-lugar habla?

Todos estos cuestionamientos sirven, en definitiva, para problematizar profundamente la noción de verdad y fracturarla de tal manera que la dicotomía antes mencionada caiga por su propio peso.

HACIA EL FIN DE LA APORÍA: LOS MARGINALES USURPAN EL PROTAGONISMO DE LA HISTORIA

LA NARRATIVA HISTÓRICA DE MARÍA ROSA LOJO

Ubicándose una vez más en el centro de la imaginación tanto histórica como ficcional, María Rosa Lojo vuelve a inscribirse en el mismo borde desde el que configuró la imagen de Mansilla: el del entrecruzamiento del discurso ficcional, el biográfico y el historiográfico.

Cuatro años después de la aparición de *La pasión de los nómades* y siguiendo la brecha abierta por la misma, Lojo descubre el velo que el olvido y el silencio han impuesto sobre personajes "ocultos" de la Historia Argentina, o bien, sobre facetas desconocidas de otros más célebres, en sus siguientes obras de corte histórico: *La princesa federal* (novela, 1998); *Una mujer de fin de siglo* (novela, 1999); *Historias ocultas en la Recoleta* (cuentos, 2000); *Amores insólitos de nuestra historia* (cuentos, 2001); y *Las libres del Sur* (novela, 2004).

Aunque internamente estos textos sigan –en mayor o menor grado- un cierto orden cronológico, en conjunto se puede afirmar que no guardan entre sí ningún afán consecutivo. Lo cierto es que sí se puede apreciar una notoria preponderancia de personajes pertenecientes al siglo XIX, detalle nada insignificante si se considera el hecho de que en este periodo se vuelve más activa la forja de la identidad de esa nación periférica que es la República Argentina.

Claramente diferenciadas, Lojo recrea ficcionalmente cada etapa de la presencia española en Argentina y de la constitución de esta última como nación independiente:

- Época colonial[256]: Los tres primeros relatos de *Amores insólitos de nuestra historia:* "Tatuajes en el cielo y en la tierra" (historia acerca de Ulrico Schmidl, autor del

[256] Dentro de la literatura argentina de las últimas décadas, en la que se incribe la autora, también se pueden citar en esta línea de representación histórica de la conquista: *El entenado,* de Juan José Saer, *Ansay o los infortunios de la gloria*, de Martín Caparrós; *Río de las congojas*, de Libertad Demitrópulos; *Los perros del paraíso* y *Daimón* de Abel Posse, etc.

Derrotero y viaje a España y las Indias, donde relata sus vivencias durante veinte años en tierras americanas y siendo testigo, entre otros sucesos, de la primera fundación de Buenos Aires); "La historia que Ruy Díaz no escribió" (sobre Ruy Díaz de Guzmán, historiador responsable de los *Anales del descubrimiento, población y conquista de las Provincias del Río de la Plata*, nieto de Domingo de Irala, conquistador y gobernador del Paraguay); y "El alférez y la Provisora" (basado en la autobiografía titulada *Vida i sucesos de la monja alférez*, atribuida a Catalina de Erauso (Donostia,1592-México,1650), quien decidió trucar los hábitos por las armas).

- Época Virreinal[257]: Los cuatro relatos que abren *Historias ocultas en la Recoleta:* "Vidas paralelas", "El que lo había entregado" y "La casa de luto", que narran la historia de la familia de Francisco Álzaga, inmigrante vasco que llega al Río de la Plata hacia 1767 y que vive la transición del virreinato a la independencia; y "La esclava y el niño", que rememora la historia de Catalina Dogan (1788-1870), quien había sido esclava de Rita Dogan y servidora que criara a su nieto Bernabé Sáenz Baliente.

- El proceso de independencia y constitución nacional de la República Argentina[258]: Aquí se inscriben la mayor parte de sus cuentos (donde desfilan personajes tales como: Facundo Quiroga, Marco Avellaneda, Florencio Varela, Domingo Faustino Sarmiento, Bartolomé Mitre y su hijo Jorge, etc) y las novelas *La princesa federal*[259] y *Una mujer*

[257] Otras novelas que se ocupan de este periodo son: *Zama,* de Antonio Di Benedetto, *En esta dulce tierra* de Andrés Rivera, *El imposible reclamo de la eternidad,* de María Elvira Sagarzazu, *Cuerpo cristiano,* de Daniel Guebel, etc.

[258] De este período: *Una chaqueta para morir,* de Pedro Orgambide; *La amante del Restaurador,* de María Esther de Miguel; *La revolución es un sueño eterno,* de Andrés Rivera, etc.

[259] A fines del siglo XIX, el doctor Victorica, miembro de una familia federal argentina, viaja e Europa movido por la curiosidad que le despierta no sólo el incipiente mundo del psicoanálisis sino también la posibilidad de conocer a Manuela Rosas, cuya historia había llegado a sus manos –más allá de la notoria popularidad del personaje- a través del diario personal de uno de los colaboradores de la familia Rosas, el italiano Pedro de Ángelis. En repetidas visitas a la casa de la hija del Gobernador en su exilio inglés, Victorica tiene la oportunidad de enfrentar ambas versiones –la de Pedro y la de Manuela- de una parte de la historia nacional argentina y de la particular de dicha familia.

de fin de siglo[260], cuyas protagonistas son Manuela Rosas, hija del Gobernador de Buenos Aires, y Eduarda Mansilla, hermana del ya mencionado Lucio V. Mansilla, respectivamente..

- Fines del siglo XIX y principios del siglo XX[261]: En los cuentos "Memorias de una fiesta inconclusa" (sobre el asesinato de Abel Ayerza por un grupo de mafiosos sicilianos, lo cual suscita un arranque xenófobo) y "Todo lo sólido se hace ligero en el aire" (acerca de Ángel María Zuloaga, quien cruzó por primera vez los Andes en Globo), pertenecientes al volumen *Historias ocultas en la Recoleta;* tres relatos de *Amores ocultos de nuestra historia:* "La niña que murió de amor en la Tierra del Diablo" (referido a Carolina Beltri, cantante cubana), "El extranjero" (sobre el escritor tucumano Gabriel Iturri) y "Mirándola dormir" (acerca del triángulo amoroso entre Eduardo Wilde, su esposa y Julio A. Roca). Finalmente, *Las libres del Su*[262]*r* narra la vida de Victoria Ocampo entre 1924 y 1931, sus relaciones con el universo cultural de época, especialmente con Ortega y Gasset y Tagore.

El exilio republicano español es tratado más exhaustivamente en las primeras obras de la autora, perdiendo protagonismo en las últimas debido al cambio de enfoque en su narrativa, centrada ya en la problemática de la forja de una identidad nacional, por una parte, y personal, por otra, a partir de la

[260] Narra la historia de Eduarda Mansilla, sobrina de Juan Manuel de Rosas y hermana de Lucio Mansilla, el protagonista de *La pasión de los nómades*, de sus anhelos de superación del rol que le ha impuesto la sociedad como esposa del diplomático Manuel Rafael García, y de su decisión de ser artista, a pesar de pertenecer a un género marginal, el femenino, que sólo le permitía ocupar un lugar como ícono de belleza y maternidad, lo cual la conducirá a alejarse de su familia en la búsqueda de una identidad más allá del prestigio familiar.

[261] En esta línea, también pueden citarse: *La traición de Rita Hayworth,* de Manuel Puig, *Transparente,* de Enrique Medina, *Frontera Sur* y *El soldado de porcelana*, de Horacio Vázquez Rial; *Apuntes de familia*, de Miguel de Torre; *Informe de París* de Paula Wajsman; *La cruz invertida,* de Marcos Aguinis, etc.

[262] En la década de los '20, Victoria Ocampo ocupaba uno de los lugares privilegiados de la intelectualidad argentina. Sus relaciones con los grandes personajes del mundo de las humanidades (Ortega y Gasset, Keyserling, Borges, etc.), le permiten entrar en contacto con el poeta Rabindranath Tagore, para la asistencia del cual contrata a Carmen Brey, discípula de María de Maeztu. La joven universitaria gallega acepta el empleo no sólo por cuestiones intelectuales y laborales, sino también para indagar su propia historia familiar, ya que su hermano la había precedido en tierras argentinas por motivos que no quedan demasiado claros para la joven. En la novela desfilan múltiples y diversas opiniones acerca de la cultura e identidad de la nación argentina, así como del papel destinado a la mujer en un mundo decididamente regido por la masculinidad.

recreación de las figuras de la historia argentina y la vinculación de sus personajes ficcionales con las raíces hispánicas ancestrales de Lojo (gallegas-celtas). Aunque lo cierto es que nunca termina de abandonar del todo la temática del exilio, pues las protagonistas de sus novelas -Manuela Rosas, la Niña, hija –como ya se ha comentado- y colaboradora del Gobernador de Buenos Aires (*La princesa federal)*; Eduarda Mansilla, escritora, hija, hermana y esposa de militares y diplomáticos porteños (*Una mujer de fin de siglo)*; y Victoria Ocampo, una de las más destacadas intelectuales del mundo literario argentino, fundadora de la revista *Sur* (*Las libres del Sur)*- son tres mujeres que, desde su condición de tales, se erigen en otra especie de *nómades*, que también deberán enfrentarse a su propia *pasión*, en permanente diálogo con las figuras femeninas más ancestrales de la Tierra Adentro: las machis ranqueles, o –al moverse en el inmenso espacio que media entre las dos orillas- con sus equivalentes celtas: mujeres de cabellos colorados que atesoran la misma magia antigua. Asimismo, estos personajes son presentados por Lojo como exiliados o autoexiliados, internos o externos.

Por su parte, los volúmenes de cuentos, no sólo están relacionados en mayor o menor medida con la historia argentina y española, sino que poseen relatos vinculados a la experiencia de hijos que se constituyen en testigos y, de alguna forma, herederos del exilio de sus padres, reafirmando así el eje temático que atraviesa prácticamente toda su obra.

En *Historias ocultas en la Recoleta*, Lojo recorre fragmentos de la vida de personajes curiosos, cuyos restos descansan en el citado cementerio. Ya desde el prólogo, no puede dejar de lado el conflictivo entrecruzamiento de la historia y la ficción, por una parte, y su afición por aquellos personajes que, por uno u otro motivo, han quedado en la "periferia" del canon histórico:

> **"Historias", pues, tanto "reales" (porque se atienen a un referente pasado) como "ficcionales" (por cuanto crean su propia realidad en el espesor del lenguaje y en la trama conjetural de la narración). Historias, también "ocultas". No sólo porque sus protagonistas, ausentes de la visible y audible superficie terrestre, yacen en lo oscuro y lo cerrado, bajo una capa de piedra y de silencio. Son "ocultas" también porque, aun en los casos de figuras ampliamente conocidas, instaladas en la**

> **historiografía oficial y en el imaginario colectivo, los relatos buscan abordar facetas en sombra…**[263]

No sin incluir, por cierto, un nombre habitual en sus ficciones históricas, el Gobernador Juan Manuel de Rosas, siempre narrado desde el destierro, resulta particularmente notorio el caso del hijo del Presidente Bartolomé Mitre, Jorge Mariano Mitre, quien luego de ciertas desavenencias con su padre, es enviado al Brasil por intercesión de éste en misión diplomática. No pudiendo enfrentarse a la figura paterna, tras cometer otro acto que sabrá censurado, Jorge decide suicidarse en el exilio que su padre le ha impuesto. Será el presidente, desde la correspondencia epistolar que sostiene con su esposa, quien elabore el duelo, instalado noche tras noche en la habitación de debajo de aquélla en la que encontraran el cadáver, esperando cumplir el deseo que permitirá a su hijo el ansiado reposo: la repatriación de sus restos. Un diálogo silencioso entre fantasmas –el del espectro de Jorge y el del cansado estadista, sintiéndose ya muerto en vida- configura el perfil de su exilio:

> **Otro en el Hotel dos Estranjeiros, donde es él quien vela sobre su propia partida voluntaria, sin saber por qué no hay un cielo o un infierno sino este borde de la vida…**
> **… El general ha ocupado muchas horas y ha derrochado conocimientos, no en asuntos de Estado, sino en la redacción de un escrito que le permita llevarse a la Argentina, antes de los cinco años exigidos por la ley brasileña, los restos de su hijo. Jorge entiende que él sólo quedará libre cuando esa gracia se acuerde, cuando sus huesos viajen a Buenos Aires y descansen, por fin, en el Cementerio del Norte. (pp. 171-172)**

Jorge había sido extranjero no solamente en ese hotel, cuyo nombre lo preanunciaba, sino que lo fue, en su propio suelo, desde su nacimiento: Pareciera que se entabló una extraña relación entre las ausencias del padre, debido al exilio político al que debió enfrentarse en más de una ocasión, y su propio sentimiento de desarraigo:

[263] Lojo, María Rosa, *Historias ocultas en la Recoleta,* Buenos Aires, Alfaguara, 2000, pp. 28-29. Todas las citas pertenecen a esta edición.

> **¿O acaso no ha sido su hijo un extranjero en la tierra donde los hombres luchan por el poder y la gloria y se apegan furiosamente a la porción de vida que les toca? Él, por lo menos, siempre tuvo patria. Nunca tuvo más patria, quizá, que cuando estaba fuera de ella. (p. 162)**

El hijo de Mitre jamás sintió su patria, la tierra de sus padres, porque la Argentina era el espacio del vacío paterno. Sólo en su condición de fantasma revertirá el desencuentro.

Pero repárese en el hecho de que los hijos de los exiliados tratados hasta el momento tampoco logran la identificación con el suelo, porque no es la tierra de sus padres. De todas formas, el exilio de Jorge tiene matices decididamente más existenciales. Lo que lo acerca al exilio heredado es la forma en que su padre pretende salvarlo: haciéndolo regresar a un lugar que, en principio, debiera ser su patria, pero que no siente como tal. En definitiva, quien regresa realmente, es el presidente. Su hijo descansará porque el *Deseo* de su padre ha sido cumplido. Sin embargo, surge insipientemente la idea de que ese retorno es utópico y sólo lo consiguen los fantasmas.

En el segundo libro de cuentos, *Amores insólitos de nuestra historia* -donde el adjetivo "nuestra" vuelve a resultar conflictivo, pues habría que resemantizarlo también con aquella dualidad que caracteriza la identidad de la autora y de todo hijo de exiliado- consiste en una serie de relatos, cuyos protagonistas son o bien criollos, o bien españoles, con algunas excepciones de personajes alemanes o anglosajones. Entre ellos, habría que puntualizar un aspecto de cierta relevancia: la autora presenta en este volumen un nuevo acercamiento a la imagen del español. Si en *Canción perdida...* el mundo ibérico era mítico, idealizado y nostálgico, en *Amores insólitos...* aparece, por momentos, una imagen bárbara y despótica del mismo.

En cierto sentido, en muchos cuentos el narrador adopta una postura solidaria con lo autóctono, considerado "civilizado", frente a la brutalidad del conquistador peninsular:

> **Aunque los extranjeros parecían menos monstruosos, pues habían salido ya de sus cáscaras, y se les veían el torso, los brazos y las piernas –descoloridos pero de formas aceptables-, su manera de abalanzarse sobre los alimentos mostraba**

> **claramente una naturaleza inculta y salvaje, ignorante de la mínima noción de etiqueta.**[264]

La cita no sólo resulta interesante como inversión de la dicotomía civilización-barbarie, tan característica en la literatura hispanoamericana actual en general y argentina en particular, sino también como muestra de la sutil ironía que caracteriza varios de los cuentos, cuando aparece la voz de un indígena.

La figura del español se torna, entonces, cruel y salvaje: "No sólo porque don Pedro de Mendoza y los capitanes españoles no dejaron un acto insensato sin cometer..."[265].

En estas oportunidades, el alemán ocupa el espacio positivo –en *Canción perdida...* había sido Alberto Krieger, novio de Irene y quien la liberara del ambiente opresivo de la casa paterna, y en este libro, Ulrich Schmidl- y es portavoz de los deseos y pensamientos del personaje más unido al suelo americano, claramente hostil al español:

> **Poco después había llegado de España el loco Alvar Núñez Cabeza de Vaca (solamente una insania alimentada por varias generaciones podía engendrar un apellido así) investido del poder del Rey para asumir un mando que no merecía...**[266]

En otros cuentos, lo rioplatense y lo español se entretejen armoniosamente, sin dejos irónicos ni visiones encontradas: "Después del asado, y de la rueda de mate, el padre desenfunda la guitarra española que es, junto a la rastra de oro y plata, su único lujo visible"[267].

Pero, entre alusiones explícitas e implícitas al encuentro de lo europeo y lo americano, de lo español y de lo rioplatense, destaca un cuento, "La historia que Ruy Díaz no escribió", ambientado a fines del siglo XVI y principios del XVII. Se trata de la historia de Ruy Díaz de Guzmán, contador de la Real Audiencia Española, quien escribe la historia de su padre –como lo hace Lojo con el suyo-.

En ella, se vuelven a registrar los tópicos del extrañamiento, la nostalgia, el destierro:

---

[264] Lojo, María Rosa, *Amores insólitos de nuestra historia,* Buenos Aires, Alfaguara, 2001, p. 29. Todas las citas corresponden a esta edición.
[265] Op. Cit., p. 37.
[266] Lojo, María Rosa, "Tatuajes en el cielo y en la tierra" en *Amores insólitos de nuestra historia,* Op. Cit., p. 40.
[267] Lojo, María Rosa, "Las familias del camino" en *Amores insólitos de nuestra historia,* Op. Cit., p. 252.

> **-Úrsula, estoy perdido.**
> **-¿Cómo así, mi señor? Si ésta es tu casa.**
> **-Pero había otra casa en la Asunción, y otra, hace muchísimos años, en Jerez de la Frontera. Si volviera y tocase a la puerta, ¿quién me abriría los brazos? [...]**
> **-También mis padres han muerto.**
> **-Pero sus huesos reposan en esta tierra. Tú eres de la tierra. ¿A dónde querrías volver? Mi pasado se hace polvo, [...] y yo no seré nadie, o seré otro, completamente distinto del que era. (p. 49)**

Las palabras de Alonso Riquelme de Guzmán, padre de Ruy, compendian magistralmente el padecimiento del desterrado y evidencian la comunión entre el exiliado y el emigrado en la literatura argentina de las últimas décadas: ambos, ya sea un exiliado como Neira, de *Canción perdida...* o un emigrante como Alonso, de *Amores insólitos...* son personajes sin raíces, desdoblados en dos espacios y dos tiempos, solitarios y enajenados. Pero que también apuestan a la memoria: "Tiene el mal de la ausencia y acaso el único remedio es la memoria"[268]

El hijo escribe, desde su aislamiento –pues, como Zama, el personaje de Di Benedetto, espera su traslado a la metrópoli-, las memorias de su padre. Y la escritura es para él, como para la misma Lojo, una forma de rescatar la memoria[269] y de encontrarse a sí mismo, sin dejar de lado lo fácticamente comprobable, ni escapar a lo legendario, que forma parte de su propia historia.

Y aunque sabe, como todo hijo de desterrado, que el regreso al mundo paterno es utópico:

> **La otra mitad es la forma del pasado que no llegó a cumplirse, la forma de otro destino que baila con fantasmas en una casa ducal de Jerez de la Frontera, a la que don Alonso jamás volverá, ni siquiera como un recuerdo de los sueños de sus muertos. (p. 61)**

---

[268] Op. Cit., p. 50.

[269] Al respecto, hay dos opiniones que es lícito citar: Una es la de María Teresa León, en *Memoria de la melancolía*, quien sostiene que la memoria tradicional no basta, sino que es necesaria la memoria ancestral, opinión que concuerda claramente con lo propuesto por Benedetto y Lojo. La segunda es de Arnoldo Liberman en "Rememoración del exilio" en *Cuadernos Hispanoamericanos,* Madrid, Nº 517-519, julio-septiembre 1993, pp. 544-552: "En este caso, la pregunta era (y es) ¿qué estamos autorizados a olvidar? ¿Dónde comienza el olvido saludable, cuál es el límite de la negación? Porque quizás el antónimo de olvido no es memoria, sino justicia." Aquí se opera un giro distinto de la cuestión: No vale sólo recordar, sino que es necesario actuar, hacer justicia.

También sabe que, tras el periplo por la historia paterna, por la herencia de un mundo desgarrado y por la nostalgia de lo propio que es, a la vez, ajeno, encontrará su lugar:

> **El aire es un bullicio alegre, un alto cruce de voces diferentes, guaraníes y castellanas, a veces, también, vascas, gallegas, portuguesas.**
> **"Ésta es la patria", piensa.**
> **Y se deja morir, entre la oscura gente. (p. 64)**

Sólo que, como todo su ser, será un lugar ambiguo, construido a fuerza de pequeñas piezas fragmentarias, que el azar y los barcos han reunido caprichosamente.

LA MEMORIA DE LA LLANURA: OTRO ENFOQUE DE LA REESCRITURA DE LA HISTORIA

Como lo recordara Beatriz Sarlo[270], la novelística histórica argentina más reciente ha alcanzado un nivel de popularidad más que significativo, respondiendo a la sensación de inseguridad que provoca el pasado, desde el momento en que no se encuentra un principio explicativo legítimo y generalizador.

Las historias ocultas narradas desde diversas formas de lo biográfico "abren estos pequeños escenarios privados" que denuncian una intencionalidad conspirativa de los grandes relatos históricos tradicionales que han conjugado y manipulado desde siempre el par *saber-poder*, elaborando un cuidado discurso unitario sustentado en la multiplicidad de peripecias que responden a un solo principio explicativo.

Esta configuración narrativa depende, sin lugar a dudas, de la voz de un narrador omnisciente, que aporte un alto grado de inteligibilidad sencilla y confiabilidad. Desde luego, no es posible ignorar que en cuanto a los prejuicios, no se distingue demasiado de sus lectores.

Y es en la grieta abierta sobre esta ficticia homogeneidad y univocidad en la que se ubica la nueva novela histórica y, con ella, María Rosa Lojo.

[270] Sarlo, Beatriz, "Historia académica v. historia de divulgación", Op. Cit.

Por lo tanto, sus novelas citadas anteriormente deberán construirse en base a un entrecruzamiento de discursos que elaboran dialógica y paradójicamente el conflictivo y sospechoso camino hacia la verdad histórica.

Pero las presentes propuestas narrativas se encuentran en permanente peligro de confusión y simplificación, pues se hallan inmersas en una red de nuevas modalidades de legitimación del relato histórico: múltiples y mediáticos discursos que denuncian un entramado de mentiras por parte de la elite hegemónica que se han propuesto descubrir y, lo que resulta más inverosímil, *corregir*.

Por lo tanto, habría que mantener siempre presente la diferencia entre las estrategias y consignas de esta historia de divulgación y la estética de la nueva novela histórica en la que se inscribe la autora rioplatense. De lo que se trata en la narrativa de Lojo es de evidenciar la complejidad del entramado discursivo de lo histórico, no de denunciar "mentiras históricas". Ella misma lo puntualiza:

> **Precisamente, por efecto del contrapunto de voces en los textos, podemos inferir que todos los personajes, o alguno de ellos, mienten en cuanto a la historia relatada. O que si no mienten deliberadamente, al menos la ven y la interpretan desde perspectivas distintas y distantes, a veces incompatibles, a veces complementarias. Y este despliegue de sujetos potentes, derramados en su voz, pero también astutos y escurridizos, que mantienen entre sí un sordo duelo, sólo desplegado plenamente ante los ojos del lector, es uno de los juegos que más me gusta jugar, como narradora.** [271]

Lojo elige, como tantos otros escritores contemporáneos, renovar el espacio biográfico y aprovecharse de sus contradictorias fecundidades:

> **Este relato [...] abre a la invención las compuertas de la memoria: reinventa los claroscuros de la intimidad tras los datos escuetos, siembra dudas en documentos apócrifos, multiplica las perspectivas y las interpretaciones, pone en contacto a personajes empíricos con criaturas de la ficción, actualiza las**

[271] Lojo, María Rosa, "Quién habla en las voces de la ficción" The *Delibes Chair* at The Graduate Center, The City University of New York. Colloquium. *Autoficción/Self-fiction.* 5thMay, 2006.

> **búsquedas identitarias en la narrativa de las migraciones y los cruces de la multiculturalidad y la transculturalidad…**[272]

Y aquí aparece el punto en el que habría que detenerse: el de la memoria.

Ya no cabe aspirar a la consecución del perfil de la memoria histórica, entendida como objetiva, organizada, aunque oculta u ocultada, que aspira a ser desvelada o recuperada, puesto que este concepto implicaría la existencia de un sujeto abstracto (la Sociedad, por ejemplo) capaz de conservarla a través de los siglos y la consideración de la Historia como un simple recuerdo del pasado y no una interpretación del mismo.

Lo que sí se puede pretender, sin embargo, es configurar una memoria personal que consista en los recuerdos en relación con la vida pública. En este sentido, la noción de memoria histórica es solidaria con la de memoria personal, pero siempre teniendo en cuenta el hecho de que la Historia es una ordenación, interpretación y reconstrucción de reliquias que permanecen en el presente.

De tal manera que se ha hecho necesaria, entonces, una reformulación de la clasificación de ciencias que propusiera Bacon[273] en función de las facultades intelectuales, a saber: Memoria, Imaginación y Razón. En estos parámetros, la Historia sería un producto de la Memoria; la Poesía de la Imaginación y la Filosofía de la Razón. Dicha reformulación sería producto de la concepción de la Historia presentada anteriormente, puesto que ésta dependería más del entendimiento que de la razón, si se considera la parcialidad evidenciada en el recorte y la óptica desde la que se la organiza.

Volviendo a la obra de Lojo, ese espacio biográfico preferido por la autora como opción creativa, que aspira a "que la Historia se transforme en Poesía, la verdad en ficción y la ficción en verdad", es el apropiado para alcanzar, de alguna manera, la memoria personal que le resulta tan conflictiva debido al desdoblamiento del espacio público –español y argentino- del que depende. De allí, el prólogo de su siguiente obra, todavía no acabada, pero ya anunciada:

> **Vengo de ésas, de ésos, como quien viene de tantos lugares que ha perdido la memoria de ellos y sólo lleva en el cuerpo la huella oculta de olores, sabores y sonidos, y el eco, aún ardiente, de historias imprecisas. Esas historias quemadas a medias, en un**

[272] Lojo, María Rosa, "Quien habla en las voces…" Op. Cit.
[273] Bacon, Francis, *The essoys*, Londres, Penguin Books, 1985.

> rapto de vergüenza, como si fuesen papeles inconfesables. Esas historias son como el tesoro perdido en un mar pirata, y voy buscándolas sin brújula, con un mapa incompleto y ambicioso.[274]

Para comprender cabalmente las palabras de Lojo, es necesario reparar en qué tipo de historias plantea en sus obras. Diversas en tiempo y características, en personajes y ámbitos geográficos, todas ellas tienen algo en común: esconden los secretos de las guerras civiles por las que ha pasado la "Historia Argentina": Unitarios vs. Federales; La ciudad frente al Desierto; etc. Visiones siempre renovadas de otra guerra civil que, como sostiene la misma Lojo[275], ha decidido su destino personal: la Guerra Civil Española.

Sin duda, el periodo más buscado como escenario de sus novelas es el rosista y post-rosista, el cual le permite poner en danza a una serie de personajes especialmente propicios para guiar su búsqueda personal: Juan Manuel y Manuela Rosas, Lucio y Eduarda Mansilla. Dos figuras masculinas y dos femeninas que vertebrarán sus diferentes relatos. No sólo son protagonistas de algunas de sus ficciones, sino que circulan aludidos o presentes como personajes secundarios por otras tantas.

Los citados personajes, junto a otros de igual o menor envergadura, se inscriben en un entramado de discursos históricos que pretenden constituirse como productores de sentido, en tanto y en cuanto son capaces de hacer efectivo el paso de lo desconocido a lo conocido. Como Hayden White[276] con respecto a las figuras retóricas, Lojo confía el proceso de comprensión de la (y su) Historia al lenguaje, no sólo portador de un conocimiento, sino como una forma de elaboración de sentidos a través de estrategias argumentativas y figurativas del material histórico.

---

[274] Lojo, María Rosa, "Quien habla en las voces…" Op. Cit.
[275] Ver *Mínima autobiografía de una "exiliada hija".* Op. Cit.
[276] Ver; White, Hayden, *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica.* Barcelona, Paidós, 1992. White hace hincapié en el carácter subjetivo del relato historiográfico debido al recorte e interpretación que implica el trabajo del historiador. De esta forma, la historia presentaría una "versión" de los hechos que no sería más que una construcción semejante a la que realiza el escritor de ficciones. Por lo tanto, sería lícito buscar la presencia de tropos (metáforas, metonimias, sinécdoques e ironías) en las formas estructurales del pensamiento historiográfico. Este planteamiento implicaría además un cuestionamiento significativo al concepto de verdad histórica.

Muchas veces, da la sensación de que *Funes el memorioso*[277] la asiste en esta empresa. Al igual que Borges, Lojo problematiza la posibilidad del recuerdo, como bien lo entiende Manuela Rosas, de *La princesa federal*:

> **Durante años, señor Victorica, el pasado queda a nuestra custodia, como un documento cerrado que antes no se podía abrir ni descifrar, hasta que lo vamos comprendiendo, y en esa comprensión lo modificamos. (p. 26)**

Esa imposibilidad de reconstruir el pasado sin cambiarlo, sin recortes ni interpretaciones que lo alteren, atenta permanentemente contra el concepto de memoria como mero compendio de sucesos de antaño.

Cada voz transmite su propia cosmovisión de los hechos, concertada al son de una canción perdida. Lojo interpreta, como el historiador con los vestigios de tiempos pasados que aún perduran, esos cantos, únicas huellas de ese mundo perdido antes de ser poseído, que ha recibido por herencia. Porque es sólo la Historia la que puede señalarle el camino, pues así como ésta busca respuestas del pasado sin haber tenido memoria de los hechos que han generado las preguntas, la autora busca a través de sus ficciones históricas, las cuales codifican a nivel simbólico la realidad del pasado como si se tratase de un elaborado acertijo, la explicación de su exilio heredado sin tener ella tampoco memoria vivencial alguna. Así lo sugiere el doctor Victorica, interlocutor de Manuela Rosas en la misma novela*:*

> **… el único laberinto para mí importante. El de la memoria, que construye a los seres desde el germen oculto de sus vidas pasadas. El que los hace ser lo que están siendo sin dejar de agraviarlos y transformarlos. (p. 23)**

Y sigue por ese camino en la dedicatoria de *Las libres del sur*, en la que puede apreciarse la insistente alusión al recuerdo, primer bastión de la memoria:

[277] Cuento de Borges, incluido en el volumen *Artificios* de 1944.

> En recuerdo de mis padres:
> María Teresa, que vino de Madrid a Buenos Aires con una valija de libros (entre ellos el *Gitanjali*) y que en esta ciudad vendió sus alhajas para comprarse una máquina de escribir,
> Y
> Antonio, que luchó por la República Española, y que plantó un castaño en el jardín de casa para recordarme que volviera, en su nombre, a Barbanza y al bosque de Comoxo.

Pero uno de los problemas a los que se deberá enfrentar para conseguir este proyecto es el que bien supo plantear a través de la voz de su personaje Tagore, autor del libro preferido de su madre:

> Pero lo que hace a cualquier pueblo es su memoria, lo vivido, soñado y sufrido en común. Una historia que pertenezca a todos, tanto al pueblo llano como a las clases altas. Y no encuentro huellas de esa memoria. Todo parece nuevo, y todo quiere ser nuevo, como hecho antes de ayer. Sin embargo, hubo otra vida aquí… (p. 32)

Esta apelación a una vida anterior, a más de referirse a la población indígena, tiene una proyección que traspasa los límites de lo inmediato. Lojo se sirve de la opinión de un extranjero –como lo hará también con Ortega y Gasset- y abre una brecha que le permita anular una vez más el peso de las definiciones absolutas, que no la incluyen a ella ni a sus personajes: estar aquí o allí; entonces o ahora; dentro o fuera. Por eso, en *Una mujer de fin de siglo*[278], Alice, la secretaria de Eduarda Mansilla, concierta la presencia de las dos fuerzas solidarias de sus textos: los fantasmas y los marginales, a la luz de la memoria:

> Los campos de don Prudencio Rosas son un sitio propicio para dar cita a fantasmas. También para reunir a los vivos bajo la luz provocativa de la memoria. Todo es nuevo para mí, todo es desgarradoramente antiguo para quien lleva años intentando el regreso. (p. 131)

[278] Lojo, María Rosa, *Una mujer de fin de siglo,* Buenos Aires, Planeta, 1999. Todas las citas corresponden a la misma edición.

Esta antigüedad que intuyen los personajes foráneos –Tagore, Ortega, Alice…-, pero que no terminan de ver, es la que busca Lojo con sus marginales. No se refiere especialmente al pasado indígena como antecedente cultural de los argentinos. Esa vida que hubo anteriormente no alude a la ranquel, o a la hispánica, sino a la de los nómades, los seres fronterizos, los que viven y han encontrado su lugar en el borde. Como se ha planteado anteriormente, Funes es un buen referente para esta cuestión: Es un orillero, vive en un rancho de las orillas de Fray Bentos, Uruguay, y está ligado, como los marginales de Lojo, a la inmortalidad y a la inmovilidad. Comienza a desarrollar una memoria prodigiosa a partir de un accidente:

> **Poco después averiguó que estaba tullido. El hecho apenas le interesó. Razonó (sintió) que la inmovilidad era un precio mínimo. Ahora su percepción y su memoria eran infalibles.[…]**
> **Tal vez todos sabemos profundamente que somos inmortales y que, tarde o temprano, todo hombre hará todas las cosas y sabrá todo.** [279]

Y son estas dos ideas, la inmortalidad –encarnada en sus fantasmas- y la inmovilidad –en la inmensidad de la pampa- las que le permitirán focalizar y construir su memoria.

Estos sentidos se articulan en función de símbolos que se pretenden absolutos y especulares: La Tierra Adentro y el Mar, la Magia ranquel y la celta, etc., pero no dicotómicos, como esos valores definitorios que la excluían.

La princesa federal, *Una mujer de fin de siglo* y *Las libres del sur* entablan permanentes diálogos tácitos -en torno a estos tópicos- entre figuras prominentes del mundo de la cultura: Por ellas circulan las opiniones de Mármol, Mansilla, Tagore, Ortega… También *Finisterre*, de la que se hablará en el próximo apartado, incluirá a Oscar Wilde, en cuyas opiniones esconde, de alguna manera, su concepción literaria y existencial la propia Lojo.

En virtud de dichas opiniones, desde luego poco alentadores son los pronósticos para los argentinos[280], considerados viciosos ("los porteños no tenemos de la civilización sino sus vicios"[281]),

[279] Borges, Jorge Luis, "Funes el memorioso" en *Obras completas 1923-1949.* Buenos Aires, Emecé, 1989, p. 488-489.

hipócritas ("Típico de nuestro pueblo, que es veleidoso y desagradecido. Y muy hipócrita. ¿No les ha hecho el general todo el trabajo sucio, no les ha desinfectado el sur argentino de los ranqueles…?"[282]), ciudadanos de un país de utilería ("En el escenario de este país de utilería, donde nada es lo que parece…"[283]) y condenados a creer en una trampa:

> -Pues yo la he vuelto a ver ahora, con nuevos ojos, camino a Mendoza. Hay algo extraordinario, desconcertante y que acaso no posee ningún otro paisaje en la tierra. ¿No ha notado usted que la Pampa no tiene un confín, sino que es un confín? ¿Qué pulveriza, por irrelevantes, todos los objetos y los seres que asoman en ella? La mirada no se demora en nada. Se fuga, derechamente y como devorada por la atracción del horizonte, hacia la lejanía. Hacia lo que la lejanía le promete. Es una experiencia poética, sugestiva, que cautiva la voluntad como un hechizo. Pero también es peligrosísima.
> -¿Por qué?
> -Porque ese hechizo es un maleficio.[...] Esa maldición pampeana es el mayor riesgo que hoy corre la Argentina.
> -¿Cuál riesgo, dice usted?
> -Disolverse en vanas esperanzas de grandeza, en puros sueños. Ser solamente una inmensa promesa incumplida.[284]

Y es esta última visión la que explica, tal vez, por qué los marginales de Lojo prefieren la periferia. Es, sin duda, un lugar a salvo del abismo que representa la inmensidad de la Pampa para los argentinos, o del mar para los españoles. Salir de los bordes sería intentar un absoluto, cuando la

---

[280] Es curiosa la cantidad de ensayos escritos, cuya temática es la indagación sobre la identidad nacional que ha producido la República Argentina. En Hispanoamérica, sólo México, tal vez, ha generado número semejante. Desde el narcisismo hasta la deuda cultural inmigratoria, múltiples explicaciones se han sugerido para tal fenómeno. Pero lo cierto es que muchos de los pensadores extranjeros que han disertado sobre el tema fundaron sus opiniones en escritos de los propios intelectuales argentinos: Echeverría, Alberdi, Sarmiento, o bien, entre los autores contemporáneos: Romero, Massuh, Barcia, etc., lo cual lo vuelve más curioso, pues da la sensación de una suerte de mitología generada en el mismo país, que ha trascendido al resto del mundo. Una nación periférica e indefinida que se ha inventado a sí misma. Muy poético y propicio para dar rienda suelta a la imaginación ficcional literaria.
[281] Lojo, María Rosa, *La princesa federal*, p. 15. Opinión de Mármol.
[282] Lojo, María Rosa, *Una mujer de fin de siglo,* Op. Cit., p. 119. Opinión de Mansilla sobre Julio Argentino Roca.
[283] Lojo, María Rosa, *Las libres del Sur. Una novela sobre Victoria Ocampo.*, Buenos Aires, Planeta, 1999, p. 69. Todas las citas corresponden a esta edición). Opinión de Tagore.
[284] Lojo, María Rosa, *Las libres del Sur. Una novela sobre Victoria Ocampo.* Op. Cit., pp. 119-120. Opinión de Ortega y Gasset.

realidad demuestra que sólo la armonía de lo heterogéneo permite al exiliado definirse. Sin embargo, aunque peligrosa, desde el destierro, se transforma en el único cronotopo posible:

> **Nosotros –vos y yo, Manuela Rosas- somos la Pampa. Así como los hombres de otras naciones veneran y presienten el mar, así nosotros ansiamos la llanura inagotable que resuena bajo los cascos.**[285]

Desde su exilio diplomático, Eduarda Mansilla orienta el destino original de sus deseos hacia el mismo paisaje:

> **… Ya no veo los salones de la legación argentina, y ni siquiera el imaginario patio morisco. Abandono la voz a las repeticiones de la memoria, mientras subo a la grupa de un caballo. […] suelto cabellos y vergüenzas inútiles, hasta que la llanura abre su mapa de disolución, fuera del límite.**[286]

Sólo Victoria Ocampo, tal vez, sea capaz de explicar estas dos sensaciones encontradas, la de una trampa –bajo la concepción metafórica de Ortega- y la de recogimiento –en la imaginación del exiliado-, a través de sus palabras en "Quiromancia de la pampa"[287]: "… no saben cómo la dimensión cambia, a veces, hasta el significado…" (p. 150), o bien, "Conozco también esa indiferencia a los primeros planos del paisaje pampeano, esa docilidad a dejarse tragar por el horizonte. Indiferencia y docilidad simbólicas" (p.151). En ambas citas puede distinguirse, en su concepción de la llanura, ese aspecto que Ortega entendiera como negativo: la inmensidad estéril, esa promesa incumplida, pero que en las palabras de Ocampo cobra una nueva significación: una simbología que hay que saber descifrar, puesto que si no se aprende a ver más allá de lo que parece, como sentencia la misma Victoria: "La mirarás, pero no la verás".

---

[285] Lojo, María Rosa, *La princesa federal*. Op. Cit., p. 82.
[286] Lojo, María Rosa, *Una mujer de fin de siglo* Op. Cit., pp. 83-84.
[287] Ocampo, Victoria, "Quiromancia de la pampa" en *Testimonios.* Madrid, Revista de Occidente, 1935, pp. 143-155.

Victoria Ocampo confiaba en que Ortega aprendería, como puede concluirse en su escrito *Mi deuda con Ortega*[288]: "Él ha imaginado estas tierras como nosotros hemos imaginado a Europa. Las ha habitado en sueños. Las ha poblado. Las ha querido: para mí no hay otra forma de conocimiento".

Esos sueños son, para el nómade, el vehículo de su búsqueda. En numerosas oportunidades, los personajes repiten como una letanía la frase: "Cierro los ojos…" y se transportan hacia el último confín de su periplo: la llanura.

Y es allí donde se abisman a la vez que se encuentran estos personajes, en la extensa llanura imaginaria, como lo sostiene Manuela Rosas: "Nunca he gozado ni gozaré tanta pasión de ser yo misma y serlo todo"[289].

Lo imaginario juega un papel preponderante en estas imágenes. Manuela dirá: "… nadie sabrá quiénes han sido verdaderamente estos nómades, que de cuando en cuando cruzan la línea de la nada…"[290] (la cual, obviamente, no existe, es sólo una línea imaginaria), la misma que cruzara el Ortega de *Las libres del sur* considerándose "un argentino imaginario". Porque es en ella en la que el nómade no se siente extraño, en la que puede soñar su reposo.

Allí se conciertan sus marginales, constituyéndose en un círculo bastante frecuente en la obra de Lojo: el de los silenciados (mujeres, minorías étnicas, exiliados...), premisa fácilmente verificable: *Canción perdida...* narra la historia de Neira, exiliado republicano en Buenos Aires; *La pasión de los nómades*, la de inmigrantes celtas y un exiliado histórico, Mansilla, en el marco del genocidio ranquel; *La princesa federal*, la vida de la hija del Gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, también exiliada junto a su padre en Inglaterra; *Una mujer de fin de siglo*, que se refiere a Eduarda Mansilla, una de las pocas escritoras argentinas del siglo XIX, que por supuesto no entraba en el cánon;. *Historias ocultas en la Recoleta,* que como su mismo título lo indica, son narraciones de hechos que han permanecido ocultos (silenciados) tras las lápidas de un cementerio; *Amores insólitos de nuestra historia* son relatos sin trascendencia histórica por pertenecer a esa historia no oficial; y *Las libres del sur,* con una Victoria

[288] Ocampo, Victoria, "Mi deuda con Ortega" en *Revista Sur,* Buenos Aires, Nº 241, 1956.
[289] Lojo, María Rosa, *La princesa federal*. Op. Cit., p. 52.
[290] Lojo, María Rosa, *La princesa federal*. Op. Cit., p. 157.

Ocampo que lucha contra la sociedad de su época para conseguir anular el espacio de silencio al que están condenadas las mujeres[291].

Esta última novela, que recoge los tópicos desarrollados más exhaustivamente en *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* y *La pasión de los nómades*, puede verse, en algunos pasajes, como una síntesis bien perfilada de las cuestiones ejes de dichas novelas: Alude significativamente a una frase de Tagore que recuerda el tópico de la canción: "La canción que yo vine a cantar no ha sido aún cantada"[292]; apela a la memoria que es necesario preservar: "Es muy mal destino el de los pueblos que eligen olvidarse de sí mismos"[293]; y elabora eficazmente la figura del borde como lugar en el que se inscriben los exiliados:

> **... la miopía apenas si le dejaba distinguir a España, y menos aún a Galicia, siempre en el borde, península de la península...**[294]

Todas estas elaboraciones dependen, en definitiva, de uno de los tópicos borgianos intrínsecamente relacionado con la memoria, y por ende, con la llanura: el infinito, término que es necesario considerar tanto desde una óptica espacial como temporal.

Asimismo, oportuno sería recordar que tanto el espacio como el tiempo son creaciones que se fundan en la narrativa a partir la su propia materia: las palabras. Es decir, ya hablemos de espacios o tiempos geográficos o epocales, psicológicos (interiores del personaje) o metafísicos, existen sólo en virtud del lenguaje que los configura. Son ficciones sugeridas, sin representaciones tangibles. En realidad, sólo a partir de una abstracción formal se pueden separar ambos elementos en el marco de una ficción, pues son dos categorías que se presentan indisolublemente unidas y ligadas a la percepción estética del tema novelístico. En este sentido, no pueden analizarse en la obra de Lojo, ni la reconstrucción de la historia nacional y personal a través de la memoria de sus personajes, sin atender a la experiencia condicionante del exilio; ni la llanura como escenario que recrea una y otra vez el lugar del nómade, sin

---

[291] No sólo los personajes protagónicos se incluyen en este círculo, sino una verdadera multitud de secundarios: María, la criada española de *Canción perdida…*; Merlín y el valet gallego de Mansilla, en *La pasión;* Alice, la secretaria de Eduarda Mansilla, en *Una mujer…;* Carmen Brey (aunque no sea del todo secundaria) y su hermano, en *Las libres del Sur,* por citar algunos.
[292] Op. Cit., p. 26.
[293] Op. Cit., p. 32.
[294] Op. Cit., p. 76. Este comentario del narrador se refiere a Carmen Brey, observando un mapa.

considerar su visión desde el borde en el que ubica a sus marginales. En las novelas de la autora la inmensidad del espacio exterior aparentemente despojado que es la Pampa penetra en el alma de los personajes convirtiéndolos en seres desgajados del mundo, transportados a otra dimensión. Se establece así una relación mimética entre la llanura y los personajes que la habitan, trivializándose de este modo toda preocupación por episodios accidentales de la historia. La Pampa, suspendida entre el cielo y la tierra, se inmoviliza, volviendo altamente simbólica la percepción espacio-temporal.

Parece lícito, entonces, remitirse a un concepto que evidentemente entra en conflicto con la estética en la que se inscribe la obra de Lojo, el cual fue elaborado inicialmente por sir Arthur Eddington[295], el físico inglés, para señalar el carácter direccional del tiempo, aunque a la vez pueda relacionarse con el espacio: *la flecha del tiempo*. Ésta demostraría que los fenómenos suceden según un orden que va del pasado al futuro. Paralelamente, los espacios se medirían desde un *aquí* hacia un *allí*. Este carácter direccional del tiempo y del espacio dependería, por tanto, de una concepción lineal de los mismos.

Pero ni el tiempo del nómade o marginal, ni el espacio que representa la Pampa pueden medirse siguiendo estos parámetros, por lo que es necesario dar paso a la noción de infinito.

De todas formas, históricamente la noción unidireccional e irreversible del tiempo y del espacio es relativamente reciente, ya que en la Antigüedad predominaba una concepción circular de los mismos. Un ejemplo clásico de esta concepción sería la propuesta estoica de la *ecpírosis*. La experiencia vital (nacimiento, crecimiento, envejecimiento y muerte) del ser humano se situaba en el marco de un tiempo cíclico. Por lo tanto, es lógico considerar la posibilidad de un retorno. Ése es tal vez el mayor deseo de los personajes de Lojo.

Pero la tradición judeo-cristiana, sustentada en las tesis de la Creación y el Final de los Tiempos o *eschatón*, unida al carácter irreversible de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, estimularon la idea de una concepción lineal y orientada del tiempo, que se concibe fluyendo desde el pasado hacia el futuro.

Polemizando con esta línea de pensamiento, Lojo se inscribe en un tipo de novelística que resulta propicia a tal efecto: la novela de viajes. Curiosamente, la autora configura esa estética del viaje

[295] Eddington, Arthur S., *La naturaleza del mundo físico*. Buenos Aires, Sudamericana, 1952 (1ª Ed. 1937)

en un marco pendular que pone a sus personajes a salvo de lo que Michel Butor señala en sus comentarios sobre el espacio en la novela:

> **Pero cuando el viajero está lejos de su patria, cuando lo retienen en esas islas en las que soñaba, entonces es en su patria en lo que sueña, la echa de menos y se le aparece bajo colores totalmente nuevos. A partir del momento en que lo lejano se me hace próximo, lo que era próximo asume el poder de lo lejano, apareciéndoseme como aún más lejano. […] La tierra es redonda y, siguiendo siempre adelante en la misma dirección, lo que encontraré detrás del horizonte es mi propio punto de partida, pero ya completamente nuevo.** [296]

Esto es: a salvo de un movimiento lineal que los enfrente con la pérdida definitiva de lo que ha quedado detrás y de un movimiento cíclico que los instale en la conciencia del cambio. El movimiento pendular, sin embargo, permite a sus personajes vivir en ese espacio intersticial que participa de ambas márgenes, sin volcarse al absoluto de ninguna de ellas. Por eso, sus ficciones oscilan entre los siguientes extremos, tendiendo a anular su percepción como antinomia:

- Del pasado al presente y viceversa: Sus novelas están atravesadas por voces que surgen de antaño a través de figuras fantasmales o manuscritos y que intentan arrojar luz a fases ocultas de los personajes, como es el caso de Victorica, quien viaja a Inglaterra llevando consigo el diario de Pedro de Ángelis, colaborador rosista que vivió estrechamente ligado a la figura de Manuela Rosas y que da cuenta de algunos aspectos de su vida privada en *La princesa federal.* Complementariamente, la protagonista realiza un viaje al fondo de su memoria desde el presente narrativo y que se enlaza nuevamente con ese afán de reescribir permanentemente la historia que es característico de las ficciones de Lojo:

[296] Butor, Michel, "El espacio en la novela" en *Sobre literatura II*, Barcelona, Seix Barral, 1967.

> **¿No piensa que también es un deber para mí misma entregarle mi memoria a un compatriota joven e inteligente, para que no sólo sepan usted y sus hijos lo que quieren decirle los otros: los que ahora nos están escribiendo el pasado? (P. 45)**

En esta misma vertiente se halla Eduarda Mansilla de *Una mujer de fin de siglo*, para quien los viajes no sólo son obligaciones que contrae por ser esposa de un diplomático, sino que convierte en una búsqueda personal. Ella también realiza a través de la escritura de historias pasadas (de Lucía Miranda, por ejemplo) un viaje semejante al de Victorica ("Pensé en Viena, y en el arte de curar o comprender esa enfermedad que nos hace humanos: nuestra historia"[297] pp. 227/8). Busca reconstruir una memoria que pueda sentir suya, tanto desde su condición de personaje de fin de siglo, como desde su condición de mujer, es decir, de marginal.

Igualmente, Carmen Brey, de *Las libres del sur*, emprenderá otro viaje, cruzando de una orilla a otra, de Galicia a Buenos Aires, para esclarecer, entre otras cuestiones, un episodio turbio de su historia familiar. Asimismo, desde el pasado surgirán ante ella las imágenes concertadas por Victoria Ocampo y su grupo de intelectuales.

Otro tanto ocurre en sus cuentos: El Rosas de *Historias ocultas en la Recoleta* viaja desde el exilio a través de la repatriación de sus restos, trasladándose no sólo espacialmente, sino desde un pasado en el que se erigía como el gran protagonista de la historia hacia un presente incierto:

> **Supone que después de tantos años él, que fue gobernante chúcaro de una república primitiva y lejana, no ha de figurar en los anales presentes de la memoria" (p. 292 de "El polvo de sus huesos")**

Mientras que Ulrico Schmidl recorre una y otra vez desde el final de sus días las inverosímiles vicisitudes de su pasado en "Tatuajes en el cielo y en la tierra", por citar algún ejemplo concreto.

[297] La cita refiere una reflexión de Victorica, quien luego de visitar a Manuela Rosas, sigue viaje hacia Viena para contactar con el mundo en auge del psicoanálisis.

Es decir, en el interior de cada texto y en las relaciones que van entablándose entre ellos, se asiste a un permanente diálogo entre el pasado y el presente, propiciado por los desplazamientos de sus protagonistas.

- De una orilla a otra: Sus personajes oscilan entre Argentina y Europa. Desde la primera parten Manuela Rosas, Victorica, Eduarda Mansilla, Victoria Ocampo, etc., en la búsqueda de esa otra mitad que parece faltarles en las páginas de su propia historia, o bien, en un exilio muchas veces forzado. Paralelamente, Pedro de Ángelis, Alice, Carmen Brey, etc., inician un periplo semejante pero desde la segunda margen.

En definitiva, es un movimiento constante de idas y venidas que, en última instancia, sólo puede desembocar en la infinita oscilación, o visto de otro modo, en la anulación de esos tiempos y esos espacios, que crea en múltiples oportunidades la sensación de disolución de la realidad frente a la presencia del infinito.

Las estrategias que concretan este planteamiento están omnipresentes en todos sus escritos: vastos ámbitos espaciales (la Pampa) y temporales (inmortales o fantasmas); multiplicaciones de personajes (protagónicos que recurren en otros textos como secundarios: Rosas, Baigorria, Facundo, etc.) y experiencias (exilios, guerras, etc), sintiéndose en todas ellas presencia del eco borgiano:

> **Buscó los arduos límites del Imperio, las torpes ciénagas y los contemplativos desiertos, para que lo ayudara la soledad a entender su destino.**[298]

De la misma forma, Lojo busca en la calma sospechosa de la llanura pampeana, en la mutilada campiña inglesa que Rosas transformara, en los bordes de Castelar o Finisterre, las claves del destino original de sus palabras, el enlace de hechos supuestamente inconexos que oscilan entre épocas y tierras apartadas pero que, milagrosamente se funden en la proyección de la infinitud.

[298] Borges, Jorge Luis, "Los teólogos" (del volumen *El Aleph*) en *Obras Completas 1923-1949.* Buenos Aires, Emecé, 1989, p. 555.

FRENTE AL ABISMO: EL LUGAR DE LOS MARGINALES

… puesto que estaba y estaría para siempre en el lugar donde no existe, en el espacio imposible que se abre entre dos mundos y donde quedan presos los que ya no pertenecen ni al uno ni al otro y pertenecen no obstante a los dos, al mismo tiempo.

María Rosa Lojo, *Finisterre*

Al hablar de marginales, se hace necesario recurrir a conceptos tales como identidad y alteridad. Hartamente explotados en los últimos tiempos, tanto por la ficción como por la crítica y la teoría literarias, estas dos cuestiones se han instalado en la literatura argentina con especial interés.

Partiendo de la base de que ambas son construcciones intelectuales que surgen y se reafirman a partir de su carácter relacional, es decir, de su interdependencia, sin la cual difícilmente podrían plantear su existencia, lo interesante en el caso de María Rosa Lojo es la respuesta a una pregunta que parece casi inevitable: ¿Busca la autora rioplatense su propia identidad personal y nacional en la figura de los marginales, protagonistas de la mayoría de sus textos ficcionales y ejes de muchas de sus elucubraciones ensayísticas? ¿Intenta (re)construir esa identidad reordenando y reconfigurando el cronotopo posible para sus personajes marginales, ya que, como afirma Marc Augé, la relación identidad-alteridad no puede desvincularse de la percepción individual del tiempo y su relación con el espacio? Si la respuesta fuera afirmativa, simplemente se trataría, como en el caso de la ya mentada historia de divulgación, de reemplazar unos protagonistas (acordes al afán europeísta de fines del siglo XIX) por otros (los aborígenes desaparecidos como antecesores de nuestro presente, partiendo de las reivindicaciones posmodernas de finales del siglo XX) en un intento por revertir las consecuencias del genocidio. Pero sería ingenuo pensar que se puede reducir la problemática identitaria planteada por Lojo a una visión tan simplista. Sólo basta con indagar en el diálogo permanente que se entabla entre su ficción y su reflexión crítica para ver que los marginales (aborígenes americanos, gallegos, mujeres, etc.) no son la respuesta a su búsqueda identitaria en sí mismos, sino que son un vehículo que le permite a la autora, oscilando entre las dos orillas, estableciendo relaciones especulares entre sus orígenes hispánico

y argentino y acercándose a las formas más absolutas y misteriosas –la Tierra Adentro y el Mar-, ver las dos caras de lo siniestro[299], probar que lo extraño puede dejar de serlo y transformarse en familiar. Es decir, en sus propias palabras:

> **... es mi intención reflexionar, desde la propia experiencia, sobre el desafío de reinsertar, en el imaginario narrativo, estas identidades borradas [...] Se trata de reintegrarlos [a los marginales], tanto a la historia nacional, como a la misma condición humana. En este último sentido –cabe señalar- se corre un riesgo inverso al anterior: la caída en el estereotipo contrario, la idealización, contracara de la demonización, que volvería a desplazar de la "humanidad real", las figuras que antes no se querían incluir en ella.**
> **Recuperar historicidad y humanidad requiere imprescindiblemente la restauración de dos condiciones constitutivas del sujeto humano: la mirada propia, la voz propia, en un plano de igualdad expresiva con respecto a los sujetos de la cultura hegemónica.**[300]

Las etnias borradas (aborígenes, en el caso americano; gallegos, en el español), así como las mujeres (en la cuestión de género) permanecieron silenciadas durante siglos. El planteamiento de Lojo, como puede verse en la cita, no es reivindicarlas ni idealizarlas, sino recuperarlas como la otra cara de una sociedad que, sobre todo en el caso argentino, se caracteriza por lo que Néstor García Canclini[301] denominara cultura híbrida: heterogeneidad multitemporal y multiétnica, coexistencia y fusión de lo arcaico, lo moderno y lo posmoderno; de lo culto, lo popular tradicional y lo masivo. En otras palabras, una sociedad donde el concepto de frontera se halla en permanente cuestionamiento y peligro si no de disolución, al menos, de inestabilidad.

Y, como se verá más adelante, Lojo dirige su búsqueda hacia tal vez la más importante motivación que se encuentra subyacente en su producción tanto ficcional como crítica: la disolución de

---

[299] Esta idea será desarrollada más exhaustivamente en apartados siguientes.
[300] Lojo, María Rosa, "El retorno de las identidades étnicas borradas en la nueva narrativa histórica argentina" En prensa en Actas del VII Congreso Nacional de Hispanistas, celebrado en la Universidad Nacional de Tucumán del 19 al 22 de mayo de 2004.
[301] García Canclini, N., *Arte popular y sociedad en América Latina.* Op. Cit.

las grandes dicotomías, por concebirlas como simulacros teóricos que sólo hallan su explicación en el intento de preservar la hegemonía de las esferas de poder.

Esta reinserción de los marginales ocupando ya no el ámbito de la barbarie, donde habían sido ubicados no sólo por los centros hegemónicos del poder civilizado de Occidente, sino también por los propios intelectuales americanos, se complementaría, en el caso de esta autora, con la idea borgiana[302] de asumir la tradición universal como herencia legítima, sin encerrarse en lo específicamente argentino –lo cual presentaría, desde luego, serios problemas de definición- como eje rector de la producción estética. Lojo intenta concretar estas dos propuestas –la reinserción de las identidades borradas y la legitimidad de la tradición universal- transformándolas en base constitutiva de sus planteamientos ficcionales y críticos. De esta manera, coloca en el centro de sus escenarios narrativos y ensayísticos a las figuras que condensarán en sí mismas las cuestiones planteadas hasta el momento: las machis ranqueles y las hadas celtas, no sólo en relación especular, sino también en permanente diálogo con los centros de poder hegemónico. Así, Manuela Rosas, aunque ocupando un espacio de poder, se identifica con las aborígenes cautivas a través de sus *kultrunes* en *La princesa federal:*

> **Detrás de mí se juntan ecos de guitarra de algún rancho perdido en la llanura, y también, más cercano, el son monótono de los *kultrunes*. Son las mujeres cautivas que mi padre ha traído de la Expedición del Desierto. Están recluidas en barracas, a la espera de que se decida su destino. No las veo ni me ven, pero el canto de sus bocas ocultas acompaña las patas de mi caballo […]**
> **Las voces disonantes cantan la memoria más antigua del mundo… (p. 52)**

Estos cantos se entonan en alabanza de los dioses y resurgen en boca de las mujeres, conocedoras y custodias de los poderes ancestrales de la Tierra Adentro. Pero su magia no se ciñe a la llanura, sino que encuentra su doble en las celtas de cabellos rojizos que circulan por las distintas novelas. En un pasaje de *Una mujer de fin de siglo,* Lojo pone cara a cara a una india ranquel y a Alice, la secretaria de origen celta de Eduarda Mansilla, evidenciando esta correspondencia:

[302] Idea presentada por Borges en su ensayo "El escritor argentino y la tradición", de 1932.

> **Se atreve a tomar entre los dedos un mechón del pelo que llevo suelto.**
> **-Arde, pero sin embargo está frío. ¿Quién te lo pintó?**
> **-Nadie. Siempre fue así. Tiene ese color.**
> **Me sonríe.**
> **-Es una marca como las de las *machis*, que hablan con los espíritus. Te obedecerán los guerreros. Podrás curar. (pp. 212-213)**

Hasta en el mundo más "civilizado" se conjugan estas mujeres. En *Las libres del sur*, la autora dibuja escenas en las que confluyen sus marginales desde todas las ópticas: la compleja figura de Victoria Ocampo –entre los "originales" europeos, que rigen el pensamiento y conducta de las "copias" del universo intelectual porteño, y la inmensidad siempre añorada de la llanura pampeana-, Carmen Brey y Fani –la secretaria gallega y la cocinera asturiana- y, aunque aludidas simbólicamente en la pulsera de plata antigua, las machis ranqueles:

> **-Mire quién habla. ¿Y por qué no se casa usted?**
> **-No será porque me hayan faltado proporciones…**
> **-"Pro-po-si-cio-nes", Fani. Se lo he dicho mil veces.**
> **Victoria, envuelta en una chalina de vicuña, era quien corregía, detrás de la asturiana. Una pulsera de plata antigua, sin lustre, le rodeaba la muñera. Quizá, pensó Carmen, nada concordaba mejor con ella que ese atuendo de la tierra, grave y sencillo. (p. 82)**

Adoptando una postura solidaria con la aborigen, aparecen en múltiples textos los gallegos, etnia que al igual que aquélla, ha sufrido la discriminación de la España imperial y centralista y se ha volcado al exilio, tanto interno como externo. En este sentido, es representativa la imagen de Carmen Brey, de la misma novela citada anteriormente, que, en otro[303] viaje hacia el interior de la Tierra Adentro, entrará en contacto con la población indígena y mestiza, evidenciando una vez más que lo que en un principio puede resultar extraño, se vuelve decididamente familiar.

---

[303] Recuérdese que varios personajes de Lojo realizan este viaje hacia el interior: Mansilla y Rosaura (de *La pasión de los nómades*), Manuela Rosas (de *La princesa federal*), Eduarda Mansilla (de *Una mujer de fin de siglo*), Rosalind (de *Finisterre),* etc.

Se entenderá entonces, el por qué de la elección de los personajes protagónicos de sus obras. Frente a la literatura argentina decimonónica que excluía, como se sabe, lo colonial y lo indígena de su proyecto de formación de la identidad nacional y colocaba al aborigen y al negro africano traído como esclavo en la categoría de la deshumanización[304], los hermanos Mansilla, Lucio y Eduarda, junto con otras escritoras –en general, mujeres- como Juana Manuela Gorriti o Rosa Guerra, constituyeron la excepción[305], debido a su capacidad y voluntad para ofrecer una mirada más compleja de estos personajes. Se convierten así en figuras rescatadas y recreadas por Lojo en sus ficciones y estudiadas en sus ensayos.

De tal manera que Lojo se inserta dentro de una tendencia que marcaría en la década del 80 el resurgimiento de la nueva novela histórica en Argentina[306], en la que proliferan las biografías de personajes célebres sujetos a un proceso de desconstrucción e historias de minorías étnicas (especialmente mujeres –muchas de ellas convertidas en heroínas y rescatadas del injusto olvido de la Historia- y aborígenes). El denominador común de prácticamente todos los textos que se configuran dentro de esta modalidad es la inclusión –desde diferentes y variadas estéticas- de pueblos indígenas o comunidades de negros afroargentinos dentro de la historia nacional[307].

En el caso de María Rosa Lojo en particular, no faltan en su obra ninguna de estas presencias rescatadas, aunque sin evidenciar una suerte de reversión de la dicotomía civilización-barbarie. Esto es, en numerosas novelas, se podría sospechar lo que la misma Lojo advirtiera como un peligro latente: idealizar la figura de los marginales y demonizar la del poder hegemónico. Pero los personajes de Lojo, si bien en algunas oportunidades parecieran acercarse a uno de los extremos de la citada antinomia, por lo general suelen permanecer en ese espacio intersticial que se abre entre ambos. Así, por ejemplo, la figura de Catalina Dogan, esclava que ocupa un espacio privilegiado en la familia Sáenz Baliente del

[304] En esta línea, se inscriben: *Amalia*, de José Mármol; *El matadero*, de Esteban Echeverría; *Facundo,* de Domingo Faustino Sarmiento; por citar algunas de las más destacadas.
[305] Habría que incluir también el tratamiento igualitario que hace José Hernández del payador negro en su *Martín Fierro*, aunque ubica la figura del aborigen en lo demoníaco; o el caso de Santiago Avedaño que le otorga a los ranqueles el rasgo de inteligencia y elocuencia en *Memorias de un ex cautivo.*
[306] Un factor determinante en este resurgimiento ha debido ser el episodio de violencia colectiva más significativo de la historia reciente de la Argentina: la dictadura militar (1976-1983)
[307] En esta línea pueden citarse escritores como Belgrano Rawson, Sylvia Iparraguirre, César Aira, Esther Cross, Laura Nicastro, Adolfo Columbres, etc.

cuento "La esclava y el niño" de *Historias ocultas en la Recoleta*, se podría considerar más cercana a la idealización:

> **Desde que le alcanza la memoria, Catalina siempre ha estado allí. El apellido irlandés de su abuela materna se adhiere con extrañeza a la cara africana aunque no por cierto –pero esto lo entenderá más tarde- como un don o una carta de filiación, sino, antes bien, como un sello de propiedad. Al niño Bernabé jamás se le ocurre, sin embargo, que Catalina pueda ser considerada, en ningún sentido, una cosa. El cuerpo trabaja como si bailara, tan lejos de la inmovilidad fulgurante de los objetos preciosos como de la sumisión pasiva de los utensilios. Su voz persuade las malas voluntades. El canto de un idioma desconocido que imita la música de los pájaros o los ruidos de un bosque, negocia con las pesadillas y los extravíos de los sueños. (pp. 89-90)**

Sin embargo, se ha de tener en cuenta el hecho de que la figura de Catalina se encontraría parcialmente sobredimensionada desde la focalización infantil del personaje protagonista, nunca desde una valoración del narrador omnisciente, lo que sí permitiría plantear la idealización y sustitución de un personaje característico del ya mencionado poder hegemónico que regía la estética de la novela histórica tradicional por otro perteneciente al grupo de las minorías étnicas marginadas.

Asimismo, Lojo presenta un cuestionamiento radical de toda postura maniquea con respecto a los grandes personajes de la historia argentina. Un caso paradigmático en su novelística sería el de Juan Manuel de Rosas, el cual difícilmente puede ser estereotipado como civilizado o bárbaro, justo o injusto, racional o pasional, pues oscila permanentemente entre los extremos. Sus excesos no son considerados como *lapsus* de su conducta sino con rasgos esenciales de su carácter. Es, sin lugar a dudas, uno de los personajes más ambiguos de la obra de la autora. Y, por extensión y complemento, lo mismo puede aseverarse de su hija, Manuela Rosas. Las siguientes citas de *La princesa federal* dan cuenta de ello:

> **-He visto muchas iglesias en mi vida. Sobre todo las de las celebraciones, los agradecimientos, las rogativas, dentro y fuera de la ciudad de Buenos Aires. Cuando mi padre no era el Tirano Sangriento, ni el Bárbaro, ni el Réprobo, sino el ungido por el Altísimo para salvar a la patria. (p. 67)**

> **Manuela –vestida de blanco y rosa, casi feérica si no fuese al mismo tiempo tan carnal- se acerca a nosotros y rodea con un brazo cariñoso el talle de mi mujer. (p. 105)**

En ambos casos, Rosas, que "brilla desde la oscuridad"[308] representa para unos todo lo perverso, pero simultáneamente, para otros, lo sagrado. Tal vez por herencia, su hija constituye un fenómeno semejante. Por una parte, sería considerada la tirana, la mano derecha del dictador, la conspiradora más eficaz, pero por la otra, una mujer cariñosa y, desde la visión de otros personajes que tienen un contacto estrecho con ella, maternal[309].

Esta rebeldía ante la estereotipia alcanza su máximo exponente en la familia Rosas, incapaz de definir fronteras en sus relaciones sociales y políticas. Esto aparece claramente dibujado en la figura de Encarnación Ezcurra, esposa del Gobernador:

> **… Recibe y hace visitas a toda clase de personas, de cualquier índole y catadura: desde Vicente González el Carancho del Monte, con su cicatriz oblicua, sus ojos achinados y su balanceo de jinete que por no desmontar duerme sobre el caballo, hasta Don Tomás de Anchorena, socio y pariente, que se viste con casimir, huele a colonia inglesa y lleva un esclavito a la zaga para que le sostenga el sombrero cuando se lo quita en la iglesia.**[310]

En definitiva, de lo que se trata es de denunciar cuán problemática resulta la noción de dicotomía no sólo en su obra en particular, sino de la literatura rioplatense en general:

> **Quizá, precisamente, la búsqueda de una salida a la trampa de las antinomias irreconciliables (la mayor y más gravitante, la de "civilización" y "barbarie"), y a los mecanismos maniqueos de la estereotipia, es lo que ha contribuido a volcar a los lectores hacia el ámbito de la ficción histórica, que, en sus mejores logros, es claroscuro y problemático, y adquiere la densidad compleja de**

---

[308] Op. Cit., p. 103.
[309] Esta imagen maternal de Manuela se verifica claramente en la visión del Dr. Victorica de *La princesa federal* y, posteriormente, en la de Elizabeth, de su última novela *Finisterre.*
[310] *La princesa federal.* Op. Cit., p. 28.

una realidad vivida y cruzada por el debate, más allá de las simplificaciones.[311]

Finalmente, la otra dicotomía de mayor envergadura en estas novelas es la del enfrentamiento del poder masculino y el femenino. Si bien puede plantearse la novelística histórica de Lojo como escenario de un cierto afán de reivindicación de la presencia y voz de la mujer en la sociedad rioplatense, la autora ha encontrado una brecha que va más allá más de la problemática sociológica y plantea un cuestionamiento ficcional. Sus personajes históricos femeninos están, en general, íntimamente ligados con las esferas de poder público: Manuela Rosas, Eduarda Mansilla o Victoria Ocampo son mujeres que, de una u otra forma, han transgredido su confinamiento al rol tradicional de su género y que abren nuevos espacios de participación femenina en el mundo de la política y la cultura.

Dentro de una sociedad en la que los significados y los discursos se deciden y se formulan desde el género masculino, los personajes femeninos de Lojo, sin dejar de participar de ese orden simbólico masculino que las excluye, organizan un proceso transgresor dentro de él. No se trata de figuras subversivas, pues no intentan privilegiar su voz por encima de su interacción con los hombres. Se ubican en un espacio divisorio que une y distingue términos opuestos de una serie de conceptos centrales: lo público y lo privado, la opresión y la resistencia, la hegemonía y la marginalidad, la igualdad y la diferencia. Son personajes paradójicos, pues se habla constantemente de ellas, pero no se les reconoce la legitimidad de su discurso. Deben buscar su lugar en un entorno que les resulta decididamente hostil. Como lo definiría Simone de Beauvoir[312], forman parte de una humanidad que es masculina en la que el hombre no las define por sí mismas sino en relación con él (Manuela es la hija del Restaurador de las Leyes; Eduarda, la esposa del diplomático Manuel Rafael García; Victoria la hija rebelde y escandalosa de Manuel Ocampo). Es decir, si las mujeres son definidas como un opuesto por un sujeto masculino que sólo puede definirse a sí mismo como la esencia, esa esencia enfrentada a su opuesto determinaría la carencia de esencia de esa otredad y su transformación en objeto. De ahí surge la condición paradójica de estas mujeres, pues son fundamentalmente esenciales para esos hombres que

[311] Lojo, María Rosa, "Historia y ficción en la narrativa argentina contemporánea" en *Literatura: espacio de contactos culturales*, Tucumán, Asociación Argentina de Literatura Comparada, Comunicarte Editorial, 1999, pp. 83-93.
[312] Beauvoir, Simone de, *The second sex.* New York, Vintage, 1949.

las definen, pero al mismo tiempo, están confinadas al lugar del otro que, por oposición, se plantea como un objeto sin esencia.

Cada novela de Lojo se configura así experiencias personales y luchas históricas, en el que sus protagonistas toman conciencia de que el lugar que les es concedido es una ilusión de coherencia y seguridad, basada en la exclusión de historias de opresión y resistencia y en la represión de las diferencias. Esto provoca en ellas una dislocación de conciencia que impide toda noción de identidad como algo unitario o determinado y las arroja a un contexto inestable que no se basa en la igualdad, sino que requiere de ellas un protagonismo que se oriente hacia la lucha y la interpretación de rol en el entorno.

De esta forma, aparecen Manuela Rosas, que dibuja una serie de complejas relaciones con los personajes masculinos que la rodean: colabora y apuntala el entramado de poder urdido por su padre, utilizando (mediante la seducción de quienes puedan incomodar sus planes políticos) o relegando (viviendo con Máximo Terrero, su futuro marido, un romance secreto y silenciado durante años) sus dotes femeninas, según su conveniencia; Eduarda Mansilla, que se abre al panorama literario firmando sus primeros escritos con un pseudónimo masculino y que finalmente se decanta por el autoexilio; Victoria Ocampo, que se convierte en una figura emblemática de la cultura porteña sin abandonar radicalmente su compromiso con la idiosincrasia de su época (manteniendo, aunque a distancia, su matrimonio). Todas ellas negocian astutamente sus espacios de realización, unas con mayor éxito que otras, claro está, pues en el caso de Eduarda, el precio a pagar por su desarrollo intelectual sería la pérdida del contacto con su familia.

En fin, Lojo convoca en sus novelas figuras femeninas que han sabido abrir una brecha en el prototipo del orden patriarcal de la sociedad criolla, enlazándolas así con sus gemelas en las etnias borradas: las machis ranqueles y las hadas gallegas, rescatadas ya en *La pasión de los nómades*.

Este interés por los personajes históricos y por la recreación de hechos que han signado la historia nacional, por la reformulación de los espacios de poder y hegemonía de las diferentes etnias y géneros, que se evidencia tanto en su obra como en la de muchos otros escritores hispanoamericanos, podría tener múltiples explicaciones. Parece apropiado en este entorno traer a colación la que propone la propia María Rosa Lojo para cerrar este apartado:

Los problemas del ayer laten aún en la trama de nuestro presente, y si el pasado se ha vuelto un objeto de deseo, no es, entiendo, por afán de escapismo frente a la realidad de América, como arriesga Seymour Menton, sino al contrario, por un hondo afán interpretativo y cognoscitivo. Verdadero "laboratorio del pensamiento" (Ricoeur) la ficción revisa los mitos y los íconos, retoma conflictos soterrados y diálogos interrumpidos, mira el presente desde el origen y el origen desde el devenir, desbroza el palimpsesto de las máscaras seculares ejerciendo –como sueña Victorica- el "arte de curar o comprender esa enfermedad que nos hace humanos: nuestra historia."[313]

CAMINO DE FINISTERRE

Antes de arribar a la última novela publicada por la autora, *Finisterre*, ya se preanuncia en estos textos de raigambre histórica cúal será el camino hacia la resolución de la utopía que empezó definiéndose como el regreso del exiliado, creció en la idea de la búsqueda de una definición espacio-temporal y cultural de los marginales de la historia y desemboca en la tesis fundamental de la obra de Lojo: la disolución de las dicotomías –que le permitirá resolver la fragmentación e indefinición tanto del exiliado hijo, como de los habitantes de esa nación periférica que es la Argentina- mediante la reformulación del concepto de símbolo en el marco literario.

Nuevamente, es necesario recordar que estas cuestiones, si bien entablan un diálogo fluido con la sociología y la psicología, son, en todo momento, propuestas literarias que afectan esencialmente a la concepción y calificación de lo ficcional.

Para desembocar, entonces, en esa última etapa de la novelística de Lojo, se requiere el análisis de un planteamiento que atraviesa todos estos textos preliminares: el cuestionamiento del concepto de identidad partiendo de ese lugar tan complejo en el que la autora ubica a sus personajes, que es el borde.

Se trata, por lo tanto, de analizar el proceso de ficcionalización que se opera sobre el citado cuestionamiento, convirtiéndolo así en un valor estético.

[313] Lojo, María Rosa, "Historia y ficción en la narrativa argentina contemporánea". Op. Cit.

Formas especulares que apuntan al infinito

Los personajes de Lojo transitan las páginas de sus novelas en una búsqueda permanente, ligada a un ideal de yo[314] que no logran definir. Convergen en ellos una tendencia al narcisismo (cuyo máximo exponente es, sin duda, el teatral Lucio V. Mansilla, tanto en *La pasión de los nómades* como en *Una mujer de fin de siglo*) y al afán de identificación con sus padres o sustitutos (Irene con la distante Carmen –en *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste;* otro tanto entre Rosaura y su madre -en *La pasión de los nómades;* Manuela con Encarnación Ezcurra -de *La princesa federal;* Elizabeth con su desconocida madre indígena -en *Finisterre;* Jorge Mitre con su padre, Bartolomé Mitre –en *Historias ocultas en la Recoleta;* Ruy Díaz de Guzmán, quien se convierte en la memoria de su padre –en *Amores insólitos de nuestra historia;* entre otros), o bien, con los ideales colectivos de su entorno (Eduarda Mansilla y Victoria Ocampo, con el universo cultural de su época; en *Una mujer de fin de siglo* y *Las libres del sur*, respectivamente).

En esta línea, resulta pertinente recordar también el planteo de Jaques Lacan quien, influenciado por la lectura de la obra de Freud y por pensadores de su época tales como Ferdinand de Saussure, Claude Levi-Strauss y Roman Jacokson, propone una teoría que daría en llamar "Estadio del Espejo"[315]. En ella, sostiene que el ser humano alcanza el dominio de completud del cuerpo a través de su percepción visual en el espejo o por la contemplación de otro niño, con quien se identifica. Esto implica necesariamente que el "yo" se construye a partir de una imagen externa, es decir, que la identidad le es dada desde afuera.

Finalmente, cabe señalar que en este proceso, que Lacan llama "lo imaginario", el lenguaje desempeña un papel primordial, pues participa activamente en la constitución del psiquismo del individuo. Los personajes de estas novelas –sobre todo, los femeninos- perciben su imposibilidad de ser, su irrealización personal o profesional, a partir de su exclusión lingüística, como puede concluirse luego de reparar en las palabras de Eduarda Mansilla en *Una mujer de fin de siglo,* quien siente la voz negada*:*

---

[314] Concepto propuesto y analizado por Sigmund Freíd en *Psicología de las masas y análisis de yo.* Barcelona, RBA, 2002.

[315] Lacan, J. "EL estadio del espejo como formación del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos I*. México, Siglo XXI, 1972.

> **Un fragor derramado está fluyendo, dentro o fuera de mí. Abro los ojos y no veo, ciega frente a una pared de lágrimas o a una muralla de golpes oceánicos. Abro los oídos y nada escucho, salvo el retumbar donde chocan todas las voces de Dios con las voces imposibles que son mías y que no llegaré jamás a pronunciar; expulsada del mundo de los hombres y del arte del lenguaje.**
> **Luego respiro.**
> **Caigo.**
> **Estoy bajo las aguas más grandes de esta tierra, dentro de una ciudad. No es una ciudad encantada ni sus habitantes conocen la eterna dicha. Trabajan en oficios silenciosos y se calzan los pies con botas mullidas que recuerdan la seda. Son pálidos y húmedos. Evitan mirarse en los espejos porque sus ojos tienen el don de transparencia.**
> **Sé que ahora soy uno de ellos. (p. 65)**

Íntimamente ligados a la cuestión del lenguaje y del espejo, aparecen los ojos. Eduarda, como otros personajes de esta etapa, sólo logra enajenarse al abrir los ojos, entrar en territorio ajeno, anulando su posibilidad de identificación. Los ojos cerrados son la única puerta hacia la misma. Manuela Rosas lo confirma en *La princesa federal:*

> **Cierra los ojos y se deja guiar en la tiniebla por el vaho fosforescente del agua florida y las llamitas ácidas del agua de los cuerpos. Cierra los ojos y son sus caderas blancas –tan fuertes como las negras- las que golpean las enaguas henchidas por el aire del vuelo de los pies, y el vapor de la piel. Cierro los ojos y escucho gritos y cantos nocturnos y un golpe de cristalerías insolentes. Quebraduras de botellas contra las puertas de mansiones que guardan en los armarios más secretos ajuares celestes, y niñas pálidas amordazadas por el horror.**
> **Abro los ojos y estoy del lado de acá en la calma absoluta de la tarde inglesa. (p. 163)**

Lo curioso de esta última cita es que el personaje narrador, el doctor Victorica, comienza a hablar de Manuela, pero tanto las imágenes como los sonidos de la llanura, surgidos del recuerdo de ella, se trasladan a sí mismo, trucando la tercera persona de la frase más elocuente (*Cierra* los ojos) en una primera (*Cierro* los ojos). Y más interesante aún es la propuesta de la identificación especular –que

requeriría necesariamente de la participación de la vista- que se opera entre ambos personajes, resuelta de la forma más paradójica: con los ojos cerrados.

Pero no sólo desde el psicoanálisis se perfila la importancia simbólica de las formas especulares. En la Antigüedad misma, los filósofos y los poetas han reparado en la figura del espejo[316]: Lojo también recrea muchas de estas posturas en sus textos.

Sócrates lo entendía como un medio de indagación de la naturaleza humana, pues aconsejaba a sus discípulos que se observaran en él[317] para averiguar qué cualidad debían cultivar especialmente, si la belleza física o la espiritual, dependiendo de las dotes naturales que tuviera cada uno. También es conocida la imagen de reafirmación de la belleza que se opera en la figura de la diosa griega Afrodita, representada clásicamente con un espejo en la mano. Más difundida aún era la idea del espejo como una denuncia del paso del tiempo. Si bien en la Antigüedad grecolatina ésta era una preocupación esencialmente femenina, Eurípides presenta en su tragedia *Fedra* una metáfora del espejo trasladando la cuestión al ámbito masculino, pues compara al tiempo que descubre a los malvados con un espejo que presenta a una doncella. Séneca, por su parte, afirmaría que el espejo habría sido inventado para que el hombre se conociera a sí mismo, lo cual implica una serie de nociones que resultan de sumo interés para el posterior tratamiento de los textos de Lojo: primero, que para conocerse es necesaria la mediación de un instrumento; segundo, que el hombre debe tomar distancia; y tercero, que requiere que, al contemplarse, se vuelva objeto. Es lo que se plantea en la obra de Lojo ya desde Carmen, la madre de Irene Neira de *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*:

> **Érase una vez una reina, venida de un lejano país a otro caído en el extremo del mundo, casi allí donde empiezan los grandes hielos. Era orgullosa y nostálgica, y la devoraba el temor secreto de haber perdido su rostro verdadero. Para eso se miraba todos los días en el gran espejo de su cuarto regio, para reconocerse. En realidad –desdichada reina-, ella nunca supo cuál era ese**

[316] Para este tema, consultar *Historia del espejo* de Sabine Melchior-Bonnet, Barcelona, Herder, 1996.
[317] En ese entonces, los **espejos** eran chapas convexas de plata o de cobre fundido con estaño. Los **espejos de vidrio** aparecieron en Murano (Italia) hacia el año 1507. Los autores fueron dos artesanos conocidos con los nombres de Dominico y Andrea.

> **rostro suyo buscado y preservado y lo que con tanto afán perseguía, lo quiso en vano.**
> **La reina tenía sobre su cómoda, a los lados del espejo, los retratos de sus mayores… (p. 91)**

El personaje no sólo busca su identidad en el espejo, sino que parece tener la ilusión de que los retratos de sus mayores podrán guiarla en tal empresa, lo cual remite sin lugar a dudas a la noción de identificación con los padres que supone el proceso de configuración del ideal del yo propuesto por Freud.

Capitalizando esta ocurrencia en sus novelas históricas, Lojo trasladará el tratamiento de la búsqueda de la identidad personal a la nacional, esta vez, en boca del Ortega de *Las libres del sur:*

> **Este país, su país, aún no se ha visto la cara en el espejo. Fíjese cómo educan a los niños. Solamente con libros. Y con libros extranjeros. Prefieren mandarlos a Europa, a Inglaterra, antes que enviarlos a viajar por su propia tierra. […] Tienen que aprender a mirarse a ustedes mismos, antes que a mirar a Europa.**
> **-Pero es que** *somos europeos.* **Europeos trasplantados.**
> **-Pues el trasplante siempre da frutos y especies con distintas peculiaridades, en otros climas. […] Afortunadamente no es** *sólo* **una europea. Mejor dicho, usted no es una europea. Si lo fuera, yo no la encontraría tan interesante. (p. 66)**

Tal vez complementando esta imagen que propone el filósofo español, que correría el riesgo de recrear la dicotomía que enfrenta lo europeo con lo argentino, con la cual la autora no comulga, pone en el personaje de Carmen Brey la responsabilidad de definir el poder de ese espejo que refleja el sincretismo de las dos imágenes concertadas (el Río de la Plata y Galicia):

> **Miró hacia fuera. El río móvil se congelaba en espejo y sobre esa corriente detenida refulgía el recuerdo de un mar lejano que se afinaba y se encerraba en río, a la inversa de este río soberbio que se ensanchaba en mar. (p. 21)**

Por último, Plutarco entendería que la mujer desempeñaba una función semejante a la del espejo: ser reflejo natural de su esposo, y los hijos, una reproducción especular de sus padres, idea, esta

última, que Lojo toma en cuenta y recrea en "La historia que Ruy Díaz no escribió" de *Amores insólitos de nuestra historia:*

> **Ruy Díaz inclina la cabeza y sale del cuarto. En el centro de su pupila verde como un espejo de agua turbia, la imagen de doña Úrsula[318] tiembla y titila, hasta borrarse y desaparecer. (p. 50)**

Esta imagen que desaparece del espejo de sus pupilas se complementa con otra, en la que la mujer se disuelve en ese otro que es su hijo. Así se registra en *Una mujer de fin de siglo:*

> **No es el dolor del parto la entrega más difícil, sino el pertenecer a otro durante meses. Enajenarse en otro, ser para otro que de alguna manera soy yo misma: he ahí la repulsión y la maravilla. [...]**
>
> **El otro o la otra. La hija. El espejo que se enturbia hasta convertirse en agua de disolución, en la opaca distancia. (p. 193)**

El espejo no sólo rememora, entonces, arquetipos platónicos, creencias populares acerca del doble o de encantamientos mágicos, teorías de multiplicaciones infinitas, sino que, en última instancia, ese objeto –adopte la forma que sea: cristal, agua, ojos- parece esconder una amenaza de disolución, como lo sugiriera Borges, autor paradigmático en el tratamiento de este tema y una de las influencias más destacadas en la obra de María Rosa Lojo:

> **…hay que mostrar un individuo que se introduce en el cristal y que persiste en su ilusorio país (donde hay figuraciones y colores, pero regidos de inmovible silencio) y que siente el bochorno de no ser más que un simulacro que obliteran las noches y que las vislumbres permiten…**[319]

[318] Úrsula es su madre.
[319] Borges, Jorge Luis, *Inquisiciones.* Buenos Aires, Proa, 1925, p. 29.

Por su parte, el sueño parece ser un elemento solidario del espejo. Introduce, como éste, una sensación de indeterminación entre lo real y lo ficticio[320]. Es una suerte de laberinto que arroja al hombre hacia el infinito, hacia la percepción del entorno como una repetición cíclica. Convierte al ser en fantasma.

Ambos elementos –el espejo y el sueño- operan una revitalización de la ficción y, en contrapartida, una pérdida de realismo en los seres que proyectan.

[320] Eduarda Mansilla, Manuela Rosas y otros personajes de las novelas de Lojo se transportan a través del sueño a un mundo que perciben con ciertos rasgos de irrealidad, pero que finalmente, entienden como proyecciones de sus recuerdos y sus deseos.

A FIN DA TERRA: ¿SE CUMPLE LA UTOPÍA?

Cuando la canción concluía, ella te ordenaba en voz baja: Me traerás mi rizo guardado en un relicario. Me traerás el corazón de tu padre en un papel de Biblia, aplanado y tranquilo como las hojas secas. Me traerás el rosario de tu comunión para que sus cuentas iluminen mi oscuridad y reflejen las caras de otro tiempo. Me traerás la tierra de la llanura para que mis huesos aprendan a bailar en el revés del mundo.
Me traerás tu deseo.

María Rosa Lojo, *Sempre en Galiza.*

La última novela publicada por María Rosa Lojo se titula –ya se sabe- *Finisterre*, nombre más que significativo en el marco de su obra.

De alguna manera, con este relato podría sostenerse que si no lo consigue, por lo menos deja abierta la esperanza de la consecución de la utopía del exiliado, el regreso, y de la resolución del conflicto identitario que se esconde en cada personaje de sus ficciones, aspiraciones ambas que no son más que dos caminos que conducen al mismo destino: la disolución de las dicotomías que las provocan, a partir de la reformulación del concepto de símbolo literario.

Al llegar a esta instancia, queda claro que las cuestiones planteadas anteriormente –la utopía del exiliado y el conflicto identitario- responden a un mismo principio generador: la indefinición espacial, temporal y cultural que signa la vida y destino de sus personajes.

Por lo tanto, ese camino que conduce a Finsterre no es otro que el que intenta dilucidar esta problemática.

Finisterre, o como se ha titulado en su versión gallega: *A fin da terra*, trata la historia de una joven, Elizabeth Armstrong, hija de un comerciante inglés que viaja al Río de la Plata por negocios. Allí la concibe con una mujer indígena. Aunque la niña nace en tierras australes, su padre la lleva a Londres para que reciba educación europea y le niega toda información sobre sus orígenes. Lo único que Elizabeth conserva de su madre es un pequeño retrato que, por la apariencia aborigen del rostro, algo le deja entrever.

En el invierno de 1874, recibe la primera de una serie de cartas, escritas por una tal Rosalind a la que no conoce, desde el Cabo de Finisterre. En ellas, poco a poco, irá instruyéndose acerca de los pormenores de ese viaje que hubiera emprendido su padre y que sería el inicio de su historia.

LA DAMA DEL FIN DEL MUNDO DISUELVE LAS DICOTOMÍAS

El personaje central para desentrañar las claves de *Finisterre* es, sin duda, Rosalind, la remitente de las cartas escritas desde el Fin de la Tierra. Ella es la responsable de restituir la memoria de los hechos, de reescribir la historia no sólo para darla a conocer a Elizabeth, sino para preservarla del olvido. Y, por qué no, para darle sentido a su propia vida. Nuevamente, aparece la idea de la tarea historiográfica como productora de sentidos. Nótese que en los últimos pliegos de sus cartas, hasta la misma hija de Armstrong se da cuenta de que la mujer del fin del mundo no parece escribir para ella, sino para sí misma, para hallarse en el entramado de hechos de ese mundo pasado:

> **Y creo saber bastante de Oliver Armstrong como para suponer que no sólo ha borrado mi nombre de tu vida, sino tu propia historia, la historia de tu madre y la de la tierra donde has nacido. Yo puedo restituírtela, puedo reescribirla para ti.**[321]

Para Elizabeth Armstrong, sin embargo, los relatos –o la negación de los mismos por parte de su padre- acerca del Río de la Plata, el lugar de su nacimiento y al que pertenece por vía materna, los cuales recibe de Rosalind, de Manuela Rosas (a quien visita con cierta frecuencia y que, de alguna manera, le

[321] Lojo, María Rosa, *Finisterre.* Buenos Aires, Sudamericana, 2005. Todas las citas corresponden a la misma edición.

acerca la figura maternal que le falta), y de su pretendiente, el señor Barrymore, sólo le muestran claramente la imposibilidad de acceder a los hechos, la multiplicidad de ópticas sobre las que pueden ser abordados e interpretados, problematizando una vez más el concepto de verdad histórica:

> **Lo único que Elizabeth sabía, en cambio, era el relato de sucesos, reales o ficticios, que habían ocurrido hacía más de cuarenta años en un mundo que adquiría diferentes colores según los ojos dispares que lo miraban: los irónicos y felinos del señor Barrymore; los castaños de doña Manuelita, cubiertos por un sincero luto de nostalgia; los claros, pero no ya cándidos, de la señora del Finisterre… (pp. 72-73)**

Y es en estas palabras en las que Lojo cifra el ataque a la primera dicotomía: verdad-ficción. ¿Hasta qué punto se puede conocer la verdad de los hechos? ¿Cuál es el límite entre ésta y las distintas versiones posibles de la Historia? Si todo depende del recorte e interpretación que cada sujeto haga de la misma, ¿cuál es la diferencia radical entre el relato historiográfico y el ficcional?

Y así sucesivamente, se van perfilando todos los grandes tópicos de las novelas anteriores, que se conciertan en ésta: las grandes dicotomías (civilización-barbarie; verdad-ficción; español-argentino, ciudad-desierto, etc.)

Sería arduo y, hasta cierto punto, repetitivo desarrollarlos, pero sí resulta necesario enfatizar el tratamiento de aquellas figuras y recursos que abren el camino por el que Lojo conduce al lector a la resolución de la gran utopía planteada.

Se comienza –como se comentó anteriormente- con la estrategia de lo testimonial a través de las cartas, inscribiéndose desde el comienzo el cuestionamiento a la veracidad de manera evidente, inscrito en una situación comunicativa un tanto peculiar: Una exiliada con una existencia casi fantasmal (Elizabeth) que se convierte en receptora de la realidad del pasado, cifrada en cartas que llegan desde el último confín de la tierra; una mujer (Rosalind), cuya aparición epistolar le otorga cierta aura de irrealidad y que se instaura como enunciadora de la supuesta verdad; y una historia que en apariencia entraría en el ámbito de la mitología, pero con atisbos de realidad, en la que intervienen personajes tanto históricos (Manuela Rosas, por ejemplo) como mágicos (el brujo aborigen). Y, cerrando este círculo de extrañas presencias, el espacio de realización de esta situación comunicativa se escinde en dos tiempos y dos

mundos lejanos, vistos desde sus facetas más sobrenaturales, pero que a la vez se constituyen en los únicos ámbitos posibles para estos exiliados (La Tierra Adentro en Argentina y Finisterre en Galicia). Es decir, una imprecisión permanente en los límites entre la verdad y la ficción:

> **Era un largo relato fragmentado pero continuo, que pretendía contarle su historia a través de la historia de otra persona, pero que quizá –temió- la tuviera solamente como pretexto: un fantasma que se limitaba a oír (a leer) con tal que el pasado ficticio o real de Rosalind Kildare existiera verdaderamente para alguien. (pp. 48-49)**

De esta cita también se deduce que, tal vez, la única forma de acceder a la verdad, a la existencia real –curiosamente- sea la ficción de esas cartas, reafirmando el poder mágico de la escritura, lo cual remite necesariamente a la idea borgiana de la posibilidad de producción y duplicación de objetos concretos a fuerza de pensarlos, frente a la de que desaparezcan si nadie los testimonia.

En segunda instancia, se opera otra disolución de antinomias: lo europeo (mayoritariamente español en toda su obra y particularmente español y británico en esta novela) frente a lo argentino; y la civilización versus la barbarie, cuyos escenarios tradicionales son la ciudad y el campo respectivamente. Ambas dicotomías aparecen estrechamente vinculadas y son cuestionadas a partir de dos ejes: la heterogeneidad del origen de los personajes y la dualidad de la naturaleza humana.

Se puede comenzar reparando en el nombre mismo del personaje más significativo de la novela: Rosalind (aunque de origen germánico[322], la relación más plausible que puede establecerse es con la Rosalind de *Como ustedes gusten*, de Shakespeare o la Rosaura de Calderón en *La vida es sueño*) Kildare (irlandés[323]) Neira (español). Su nombre de pila –que recuerda instantáneamente a Rosaura dos Carballos- y su segundo apellido –Neira- logran reminiscencias de *La pasión de los nómades* y de *Canción perdida...* respectivamente. En este sentido, podría considerarse a esta novela la tercera parte de la trilogía acerca de la pasión de los exiliados y de su búsqueda por definir su propia identidad a través de la reconstrucción de la historia.

---

[322] Procede a "hruot" (honor) y "lind" (escudo)
[323] Kildare es un condado de Naas, en Irlanda.

Varias coincidencias marcan la solidaridad entre las figuras de Irene Neira, Rosaura de los Robles y Rosalind Kildare Neira, pero sobre todas destaca el cabello rojizo[324]:

> **... Tal vez había entendido, también, que me escondía de mí misma detrás de un cutis apacible, bajo la corona ordenada de una trenza roja, y que temía levantar el velo para conocer el otro lado de mí... (p. 39)**

Las tres mujeres tienen un destino al que, aunque en un comienzo no lo sepan, deberán entregarse: La Tierra Adentro. Las tres tienen una cara oculta que descubrirán en su viaje de iniciación. Las tres irán acompañadas por un hombre al que están unidas por el amor (aunque de diferentes formas).

Rosalind llegará, en su incursión hacia el Interior (un viaje semejante al de Rosaura, hacia Córdoba, por el desierto), a relacionarse con el universo de la mitología aborigen. Será la ayudante del *machi* de la comunidad. Ella también, desde sus orígenes gallegos e irlandeses, pasará del mundo mágico celta al mundo mágico indígena:

> **Entonces maldije a Oliver Armstrong. Lo maldije en mi lengua madre y en mi lengua padre, lo maldije en la lengua de la tierra que pisaba. Hice como esas brujas de mis montañas gallegas en las que creía, a pie juntillas, buena parte de la gente de la aldea, y todas las muchachas que trabajaban en la finca de mis abuelos. Las meigas, que de algún modo se parecían a las machis... (p. 119)**

Se conjugan aquí tres orígenes enlazados por la magia de las palabras: la lengua madre (gallega), la lengua padre (irlandesa) y la lengua de la tierra que pisa (la ranquel), que conforman la compleja identidad de una marginal, como lo ratifica la siguiente cita:

> **… Lo que has aprendido aquí es quién eres tú y de qué eres capaz. Esta tierra es el espejo donde te has visto y donde has visto la tuya.**

[324] También presente en Carmen Brey de *Las libres del Sur* y Alice de *Una mujer de fin de siglo.* Y en una variante bastante peculiar, en la insignia punzó de Manuela Rosas.

> **Mira Más Lejos tenía razón, y por eso he vuelto. Los campesinos gallegos, indios de España. Los campesinos irlandeses, indios de la Gran Bretaña. Se los puede matar, con armas o con hambre, se los puede correr, expulsar, despreciar, deshonrar, desmemoriar. Nadie aún en estas naciones ha dejado de lado la hipocresía para seguir la modesta proposición de Jonathan Swift al pie de la letra. Y si tampoco lo han hecho en el Río de la Plata, es quizá sólo porque la carne de indio les repugna, del mismo modo que la carne de potro. (p. 173)**

Pero esos orígenes no necesariamente se conciertan en detrimento de la identidad, sino que en lugar de configurar una imagen de hibridez, se resuelven en una nueva forma, que capitaliza la mezcla, resta sentido al enfrentamiento de esos orígenes y resquebraja la dicotomía que pretende oponer lo propio a lo ajeno.

Así se ve en el personaje que finalmente concretará la resolución de la utopía, Elizabeth Armstrong:

> **-Pues será usted una india inglesa, y no hay en ello ninguna tragedia, nada que no pueda resolverse. Así se ha hecho América. Mezclando y revolviendo sangres y cuerpos, entrelazando lenguas. No renuncie a nada. Quédese con sus dos herencias, aprenda de los unos y de los otros. Si su padre no quiso ver esto por torpeza y obcecación, véalo usted.**[325]
> **-Justamente por eso quiero ir. Para ver a los otros que también son los míos." (p. 154)**

Porque ni siquiera la tierra es otra, sino la misma. Una orilla continúa en la otra. El mar ya no es el agente de una separación irremediable, sino el contacto entre dos tiempos, dos espacios y dos culturas que hallan sus vínculos en el sincretismo de sus habitantes:

[325] Esta obcecación paterna resuelta en el personaje de Oliver Armstrong, quien le niega parte de sus orígenes a su hija, es el espejo de la actitud que se planteara al comienzo de esta tesis con respecto a los padres exiliados que inculcaron a sus hijos la idea de que habían nacido en el Río de la Plata por accidente, lo cual comenta repetidas veces María Rosa Lojo con respecto a su propia experiencia vivencial y que ficcionaliza, con distintos matices, en prácticamente toda su obra.

> **-Vi una vez el mar, cuando bajé a lo de los Leufunches, y llegué hasta la Huecufú Mapú, la Tierra del Diablo.**
> **-¿Por qué la Tierra del Diablo?**
> **-Los cristianos la llaman Bahía Blanca, pero nuestro nombre es más adecuado. ¿Quién si no el diablo puede vivir en un lugar dónde sólo hay viento y rocas, y el agua enorme que nunca termina lo golpea todo y entra como si quisiera llevarse a los hombres?**
> **-Mi gente puede. Muchos viven e un lugar así, un lugar al que le dicen el Fin de la Tierra. Pero los que le dieron ese nombre, hace cientos de años, estaban equivocados, porque el mar no es el fin, es el comienzo de otras tierras, que son éstas. (p. 112)**

Finalmente, este entrecruzamiento de razas y lugares pone en tela de juicio otra oposición largamente tratada tanto en los textos de Lojo como en muchos otros escritores hispanoamericanos: la de la civilización frente a la barbarie. Basta recordar un fragmento de una carta de Rosalind a Elizabeth, en la que habla acerca del hombre "civilizado" ("de color pálido", le llama) en comparación con el "bárbaro" ("de piel tostada"):

> **Nosotros, los humanos de color pálido, aún no apresamos y criamos a los hijos de los vencidos de nuestra especie para devorar sus criadillas, o compañones o testículos. Los ranqueles, humanos de color tostado, tampoco lo hacen. El señor Jonathan Swift, clérigo, nacido en Dublín, sugirió que los ricos terratenientes incluyesen en su dieta carne fresca de niños pobres irlandeses, ya que de todas maneras los dejaban morir de hambre, pero nadie se animó a aceptar, al menos oficialmente, su propuesta.**
> **Los machos humanos, tostados o pálidos, todavía no se comen los niños, aunque sean los de sus esclavos o enemigos. Solamente, cuando ya son jóvenes o maduros, se aplastan mutuamente el cráneo con mazas o con piedras, si no tienen a mano alguna otra cosa de mayor efecto. […] Los machos pálidos disponen de recursos más variados y eficaces, y se entretienen mejor en las artes de atormentar. También crían a los hijos de los tostados para que sean sus sirvientes, rara vez para hijos y sucesores, como en cambio los tostados llegan a hacer con los hijos de los pálidos. (p. 102)**

Al respecto, hay algunos comentarios que resultan pertinentes. En primer lugar, en la cita se apela a dos razas bien diferenciadas: la blanca y la aborigen americana. Dentro de la primera, sin embargo, se puede distinguir una cultura en particular, la irlandesa, encarnada en la figura del clérigo. Es necesario recordar en relación a esta última, que los irlandeses serían para Lojo otros exponentes de los marginales. Por lo que, tanto en la aberrante proposición que parte de esta comunidad, como en las prácticas sanguinarias de los ranqueles, puede catalogarse de "bárbaros" a estos exponentes de la marginalidad. Paralelamente, los blancos pertenecientes al poder hegemónico dan cuenta de tendencias semejantes, cuidadosamente sofisticadas. En consecuencia, pertenezcan a un grupo o a otro, el grado de barbarismo al que llegan es relativamente asimilable, lo cual quiebra la solidez de la dicotomía civilización-barbarie.

Asimismo, y en comunión con la postura de la gallega-irlandesa Rosalind, que ve en tierras americanas la prolongación de las de Finisterre, que se convierte en machi ranquel aprovechando los conocimientos de la cultura de los blancos[326] y de las meigas gallegas, aparece la imagen de los ranqueles que convierten en suyos a los hijos de los hombres pálidos.

En definitiva, pertenezcan a una raza u otra, a una orilla u otra, la civilización y la barbarie no son productos de una cultura o un territorio. Son dos caras del ser humano que se suceden, alternándose infinitamente.

En tercera y última instancia, lo que resulta evidente en la novela de Lojo, que ya venía perfilándose en los textos anteriores, pero que en éste se vuelve transparente, es el rol primordial de la memoria, que concluye con la disolución de otra dicotomía: memoria frente a olvido. En *Las libres del Sur* ya lo decía el escritor Tagore y en esta novela lo refuerza Rosalind a través de una alegoría:

> **Aquí llegó Decio Junio Bruto después de haber obligado a sus hombres a cruzar el río Limia, al que creyeron el Río del Olvido. Si lo cruzaban, le dijeron, perderían la memoria de su nombre, de su patria, de quiénes eran y quiénes habían sido, de lo que**

[326] Una de las principales razones por las que es aceptada como machi ranquel es porque llevaba consigo el instrumental médico de su marido y porque poseía ciertos conocimientos de esa disciplina por la convivencia con aquél.

> **deseaban y lo que temían. Serían como parias vagabundos o niños viejos, sin oportunidad de renacer**[327]

Rosalind también cruzó el Río del Olvido, dos veces, una de España a Argentina y otra a viceversa. Pero no ha perdido la memoria, pues, como bien dice ella misma, un cruce neutraliza los efectos del otro.

Y es éste el punto culminante, no sólo del destino del personaje, sino del exiliado, del hijo del exiliado, de todos aquellos que están escindidos entre dos culturas. Éste es el único camino de regreso: aceptar que, como las dicotomías clásicas pueden anularse, también la dualidad puede configurar una unidad:

> **Y cuando estoy de pie, sobre el acantilado, bajo el faro del fin de la tierra, con las ropas transidas por la lluvia inversa de las olas, soy Rosa, la hija de María Josefa y del irlandés, y soy Pregunta Siempre, la que volvió de la llanura como quien vuelve de la muerte.**[328]

O como quien experimenta un segundo nacimiento:

> **Abrí los ojos. El mundo era un techo de cuero, una bolsa, una cavidad, una extraña cuna de maderas cruzadas donde yo latía, mecida entre mantas, a salvo de la intemperie. […]**
> **Los bordes de carne, gruesos como labios, me hablaban de un tiempo irremediablemente sajado y dividido… (p. 49)**
>
> **…Todos los cauces tendrían que cerrarse y que secarse como se me habían cerrado y secado las entrañas, como se había cerrado y secado mi herida, como se secaba y desaparecía la sangre de los vivos y de los muertos en el espejo imperturbable de aquella tierra, que no se afanaba por retener ningún reflejo, que renacía siempre igual a sí misma, continua y sin memoria. (p. 53)**

---

[327] Op. Cit., p. 180.
[328] Op. Cit., p. 181. Pregunta Siempre es el nombre aborigen que le puso Mira más lejos, el machi ranquel, pues era lo que la caracterizaba, así como a Mansilla de *La pasión de los nómades*, antes del aprendizaje en Tierra Adentro.

Porque nuevamente la llanura es –dentro de este universo femenino de magia, tierra, frontera, luna, canción, etc- el único elemento –con su correspondencia celta en las montañas- que guarda los huesos, la guía del nómade, sin exigirle recuerdos ajenos y ofreciéndole la eternidad para el reposo:

> **En la montaña, como en la llanura, los muertos fosforecen. Son puntas de ascuas, tizones de un fogón que nunca se apaga, fanales que guían los pasos del peregrino… (p. 175)**

Otra vez, Lojo enfatiza de esta forma la permanente correspondencia entre sus dos orígenes: las montañas son al peregrino, lo que el desierto al nómade. O como lo planteara Oscar Wilde personaje, frente a Elizabeth, inscribiendo esa duplicidad en lo literario:

> **-… La poesía es una forma de la verdad. De alguna manera, y una vez transfigurados en hexámetros, los cuartos de mi *Botany Bay* son un patrio griego, y la cerveza agria sabe a vino perfumado.** [329]
> **-Pero también la sopa de coles y la cerveza son verdaderas.**
> **-También, claro. Creo que llegamos a la sabiduría cuando vemos y aceptamos las dos caras de la moneda. La inevitable duplicidad o multiplicidad de lo real. (p. 44)**

DAS HEIMLICH: EL OJO SIN PUPILA DE LA LUNA

Todas estas dicotomías desbaratadas apuntan a un concepto que se encuentra latente en cualquier antinomia, que Freud llamó *Das Umheimlich*[330] y cuya representación literaria más acabada en la obra de Lojo está cifrada en las imágenes de la llanura y la luna.

[329] Una visión que dialoga con ésta es, sin duda, la que propone Jorge Luis Borges en su "Arte poética" (*El hacedor*, 1960): "Ver en la muerte el sueño, en el ocaso / un triste oro, tal es la poesía / que es inmortal y pobre. La poesía / vuelve como la aurora y el ocaso. / A veces en las tardes una cara / nos mira desde el fondo de un espejo; / el arte debe ser como ese espejo / que nos revela nuestra propia cara."
[330] Freud, Sigmund / Hoffmann, Ernst T.A., *Lo siniestro / El hombre de arena*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1982.

Lo siniestro, lo que debería haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado[331], en alemán *das unheimlich*, es lo opuesto a *das heimlic*h, que puede traducirse ambiguamente tanto como lo familiar, lo íntimo, como lo secreto, lo oculto. Estas últimas acepciones han sido llevadas más allá y desembocaron en lo ocultado, lo escondido, lo peligroso. En este sentido, *das heimlich* ha evolucionado de una forma ambivalente que lo ha acercado a su opuesto.

Para Jentsch[332], lo siniestro sólo afloraría en el caso de que el hombre estuviera desorientado, perdido. Si, por el contrario, se encontrara orientado con respecto a su entorno, sería más complicada la aparición de dicha sensación. En este sentido, exiliados, marginados, los personajes de Lojo se enfrentan casi cotidianamente con lo siniestro.

No representa nada nuevo, sino algo que siempre nos fue familiar y que sólo se volvió extraño mediante un proceso de represión. Trasladando el concepto desde la psicología personal a la social, y de ésta a su ficcionalización literaria, la autora de *Finisterre* plantea una serie de elementos que adquirirán esta condición: seres, lugares, fenómenos relacionados con un origen ocultado que se muestran ambiguos, extraños y familiares a la vez:

> **La luna cazadora nos había encontrado: un ojo blanco, desnudo, sin pupila, en la mitad del cielo. Acaso nos veía como realmente éramos. […] Tal vez había entendido, también, que me escondía de mí misma detrás de un cutis apacible, bajo la corona ordenada de una trenza roja, y que temía levantar el velo para conocer el otro lado de mí. (p. 39)**

Esta luna al acecho, la misma luna que será testigo de la muerte de su esposo: "Me abracé a lo que había sido Tomás y grité, hasta que ya no vi más la cara cruel y calcinada de la luna"[333], no es un elemento desconocido, sino otra faz de un elemento que atestiguara su vida en Finisterre, la faz que ahora le muestra el dolor, ese sentimiento que tanto Rosalind como su marido han querido pretender ausente en sus vidas. Pero el personaje, que está todavía desorientado por la sensación de pérdida, no sólo conyugal, sino de su tierra natal, no logra entenderlo sino hasta el final.

---

[331] Estas acepciones fueron formuladas por el filósofo Friedrich Schelling (*Antología.* Barcelona, Edicions 62, 1987), en quien se inspiró –al igual que en Hoffmann- Sigmund Freud.
[332] Filósofo alemán que publica en 1906 un estudio titulado "Sobre la psicología de lo siniestro", S./D.
[333] Op. Cit., p. 41.

Rosalind aprenderá esto en ese camino por el desierto –forma especular del camino de Finisterre- que será una suerte de viaje iniciático y que, al comienzo, le mostrará un paisaje opresivo y angustiante por su inmensidad:

> **El viaje se prolongó durante varios días por la pampa apenas ondulada, sin árboles, salvo algunos de anchísimos troncos y ramas extendidas, llamados ombúes, que en realidad, nos dijeron, no eran árboles sino hierbas desmesuradas. Todo parecía desajustado y fuera de medida en esa tierra sin bordes. (p. 36)**

Pero que llegará a ser su tierra en lo sucesivo. Las claves de la interpretación de este desasosiego aparecerán en una sintética oposición de sensaciones entre Rosalind (en cursiva en la cita, respetando el original) y Manuela Rosas, que propicia el narrador omnisciente. Será la princesa federal quien explicará por qué el mismo objeto (el desierto) se puede percibir de una manera tan antitética:

> **...Nadie que la haya visto puede ver otro paisaje sin hallarse preso, sin que le quede chico. Preso, como cautiva estoy yo en esta salita, entre cuatro sillones y un piano. Si no fuera por mi marido y mis hijos...**
> *Otra vez estaba presa en el espacio abierto. Así dispusiese del más veloz de los caballos, así nadie me estorbase la huída, giraría en redondo, sin Norte ni Sur, sin brújula, más perdida que los primeros navegantes de la Mar Océana...* **Siempre se es cautivo, al parecer, en el mundo ajeno... (p. 67)**

Aunque en el caso de Rosalind el adjetivo ajeno va a sufrir una notoria reformulación. Estas dos figuras, la luna y la llanura, concertadas como elementos ambiguos, que pueden representar tanto una amenaza como una garantía de infinita permanencia, que en un comienzo pueden resultar extrañas, pero que definitivamente se vuelven familiares, son dos ejes que se complementan. En un principio, como se comentara anteriormente, la llanura representaba lo desconocido para Rosalind y, por tanto, lo temido, pero paulatinamente el personaje se irá dando cuenta de que ese espacio infinito le recuerda otro de iguales características: el mar. Y ese elemento con una faz totalmente desconocida, la luna, amenazante en un comienzo, ha sido siempre testigo mudo de sus noches gallegas.

Es a través de estas figuras que Lojo recrea los ambivalentes *heimlich* y *umheimlich*, como falsa antinomia que reafirma la ilegitimidad de todas las dicotomías. ¿Qué sentido tiene ahora el adjetivo "ajeno" con el que explicara Manuela Rosas ese juego de opuestos latente en cada objeto? ¿Qué es lo que el hombre civilizado ha intentado reprimir expulsándolo del ámbito de lo familiar? La luna y la llanura responden:

> **En la montaña, como en la llanura, está la luna.**
> **María Antonia me esperaba en la casa del valle, donde la luna era más intensa, como salida de madre. Ese ojo único y desorbitado guarda en su lado oscuro la sombra de los que habitan del envés de la Tierra. Allí la gente de la llanura lo acecha hasta quedar sin sueño en los ojos propios. Quieren ver –dicen- cómo llora lágrimas de plata que a la mañana se coagulan en joyas blancas, pero sin brillo, puesto que están labradas de luz y de dolor. (p. 175)**

Lo siniestro entra en escena cuando se desvanecen los límites entre fantasía y realidad; cuando lo que habíamos tenido por fantástico aparece ante nosotros como real; cuando un símbolo asume el lugar y la importancia de lo simbolizado, cuando Rosalind se da cuenta de que detrás de esas caras pálidas, de esa mar inmensa, hubo y seguirá habiendo en la vida de los hombres civilizados una cara tostada, una llanura incomensurable que han sido borradas de la memoria, pero que la luna atestigua silenciosamente.

> **Ése era el país donde la Gente de la Tierra había vivido durante siglos y que llamaban desierto, no porque estuviera vacío, o porque los cristianos deseaban considerarlo vacío para ocuparlo sin remordimientos, sino porque nada parecía durar sobre la superficie errátil, y las vidas se deshacían como manojos de hilos sueltos, enredadas en el viento, sin detenerse en ningún sitio.**
> **[…]**
> **Y sin embargo, al atardecer, cuando el sol se derrite y gotea sobre el mundo, la pampa se hace traslúcida, como si se escurrieran hacia adentro las quemaduras de la luz. Se dejan ver, entonces, los yelmos inútiles y las espadas de óxido, los pies que se extraviaron en el falso camino de la Plata, las espuelas nazarenas y las botas de potro, los fusiles, las lanzas, las**

> **carabinas, las mantas con dibujos del sol y de la luna, los uniformes azules y los ponchos rojos… (p. 174)**

Éste es el escenario más simbólico, donde se encuentran e igualan los opuestos, constituyéndose uno en el doble del otro, restituyendo así la memoria perdida.

Aunque ese doble, el que en culturas primitivas no resultara tan amenazante, se ha convertido en monstruo, así como Elizabeth Armstrong -que había sido siempre *das heimlich*, lo familiar y a la vez lo oculto, se convierte en *das umheimlich*, lo que debería haber permanecido oculto, pero se ha manifestado- lo será en *Finisterre*:

> **Y usted es, por supuesto, la que más me preocupa, ya que se ha propuesto pasar de mera lectora a activa protagonista. ¿Ya ha decidido qué va a contestarle a Frederick Barrymore? ¿Cree que ese viaje a la América del Sur va a darle las respuestas que busca? ¿Busca respuestas? No, mi buena amiga. Permítame suponer que no. No hay nada que preguntar, nada que responder. Usted necesita otras cosas. Tocar un regazo, unos dedos, los pechos que la amamantaron, dos trenzas oscuras. Y todo eso es ya intangible. Su madre, querida "Resplandeciente", no está allí, sino dentro de usted.**
> **Tiene razón doña Manuelita. Sea tranquilamente una india inglesa, que no es una tragedia, aunque pueda convertirse en ella cuando para los otros ser doble equivale a ser un monstruo. (pp. 156-157)**

Elizabeth ha contemplado durante años una fotografía desleída, adulterada por el paso del tiempo, de quien prácticamente le pareciera irreal, un personaje de leyenda: su madre aborigen. Contemplándola desde ese otro lado donde se encuentra, le resulta inaccesible. Por eso debe aventurarse más allá de lo conocido, hacia esa otra orilla donde no la hallará a ella sino, paradójicamente, sólo puede encontrarse a sí misma, porque ese mundo no es tan desconocido como parece y ella no lo observa desde fuera, sino desde un espacio desconcertante que está signado por la ambivalencia, donde los opuestos pueden coexistir e interactuar, intentando restituir la unidad perdida:

> **La escritura –poiésis en general- se sitúa en este camino como ejercicio fronterizo –como pasaje- entre la visión y la ceguera,**

> **que desde el cuerpo negado y escindido emprende el difícil, dramático retorno, a una "totalidad" perdida. Escribir la memoria de ese Original borrado o extraviado: tal es la empresa suprema e imposible de un oficio ambiguo que se mueve entre la sacralidad y su parodia, que aspira a dar, desde lo efímero, una "ficción verdadera" de lo eterno[334].**

María Rosa Lojo, tanto desde su producción ficcional como desde sus reflexiones críticas, o mejor dicho, desde sus textos poéticos que han disparado sus elucubraciones metaficcionales, apunta a una nueva concepción del símbolo literario.

Superando la noción de símbolo como una mera forma en la que se cifra una cultura o un lenguaje, Lojo lo entiende como un modo de significación en el que se proyectan múltiples sentidos, que no son necesariamente analógicos.

Es decir, en líneas generales, siempre se ha entendido al símbolo como un elemento en el que confluyen un sentido literal y unos sentidos secundarios entre los que se entabla una relación de analogía. Ésta, debido a su mayor o menor poder tensivo o movilizador, propiciará distintos grados de deducción intelectual. Pero la autora, no la concibe como la única relación posible en la convergencia de sentidos que propicia el símbolo, sino más bien, plantea que estos sentidos pueden configurar una estructura ambivalente, que desembocará en una paradoja que define la esencia del símbolo mismo.

Esta estrategia semántica resuelve en la obra de Lojo el acceso a lo inconsciente, a lo invisible, y catapulta a sus personajes hacia un mundo plural en el que los otros se constituyen en engranajes de un artefacto complejo y facetado.

Irene Neira, Rosaura de los Robles y Rosalind, entre otras, dan cuenta de una ilusoria multiplicidad de identidades[335], que esconde una unidad latente forjada a partir de una desconcertante coexistencia de opuestos. En ellas, como en la traslúcida llanura, se pueden adivinar imágenes ancestrales ocultas tras la actual.

---

[334] Lojo, María Rosa, *Sábato: en busca del original perdido*, Buenos Aires, Corregidor, 1997, p. 12.

[335] Irene será la hija de Carmen, la pretenciosa niña de una familia falangista, pero también de Neira, un republicano exiliado; la mujer de Alberto, el hombre que la ha anclado a la tierra que había considerado ajena, volviéndola propia. Rosaura será la hija de un duende descastado; pero también de una aristocrática hada gallega; así como la esperada mujer de la Tierra Adentro. Finalmente, Rosalind será la irlandesa, la gallega, la machi ranquel.

Persigue a Lojo la idea de que estos duplicados esconden el original perdido, repitiéndolo y distinguiéndose a la vez de él. Sus vidas, como la escritura misma, remiten a ese modelo extraviado, constituyéndose no en meros simulacros, burdas copias, sino en espectros de aquél:

> **Si el mundo de la novela es definido como espectral, ello se debe, pues, no a que copia imperfectamente la realidad visible, sino a que *crea otra*, emergente a su vez de una realidad invisible por entero a los ojos físicos, que se transmuta en imágenes fantasmales, en presencias obsesivas, pero que no puede dominarse con ese sentido –la vista- tan privilegiado por Occidente como instrumento y símbolo del conocimiento.**[336]

Por ello, en sus novelas, Lojo repite incansablemente presencias[337] que elaboran con eficacia otra forma de visión que aspira a acceder al original perdido, como el ojo blanco, desnudo, sin pupila de la luna, que esconde en su lado oscuro al otro, al que debía permanecer oculto, pero que convive con su opuesto, creando así otra realidad posible en la que desaparece la dicotomía que configuran el borde –lugar al que están confinados sus marginales- y el centro, porque ambos convergen armoniosamente en el corazón del símbolo.

[336] Lojo, María Rosa, *Sábato: en busca del original perdido,* Op. Cit., p. 136.
[337] La fosforescencia de los huesos, el brillo opaco de la plata, etc.

CONCLUSIONES

Ha venido surgiendo en la literatura hispanoamericana toda una serie de textos narrativos que, de diversos modos y formas, inscriben un cuestionamiento radical de la representación histórica y ficcional. Estos textos indagan, en el propio decurso del relato, la actividad de la escritura en relación con los problemas de la génesis, del recorte y de la fijación de un referente real; del estatuto y la categoría de la verdad del discurso, y de la lectura o "interpretación" como proceso activo, es decir, como trabajo que excede el concepto de una "recepción" de algo siempre ya primario e inalterable en su unidad, su estructura, su verdad y su sentido.

Escribir y leer se agencian como formas de reelaborar una alteridad: una realidad, una tradición, un lenguaje, una costumbre. En sentido irrestricto, entonces "escribir" conlleva una acción de "lectura" (interpretación) y "leer" conforma una práctica constitutiva asimilable a la acción de la escritura.

En consecuencia, no podemos hablar de un "opus", una entidad unitaria plena de sentido, que rige en un orden todos los fragmentos atomizados.

Todo esto implica una gran participación por parte del lector, promoviendo por otra parte, la lectura no-lineal, sino selectiva, lo cual involucra una constante necesidad de decisiones de la función lectora en el texto y del texto.

En este sentido, la novela puede encararse como "modelo segmental para armar". Se perfila así la necesidad de que la actividad interpretante asuma activamente la tarea de repensar y dar sentido al texto, trabajando a partir de secuencias parciales, de retazos textuales y de rastros discontinuos, fragmentarios y dislocados.

Todos los textos en cuestión constituyen un gran archivo que debe ser analizado, comparado e interpretado por el lector.

Pero este lector al que se dirige se encuentra, de algún modo ya prefigurado en la obra misma. A través de un sistema de señales y referencias -históricas, filosóficas, literarias, etc.-, de sugerencias e indicios, el texto evoca obras precedentes, se incluye en una determinada tradición e introduce innovaciones respecto de ella. La plena asimilación de la obra dependerá del reconocimiento de este código por parte del lector.

En este marco, la cuestión del exilio se presenta doblemente problemática, pues la propia condición del exiliado es la de una eterna ficcionalización de sí mismo: el exiliado construye una imagen fragmentada en dos tiempos, dos espacios, dos realidades: la pasada (en su lugar de origen) y la presente (en su destierro), las cuales culminan en la anulación de esos espacios y esos tiempos, creando así un intersticio conflictivo, cuyos límites se tornan mucho más imprecisos. Por lo tanto, la dicotomía ficción-realidad se revitaliza, creando de esta forma un nuevo espacio de reflexión en torno de la misma.

Y si esta problemática ya resultaba conflictiva, plantear la posibilidad de un "exilio heredado" subraya doblemente la complejidad de su carácter, pues esa dualidad permanente entre realidad y ficción se suma a la dualidad que crea la convivencia de la nostalgia por el "paraíso perdido" de los padres y la vitalidad del otro paraíso, el del mundo –en ese momento- próspero que los recibe, pero que es tamizado diariamente por la figura paterna y reinterpretado como un espacio negativo, inferior, carcelario, de tránsito. En este ámbito, la posibilidad de identificación personal y cultural con alguno de estos espacios, se convierte casi en una utopía para el hijo del exilio: con el primero, porque no le pertenece, porque es el mundo de los padres, en el que no le han concedido ningún rol, y que sólo conoce en la idealización del recuerdo; y con el segundo, porque la presencia constante del otro lo problematiza, lo anula, e intenta desplazarlo.

La literatura argentina de las últimas décadas ha registrado este fenómeno y lo ha inscripto en otra cuestión: la propiamente identitaria, de un país forjado a partir de inmigraciones y exilios, que ha vivido silenciando etnias y géneros marginales[338], y que intenta superar la nostalgia por un mundo que ya le es ajeno -aunque este término siga resultando ambiguo en su propia semántica-, pues es el mundo de los padres y los abuelos, de la familia, pero que progresivamente se va entendiendo como demasiado lejano y fabulesco.

Y así como se plantea, con afán revisionista, la reinterpretación de los hechos históricos, de la misma forma se inscribe un cuestionamiento sobre el rol que les corresponde en la realidad del exilio paterno a los hijos que lo heredan, por una parte, así como de la relación jerárquica establecida por

[338] Estas ideas constituyen el germen de numerosas novelas de los escritores argentinos contemporáneos: Libertad Demitrópulos, Andrés Rivera, Abel Posse, Martín Caparrós, Elvira Sagarzazu, etc.

aquéllos entre esos dos mundos en pugna (el español y el argentino)[339], que, al parecer, no termina de superarse más que tras la muerte de quienes la instauraran y que fomenta la aparición de una nueva utopía: la del regreso de los hijos. La pregunta que siempre resultó problemática para los padres: ¿A dónde regresar?, se convierte en una aporía doblemente cruel en los hijos: Teniendo un espacio que, en teoría, les es propio (el lugar donde nacieron), pero que los padres han convertido en ajeno: ¿A dónde regresar? Y, por último, de dónde: los padres, del exilio; los hijos...

Es posible que, en cierta medida, la idea que quiere dejar latente María Rosa Lojo es que el regreso del hijo del exiliado (no del exiliado mismo, por eso Merlín y Manuel Peña no están incluidos, sino sólo Rosaura, hija de un duende desterrado, y Federico Reuter, hijo de inmigrantes alemanes)[340] sólo es posible si éste acepta su condición de nómade, ya que eso le permite no preocuparse tanto por el lugar de origen o nacimiento, sino por encontrar un lugar en esta Tierra fecunda, más allá de los límites de la política civilizada. Aprender la lección de la Tierra Adentro: que ésta no pertenece a los hombres, sino que ellos le pertenecen.

Resultaría entonces plausible sostener que alcanzando la anulación de las dicotomías absolutas es posible integrar las dos orillas opuestas (España y Argentina) en un "borde" común donde pueda posicionarse el hijo del exilio. O como lo ironiza Borges personaje en *Las libres del Sur:*

> **Borges apareció enseguida. Estaba contento. Excesivamente, a juicio de Carmen.**
> **-Pero hombre, qué le pasa. Parece un chico que se va al circo.**
> **-Salir de Buenos aires siempre me pone así.**
> **-¿Por qué? Yo pensaba que usted era un bicho de ciudad.**
> **-Bicho seré si quiere, pero no del todo urbano. Si lo que más me gusta de la ciudad es lo que le queda de pampa. (p. 136)**

Como en toda mitología, María Rosa Lojo accede a este conocimiento a través de un viaje iniciático. Transitará del desarraigo más absoluto de *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* –aunque ya se emiten señales que orientarán el derrotero a seguir por medio de la metáfora de la *canción* y de un

[339] Cuestión ya planteada en el análisis de obras como las de Antonio Di Benedetto, Manuel Puig, Juan José Saer, Horacio Vázquez Rial, etc.
[340] Resulta curioso señalar el hecho de que Lojo no puntualiza diferencias entre inmigrantes y exiliados. Ambos serán presentados como seres desgarrados, marginales, aunque sumamente vitales.

personaje clave: Alberto Krieger-, pasando por ardorosas elucubraciones teóricas –camufladas en la ficción- en *La pasión de los nómades*, para culminar viendo el camino que la conducirá a la consecución de la Utopía en *Finisterre*.

Este viaje literario que la autora emprende paralelamente al viaje real por territorio ranquel, con el que logrará posicionarse en la escritura partiendo de la ciudad y sus mitologías urbanas hacia el Desierto y sus proyecciones cósmicas, se inscribirá ficcionalmente a través de los personajes femeninos protagonistas de las novelas anteriormente citadas, aunque auxiliadas en muchas ocasiones por otros, pertenecientes al resto su producción narrativa:

Irene Neira: personaje que emprende el primer viaje a Tierra Adentro (Mesopotamia argentina), junto con Alberto Krieger, sin abandonar del todo el borde (Castelar, donde se encuentra la casa Neira, inicio de la saga)

Rosaura dos Carballos: quien propicia el aposento y posibilidad del mestizaje, de la integración entre el mundo celta y el aborigen argentino y de las dos orillas (España y Argentina), quien inscribirá el cuestionamiento más radical a la dicotomía propio-ajeno.

Rosalind Kildare Neira: que trasladará esta cuestión del universo mítico que se había forjado a través de Rosaura al mundo de los humanos y que, a través de sus cartas, enunciará el camino que resolverá la Utopía: "Sin embargo soy dos. Soy las dos", la hija de Finisterre y la machi ranquel.

De esta forma, cerrará, a partir de la ficción de sus textos, el ciclo del eterno retorno del exiliado, anulará el efecto del éxodo paterno y construirá una figura nueva, inscrita en un espacio desprovisto de dicotomías negativas, en un borde en el que es posible integrar las diferencias, desde el que puede elaborar la imagen de su identidad:

> **No renuncié a ninguna de mis tierras, a ninguna de mis historias. Tengo una doble identidad, así como una doble ciudadanía. La escisión, la ambivalencia iniciales, se han convertido en intrincada riqueza. Puedo mirar a España desde la Argentina y a la Argentina desde España.**[341]

[341] *Mínima autobiografía de una "exiliada hija".* Op. Cit., pp. 95-96.

Identidad que, luego de dejar de ser una preocupación existencial, se convierte en materia literaria en la figura más acabada de la obra de Lojo: la del Deseo, comentada anteriormente y que puede cerrarse con las propias palabras de sus personajes: "Ese Dios, si existe, nos ha encerrado en una prisión mucho peor que la de la ciudad domada: la del tiempo y el espacio y el deseo" (*La princesa federal,* p. 37) esperando alcanzar "la felicidad de lo que permanece, inmóvil, tal como fue deseado y concebido" (*Una mujer de fin de siglo,* p. 106) puesto que "El verdadero ser de cada cual está en el perfil de sus deseos" (*Las libres del Sur,* p.106

Esta resolución histórico-identitaria de la exiliada hija dispara problemáticas que se inscriben más allá de la experiencia vivencial en sí misma. A partir de la elaboración de la figura del borde, Lojo instaura un nuevo desafío que consiste en disolver la última dicotomía que marginaba a sus personajes: el centro vs. la periferia. Porque ese espacio intersticial también plantea un conflicto. Aunque convergieran distintos orígenes, esencias, peculiaridades, ¿cómo superar su inevitable enfrentamiento si se los sigue considerando como opuestos?

A través de una ardua *peregrinatio* por los tópicos más complejos que han signado la producción literaria de las últimas décadas, Lojo accede a la respuesta.

Indagando sobre una de las grandes utopías, tanto de la literatura como de la historiografía -y otras tantas disciplinas-, que es la de adueñarse del pasado, Lojo puntualiza la diferencia intencional que se verifica entre la empresa historiográfica –que prioriza el conocimiento del pasado- y la novelística –que subordina el pasado al universo estético-, pero rescata el hecho de que cada enfoque debe entenderse como complementario.

Generalmente, no ocupa la atención del novelista la búsqueda de la "verdad" de ese pasado, sino que lo concibe como un espejo en donde el hombre perfila su hallazgo identitario, intentando reconstruir las piezas de la memoria colectiva. En el caso de Lojo en particular, no intenta *reconstruir* la vida de sus personajes históricos, sino *construir* una figura novelesca a partir de los sentidos irradiados por la historiografía.[342] Pero tanto si se vuelca o no a una fidedigna reconstrucción de ese pasado, el poeta, como el historiador, se hallan sujetos a un proceso de recorte e interpretación que obstaculizan su objetivo y lo alejan de la posibilidad de acceder a la mencionada verdad histórica.

[342] Recuérdese que esta idea ya ha sido desarrollada en este trabajo.

Esta problemática desembocará en los escritores de estas últimas décadas –como se ha visto ya- en el cuestionamiento radical de la dicotomía historia-ficción.

Asimismo, mediante la recreación de personajes históricos decididamente ambiguos (Quiroga, Rosas, minoría étnicas americanas, etc.), se ha vuelto a instaurar la discusión acerca de la inclusión del tradicionalmente excluido "bárbaro" en el imaginario identitario nacional.

María Rosa Lojo eleva a una categoría más universal esta antinomia civilización-barbarie y la inscribe tanto en el universo de sus personajes históricos como ficcionales. Así, configura la imagen de sus marginales, los que han quedado excluidos del poder hegemónico, del centro, y se recluyen en la periferia.

De esta manera, se arriba a la cuestión capital de su obra: la resolución de la utopía, que empezó definiéndose como el regreso del hijo del exiliado en sus primeras obras, se desarrolló en *La pasión de los nómades* como una búsqueda de la definición espacio-temporal y cultural de sus personajes a través de la reconstrucción de la historia nacional y alcanzó su punto culminante en la idea de la disolución de las dicotomías y la reformulación del símbolo literario, propuestas en sus novelas históricas.

Resolviendo el conflicto identitario y el enfrentamiento perpetuo de fuerzas que se entendían como opuestas, lograría revertir la última dicotomía de su obra: el centro-la periferia.

Ese cronotopo de Lojo –el borde-, que en un comienzo se había perfilado como el único espacio posible para los exiliados y los marginales en general, convirtiéndose así en lo familiar, se había tornado misteriosamente un lugar negativo, puesto que, en última instancia, si bien permitía la convergencia de los opuestos, también reafirmaba la exclusión de sus personajes de ese centro que tradicionalmente era el productor de sentidos. Se había vuelto necesario, entonces, repensarlo desde otra óptica que permitiera eliminar ese aspecto negativo.

Se desemboca así en la reformulación del concepto de símbolo literario a partir de su vinculación con el concepto freudiano de lo siniestro.

Lojo apela a la restitución de una unidad que se entiende como lugar de encuentro de sentidos que no sólo logran su correspondencia a partir de la analogía, sino que denuncian la realidad facetada del mundo. Así como la ambigüedad del término *das heimlich* lo acerca a su opuesto, como la naturaleza ambivalente del símbolo asegura la coexistencia de sentidos contrarios, que se complementan

mutuamente, del mismo modo el borde –imbuido de la misma característica- diluye su oposición con el centro, convirtiéndose también él en productor de sentidos que se constituyen en la otra cara de su opuesto y que aseguran el regreso de sus marginales a esa unidad, el original perdido de Lojo, que es la herencia ancestral que ha sido borrada de la memoria.

APÉNDICES

ENTREVISTA A MARÍA ROSA LOJO

Agosto de 2002

Por Marcela Crespo Buiturón

Usted vivió en su propia casa el exilio de sus padres y, en su país, el exilio interno y externo de los argentinos, debido al golpe militar. ¿En algún momento se sintió usted también exiliada o viviendo "entre dos culturas"?

Durante mi infancia y adolescencia viví a menudo como extranjera en el lugar donde había nacido. No porque ese lugar me fuera hostil, sino porque de alguna manera heredaba un sentimiento doloroso que venía de mis padres. Tanto en forma explícita como tácita, recibí siempre el mensaje de que yo no tendría que haber nacido en la Argentina. Yo había llegado a ser en esta tierra por un trágico error de la Historia: el que los había empujado a ellos fuera del lugar al que pertenecían, y al que yo pertenecía también realmente. En casa pensaban todo el tiempo en volver. A pesar de que mis padres habían construido con mucho esfuerzo una hermosa casa en las afueras de Buenos Aires, la estadía aquí se seguía experimentando como transitoria.

En el período de la Dictadura la situación se complicó aún más. Hasta ese momento la Argentina había sido un lugar de tránsito más o menos agradable. Pero la guerrilla y el terrorismo de Estado proyectaron sobre ese escenario nuevo y relativamente próspero, todos los fantasmas de la Guerra Civil. Creo que para mis padres fue una experiencia particularmente angustiante: la sensación de que se había dejado atrás un pasado ominoso pero sólo para volver a hallarse en una circunstancia similar luego de tantos años. Algo así como la paradoja del que escapa de Samarcanda para huir de su muerte, y luego se encuentra con que la muerte lo estaba esperando en Samarcanda...

Para mí la Dictadura fue un largo período de retracción y silencio. No sólo se trataba de las circunstancias políticas aciagas sino del clima oprimente dentro de mi propia familia. En esos años mis padres se enfermaron gravemente y mi marido y yo, recién casados, tuvimos que enfrentar y resolver, como podíamos, muchas situaciones difíciles.

De alguna forma, en la Argentina de entonces se instaló una "cultura de las catacumbas". No existían posibilidades de libre debate y asociación. El normal fluir de la vida intelectual se había cortado. Por supuesto, todos seguíamos pensando y trabajando en la medida en que eso era posible, pero calladamente, y puertas para adentro.

Inmersa en los recuerdos y evocaciones paternas de una España que usted no conocía, ¿Qué imagen tenía de ese país? Y, al mismo tiempo, ¿Cómo era su relación con Argentina?

Las imágenes eran distintas según se tratase de mi madre o de mi padre. Papá era de origen rural. Mis abuelos tenían casa y fincas en una aldea de la provincia de la Coruña (Comoxo, donde aún vive uno de mis tíos y donde papá nació y se crió). Es un lugar muy bello, que mi padre llegó a añorar, ya en la Argentina, como si se tratase del paraíso perdido. Claro que en su juventud, llevado por la curiosidad, y por lógicas ambiciones, quiso salir al mundo en busca de otros horizontes y de aventuras que no le faltaron. La guerra lo encontró en Madrid, del lado republicano. La idea de mi padre era seguir los estudios correspondientes y hacer carrera en la Marina, pero las circunstancias lo impidieron. Después de la guerra estuvo preso; fue liberado al fin, hizo algunos negocios y tuvo algunos amores. Le fue mal y le fue bien. Ya no vivía en la aldea en forma regular, estuvo por temporadas en ciudades gallegas: Vigo, y Noia, particularmente, donde tenía muchos amigos. Sin embargo, todas sus evocaciones se relacionaban muy en especial, con el pequeño lugar en donde había nacido. Un mundo cerrado, redondo, verde, por donde pasaba un río (el Coroño) y donde se podía pescar truchas con la mano... Eso es lo que recordaba sobre todo al final, cuando tenía alucinaciones a consecuencia del Mal de Parkinson y la arterioesclerosis cerebral. A veces se levantaba en las noches de invierno y se iba al jardín del fondo, en casa, completamente desabrigado. En realidad no necesitaba ningún abrigo: para él era verano a la orilla del río; había vuelto a tener diez o doce años, y levantaba las piedras musgosas para sacar a las truchas de sus refugios.

La España de mamá era muy distinta. Había nacido en Madrid, la Capital, contaminada sin duda para ella con los recuerdos terribles de la guerra, con las muertes que habían ocurrido en su familia. Sus nostalgias estaban relacionadas con otras cosas: Buenos Aires, al principio, le había parecido enorme, hecha de calles que no terminaban nunca, transida por cierta impalpable tristeza que acaso no venía de la ciudad sino de ella misma. Extrañaba el bullicio permanente y la alegría de los cafés madrileños, el Museo del Prado, el Parque del Retiro, la Cibeles, la nieve, las caras de los amigos. Aquí encontró la posibilidad, en cierto modo consoladora, de ocultar sus memorias amargas, que eran muchas, en el anonimato protector de una ciudad babélica, donde las anchas avenidas y las librerías eran dos formas posibles de un mismo viaje.

Personalmente, entiendo mejor la nostalgia de mi padre. Por temperamento soy más rural que urbana. Las grandes ciudades me gustan para visitarlas, más que para vivirlas. Encontré un equilibrio casi ideal: vivir permanentemente en una ciudad pequeña y ajardinada y viajar a la inabarcable Buenos Aires dos o tres veces por semana.

Por otra parte, a pesar del grado de idealización que sin duda tenían los recuerdos de mi padre, debo decir que Galicia no me desilusionó en absoluto cuando la vi. Creo que me gusta más cada vez que voy. Ese paisaje húmedo, verde, siempre sorprendente, con el mar a la vuelta de cada recodo del camino ejerce sobre mí una especie de encantamiento. Creo que Galicia ha podido conservar una belleza íntima, un acuerdo profundo con el medio natural, sin perderse ninguna de las ventajas de la modernización tecnológica y edilicia.

Conocer España (bastante tarde, recién a los treinta y nueve años) me tranquilizó mucho, me quitó esa sensación latente de encontrarme en el lugar inadecuado, que arrastraba desde la temprana infancia. Por un lado, me dio una gran paz cumplir el mandato tácito que cargamos todos los hijos de los que se fueron considerándose exiliados. El paradójico, absurdo mandato de “volver” a un lugar donde no hemos nacido y que no conocemos. Vi y toqué con mis ojos y mis manos. Dejé de idealizar. Ahora no me siento en absoluto desdichada ni descolocada en el sitio donde me tocó nacer. Lo único que me gustaría, eso sí, es disponer de un “corredor virtual” que me permitiera trasladarme a voluntad --sin las demoras y los gastos del avión— a mis otros territorios de pertenencia.

Usted tiene mucho contacto con el mundo gallego de Buenos Aires ¿Esto es producto de una cierta añoranza de una Galicia que, de alguna manera, también es su patria?

No tengo tanto contacto con el mundo gallego en lo que se refiere, estrictamente, a las actividades sociales de la colectividad. Sí me ha interesado siempre lo cultural gallego, y me mantengo en contacto con quienes compartimos esos intereses, tanto en la Argentina como en España. La cultura gallega es un "legado patrimonial" al que por cierto no pienso renunciar.

¿Qué es para usted el exilio? ¿Opina que es posible "desexiliarse"?

¡Se ha escrito tanto sobre el exilio! Entre tantas cosas que se podrían decir, creo que es vivir enajenado de lo propio, fuera de casa, a la intemperie, o en un alojamiento prestado. Es una privación, pero no una privación de cualquier cosa que "se tiene", y que puede resultar más o menos accidental, sino que se siente, más bien, como una disminución o degradación de lo que "se es". Una carencia identitaria, una minusvalía visceral, porque mientras está "afuera" el exiliado vive a destiempo de su comunidad, envejece sin ella, se refugia en el pasado, pierde la participación, la integración, la actualidad. Y el olvido o un cierto desprendimiento, que podrían ser reparadores, si se quiere, se experimentan como traiciones.

Si hay una forma de "desexiliarse", creo que es compensar esa vivencia de pérdida con todo lo que uno puede incorporando o absorbiendo de la cultura adoptiva. Se puede pasar entonces de la indigencia y el desgarramiento del exilio, a la riqueza de la identidad plural, que es hondamente creativa, que integra y entreteje complejos vínculos entre los mundos.

Muchos dicen que el exilio es un lugar de conocimiento, o bien, que enseña algo ¿Cree que es así?

Sí, creo que puede enseñarnos quiénes somos, y dónde estamos parados en la vida. No es poca cosa.

En sus obras hay varias referencias al mundo español, tanto a los inmigrantes como a los exiliados. Y, en una ocasión, usted misma ha dicho que Canción perdida... es, en cierta forma, autobiográfica. ¿Se podría sostener, entonces, que en su obra la presencia española en el Río de la Plata es un eje temático importante?

Sí que lo es. Tanto en lo que ya he escrito como en lo que pienso escribir.

¿Cree que el "exilio heredado" es un tema relevante en la literatura argentina?

Definitivamente, sí, tanto en la narrativa como en el ensayo. Diría que es un eje, de la cuestión identitaria argentina y de la literatura. Uno de los máximos expositores de esta preocupación (o de esta angustia) identitaria, fue H.A. Murena que definió la condición americana a partir del sentimiento de expulsión y destierro (ver *El pecado original de América*). También hay páginas memorables sobre la experiencia de nostalgia y extrañamiento (de los inmigrantes, y de los hijos de inmigrantes) en *Sobre héroes y tumbas*. Pero este sentimiento recurre en todo, es una asignatura pendiente, para con la tierra originaria que se dejó atrás, y un resentimiento y un remordimiento para con la tierra en la que se vive, y que no se acepta como enteramente propia. Integrar el aquí y el allá en un centro nuevo capaz de producir vida y cultura autónomas, valiosas por sí mismas, sin culpas ni añoranzas que impidan o lastren el desarrollo creativo: eso es lo que todavía parece faltar en la conciencia comunitaria argentina, no sólo en la de los pensadores y literatos.

Pedro Orgambide dijo, en ocasión de su propio exilio por el gobierno militar, que temía repetir la historia de sus abuelos ¿Le parece posible sostener que, en la actualidad, efectivamente está sucediendo esto? Me refiero a la cuestión de la inmigración argentina a España, semejante, quizás, a la española de fines del XIX ó de los años '50 del siglo pasado a la Argentina.

Hay una dura realidad social (la falta de trabajo) y una desesperanza política (la falta de expectativas en cuanto a que la situación pueda cambiar) que parece estar empujando a los jóvenes y a los no tan jóvenes a buscar otros espacios fuera del país, como lo hicieron nuestros padres y abuelos.

Esto tiene un alto costo psicológico, y creo que la mayoría de los que se van no se irían si pensaran que las cosas pueden revertirse.

¿Cree que se puede hablar en su obra de una vinculación entre la cuestión del exilio heredado y ese volcarse a la historia argentina como fuente de sus ficciones?

Sí, claro. Lo he dicho en otras ocasiones. Los hijos del exilio tenemos las raíces en el aire, como plantas parásitas. No sabemos en qué suelo quedarnos. Eso me afectó durante toda la infancia y la adolescencia. Más tarde, ya casada con un argentino de tercera generación que no pensaba en irse, esa fuerza reactiva me llevó a volver la mirada hacia el páis donde la marea o el huracán de la cruel historia de España, me había hecho nacer. No opté, dicotómicamente, por uno u otro legado. Tomé los dos. Y esa síntesis es mi vida, y seguramente mis libros también.

Se considera heredera, de alguna forma y con otro estilo, de la exaltación romántica del nacionalismo a través de sus novelas de corte histórico? ¿Cómo definiría si no, su posicionamiento ficcional frente al relato histórico?

Después de la tragedia del nazi-onalismo, creo que éste, el nacionalismo, es un concepto para tomar con pinzas, con muchas pinzas. Aclaro que soy profundamente antifascista, y que sólo rescato lo que puede llamarse "nacionalismo" como sentido de identidad y pertenencia de los pueblos, en particular de los pueblos oprimidos por otros poderosos, lo que tienden a transformar, ellos sí, la nación en imperio.

En la situación de los pueblos que han vivido secularmente relegados, sometidos o subordinados, los mitos nacionales han servido para organizar su memoria, revalorizar sus raíces culturales (empezando por la propia lengua) y permitirles proyectar un futuro común. El caso del pueblo gallego, que conozco bien por razones familiares, es uno de ellos. No es casual, por ejemplo, que el bloque nacionalista galego sea una agrupación política de izquierdas, que busca reivindicaciones sociales y comunitarias.

No admiro ningún hecho militar, y menos que menos, las conquistas. Lo único que me parece defendible, si de violencia se trata, es el derecho a resistir ante la opresión, el derecho a la singularidad, individual y colectiva. Abomino de las ideologías nacionalistas que buscan identidades "puras" y

masacran o descartan todos aquellos grupos, étnicos, culturales y religiosos, que no se doblegan ante el mandato asimilador, o no caben en el molde ideológico impuesto. Por eso indios y gallegos (esos gallegos que han sido marginados tantas veces como los "indios" de España) reaparecen continuamente en mi narrativa, reafirmando su derecho a ser ellos mismos. Abogo, con fervor, por los estados plurales, que acepten, alberguen y potencien, dentro de la convivencia bajo una ley común libremente aceptada y consensuada, la riqueza de las diferencias.

En cuanto al tratamiento del periodo rosista, más allá del autoritarismo y la represión brutal de los opositores que también significó, ciertamente, el gobierno de Rosas, es verdad, por otra parte, que encarnaba simbólicamente la resistencia ante el imperialismo colonialista (de Francia y de Inglaterra) y también un modo de vida criollo con el que las clases populares estaban consustanciadas. Ese modo de vida, en lugar de aceptarse como parte de la identidad comunitaria, a menudo fue estigmatizado y condenado a una erradicación también brutal por los gobiernos que se consideraban ilustrados. Es decir, que se han cometido muchas barbaridades en nombre de la supuesta civilización. Y asimismo, es cierto que la Argentina eligió muchas veces la copia demasiado fácil o mecánica de modelos europeos, en vez del trabajo lento y difícil de ir haciéndose una cultura propia "desde abajo". El chauvinismo, el rechazo torpe, compulsivo, xenofóbico, de todo lo que viene "de afuera" me parece una actitud obtusa y paralizadora de la historia, que es flujo, reflujo, intercambio, adaptación. Pero también considero nefasta la actitud de reemplazar lo que hay, arrancándolo de cuajo, en aras de un modelo externo que se considera mejor.

Ángel Rama dijo que: "el público busca en la historia, en la mayoría de los casos, material para su avidez de ficción". ¿Qué busca usted?

Yo también soy parte del público. Antes de escribir novelas históricas, leí novelas históricas, vi películas históricas (y las sigo viendo con placer, en todas las versiones que haya de los mismos temas). El gran teatro de la historia, que es el gran teatro del mundo, siempre me fascinó. Allí se arman, sobre un escenario multitudinario que es la vida que busca convertirse en relato y espectáculo. Allí las vidas singulares se transforman en poesía: esto es, en símbolo de los destinos de todos.

¿Cómo definiría el proceso de creación literaria que usted realiza, por el cual convierte el material histórico en ficción literaria?

Creo que es transformar datos en historia viva, documentos en narración, retratos de museo en personajes que me hablan y terminan siendo para mí tan íntimos y cercanos como miembros de la familia... Es una experiencia extraña y maravillosa, que no deja de sorprenderme cada vez que sucede.

¿Qué opinión tiene usted, como escritora e investigadora, acerca de los límites entre ficción y relato histórico?

Soy investigadora profesional, me gusta serlo, tengo, después de 25 años de ejercicio, todos los hábitos del buen investigador. Sé buscar, seleccionar y recopilar materiales. Mis libros suelen tener en la trastienda bibliografías importantes, no me quedo en la superficie de los datos ni de los textos: interrogo, asedio, armo rompecabezas, reconstruyo a partir de indicios. Pero todo eso, en la novela, está puesto al servicio de la imaginación poética.

Esto no significa que haya que falsear ningún dato. En general, quienes así lo hacen, actúan más por pura ignorancia que por voluntad lúdica y estética. *La pasión de los nómades* es una novela histórico-fantástica, que no tergiversa o cambia ningún hecho de la vida documentada de Lucio V. Mansilla, y que incluso lo respeta como escritor, en una "remake" que estiliza su voz literaria. Sin embargo, también es una novela completamente fantástica, que se arma sobre la hipótesis de un retorno fantasmal de Mansilla a comienzos de la década de los 90, ¡en el siglo XX!

Los que hacemos novela histórica contamos con el espacio poderoso de la conjetura: el mundo virtual del pensamiento, el lenguaje secreto, fuera del espacio público, los ricos dominios de la interpretación. No tenemos por qué modificar la historia. ¿Pero quién nos impide multiplicar las hipótesis, construir espacios de debate y conflicto interior, mezclar a los personajes de la historia empírica con personajes totalmente ficticios, encontrar apócrifos diarios íntimos, o escribir cartas que den otras versiones posibles para los mismos hechos?

Por último, ¿El poeta es, en cierta forma, un exiliado perpetuo, más allá de su experiencia vital como tal?

Muchos poetas, como Baudelaire, como Rimbaud, han creído que *la vraie est absente*, que la verdadera vida está en otra parte. Que la misión esencial de la poesía es descorrer el velo, cruzar el umbral, acceder al "otro lado" donde veremos las cosas en su valor y sus dimensiones verdaderas. Personalmente tiendo a pensar que la realidad es como una estructura de cajas chinas, que todos los mundos están dentro de éste. Que hay una "forma oculta" en el mundo visible. Y que esa "forma oculta" puede revelarse o transparentarse de la forma más simple, en el patio de la propia casa. Ésa al menos es la idea del poema "Transparencias" (*Esperan la mañana verde*) donde una mujer sentada en su patio, al atardecer, ve el interior secreto de sí misma a la última luz del día. Es cuestión de saber mirar, de saber viajar hacia adentro, a lo profundo que es también, lo íntimo.

ENTREVISTA A ÁLVARO ABÓS

Agosto de 2005

Por Marcela Crespo Buiturón

Álvaro Abós nació el 20 de octubre de 1941 en Buenos Aires. Abogado laboralista, debió dejar el país en 1977 debido a la dictadura militar argentina. Regresó en 1983, con documentación española y como corresponsal de *El Periódico de Catalunya* **para el Cono Sur, cargo que desempeñó hasta 1999. Algunos de sus libros publicados son:** *La columna vertebral. Sindicatos y peronismo (1983), El poder carnívoro (1984), De mala muerte (1986), El posperonismo (1987), Restos humanos (1991), El simulacro (1993), El país del aguante (1996), El cuarteto de Buenos Aires (1997), Delitos ejemplares (1998), Al pie de la letra (2000), El tábano (2001), Macedonio Fernández. La biografía imposible (2002), El crimen de Clorinda Sarracán (2003).* **Ha obtenido el Premio Narrativa de la revista Plural de México en 1988, el de Novela de Jaén en 1993 y el de Narrativa de Alcalá de Henares en ese mismo año.**

¿Qué recuerdos conserva de los años del exilio de sus padres? ¿Se respiraba un ambiente de desarraigo o sentía que se habían logrado integrarse a la Argentina?

Al terminar la guerra civil, mis padres con mi hermana mayor, entonces una niña pequeña, se asilaron en el consulado argentino en Barcelona, ya que él había nacido en Buenos Aires. Mi padre integraba una familia de inmigrantes frustrados, que habían llegado a América hacia 1910, pero a quienes les fue muy mal y regresaron. Está muy difundido el clisé de inmigrante europeo que hizo la América, pero un altísimo porcentaje de los viajeros regresaron a sus lugares de origen porque no pudieron establecerse. Fue el caso de mis abuelos con un hijo (mi padre) que les había nacido en Córdoba (Argentina). Mi madre era barcelonesa. En 1939 los consulados y embajadas latinoamericanas estaban abarrotados de refugiados y para la repatriación tenían prioridad los nacionales de cada país. Según el *Jus Solis*, que se aplica en la

República Argentina, la nacionalidad la otorga el lugar de nacimiento, por lo tanto, mi padre era a todos los efectos, argentino. Su problema fue que, al llegar el barceo al puerto de Buenos Aires, fue detenido como infractor a la Ley del Servicio Militar: tenía entonces unos 25 años y no se había enrolado. De todas maneras, y seguramente en contraste con las terribles consecuencias de una detención en la España del '39, aquel percance fue tomado como menor. Al cabo de un tiempo breve, el refugiado-desertor fue puesto en libertad, luego de cumplir con el mencionado Servicio Militar. Todo esto lo he sabido por tradición oral, ya que nací a fines de 1941. En el álbum familiar se conserva una foto en la que se ve a mi padre vestido con un vistoso uniforme del Ejército Argentino ¡con botas de montar!, brindando junto a su familia. Todos están muy alegres. En ningún momento mis padres pensaron en regresar a España. El exilio de ellos, si bien fue motivado por la guerra, pronto se convirtió en una revancha a la emigración frustrada de los abuelos paternos y se concentraron en sobrevivir y prosperar. Mis padres mantenían intensa correspondencia con sus respectivas familias barcelonesas y estaban al tanto de las penurias de la posguerra española. En cuanto ellos prosperaron algo, comenzaron a enviar todo tipo de ayuda a padres y hermanos. Dinero en giros, pero también paquetes-encomienda con comida (especialmente apreciados eran los tarros de dulce de leche). Algo que mis tíos, seguramente por ser buenos lectores, demandaban mucho eran las revistas argentinas *Leoplán, Maribel, Paratí, El Hogar*... Recuerdo que mi madre cortaba con una *gillete* un cuadrado de la gruesa revista *Leoplán* (salía cada quince días y tenía más de cien páginas). En el hueco consiguiente, metía un sobre de celofán con un par de medias de nylon. Luego, la revista con el regalo así camuflado era enviada por correo como impreso. Se hacía para eludir los gastos de aduana. El regalo causaba sensación en mis tías... Hacia 1950, mi hermana, mi padre y yo viajamos a Barcelona para visitar a los parientes. Guardo el recuerdo de una ciudad triste, en pan era negro y el objeto más preciado era una cartilla de racionamiento que daba derecho a una barra de chocolate y algunas patatas. En compensación, fuimos recibidos como mecenas, y en la medida de las posibilidades de esas familias, nos trataban a cuerpo de rey: por ejemplo, los domingos, desayuno con ensaimadas y nata...

¿Usted se sentía español o argentino?

Siempre me sentí argentino, aunque mis padres, en la intimidad hablaban catalán entre ellos. Creo que en cuanto pisaron Argentina, supieron que no regresarían a España. Siempre nos hicieron sentir que pertenecíamos a esta realidad. Tampoco tenían contactos sino muy esporádicos con otros catalanes. En casa, no se hablaba de política y menos española y cuando empecé a entender algo, mi madre, siendo yo un adolescente, murió. Luego, mi padre enfermó durante mucho tiempo, de manera que la historia menuda de aquel exilio no la conozco, ni siquiera sé bien cuál fue la participación de él en la guerra, aunque, sobre todo por su odio visceral a los comunistas, sospecho que era del POUM.

Usted estuvo exiliado también en la época de la Dictadura Militar de Argentina. ¿No sentía que se repetía la historia, pero al revés?

Una diferencia que veo con mi exilio en 1977 es que en ningún momento perdimos la esperanza de que el régimen militar fuera de corta duración. Supongo que los españoles exiliados –aquellos que mantenían la politización- perdieron esa esperanza en 1945, cuando se vio que las potencias aliadas, que habían ganado la guerra mundial, transaban con Franco. En Barcelona, el grupo en el cual me movía (PEN, Club Latinoamericano, Casa Argentina, y los colaboradores de la revista que yo mismo, con Hugo Chumbita y Jorge Bragulat, había fundado: *Testimonio Latinoamericano*) nunca perdió las esperanzas de un regreso. De hecho, el momento más aciago de mi exilio fue una tarde en la que conversaba con Carlos Barral en el despacho de Barral Editores. Él me dijo que a su juicio las dictaduras latinoamericanas no tenían salida porque los militares antes o después de tomar el poder habían arrasado todas las posibilidades de resistencia. Era tal el respeto humano e intelectual que tenía por Barral que esas palabras me desanimaron como ninguna otra circunstancia. Quizás porque expresaban con crudeza mis propios fantasmas... Tal es así que ni siquiera pude discutírselas, a pesar de que yo manejaba entonces más información que él sobre la realidad argentina, información que no autorizaba a ser tan drástico. Barral (cuya buena fe descuento ya que fue una de las personas que más nos ayudó siempre) estaba equivocado y dos o tres años después de aquella conversación, yo estaba de regreso en Buenos Aires.

¿En qué medida cree que influyó la realidad del exilio en su pensamiento o en su obra? ¿Está de acuerdo con la idea de que el exilio produce un tipo muy peculiar de literatura?

Mi exilio entre 1977 y 1983 fue un hecho decisivo en mi vida. Me hizo nacer de nuevo. Entre otras cosas, está unido a mi decisión de escribir. De hecho, cambié de profesión, abandoné la abogacía para convertirme en escritor. Tiene que ver con mi vida afectiva. A diferencia de otras parejas que se deshicieron, la unión con mi esposa María del Carmen Vidal se consolidó en la adversidad compartida y dio un fruto que fue el nacimiento de nuestra hija María del Mar en 1980. En todos los sentidos, el exilio fue una forja. En relación con mi escritura, a pesar de algunos muy esporádicos textos, ese hecho decisivo no he podido aun volcarlo por escrito. Eso está pendiente. Necesito más tiempo. Mis últimos libros tienen que ver con la exploración del pasado, pero es como si hubiera necesitado ir más atrás, en algunos casos mucho más atrás, para ir templando un instrumento idóneo. Quizás son también formas de aproximación. No tengo tiempo ni puedo reflexionar demasiado sobre esto porque estoy en el fragor de la batalla.

¿En alguna oportunidad se habló de volver a España en su familia? Y habiendo vuelto usted a su país ¿Opina que es realmente posible para un exiliado volver a su tierra desde el punto de vista social y psicológico?

En cuanto al regreso, creo que sí: el exiliado puede reincorporarse a su país. No es fácil, pero es posible. Exige mucha capacidad de diálogo y paciencia mutua para salvar la fosa que se abre entre quienes se fueron y quienes se quedaron. En lo personal, regresar luego de siete años de exilio fue como convertirme en niño siendo ya viejo. Era en efecto un escritor de 40 años totalmente desconocido por mis compatriotas, como si tuviera 15. Cuando el tiempo va diluyendo las angustias, los recuerdos aciagos, y la vida se restablece, queda ese poso. El símil que más me convence es el de una persona que ha padecido una larga enfermedad y ha estado internado mucho tiempo. La salud se recupera, los kilos se ganan, la cara deja la lividez y vuelve a ser rubicunda, lo que no se recupera nunca es el tiempo perdido. Aun cuando, en otros sentidos, ese tiempo, como lo fue mi exilio, haya sido tiempo ganado.

ENTREVISTA A CONSTANZA TOBÍO SOLER

Mayo del 2005

Por Marcela Crespo Buiturón

Constanza Tobío Soler nació el 4 de marzo de 1954 en Montevideo, Uruguay. Reconocida docente e investigadora, es en la actualidad Vicedecana de la Licencitura en Sociología de la Universidad Carlos III de Madrid. Tiene numerosas publicaciones en revistas especializadas, Actas de Congresos, etc. En lo que respecta a libros, entre otros, ha publicado: *Las familias monoparentales en España (1999), La actividad laboral de las mujeres en las periferias madrileñas: discursos y prácticas (2000), Una nueva sociedad a partes iguales (2003) y Las mujeres inmigrantes y la conciliación familia-empleo (2003).*

¿Qué evoca para Ud. la palabra "exilio" teniendo en cuenta la experiencia vivida en su propia familia?

Desde muy pequeña tuve una fuerte conciencia de que pertenecía a un lugar alejado que se llamaba España y al que algún día volveríamos. También recuerdo saber que éramos diferentes, que mis padres y muchos de sus amigos hablaban de otra manera, con otro acento, distinto del del Río de la Plata. Pero sobre todo lo que recuerdo era una cierta sensación de provisionalidad o de espera, a pesar de que nuestra vida cotidiana no difería grandemente de la de cualquier otra familia uruguaya de clase media. El por qué de la lejanía de nuestro país de origen sólo se me fue aclarando poco a poco cuando mis padres volvieron a España. Yo ya había cumplido ocho años. Así que mi experiencia del exilio es básicamente una experiencia contada en pasado, en gran parte un pasado que yo ni siquiera viví pero del que se hablaba mucho en mi familia hasta llegar a constituir un rasgo muy marcado de nuestra identidad.

¿Le resultó conflictivo el sentido de pertenencia a un lugar? Es decir, ¿sufrió de alguna manera una crisis de identidad nacional? Y, a propósito de esto, ¿se siente uruguaya o española?

Siempre supe que nosotros éramos españoles, desde muy pequeña. Españoles refugiados, que era una forma particular de ser español. Pero a la vez era obvio que yo era uruguaya, en la escuela cantaba el Himno Nacional, sabía perfectamente quien era Artigas y me sentía a gusto e integrada con mis amigas de infancia, brasileras, judías, italianas o uruguayas. Creo que todos nos sentíamos uruguayos, pero algunos éramos algo más, sin que ello supusiera ningún conflicto. Convivíamos con ambas identidades –e incluso con otras, como la gallega muy presente en mi familia, a través de mi padre, como en todo el Río de la Plata- de manera perfectamente natural. Fue al decidir mis padres la vuelta a España que la pérdida del Uruguay se nos hizo presente. Nos despedimos no sólo de las personas sino de todos y cada uno de los lugares que significaban algo para nosotros. Queríamos llevarnos todo lo que nos sirviera para recordar el país en el que habíamos nacido y vivido siempre, entre otras cosas la colección completa de tangos de Gardel para no perder, mi hermano y yo, el acento rioplatense. Sólo él, que tenía diecisiete años, consiguió mantener un acento un tanto indefinido en el que quedan restos del modo de hablar de allá. Yo, a los pocos meses de vivir en Madrid, cambié las "eshes" y las "eses" por una forma de hablar mucho más dura y cortante, con la que ya me he quedado. Tengo la impresión de que en el Uruguay de aquellos años era más fácil mantener otras identidades, al ser entonces un país formado por inmigrantes de muy distinto tipo, de lo que lo era en la monolítica España de los sesenta y primeros setenta.

¿Se hablaba con frecuencia del ansia del regreso a España en su casa? Cuando finalmente lo hicieron, ¿les resultó difícil reinsertarse? ¿Cómo se sintió Ud. ante esa situación?

El deseo de regresar era especialmente intenso en mi madre, como fui sabiendo después. Más allá del deseo, era una profundo sensación de injusticia por el despojamiento del derecho a vivir en el propio país. A ello se añadía el dolor de la separación de la familia. El abuelo paterno murió en 1945 y la abuela en 1954, sin que mi padre volviera a verlos nunca más. En la familia de mi madre también se produjeron sucesos tristes, incluso trágicos. El tener que vivirlos a distancia creaba indignación e impotencia. Al poco de terminar la Segunda Guerra Mundial se frustra la esperanza de que la victoria de los aliados fuera a suponer el fin del régimen de Franco. A finales de los años cuarenta, la situación parecía inamovible. Así lo vivía mi madre, tal como relata en su diario:

"Terminó completamente la guerra. Recibimos ya cartas de París, los viejos amigos del Ministerio. ¿Cuándo?" Y meses después, en Febrero de 1946 sigue preguntándose: "¿Cuándo? Todo el mundo regresa a sus hogares, todos menos los españoles. Siete años de destierro, y quién sabe cuántos más nos aguardan aún. Quizás es para bien. Pero es injusto" Y en junio de 1946: "Hace más de un año que terminó la guerra y "el caso español" sigue sin resolver. Nuestros sentimientos han cambiado mucho en estos últimos tiempos. Me siento llena de amargura, impotencia, desesperación. Luis conserva su hermoso y limpio carácter, pero el mío está cada vez más sombrío."

Yo, personalmente, la mayor carencia que recuerdo era el no tener más familia que mis padres y hermano. Sabía que en realidad no era así, que en ese lugar lejano llamado España teníamos una extensa parentela de tíos, primos e incluso abuelos. Mi mayor alegría al venir a España fue irlos conociendo a todos y constatar que esa amplia colección de parientes era una realidad. Pero la vuelta no fue fácil para ninguno de nosotros. España era entonces un país atrasado y triste, muy diferente del Uruguay. La presión social de la religión era omnipresente y éste era quizá el factor que me hacía sentir más distinta. Creo que los primeros meses fueron de incomprensión hacia el nuevo entorno. Recuerdo que el primer verano, paseando por el Castillo de Chinchón, unos niños me apedrearon por llevar pantalones cortos. Y yo tenía nueve años. Además, había un miedo generalizado a decir según qué cosas, dónde o a quién. Luego supe que en esos años mi madre había sido repetidamente citada por el Tribunal para la Represión del Comunismo y la Masonería por una vieja denuncia de los años cuarenta. A mi padre, en cambio, que había sido Secretario General del Ministerio de Estado en 1938 con el Ministro Álvarez del Vayo, nunca le molestaron, aunque sistemáticamente le denegaban el reingreso en la Carrera Diplomática a la que había accedido por oposición en el año 1933. Parece ser que una de las razones esgrimidas era que alguien que acepta un puesto así cuando ya sabe que la guerra está perdida es un republicano "contumaz".

¿Cree que la experiencia del exilio marcó emocionalmente o intelectualmente su vida?

Como dije antes yo vine a España con ocho años, a finales de 1962, por lo que mi experiencia directa, personal, del exilio es muy limitada. Sin embargo, tanto el hecho de haber sido mis padres refugiados o desterrados -como solían ellos decir- como el haber nacido en otro país han marcado

profundamente mi forma de ser y mi concepción de la realidad. Pero se trata de dos aspectos distintos. La pertenencia a dos países, que puede tener múltiples motivaciones, genera una cierta inseguridad en la interpretación de las cosas y en el cómo desenvolverse en cada situación; a la vez da una visión un poco más compleja de la realidad, precisamente por la vivencia de que lo que se da por supuesto no es igual en todas partes. El resultado es con frecuencia, y lo he comentado con otras personas que han vivido en diferentes lugares, el desarrollo de una capacidad de adaptación al contexto un tanto camaleónica como estrategia defensiva. En cuanto a la condición de refugiados, es algo que siempre viví, y creo que se acrecienta con el tiempo, con una profunda admiración hacia mis padres. La coherencia y la lealtad de su comportamiento, como el de tantos otros republicanos, exiliados o no, ha sido siempre para mí un modelo vital, a pesar de saber hasta qué punto su vida profesional y personal se truncó discurriendo por caminos duros y difíciles.

¿Considera oportuno hablar de la existencia de un "exilio heredado" o "por herencia"?

Creo que es absolutamente oportuno, en primer lugar, porque no todos los exiliados pudieron retornar. Quedan todavía en muchos países como Méjico, la Argentina, Francia o Rusia, ellos o sus descendientes. A veces porque pudieron decidir hacerlo, a veces porque no tuvieron esa posibilidad y en otros casos porque la doble pertenencia se resuelve en un estar a caballo entre aquí y allá. Están todavía pendientes medidas para que todos los exiliados que quieran volver y sus descendientes puedan hacerlo. En segundo lugar, porque hay una memoria del exilio que los hijos sentimos que debemos transmitir. En este sentido se trata de una herencia como responsabilidad para que los hechos del pasado se conozcan, en especial por parte de las generaciones más jóvenes que tienen el derecho de saber. Aunque sea tardíamente, hay ahora un movimiento de recuperación de nuestra historia reciente que seguramente se enmarca en esa necesidad de conocer y de contar.

BIBLIOGRAFÍA

SOBRE EL MARCO HISTÓRICO

ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *De Alfonso XIII a Franco*, Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1984.

ALVAR, Manuel, *Diario del Descubrimiento*. Las Palmas, Edición facsímil y paleográfica del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 2 vols.1976.

BÉCKER Y GONZÁLEZ, Jerónimo, *Historia del mundo en la Edad Moderna.* Buenos Aires, La Nación, v. 25, 1913, pp.

BERRESFORD, Ellis, *Druidas. El espíritu del mundo celta.* Madrid, Oyeron, 2001.

BERTONI, Lilia Ana, *Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias (1887-1981),* Buenos Aires, Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani, 1992.

BLANCO WHITE, José María, "El español (1810-1814)", en *Antología de Obras en Español,* Barcelona, Edición de Vicente Llorens., Labor, 1971.

BORREGÓN RIBES, Vicente, *La emigración española a América*, Vigo, Fundación "Premio Marvá", 1952.

BOTANA, Natalio R., *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

BROUE, Pierre y TÉMINE, Emile, *La revolución y la guerra de España*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962

CLEMENTI, Hebe [coord.], *Inmigración española en la Argentina (Seminario 1990),* Buenos Aires, Oficina cultural de la Embajada de España, 1991.

COLÓN, C., *Los cuatro viajes. Testamento.* Madrid, Alianza, edición de C. Varela, 1986.

COLÓN, Hernando, *Historia del Almirante.* Madrid, Historia 16, 1984.

DELGADO, Jaime [Ed.], *Historia 16*. Madrid, Colección Crónicas de América, 1986.

DEMANDT, A., *Los celtas.* Madrid, Acento, 2001.

DI TELLA, Torcuato; GERMANI, Gino y otros, *Argentina, sociedad de masas,* Buenos Aires, Eudeba, 1965.

DÍAZ-PLAJA, Fernando, *La guerra de España en sus documentos*, Barcelona, Ediciones G.P., 1969.

EIRAS ROEL, A. [Ed.], *La emigración española a Ultramar (1492-1914).* Madrid, 1991.

ESCUDÉ, CARLOS Y CISNEROS, ANDRÉS, *Historia de las Relaciones Exteriores Argentinas,* Buenos Aires, Centro de Estudios de Política Exterior (CEPE), 2000.

FERNS, H., *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires, Hachette, 1979.

GARCÍA LEDESMA, H., *Lisandro de la Torre y la pampa gringa*, Buenos Aires, Indoamérica, 1954.

GARMENDIA, José A., "Comportamiento desviado: campo-ciudad y movimientos migratorios" en *Esquema del delito en España*, Barcelona, Plaza & Janes, 1974.

GERMANI, Gino, "La asimilación de los inmigrantes en la Argentina y el fenómeno del regreso de la inmigración reciente" en *Revista Iberoamericana de Ciencias Sociales,* Año VI, Nro. 1, 1961.

GERMANI, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Piados, 1965.

GOLDAR, Ernesto, *Los argentinos y la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996.

GORI, Gastón, *Inmigración y colonización en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

GUILLÉN, Abraham, *Historia de la Revolución Española*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961.

HALPERIN DONGHI, Tulio, *¿Para qué la inmigración? Ideología y Política inmigratoria y aceleración del proceso modernizador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

HEERS, Jacques, *Cristóbal Colón,* México, FCE, 1994.

HEREDIA, Edmundo, *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica 1810-1818.* Buenos Aires, Eudeba, 1974.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Hachea, 1960.

HOROWICZ, Alejandro, *El país que estalló. Antecedentes para una historia argentina (1806-1820),* Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

HUMBOLDT, Alexander von, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, II vol., México, 1941.

INCER, Jaime, *Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua,* Managua, Colección cultural de Centroamérica, 2002.

LÁZARO, Fernando, "Tráfico de esclavos para la América española", www.mgar.net/var/trata.htm

LÓPEZ, Vicente Fidel, *Historia de la Revolución Argentina. Desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852.* Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1881.

LYNCH, John, *América Latina, entre colonia y nación.* Barcelona, Ariel, 2001.

LYNCH, John, "Los orígenes de la nacionalidad hispanoamericana" en *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, Barcelona, Ariel, 1983 (1era. ed. 1976), pp. 9-47.

LLATES, Alfredo E., "Redistribución espacial de la población, urbanización y migraciones en la Argentina desde 1945 hasta el presente" en *Las migraciones en Iberoamérica*, Eugenio García Zaeza [coord..], Foro de Iberoamérica, Salamanca, 1992, Pp. 243-254.

LLORENS, Vicente, "Introducción histórica. Emigraciones de la España Moderna" en *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 1976.

MARTÍNEZ MONTIEL, Luz María, *Negros en América*, Madrid, MAPFRE, 1992.

MAYOL LAFERRÈRE, Carlos, "El Coronel Lucio V. Mansilla y la ocupación del Río Quinto en 1869. Avance de la frontera Sud y Sud-Este de Córdoba", en *Actas del Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto*, Tomo II, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1980, pp. 83-96.

MELTZER, Milton, *Slavery. A World History.* New Cork, Da Capo Press, 1993.

MESA, Roberto, *El colonialismo en la crisis del XIX español. Esclavitud y trabajo libre en Cuba.* Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1990.

MORALES PADRÓN, F., *Historia del Descubrimiento y Conquista de América.* Madrid, 1990.

MURO OREJÓN, Antonio, *Pleitos colombinos.* Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 5 vols., 1984.

NAVARRO GARCÍA, Luis [Coord.], *Historia de las Américas.* Sevilla, Alambra Longman, Sociedad Estatal para el Quinto Centenario, 4 Vols., 1991.

OBREGÓN, Mauricio, *Colón en el mar de los Caribes.* Bogotá, Uniandes, 1992.

PEREYRA, Enrique, "La guerra civil española en la Argentina" en *Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 110, julio de 1976.

PIQUERAS, R., *Entre el hambre y el Dorado: mito y contacto alimentario en las huestes de la conquista del siglo XVI.* Sevilla, 1997.

ROJAS, Ricardo, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, 1909.

ROMERO, José Luis, "Las ideologías de la cultura nacional" en *Criterio*, Buenos Aires, N° 1681-82, 1973.

ROMERO, José Luis, *La experiencia argentina*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1984.

SARMIENTO, Domingo F., *Condición del extranjero en América*, Buenos Aires, Obras completas (Volumen XXXVI), Luz del Día, 1953.

THOMAS, Hugh, *La trata de los esclavos. Historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870.* Barcelona, Planeta, 1998.

VALCÁRCEL, C. D., *Las rebeliones coloniales sudamericanas.* México, 1982.

VAS MINGO, Milagros del, *Las Capitulaciones de Indias en el siglo XVI.* Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1986.

SOBRE HISTORIA Y TEORÍA LITERARIAS

AGUILAR, Enrique; ARAS, Roberto E.; y otros, *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*. Buenos Aires, Nuevohacer, 2004.

AINSA, Fernando, "Discurso historiográfico y discurso ficcional" en *Actas del III Congreso Internacional del CELCIRP.* Regesburg, Revista Río de la Plata, 11-12, 1991.

AINSA, Fernando [y otros] *Novela y exilio*. Montevideo, Signos, 1989.

AINSA, Fernando, *Reescribir el pasado. Historia y ficción en América Latina.* Mérida (Venezuela), El otro. El mismo, 2003.

ANGENOT, Marc, "La inscripción del discurso social" en *Sociocriticism,* N° I Juillet, Ontario, 1985.

ARÁN, Pampa O. "De la Argentina y sus fantasmas...". *Letterature d'America. Rivista Trimestrale*. Ispanoamericana, Anno XXII, nº 90 (2002), pp. 39-57.

ARISTÓTELES, *Poética*, Madrid, Gredos, 1974.

AUERBACH, E., *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental.* México, F.C.E., 1979.

AUGÉ, Marc, *Los "no-lugares". Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa, 1996.

BACHELARD, Gastón, *La poética del espacio.* México, FCE, 1965.

BACZKO, B., *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva visión, 1991.

BAJTIN, M. *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989.

BARRENECHEA, Ana María, *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges.* Buenos Aires, CEAL, 1984.

BARTHES, Roland, "El discurso de la historia" en *Ensayos estructuralistas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.

BARTHES, Roland, *El grado cero de la escritura.* Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

BARTHES, Roland, "El efecto de realidad" en Barthes y otros, *Lo verosímil*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970.

BENVENISTE, Emile, *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, 1995.

BERGSON, E., *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia.* Salamanca, Sígueme, 1999.

BERGSON, E., *La evolución creadora.* Madrid, Espasa-Calpe, 1985.

BERGSON, E., "Materia y Memoria" en *Grandes obras del pensamiento*. Barcelona, Altaza, 1993.

BETANZOS, Erick. "La figura indígena en la literatura argentina". *Diálogo Americano,* nº 9, mayo/junio 1997, p. 34. http: // dialogo.ugr.es/anteriores/dial09/34-9.htm

BOURNEUF, R., y OUELLER, R., *La novela.* Barcelona, Ariel, 1975.

BOUSOÑO, Carlos, *Superrealismo poético y simbolización.* Madrid, Gredos, 1979.

BUTOR, M., "El espacio en la novela" en *Sobre literatura II*, Barcelona, Seix Barral, 1967.

CASSIRER, Ernst, *Esencia y efecto del concepto de símbolo.* México, FCE, 1975.

CASTORIADIS, Cornelius, *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*, París, Éditions du Seuil, 2002.

CERTEAU, Michel de, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

CROS, Edmond, *El sujeto cultural. Sociocrítica y ppicoanálisis*, Buenos Aires, Corregidor, 1997.

DOMENELLA, Ana Rosa, "La nueva novela histórica en la Argentina de los noventa" en Rose Corral [Ed.], *Norte y Sur: la narrativa rioplatense desde México*, México, Colegio de México, 2000, Pp. 221-235.

DURAND, Gilbert, *La imaginación simbólica.* Buenos Aires, Amorrortu, 1971.

EDDINGTON, Arthur S., *La naturaleza del mundo físico.* Buenos Aires, Sudamericana, 1952, (1ª Ed. 1937).

FERNÁNDEZ PRIETO, Celia, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona, Anejos de RILCE, Nº 23, EUNSA, 1998.

FILER, Malva. En de Toro; Alfonso (coordinador); "La ficcionalización de la 'barbarie' en la novela finisecular argentina del siglo XX", en prensa en un volumen colectivo que aparecerá en Alemania (Leipzig). www.mariarosalojo.com.ar

FREUD, Sigmund, *Psicología de las masas y análisis del yo.* Barcelona, RBA, 2002.

FREUD, Sigmund / HOFFMANN, Ernst T.A., *Lo siniestro / El hombre de arena*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1982.

GARCÍA CANCLINI, N., *Arte popular y sociedad en América Latina*, México, Grijalbo, 1977.

GARCÍA CANCLINI, N., *Diferentes, desiguales y desconectados*. Barcelona, Gedisa, 2004.

GIRONA FIBLA, Nuria, *Escrituras de la historia. La novela argentina de los años ochenta.* Valencia, Depto. De Filología española, Facultad de Filología, Universitat de Valencia, Añejo Nº XVII de la Revista Cuadernos de filología, 1995.

GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, Roberto, *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana.* Caracas, Monte Ávila, 1984.

GOSSMAN, Lionel, *Between history and literature*, Cambridge and London, Harvard University, 1990.

GUSDORF, G., "Condiciones y límites de la autobiografía" en *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental.* Barcelona, Suplementos Anthropos, Nº 29, pp. 9-17.

HALL, Edgard, *La dimensión oculta.* Madrid, Siglo XXI, 1983.

HAMBURGER, K., *Logique des genres littèraires*, París, Seuil, 1975.

HAUSER, Arnold,, *Historia social de la literatura y el arte.* Madrid, Guadarrama, 1962.

JITRIK, Noé, "De la historia a la escritura: predominio, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana" en Daniel Balderston [comp.], *The Historical Novel in Latin America*, Gaithersburg, Hispamérica, 1986.

JITRIK, Noé [dir.] *Historia crítica de la literatura argentina,* Buenos Aires, Emecé, 2000.

JUNG, Kart Gustav, *El hombre y sus símbolos.* Barcelona, Caralt, 1984.

JUNG, Karl Gustav, *Psicología y simbólica del Arquetipo.* Buenos Aires, Paidós, 1977.

KOHUT, Karl (ed.), *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la Posmodernidad.* Madrid, Frankfurt am Main, Vervuert Iberoamericana, 1997.

KOHUT, Karl (ed.), *Literatura del Río de la Plata hoy*, Frankfurt, Publicaciones del Centro de estudios latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstätt, 1996.

LACAN, J., "El estadio del espejo como formación del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en *Escritos I*. México, Siglo XXI, 1972

LAPLANCHE, Jean; y PONTALIS, Jean Bertrand, *Diccionario de psicoanálisis.* Barcelona, Labor, 1993.

LEJEUNE, Ph., *Le pacte autobiografique*, París, Seuil, 1975.

LESSER, Ricardo, *Los orígenes de la Argentina. Historias del Reino del Río de la Plata.* Buenos Aires, Biblos, 2003.

LOTMAN, J., *Semiótica de la cultura*, Madrid, Cátedra, 1985.

LUDMER, Josefina, *Las culturas de fin de siglo en América Latina.* Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1994.

LUDMER, Josefina, "Las tretas del débil" en *La sartén por el mango*, El huracán, 1985.

LUKÁCS, G., *Sociología de la Literatura*, Barcelona, Península, 1966.

LUKÁCS, G., *La novela histórica*, Barcelona, Grijalbo, 1976.

MAFFESOLI, M., "Identidad e identificación en las sociedades contemporáneas" en *El sujeto europeo*, s/d.

MAN, Paul de, "La autobiografía como desfiguración" en *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental.* Barcelona, Suplementos Anthropos, Nº 29, pp. 113-117.

MELCHIOR-BONNET, Sabine, *Historia del espejo.* Barcelona, Herder, 1996.

MENTON, Seymour, *La nueva novela histórica de la América Latina*, *1972-1992*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

MOLLOY, Sylvia, "Imagen de Mansilla", en *La Argentina: del 80 al Centenario* (compilador Gustavo Ferrari), Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

NAVASCUÉS, Javier de, "La novela argentina en busca de una tradición: el caso Mansilla", *RILCE* (Navarra), 15, 1 (1999), 227-238.

OCAMPO, Victoria, "Mi deuda con Ortega" en *Revista Sur,* Buenos Aires, Nº 241, 1956.

OCAMPO, Victoria, "Quiromancia de la pampa" en *Testimonios.* Madrid, Revista de Occidente, 1935, pp. 143-155.

ORTEGA Y GASSET, J., *Ideas sobre el teatro y la novela.* Madrid, Alianza, 1999.

ORTEGA Y GASSET, J., *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética.* Madrid, Alianza, 1991.

PONS, María Cristina, *La memoria del olvido. Novela histórica de fines del siglo XX.* México, Siglos XXI, 1996.

POUILLON, Jean, *Tiempo y novela.* Buenos Aires, Paidós, 1970.

PRATT, M. L., *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

RAMA, Carlos M., *La historia y la novela*, Madrid, Tecnos, 1975.

RICOEUR, Paul, *Historia y verdad.* Madrid, Encuentro, 1990.

RICOEUR, Paul, *Tiempo y narración.* Madrid, Cristiandad, 1987.

ROSA, Nicolás, *Manual de uso*, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, 1988.

SAER, JUAN JOSÉ, *El concepto de ficción*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

SARLO, Beatriz, *Borges, un escritor en las orillas*, Buenos Aires, Ariel, 1995.

SARLO, Beatriz, "Historia académica v. historia de divulgación", *La Nación.com*, www.lanación.com.ar/edicionimpresa/suplementos/cultura/nota.asp?nota_id=773981

SCHELLING, Friedrich, *Antología.* Barcelona, Edicions 62, 1987.

SCHWARZSTEIN, Dora, "Sociabilidades" en Fernando Devoto y Marta Madero [dir.], *Historia de la vida privada en la Argentina*, Tomo 3, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 111-129.

SCOBIE, James R., *Buenos Aires, del centro de los barrios*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1977.

SOLOMIANSKI, Alejandro, *Identidades secretas. La negritud argentina.* Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2003.

VINELLI, Elena, y VIGNOLLES, María, "La escritura literaria en Latinoamérica: identidad y globalización" en *Identidad y Futuro II, Signos Universitarios*, Revista de la Universidad del Salvador, Buenos Aires, Año XVII, N° 33, Enero/junio 1999, Pp. 145-189.

VIÑAS, David, "Mansilla: arquetipo del *gentleman* militar", en *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.

VIÑAS, David, "Mansilla: clase social, público y clientela", en *Literatura argentina y realidad política* , Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1964, pp. 167-216.

WHITE, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Piados, 1992.

WHITE, Hayden, *El texto histórico como artefacto literario: y otros escritos.* Barcelona, Paidós, 2003.

WILLIAMS, Raymond, *The Country and the City.* New York, Oxford University Press, 1973.

ZAIDA LOBATO, Mirta y SÁBATO, Hilda, "Falsos mitos y viejos héroes: acerca del programa de Felipe Pigna y Mario Pergolini", Buenos Aires, *Revista Ñ,* Nº 118, 31/12/2005.

SOBRE INMIGRACIÓN Y EXILIO

AA.VV., *20 cuentos del exilio*, México, Tierra del Fuego, 1983.

ABELLÁN, José Luis, "España peregrina y el significado del trastierro" en *Sesenta años despois. Os escritores do exilio republicano*, Ed. de Xosé Luis Axeitos e Charo Portela Yánez, Acta do Congreso Internacional celebrado na Universidad de Santiago de Compostela, 16, 17 y 18 de marzo de 1999, A Coruña, 1999, pp. 117-124.

ABELLÁN, José Luis, *De la guerra civil al exilio republicano (1936-1977),* Madrid, Mezquita, 1983.

ALONSO MONTERO, Xesús, "A terturlia do café Tortoni" en *La voz de Galicia*, 16 de marzo, pp. 4-5.

ÁLVAREZ, Basilio, *España en crisol*, Buenos Aires, Claridad, 1937.

ÁLVAREZ, Gerardo [coord.], *Los españoles en la Argentina*, Buenos Aires, Manrique Zago, 1985.

ANDUJAR, Manuel, "Los exiliados transterrados y las Américas" en *El exilio de las Españas a las Américas. ¿A dónde fue la canción?,* Barcelona, Antrophos, 1991.

AXEITOS, Xosé Luis, "El exilio gallego, 60 años después" en *Ínsula*, Nro. 627, marzo de 1999, pp. 8-11.

AYALA, Francisco, "El viaje como metáfora de la vida humana" en *El tiempo y yo, o el mundo a la espalda*, Madrid, Alianza tres, 1992, pp. 73-74.

BALCELLS, José María y PÉREZ BOWIE, Antonio [ed.], *El exilio cultural de la guerra civil*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2001.

BOCCANERA, Jorge, *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*, Buenos Aires, Ameghino, 1999.

BOTELLA PASTOR, Virgilio, "Los tres exilios del exilio" en *El exilio literario español de 1939,* Manuel Aznar Soler [Ed.], Actas del Primer Congreso Internacional, Bellaterra, 27 de noviembre a 1° de diciembre de 1995, pp. 603-608.

CAVA MESA, María Begoña y otros, *Sociedad "Laurak bat" de Buenos Aires*, Vitoria-Gasteiz, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 1992.

COLINA, José de la, "La palabra exilio" en *Letras libres*, agosto 1999, Año I, Nro. 8, Pp. 76-77.

CONTE, Rafael, "Para una teoría de la literatura del exilio" en *Narraciones de la España desterrada*, Barcelona, Edhasa, 1970, Pp. 9-31.

CORDERO OLIVERO, Inmaculada, *Los transterrados y España. Un exilio sin fin*, Huelva, Publicaciones de la Universidad de Huelva, 1997.

CRESPO, Marcela, "El exilio y la feminidad: espacios de la opresión" en *Cambiando el conocimiento: universidad, sociedad y feminismo.* Oviedo, KRK, 1999, pp. 69-75.

CRESPO, Marcela, "Entre ficciones" en *L'exili literari republicà.* Tarragona, Publicacions URV, 2006. Edición de Manuel Fuentes y Paco Tovar.

CRESPO, Marcela, "La mujer y el exilio: dos ámbitos del silencio" en *Dones i literatura: present i futur.* Tarragona, URV, 1997, pp. 79-87.

CRESPO, Marcela**,** "Un exilio sin protagonistas**",** en *Las literaturas del exilio republicano de 1939.* Bellaterra, Actas del II Congreso Internacional, 1999, Edición de Manuel Aznar Soler, Vol. 1, GEXEL, 2000, pp. 45-52.

CYMERMAN, Claude, "La literatura hispanoamericana y el exilio" en *Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, University of Pittsburgh, Julio-Diciembre, 1993, Nº 164-165.

DELGADO, Josefina, "Inmigrantes españoles en la literatura argentina" en *Inmigración española en la Argentina (Seminario 1990)*, Buenos Aires, Oficina cultural de la Embajada de España, 1991, pp. 274-287.

DOMÉNECH, R., "Los transterrados" en *Cuadernos para el Diálogo*, Madrid, Nro. 3, Junio 1966.

FERREIRO FENTE, Xosé Gregorio, "Vivir en constante polémica: Castelao e unha polémica acontecida en Buenos Aires, en 1941" en *Sesenta años despois. Os escritores do exilio republicano*, Ed. de Xosé Luis Axeitos e Charo Portela Yánez, Acta do Congreso Internacional celebrado na Universidad de Santiago de Compostela, 16, 17 y 18 de marzo de 1999, A Coruña, 1999, Pp. 323-338.

GALLO, Ezequiel, *La pampa gringa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.

GAMBARO, Griselda, "Los rostros del exilio" en *Alba de América*, Vol VII, Nº 12 y 13, (1989), pp. 31-35.

GAOS, José, "La adaptación española a la sociedad hispanoamericana" en *Revista de Occidente,* II, Nro. 38, mayo 1966, Pp. 168-178.

GRIMBERG, León y Rebecca, *Emigración y exilio,* Madrid, Alianza, 1984.

GUILLÉN, Claudio, *El sol de los desterrados: Literatura y exilio*, Barcelona, Quaderns Crema, 1995.

HARPER, Dean, "Epílogo: vivir entre dos culturas. Algunas consideraciones sociológicas" en S. Andizian; M. Catani y otros, *Vivir entre dos culturas*, Barcelona, Serbal/UNESCO, 1983, Pp. 374-384.

HERMANN, Eliana, "Exilios internos: El viaje en cinco escritoras argentinas", en *Hispanic Journal*, Vol 15, Nro. 1 (Spring 1994), Pp. 21-29.

HERMANOS, Juan, *El fin de la esperanza*, Buenos Aires, Oberón, 1956.

HERVÁS, Ramón, *Campo de sangre*, Barcelona, Picazo, 1969.

KASON, Nancy M., "La conciencia del exilio en Conversación al sur de Marta Traba" en *Alba de América*, Vol. VIII, 14 y 15, (1990), pp. 221-227.

MARGULIS, Mario, *Migración y marginalidad en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Piados, 1968.

MARSAL, Juan, *Hacer la América. Autobiografía de un inmigrante español en la Argentina*, Barcelona, Ariel, 1972.

MATEO GARBANTE, Eduardo, *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México*, Lleida, Universitat de Lleida, 1966.

MEINVIELLE, Julio, *Qué saldrá de la España que sangra*, Buenos Aires, Talleres gráficos San Pablo, 1937.

MÚÑEZ-HUBERMAN, Angelina, "Los hijos del exilio" en *Ínsula*, Nro. 627, marzo de 1999, Pp. 21-22.

ONEGA, Gladys S., *La inmigración en la literatura argentina 1880-1910*, Santa Fe, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral, Cuadernos del Instituto de Letras, 1965.

OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, *La España de mi vida*, Buenos Aires, Losada, 1941.

PAMIES, Teresa, *Los niños de la guerra*, Barcelona, Bruguera, 1977.

PFEIFFER, Erna (dir.), *Exiliadas, emigrantes, viajeras*, Madrid, Iberoamericana, 1994.

PFEIFFER, Erna, "Quizá toda la novela es una gran metáfora del deseo", *Exiliadas, emigrantes, viajeras. Encuentros con diez escritoras latinoamericanas*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1995, 109-129.

QUESADA, Luis Alberto, "Literatura y política" en *El exilio literario español de 1939*, Tomo I, Barcelona, Gexel, 1998, Pp. 661-668.

QUESADA, Luis Alberto, *La saca*, Buenos Aires, Periplo, 1963.

RAMOS, Julio, "Entre otros: *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla", *Filología*, Año XXI, 1, 1986, pp. 143-171.

RODRÍGUEZ CELA, Julia, "El exilio de Francisco Ayala en Buenos Aires (1939-1950): una trayectoria intelectual" en *El exilio literario español de 1939*, Tomo I, Barcelona, Gexel, 1998, pp. 123-130.

ROHLAND DE LANGBEHN, Regula [Ed.], *Paul Zech y las condiciones del exilio en la Argentina, 1933-1946*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

SANDOVAL FORERO, E., *Migración e identidad: experiencias del exilio*, México, UNAM, 1993.

SCHWARZSTEIN, Dora, "La conformación de la comunidad del exilio republicano en la Argentina" en *Inmigración española en la Argentina (Seminario 1990),* Buenos Aires, Oficina Cultural de la Embajada de España, 1991, pp. 221-231.

SCHWARZSTEIN, Dora, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en la Argentina*, Barcelona, Crítica, Contrastes, 2001.

TROYANO PÉREZ, José Fernando, *Los otros emigrantes. Alteridad e inmigración*, Málaga, Universidad de Málaga, 1998.

UMBRAL, Francisco, "Los escritores ausentes" en VV.AA., *La España ausente*, Madrid, Ediciones 99, Pp. 41-55.

VILANOVA RODRÍGUEZ, Alberto, *Los gallegos en la Argentina*, 2 tomos, Buenos Aires, Ediciones Galicia, 1966.

ZELAYA KOLKER, Marielena, *Testimonios americanos de los escritores transterrados de 1939*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.

ZULETA, Emilia de "El exilio español de 1939 en la Argentina" en *Boletín de literatura comparada,* Mendoza, Nro. XI-XII, Pp. 159-187.

ZULETA, Emilia de, *Relaciones literarias entre España y la Argentina (Seminario 1991)*, Buenos Aires, Embajada de España, Oficina cultural, 1992.

ZULETA, Emilia de, *Relaciones literarias entre España y la Argentina*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983.

DE MARÍA ROSA LOJO

LOJO, María Rosa, *Amores insólitos de nuestra historia*, Buenos Aires, Alfaguara, 2001.

LOJO, María Rosa, *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste,* Buenos Aires, Torres Agüero, 1987.

LOJO, María Rosa, *Cuentistas argentinos de fin de siglo*, Buenos Aires, Vinciguerra, 1997.

LOJO, María Rosa, *El símbolo: poéticas, teorías, metatextos,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.

LOJO, María Rosa, *Esperan la mañana verde,* Buenos Aires, El Francotirador, 1998.

LOJO, María Rosa, *Finisterre,* Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

LOJO, María Rosa, *Forma oculta del mundo,* Buenos Aires, Último Reino, 1991.

LOJO, María Rosa, *Historias ocultas en la Recoleta,* Buenos Aires, Alfaguara, 2000.

LOJO, María Rosa, *La "barbarie" en la narrativa argentina (siglo XIX),* Buenos Aires, Corregidor, 1994.

LOJO, María Rosa, *La pasión de los nómades,* Buenos Aires, Atlántida, 1994.

LOJO, María Rosa, *La princesa federal,* Buenos Aires, Planeta, 1998.

LOJO, María Rosa, *Las libres del Sur,* Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

LOJO, María Rosa, *Marginales,* Buenos Aires, Epsilon, 1986.

LOJO, María Rosa, S*ábato: en busca del original perdido,* Buenos Aires, Corregidor, 1997.

LOJO, María Rosa, *Una mujer de fin de siglo,* Buenos Aires, Planeta, 1999.

LOJO, María Rosa, *Visiones,* Buenos Aires, Faiga, 1984.

Puede encontrarse un listado exhaustivo de sus publicaciones periódicas, capítulos de libros, prólogos, etc., en su página web: mariarosalojo.com.ar

SOBRE LA OBRA DE MARÍA ROSA LOJO

ARÁN, Pampa O. "María Rosa Lojo: espacios de rehistorización". En "Voces y fantasmas en la narrativa argentina". *Umbrales y catástrofes: literatura argentina de los'90*. Córdoba, Epoké Ediciones, 2003, pp. 143-159.

ARÁN, Pampa O. "De la Argentina y sus fantasmas...". En *Letterature d'America*. Rivista Trimestrale. Ispanoamericana, Anno XXII, nº 90 (2002), pp. 39-57.

BENVENUTI, Stella M., CRIVELLO, Victorina M., GENERI, Silvia, y NANT, Gabriela. "Propuestas pedagógico-didácticas sobre *La pasión de los nómades*. Inédito. www.mariarosalojo.com.ar

BETANZOS, Eric, "La figura indígena en la literatura argentina" en *Diálogo Iberoamericano.* México, UNAM, Nº 9, mayo-junio 1997, pp 34-35.

CAILLET-BOIS, J., "Nuevos documentos sobre *Una excursión a los indios ranqueles*", Boletín de la Academia Argentina de Letras, t. XVI, No. 58, 1947, pp. 115-134.

CEBRELLI, Alejandra, "*La pasión de los nómades* o las fronteras de la memoria", *Mujer, historia y cultura*, Grupo de Estudios sobre la Crítica, Municipalidad de Mendoza, Zeta Editores, 1997, pp. 93-100.

CEBRELLI, Alejandra. "La ficción de los límites: A propósito de la narrativa de María Rosa Lojo." *Confluencia: Revista Hispánica de Cultura y Literatura* 14.2 (1999 Spring): 34-44.

CINTI, Roberto, "Nueva excursión a los indios ranqueles. La vuelta de Mansilla", *Revista Nueva*," Año IV, nº 177, 4 de diciembre de 1994, pp. 22-24.

CRESPO, Marcela, "María Rosa Lojo: en las fronteras de lo autobiográfico". XXIV Simposio Internacional de Literatura, Instituto Literario y Cultural Hispánico, California, Buenos Aires 9 al 14 de agosto de 2004. En prensa

CRIVELLO, Victorina. "*La pasión de los nómades.* El espacio autobiográfico ficcional en el entrecruzamiento genérico", en prensa en el libro *La ficción autobiográfica.* Córdoba. Ediciones del Boulevard. www.mariarosalojo.com.ar

DA CUNHA GIABBAI, Gloria, "María Rosa Lojo y el renacimiento del cuento histórico" En *Nuevas tendencias y perspectivas contemporáneas en la narrativa*, Buenos Aires, CEN: Centro de Estudios de Narratología Segundo Simposio Internacional, Centro de Estudios de Narratología, Universidad de Buenos Aires, CD Rom, 2002

FARIÑA DE BUCETA, Silvina, "La voz de Irene: eje escritural en *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*", en *Alba de América*, Vol. 15, Nros. 28 y 29, Julio 1997, Pp. 148-153.

FILER, Malva, **"**Imaginación histórica y memoria colectiva en la obra de María Rosa Lojo". XXIV Simposio Internacional de Literatura, Instituto Literario y Cultural Hispánico, California, Buenos Aires 9 al 14 de agosto de 2004. En prensa

FILER, Malva. "La re-ficcionalización de la barbarie en la novela finisecular argentina: César Aira y María Rosa Lojo" (presentado al Congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana, en Salamanca, 2000). www.mariarosalojo.com.ar

FISCHER, María Raquel, "Intelección filosófica de una novela" (Sobre *Canción perdida en Buenos Aires al oeste*), en *Letras*, Universidad Católica Argentina, XIX-XX, mayo 1988-agosto 1989.

FLAWIÁ DE FERNÁNDEZ, Nilda. "Mujeres, hombres; pasado y presente en dos novelas de María Rosa Lojo" [*La pasión de los nómades* y *Una mujer de fin de siglo*], *Itinerarios literarios. Construcciones y*

reconstrucciones identitarias, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2001, pp. 83-94. www.mariarosalojo.com.ar

FLAWIÁ, Nilda, "La problemática de la identidad en dos novelas de María Rosa Lojo", *Alba de América*, Vol. 19, Nºs. 35 y 36, Julio 2000, pp. 121-133.

FLAWIÁ, Nilda, "La problemática de la identidad en dos novelas de María Rosa Lojo", en *Alba de América*, Vol. 19, Nros. 35 y 36, Julio 2000, Pp. 121-133.

FUNES, Marisela, "(Pre) texto, parodia e interpretación en *La pasión de los nómades*, de María Rosa Lojo", *Alba de América*, Vol. 18, Nº 33 y 34, pp. 149-160.

GARDARSDÓTTIR, Hólmfrídur. "La Novela Histórica: una entrevista a María Rosa Lojo.", http://www.discurso.org/revista/entrevistas/Entrevista con M.R.Lojo.htm

GILLIES, Eva, "La voz de Lucio V. Mansilla en la escritura de María Rosa Lojo", *Alba de América, Número especial: "Reescritura de la Historia en la literatura del mundo hispánico",* XV Simposio Internacional de Literatura, San Carlos de Bariloche, Argentina, Vol. 17, Nº 32 (Marzo de 1999), 353-359.

GIMBERNAT GONZÁLEZ, Esther, "*Canción perdida en Buenos Aires al Oeste,* o el orden inconcluso de la memoria" en *Aventuras del desacuerdo: Novelistas argentinas de los '80*, Buenos Aires, Danilo Albero Editor, 1992, Pp. 247-251.

GIUFFRÉ, Mercedes. "María Rosa Lojo al Margen. Entender el pasado, superar el presente, construir el futuro". http://www.almargen.com.ar/sitio/seccion/entrevistas/mrlojo

GIUFFRÉ, Mercedes. "María Rosa Lojo". En *En busca de una identidad (La Novela Histórica en la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2004.

GOCIOL, Judith. "María Rosa Lojo, tras las huellas de Lucio V. Mansilla", *La Maga, Libros*, Miércoles 11 de Enero de 1995, pp. 14-15.

ITZCOVICH, Mabel. "Mansilla vuelve a cabalgar. Otra excursión a los indios ranqueles", *Temas y Fotos*, Año V, No 50, Noviembre de 1993, pp. 24-27.

JOSTIC, Sonia, "*La pasión de los nómades*, de María Rosa Lojo: entre la teatralidad y la virtualidad", *Alba de América*, Vol. 18, Nº 33 y 34, pp, 135-147.

JOSTIC; Sonia, " Cruces discursivos en espacios de cruce (a propósito de *La pasión de los nómades*, de María Rosa Lojo". Trabajo de seminario de doctorado, bajo la dirección de Nicolás Rosa. www.mariarosalojo.com.ar

MANRÍQUEZ DE CUGNIET, María del Valle, "Reminiscencias de la cultura gótica en *La pasión de los nómades*, de María Rosa Lojo, *Actas de las Segundas Jornadas de Literatura Argentina/ Comparatística,* Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1997.

MUNTADA, Silvia, "Los discursos de la novela *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, de María Rosa Lojo", *Alba de América,* Vol. 8, Nros. 14 y 15, Pp. 115-126.

NAVASCUÉS, Javier, "La novela argentina en busca de una tradición: el caso Mansilla", Navarra, RILCE, 15, 1 (1999), 227-238.

PORTIGLIA, Claudio, "La razón de ser en *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* de María Rosa Lojo" en *Napenay*, Año 5, Nros. 11 y 12, 1991.

RODRÍGUEZ FRANCIA, Ana María, "*La pasión de los nómades,* unha novela crítica de María Rosa Lojo", *Boletín Galego de Literatura*, Nºs. 15-16, 1º e 2º semestres 1996, pp. 127-139.

RODRÍGUEZ FRANCIA, Ana María, "El enfrentamiento de la civilización con el "espíritu de la tierra" de Marechal, desde una perspectiva heideggeriana: *la pasión de los nómades* de María Rosa Lojo", www.mariarosalojo.com.ar

SALEM, Diana, "*La pasión de los nómades*: construir una mirada desde otro espacio histórico", *Actas de las Primeras Jornadas Internacionales de Literatura Argentina/Comparatística,* celebradas del 18 al 20 de octubre de 1995, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 81-87. www.mariarosalojo.com.ar

SALEM, Diana, "La ficción como método de conocimiento", *Alba de América*, Vol. 20, Nºs. 37 y 38, Julio 2001, pp. 405-413. (Sobre *La pasión de los nómades*, de M.R.Lojo, y *La inundación*, de Esther Cross).

STEIMBERG DE KAPLAN, Olga, "Verdad histórica y discurso ficcional en *Una mujer de fin de siglo*, de María Rosa Lojo". *Humanitas*, Revista de la Facultad de Filosofia y Letras. Año XXIV, nº 32, 2003, pp. 23-31.

STERN, Mirta: " *Una excursión a los indios ranqueles:* espacio textual y ficción topográfica", *Filología*, Año XX, 1985, pp. 117-138.